

A man with dark hair and a serious expression is the central focus. He is wearing a dark, high-collared coat over a light-colored, intricately patterned waistcoat and a white cravat. The background is an opulent interior with a stone wall, a decorative wrought-iron balcony railing, and a chandelier with lit candles. The overall atmosphere is that of a historical drama.

Allerdale

*Jenny
Hamblly*

Solteros Libro 1

ALLERDALE
UN ROMANCE DE LA REGENCIA

SOLTEROS LIBRO 1



JENNY HAMBLY

Traducido por
L M GUTEZ

Copyright © 2024 por Jennifer A Hambly

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito del autor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

El derecho moral de Jenny Hambly ha sido reconocido.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos que no sean claramente de dominio público son producto de la imaginación de la autora o ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

*Para Ruth,
¡Por todas las risas y los ánimos!*

ÍNDICE

1. [Capítulo 1](#)
2. [Capítulo 2](#)
3. [Capítulo 3](#)
4. [Capítulo 4](#)
5. [Capítulo 5](#)
6. [Capítulo 6](#)
7. [Capítulo 7](#)
8. [Capítulo 8](#)
9. [Capítulo 9](#)
10. [Capítulo 10](#)
11. [Capítulo 11](#)
12. [Capítulo 12](#)
13. [Capítulo 13](#)
14. [Capítulo 14](#)
15. [Capítulo 15](#)
16. [Capítulo 16](#)
17. [Capítulo 17](#)
18. [Capítulo 18](#)
19. [Capítulo 19](#)
20. [Capítulo 20](#)
21. [Capítulo 21](#)
22. [Capítulo 22](#)

[Otras Obras de Jenny Hambly](#)
[Acerca del Autor](#)

CAPÍTULO 1



La Taberna Castle de Holborn estaba llena de caballeros aficionados al boxeo. Cualquiera que tuviera interés en el pugilismo era bienvenido. Hoy, un emocionante aunque sangriento encuentro entre Ned Painter y Tom Oliver, más conocido como El Jardinero de Chelsea, había hecho que el establecimiento estuviera repleto. Miles Gilham, conde de Allerdale, hijo del marqués de Brigham, cerró los ojos, ya que le escocían por el espeso humo del puro que flotaba en el aire. Hace menos de un año, se habría sentido vigorizado por la indudable excelencia de la reñida contienda que había presenciado, sin embargo, se encontró sintiéndose extrañamente abrumado por todo el encuentro. Parecía que ver a dos atletas tan parejos machacándose mutuamente ya no tenía el poder de emocionarlo.

Abrió sus oscuros ojos y busco a su amigo lord Carteret, quien había enfrentado a la multitud de hombres aglomerados en la barra para ofrecerles una copa. Aún no eran las once, pero Miles no deseaba otra cosa más que volver a su alojamiento y acostarse temprano. En los últimos meses se había acostumbrado a retirarse a una hora modesta y a levantarse con la luz del sol, deseoso de enfrentarse a cualquier desafío que le planteara el día. Había pensado que volver a la ciudad sería tan cómodo como ponerse un guante hecho a la medida, pero esta noche, al menos, tenía la sensación de que era como ponerse uno demasiado apretado. No dudaba, sin embargo, de que pronto se estiraría lo suficiente hasta parecer una segunda piel.

No fue su amigo, sino otro caballero, quien de pronto se acercó a través del humo.

—Allerdale, ¿dónde te has estado escondiendo, granuja? Solías estar siempre rondando por la ciudad, pero ya estamos a mitad de mayo y ésta es la primera vez que te veo desde no sé cuándo.

—Creo que la última vez que tuve el placer de tu compañía, Sandford, fue el pasado mes de julio.

—¿Desde hace tanto? —dijo—. ¿Adónde va el tiempo? Podría haber sospechado que habías estado escondiendo a tu nueva cortesana de las miradas indiscretas que quisieran averiguar el paradero de la belleza y que por esa razón te habías mantenido alejado de la ciudad tanto tiempo. Eso o que querías ocultar tu apariencia.

Los labios de Miles se curvaron en una sonrisa un tanto cansada.

—Templa tu imaginación, Sandford. No he estado ocultando a nadie.

—No hace falta que me lo digas; el cambio en tu aspecto me lo dice. Tu piel luce tan morena que puedo ver que has pasado muy poco tiempo dentro de casa y te has cortado el pelo con un estilo que difícilmente atraerá a las damas. Te juro que está tan rapado como una oveja.

Sus palabras no lo preocuparon; sabía que exageraba. Incluso con sus mechones recortados

hasta tal punto que las ondas o rizos ya no se apreciaban, seguía presumiendo de una saludable cabellera. Durante el último año se había irritado cada vez más por el esfuerzo que le suponía domarlo, ya que había dedicado su nada desdeñable energía a tareas mucho más prácticas que asegurarse de que su aspecto era el que todo hombre de ciudad podía desear.

—Qué comparación tan acertada —dijo con una sonrisa irónica—. Es de ovejas de lo que me he ocupado en gran medida durante los dos últimos meses, pero antes de que te burles de mí, Sandford, me gustaría señalar que tus oscuros mechones se han iluminado con una mecha blanca que me recuerda vivamente a una urraca desde la última vez que te vi.

El marqués de Sandford sonrió.

—No puedo negarlo. Pero más bien creo que le añades cierta distinción a mi aspecto que, me temo, tu corte no te confiere a ti.

Miles miró el rostro más bien pálido y desmejorado de su conocido y dijo:

—Estoy seguro de que tienes razón, Sandford, pero yo al menos puedo presumir de gozar de la mejor salud, mientras que tú pareces como si necesitaras un descanso aunque la temporada apenas esté iniciando.

Los ojos verdes de lord Sandford se entrecerraron un poco.

—Hubo un tiempo, Allerdale, en que no juzgabas tus actividades por la temporada. Cada mes era la temporada para jugar. ¿Apoyaste al ganador hoy? Sueles tener la suerte del mismísimo diablo. Debo decir que fue la mejor pelea que he visto desde hace tiempo.

—Sí, aunque fue brutal —convino—, me sorprende que durara ocho asaltos. Pensé que el jardinero estaría fuera después de dos, lo que debo admitir que me causó cierta consternación, ya que había apostado por él.

Lord Sandford hizo una mueca.

—Yo aposté por Painter, aunque perdí una buena cantidad por él —sus ojos se iluminaron con el brillo del jugador siempre esperanzado—. De cualquier manera, la noche aún es joven. Ven conmigo a Watier's, ¿quieres?

—Esta noche no, Sandford. Estaríamos allí la mitad de la noche, y mi madre me espera por la mañana.

Lord Sandford soltó una carcajada desdeñosa.

—Todo esto de interesarte por las ovejas y quedar con tu madre me tiene preocupado, Allerdale. ¿No dirás que te estás convirtiendo en un dechado de virtudes? Eres el último hombre del que esperaríamos que se convirtiera en un pesado.

Miles se encogió de hombros.

—Dudo que llegue a ser un dechado de virtudes, pero he pasado los últimos nueve meses dedicándome a cosas más serias, así que tal vez sea un aburrido. Debo admitir que ahora que conozco más de cerca el duro trabajo y el esfuerzo que supone producir los ingresos que financian mi estilo de vida, me siento un poco menos ansioso por despilfarrarlos.

—Y sin embargo estás aquí, viejo amigo, y has hecho una apuesta hoy mismo.

—Sí —admitió—, pero sólo una muy modesta, te lo aseguro.

Una sonrisa de alivio se dibujó en su rostro al ver acercarse a su amigo el vizconde Carteret; Miles le había prometido a su padre que este año se comportaría de un modo más circunspecto, y nunca rompía una promesa si estaba en sus manos cumplirla. Sin embargo, le resultaría mucho más fácil cumplir su promesa si no se viera acorralado a cada paso por algún viejo conocido que intentara arrastrarlo de nuevo a sus antiguos hábitos.

—¡Carteret! ¿Quizás se te pueda convencer de que me acompañes a Watier's? Allerdale está siendo un pesado y no quiere venir.

Lord Carteret lanzó una rápida mirada en dirección a su amigo. Sus cínicos ojos grises y su firme mentón no concordaban en absoluto con su cabello castaño, ligeramente largo y desordenado, que tendía a caer sobre su frente. Los primeros atributos sugerían que era astuto y decidido, y los segundos que poseía una actitud despreocupada.

—Esta noche no, Sandford —dijo en voz baja, ofreciéndole al marqués una sonrisa perezosa —, no estoy de suerte, y no quiero perseguir mis pérdidas, especialmente no en Watier's; el juego es muy intenso allí.

—¡Qué gallina que sois! —declaró lord Sandford, antes de marcharse.

Miles rechazó el vaso de Daffy que le ofreció su amigo e hizo una mueca de dolor.

—¡Creo que nunca le cogeré el gusto a la ginebra!

—Estoy totalmente de acuerdo, Allerdale, ¡es algo diabólico! Como ya hemos bebido el vaso obligatorio y hemos escuchado cómo se discutía cada aspecto de la pelea con tedioso detalle, ¿puedo sugerir que vayamos a tu alojamiento, donde podremos disfrutar de una conversación tranquila sin mencionar puñetazos, patadas o cabezazos?

Miles enarcó una de sus oscuras cejas.

—Tú mismo eres un practicante destacado de este arte, Carteret, y admito que me sorprende no haberle oído hablar un poco más del combate. No perdiste demasiado, ¿verdad?

El vizconde se rio.

—¿Cuándo he apostado más de lo que puedo permitirme perder, Allerdale? Sandford habría tenido razón al llamarme aburrido; siempre he sido uno de tus amigos más sensatos. ¡No es que alguna vez hayas seguido mis consejos! Me alegro mucho de que hayas negado su invitación, sin embargo, ¡es un vividor y se está gastando a marchas forzadas la nada despreciable fortuna que heredó!

Miles sonrió.

—Creo que ese epíteto se ha usado para dirigirse a mí más de una vez.

—No por mí —dijo con amabilidad, guiándole fuera del establecimiento y levantando la mano para llamar la atención de un coche de caballos que pasaba por allí. Ordeno al conductor que los llevara a Duke Street y siguió a su amigo hasta el interior del vehículo.

—Puede que el año pasado despilfarraras un poco, pero nunca sobrepasaste la línea de lo aceptable para un caballero. Siempre has sido un amigo incondicional y, que yo sepa, nunca has jugado con el corazón o la reputación de las damas decentes. A diferencia de Sandford.

Miles frunció el ceño.

—Me temo que no estás al día, Carteret.

—¿De verdad? Entonces estoy encantado de que me hayas invitado a tus aposentos, Allerdale.

—No lo hice. ¡Te invitaste a ti mismo!

—Un detalle irrelevante. Ahora dime, ¿con el corazón de quién jugaste?

—No jugué con el corazón de nadie, pero ciertamente puse en peligro la reputación de una dama. Tenía la intención de casarme con ella, sin embargo, ¡ella no quiso saber nada de mí! No le gustaba mi maldito carácter.

—Sí —dijo, meditabundo—, suele ser eso lo que te mete en problemas. Ahora vamos, cuéntamelo todo.

—Muy bien, pero sólo porque sé que guardarás silencio sobre todo el asunto. Perdí mucho jugando a las cartas con Devonan, y mi padre se negó a pagar mi deuda a menos que me casara.

Su amigo parpadeó.

—¿Perdiste con Devonan? ¿Tú? ¡Imposible!

—Mi padre dijo lo mismo. Cuando se convenció de que no me habían engañado, pensó que habían echado algo en mi bebida que me había hecho perder el juicio.

—¡Ese canalla! Aunque me alegro de que no lo hicieras, me sorprende que no lo denunciaras a Devonan.

—No tenía pruebas. Además mi padre recuperó todo lo que había perdido y más. En lugar de eso, secuestre a una invitada que se alojaba en nuestra casa y me dirigí a Gretna Green. Cuando rechazó mi oferta, la amenacé con hacerla pasar la noche en Carlisle y así arruinarla. Un comportamiento muy agradable, ¿verdad? ¡Ahora dime que no soy un imbécil!

—Ciertamente fue muy imprudente —dijo con calma—, ¿por qué no me solicitaste un préstamo?

—¡Un hombre no le pide dinero prestado a sus amigos! Al menos, no una suma tan grande como la que había perdido. Sólo Dios sabe cuándo habría podido devolvértela.

—Como si me hubiera importado, Allerdale. Pero me has dado la razón. Un imbécil no habría mostrado tales principios.

—¡Háblale a lady Georgianna Voss de mis principios y se reirá en tu cara! —gimió—. No quería mencionar su nombre, pero supongo que ya es demasiado tarde. Sin duda harás la conocerás si ella está en la ciudad, aunque ahora es lady Somerton.

Su amigo soltó una risita.

—En efecto, he tenido el placer de conocerla. Es elegante, hermosa y formidable a su manera. No soporta a los tontos y es muy franca. Me gusta más por eso. Pero estoy intrigado; no estás casado con ella y no ha llegado a mis oídos ningún escándalo. ¿Qué ocurrió para que tu temerario plan fracasara?

—Me golpeó en la cabeza con un atizador y escapó.

—Qué intrépida —murmuró, con una mirada risueña.

—La alcancé, pero para entonces ya había recuperado la cordura.

—Imagino que sí. ¿Qué hiciste después?

—La llevé a casa sólo para encontrarme con que su padre y Somerton habían llegado. El primero estaba empeñado en obligarla a casarse conmigo, y el segundo, dispuesto a asesinarme.

Ya habían llegado a Duke Street. Lord Carteret siguió a su amigo al interior del edificio y miró con sorpresa la sala de estar de Miles. Normalmente estaba desordenada, con fustas, invitaciones, guantes y una miríada de otros artículos al azar tirados por el escritorio y los muebles. Esta tarde, sin embargo, la encontró inusualmente ordenada. Una ordenada pila de correspondencia adornaba una esquina del escritorio, y ninguna prenda de vestir ni ninguno de los accesorios necesarios para que un jinete entusiasta realice una fusta se encontraban tirados descuidadamente sobre las dos sillas o el sofá que estaban colocados alrededor de la chimenea. Pero su amigo solo llevaba unos días en la ciudad, así que tal vez eso lo explicara.

Cuando ambos se acomodaron frente al fuego, sirviéndose generosas copas de brandy, lord Carteret retomó el hilo de la conversación.

—Y, sin embargo, no estás casado ni has sido asesinado. ¿Cómo evitaste cualquiera de estos terribles destinos? Yo, por mi parte, no desearía cruzarme con lord Somerton.

—Impresionante, ¿verdad? —concordó. Una sonrisa cariñosa y evocadora suavizó su semblante—. Todo fue gracias a Georgianna. Se mostró tan tranquila y realista durante todo el suceso que hizo que todos se tranquilizaran —se rio—. Señaló con frialdad que había llegado a casa antes del anochecer y que, por tanto, su reputación no corría peligro a menos que alguno de los presentes dijera una palabra al respecto. Y cuando mi padre le preguntó cómo era que habíamos llegado juntos a Brigham de una manera tan amistosa, ella se limitó a decir que,

cuando yo no estaba siendo un pesado, era muy buena compañía.

Una sonrisa curvó los labios de lord Carteret.

—Ella estaba en lo cierto, Allerdale. El mismo pensamiento ha cruzado mi mente en más de una ocasión. Pero me cuesta creer que se te hayan dejado escapar tan fácilmente. ¿Qué precio pagaste por tu idiotez?

—Maldito seas, Carteret. Si no hubiéramos sido buenos amigos desde nuestro primer curso en Eton, no dejaría pasar eso.

—No lo dudo —dijo—, pero difícilmente puedes ofenderte de que te llame idiota cuando lo he estado haciendo casi desde el momento en que nos conocimos. ¿Has olvidado que fui yo quien te sacó del estanque cuando perdiste los estribos con uno de los chicos mayores que trató de intimidarme? Te dije entonces que eras un idiota por enfrentarte a alguien tres años mayor que tú.

—¡Qué ingratitud! —protestó Miles—. ¿Cómo podría haber hecho otra cosa? Eras tan delgado como un retoño, pequeño para tu edad, y un blanco perfecto para cualquiera de los idiotas que pensaban que podían sacarte el dinero de bolsillo, la mitad de tu almuerzo o convencerte de que les hicieras los deberes. Te diré una cosa, Carteret: tu intelecto siempre fue muy superior a tu edad o a tu estatura.

—Pero ni siquiera entonces escuchaste mi consejo —dijo su amigo en voz baja.

Miles levantó la mano en señal de derrota.

—Lo sé. Pero ¿cómo iba a saber entonces que tú tienes tu propia manera de acabar con tu enemigo? Nunca he conocido a un tío que espere su momento y se vengue de forma fría y calculada.

—Es un plato que se sirve mejor frío, creo —dijo—, algo que he fracasado estrepitosamente en enseñarte durante años. Pero divagamos, aún no me has informado del precio que tienes que pagar.

Miles era completamente inconsciente del hecho de que su pie calzado había empezado a dar golpecitos en el suelo.

—He pasado los últimos nueve meses aprendiendo el negocio de dirigir Murton, una de nuestras fincas en Yorkshire —dijo secamente—, la experiencia me ha resultado esclarecedora y absorbente. Pero es sólo la mitad del trato. Aunque mi padre retiró su insistencia en que me casara, mi madre se dejó llevar por la idea. Cuando regresé a Brigham por Navidad, en un momento de debilidad, acepté que encontraría una novia en esta temporada.

—Entonces tu afecto por tu madre y tus escrúpulos han podido contigo, amigo mío —dijo en voz baja—. Tu palabra ha sido siempre tu vínculo. Si de algo te sirve, tienes mi simpatía.

—Entonces, ¿aún no te has reconciliado con la perspectiva del matrimonio, Carteret?

—No —dijo su amigo, con un tono seco y una mirada severa.

Miles suspiró.

—Han pasado cinco años desde que lord Haverham frustró tus esperanzas de conseguir a Diana Ramshorn...

—Pero no las frustró Haverham, ¿verdad? —interrumpió, con una voz tranquila—. Fueron frustradas por Diana. Ella misma me alentó, es más, le dije que hablaría con su padre y no hizo nada por desanimarme. Incluso me permitió proponerle matrimonio para que tuviera el placer de rechazarme. Intentó culpar a sus padres, diciendo que no contemplarían a un vizconde cuando un conde estaba a la vista.

—Tal vez fuera cierto —sugirió.

Lord Carteret soltó una carcajada.

—Sabes tan bien como yo que ella era la niña de los ojos de su padre. ¡Él no le negaría nada! Mi fortuna era igual a la de Haverham y mi dirección era aún mejor, la única ventaja que él tenía sobre mí era su rango.

—Entonces tuviste un escape afortunado, amigo mío.

—Lo sé —reconoció—, pensé que la vivacidad de Diana era parte de su carácter natural, pero ella es una mujer huidiza. No le guardo rencor a Haverham, al contrario, siento lástima por él. Fui testigo de cómo Diana estaba entre los brazos de Sandford en la terraza de un baile al que asistí la semana pasada. Ella está claramente aburrida de su marido, más bien aburrido, pero está jugando con fuego. Haverham está tan enfocado en sí mismo que dudo que haya pensado que Diana ya está haciendo semejantes jugarretas, pero si se entera, la llevará de vuelta a su hogar en Staffordshire y la mantendrá allí hasta que le haya proporcionado un heredero y un repuesto. Hasta ahora sólo le ha dado una hija.

—¿No estuviste tentado a decirle algo a él?

El labio superior de lord Carteret se curvó en una mueca.

—No me vengo de las mujeres. Tampoco vendo chismes. Deberías saberlo.

—Lo sé —dijo suavemente—, siempre eres un caballero. Perdóname, no sé dónde ha ido a parar mi cordura.

Los labios de su amigo se relajaron.

—Estás perdonado. La perspectiva de buscar una novia adecuada en el mercado matrimonial es suficiente para que cualquiera pierda la cordura. Sin embargo, te estás tardando un poco. Sólo te quedan cinco semanas, seis a lo sumo, de la temporada y las candidatas más hermosas ya están comprometidas.

Miles gimió.

—No me digas que sólo me quedan las feas del baile.

—No es tan malo, viejo amigo. Hay una dama que no es del estilo habitual. Es un poco mayor que algunas de las que han hecho su debut en sociedad esta temporada, creo que tiene unos veinte años, y yo no la llamaría bella...

Miles dejó caer la cabeza entre sus manos, como si estuviera desesperado.

—¡No digas más, te lo ruego, o daré media vuelta y regresaré a Yorkshire!

Lord Carteret se rio.

—¿Y decepcionar a tu madre? Yo creo que no. Pero déjame terminar, Allerdale. No es tan desesperado como tú supones. Puede que la señorita Edgcott no sea considerada bella en el sentido tradicional, pero no carece de atractivo. Ha pasado algunos años en el extranjero. Su padre, Sir Henry Edgcott, trabajaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Estuvieron algún tiempo en Constantinopla, pero la abandonaron cuando la ciudad tuvo la desgracia de sufrir la peste. Se dirigieron a Malta, pero la peste los siguió hasta allí y Sir Henry fue víctima del contagio. La temporada pasada, la señorita Edgcott todavía estaba de luto por su padre, y son estas circunstancias las que le han impedido hacer una aparición en sociedad hasta ahora.

Miles no parecía convencido.

—¿En qué sentido no es ella del estilo habitual?

—Ha estado acostumbrada a moverse en los círculos más importantes en el extranjero. Es segura de sí misma, inteligente y extraordinariamente independiente. Se rumorea que su padre le dejó alrededor de cincuenta mil libras, y no parece muy interesada en encontrar marido.

—¿Ha recibido alguna propuesta? —preguntó con escepticismo.

—Al menos tres, que yo sepa —confirmó—, y sólo una de un cazafortunas. Creo que incluso se han registrado algunas apuestas en el libro de White's sobre si sucumbirá a la nada desdeñable

atención que ha atraído y cederá finalmente a los atractivos del matrimonio.

Miles enarcó una ceja.

—Piensas tentarme con un desafío, Carteret, pero no soy tan crédulo. Parece que la apruebas y, sin embargo, tú mismo no manifiestas ningún interés por ella.

—Me gusta bastante, pero ¿no hemos acordado que no estoy interesado en el matrimonio? Además, es pariente de lord Haverham. Es una invitada en su casa, y tendría que ser una mujer extraordinaria para hacerme desear cruzar ese umbral.

—¿Pero crees que esta dama poco extraordinaria podría convenirme?

Los labios de lord Carteret se torcieron.

—¿Y por qué no? Lo único que he sabido que te saca de tu hosquedad cuando estás enfadado es tu humor. La señorita Edgcott puede ser muy divertida y posee una admirable sangre fría. Estoy convencido de que estas dos cualidades son deseables, si no esenciales en cualquier mujer con la que te cases.

CAPÍTULO 2



La señorita Eleanor Edgcott no sólo había recibido de su padre una generosa suma de dinero, sino también una hermosa casa solariega junto a un lago en Escocia. Sin embargo, estaba muy agradecida de que su primo, lord Haverham, la hubiera invitado a vivir con él durante su año de luto, pues aunque la casa estaba situada en un lugar sumamente pintoresco, estaba a kilómetros de cualquier parte, y la belleza del país era compatible con el clima húmedo y frío. Tres meses allí, en una casa cubierta en gran parte de lonas protectoras, con una acompañante que había sido contratada por el abogado de su familia y que había demostrado ser tan torpe como voluble, habían sido casi más de lo que podía soportar.

Su acompañante, la señorita Ryder, había ido con ella a Standon, la finca de lord Haverham en Staffordshire, y el problema de como deshacerse de ella se le había presentado rápidamente a Eleanor. Aunque su incesante parloteo la había irritado constantemente, Diana, lady Haverham, había encontrado en la señorita Ryder una oyente de lo más simpática y había descubierto que tenía un don con los niños. Cuando se descubrió que la criada encargada de los niños se liaba con uno de los lacayos y fue despedida de forma fulminante, la señorita Ryder entró en acción. Había intervenido sin dudarle un instante. El niño pronto cumpliría cuatro años y, aunque asumir el papel de niñera habría sido indigno para la señorita Ryder, había aceptado el papel con el título de institutriz.

Eleanor había sido mucho más que una hija para su padre; también había sido su compañera, secretaria social y anfitriona. Sabía conducirse bajo cualquier circunstancia, no se inmutaba fácilmente y le gustaba estar ocupada. Estaba disfrutando enormemente de la variedad de diversiones que Londres le ofrecía y estaba considerando seriamente vender su finca en Escocia y comprar una casa en la metrópoli.

Decidida a contratar ella misma a su próxima compañera, había elaborado una lista de las cualidades esenciales que ésta debía poseer, siendo las más importantes la inteligencia, el humor y la discreción. Había anunciado el puesto en el periódico y ahora sólo tenía que entrevistar a sus candidatas.

Miró el reloj y sintió un poco de emoción al darse cuenta de que sólo faltaban unos minutos para las dos. Había recibido quince cartas de solicitud para el puesto y había escogido las tres más coherentes, legibles y que además venían acompañadas de una brillante carta de referencia. Había guardado silencio sobre sus planes para no darle la impresión a sus anfitriones de que estaba descontenta con su situación actual, además de que no estaba dispuesta a tolerar ninguna interferencia en el asunto.

No esperaba que la molestaran; lord Haverham casi siempre estaba en su club los miércoles por la tarde, y a Diana siempre le gustaba descansar entre las dos y las cuatro, si no tenían otro compromiso.

Sus ojos se dirigieron hacia la puerta cuando ésta se abrió. Clinton, el mayordomo de lord Haverham, entró suavemente en la habitación y anunció a la señorita Crevel. Eleanor se levantó rápidamente.

—Buenas tardes, señorita Crevel. Su puntualidad es excelente.

La señorita Crevel aparentaba unos cuarenta años. Se desenvolvía bien, poseía una silenciosa elegancia y tenía unos ojos grises bastante penetrantes que sugerían una sagaz inteligencia. Esta impresión se vio reforzada cuando sonrió y contestó rápidamente:

—Espero que así sea, señora. Usted difícilmente podría desear una compañera que siempre la hiciera esperar.

Los labios de Eleanor se torcieron ante este comentario, pero su sonrisa se desvaneció rápidamente al observar la mirada perpleja de la señorita Crevel y darse cuenta de que el comentario no había sido un ejemplo del ingenio de la dama, sino más bien de una mente literal.

—Por favor, siéntese.

La señorita Crevel se sentó y miró a Eleanor con confianza. Tanto su lista de logros como sus referencias habían sido particularmente buenas, así que quizá no era de extrañar que no dudara de sí misma.

—Dígame, señorita Crevel —continuó—, ¿qué espera de su papel como mi acompañante?

La señorita Crevel pareció sorprendida.

—Seguramente le corresponde a usted, señorita Edgcott, decirme lo que espera de una compañera.

—Y así lo haré —dijo—, después de haber escuchado sus propias ideas sobre el tema.

—Muy bien. Esperaría estar siempre con usted cuando recibamos visitas masculinas y acompañarla adonde quiera ir. En resumen, señorita Edgcott, como usted es todavía una mujer joven, yo vería mi papel como el de protectora de su reputación. Además, espero poder mantenerla entretenida cuando estemos en casa. Soy muy culta y estoy perfectamente capacitada y dispuesta a hablar de cualquier tema.

Eleanor estaba razonablemente segura de que esos temas serían de una naturaleza seria y un impulso de picardía la impulsó a decir:

—¿Muy culta? Excelente. A mí también me gusta leer. ¿Cuál es su novela favorita?

Los labios de la señorita Crevel se curvaron con desagrado.

—No leo novelas, señorita Edgcott. La lectura de novelas fomenta la ociosidad en el mejor de los casos y la inmoralidad en el peor. La lectura debería ser una experiencia intelectualmente edificante y no una que complazca la sensación y la irracionalidad. Creo que el gusto y el carácter de una persona se revelan más fácilmente por lo que lee que por cualquier otra cosa.

—Ya veo —dijo reflexivamente—. Nunca me he considerado ociosa y, sin embargo, he leído muchas novelas. Debo admitir que aunque algunas de las historias me parecían tan inverosímiles que daban risa, ayudaban a que una tarde lluviosa pasara más rápido. Y otras, ya sabe, tuvieron la gracia de ser ingeniosas, divertidas y fieles a la realidad.

—Si me contrata como su acompañante, señora, estoy segura de que podría presentarle una amplia selección de historias, sermones y ensayos morales que la convencerán de que su tiempo leyendo novelas ha sido realmente malgastado.

Eleanor se levantó y sonrió.

—Estoy segura de que tiene razón, señorita Crevel. No la haré esperar mucho, sino que le

enviaré un mensaje mañana a más tardar, informándole de mi decisión.

Como si poseyera algún sexto sentido que le alertara de la inminente marcha de los invitados, Clinton apareció en ese momento y le mostró la salida a la señorita Crevel. Eleanor seguía de pie en medio de la habitación y frunció el ceño cuando él entró de nuevo en la sala matinal.

—La señorita Ripple llegó hace unos cinco minutos, señora. La he llevado a la biblioteca. ¿Quiere que la haga pasar?

—Sí, por supuesto —dijo—. Gracias, Clinton.

Una esbelta dama con un bonito chal colgado sobre los hombros entró a trompicones en la habitación con una energía inquieta y una sonrisa en los labios. Eleanor supuso que la señorita Ripple era unos años mayor que la señorita Crevel.

—Llego pronto, lo sé —dijo apresuradamente—. ¡Soy plenamente consciente de que los invitados que llegan pronto son tan molestos como los que llegan tarde!

Eleanor dio un respingo cuando la señorita Ripple emitió el sonido más extraordinario. Nunca antes había oído una risa semejante; empezó como un suave relincho, antes de hacerse más grave a medida que ganaba impulso y terminar en un ronco rebuzno parecido al de un burro.

—No es que yo sea una invitada, pero estoy segura de que el principio es el mismo.

Aunque la señorita Ripple parecía segura de sí misma, Eleanor se inclinaba a pensar que su horrible risa podía deberse a los nervios.

—Estoy segura de que no tengo ninguna objeción a que llegue temprano —dijo amablemente—. Por favor, siéntese, señorita Ripple, y dígame qué espera de su papel como mi acompañante.

La señorita Ripple no pareció sorprendida por la pregunta.

—Bueno, tengo mucha experiencia en este papel —dijo confiada—, aunque hasta ahora, he servido a damas mucho mayores que usted, señorita Edgcott. Debo admitir que creo que sería gratificante ser la compañera de una joven como usted.

Eleanor vio el brillo esperanzado en los descoloridos ojos azules de la señorita Ripple y preguntó:

—¿En qué sentido sería gratificante, señora?

—Bueno, imagino que le gustaría que la acompañara a una variedad de eventos.

—¿Disfrutaría de una tarea tan ardua aunque la mantuviera despierta hasta muy tarde?

La señorita Ripple dio una palmada y dijo con entusiasmo:

—En efecto, señorita Edgcott. He estado acostumbrada a pasar las tardes leyéndole a mi patrona, lo cual no me importa en absoluto porque disfruto de una buena novela o un buen poema tanto como cualquier otra persona, estoy segura, pero piense que si me llevara con usted, ¡podría conocer al gran hombre en persona!

Eleanor pensó en los caballeros que había conocido durante las semanas que llevaba en la ciudad. La mayoría habían sido agradables, algunos impresionantes, pero a ninguno de ellos le aplicaría el término "gran".

—¿El gran hombre? ¿Es posible que tenga esperanzas de conocer al príncipe regente, señorita Ripple? Si esa es realmente su ambición, me temo que debo decepcionarla. Él está muy por encima de mi alcance.

Esta vez Eleanor no pudo reprimir una mueca de dolor cuando la señorita Ripple se dejó llevar por la risa. Al cabo de unos instantes, hizo un esfuerzo por serenarse, se secó los ojos llorosos con un pañuelo y exclamó:

—Está bromeando, por supuesto. Estoy segura de que el príncipe tiene muchas cualidades, aunque he oído que ya no es lo que era y que se ha vuelto terriblemente gordo, pero eso no viene al caso, baste decir que no ambiciono conocerlo. La persona a la que me refiero tiene una

sensibilidad tan exquisita, un dominio tan perfecto de la palabra escrita y un semblante tan noble que una no puede sino aspirar al menos vislumbrarlo. Estoy seguro de que cualquiera que haya leído Childe Harold no puede dejar de describir a su autor como “gran”.

Una visión de la señorita Ripple acompañándola a un baile o a una velada musical y desmayándose a los pies de lord Byron le vino a la mente. Concluyó rápidamente la entrevista y, una vez que la señorita Ripple se hubo marchado, recogió la carta que la dama había escrito y la leyó detenidamente. No pudo encontrar en su misiva ningún indicio del estilo jadeante e incoherente que la dama mostraba en persona. Suspiró. Todas sus esperanzas debían estar puestas en la señorita Gissop.

Parecía que esta dama no la decepcionaría. No era más de diez años mayor que Eleanor, era sutilmente atractiva, y tenía unos ojos brillantes e inteligentes. Cuando Eleanor le pidió que describiera cómo veía su papel de acompañante, esos ojos centellearon.

—Es muy inteligente de su parte hacer una pregunta tan general, señorita Edgcott, y tan aparentemente inocua.

—¿Aparentemente?

La risa suave y profunda de la señorita Gissop fue suave para los oídos.

—En efecto. ¡No me ha dado ninguna pista sobre sus preferencias en una compañera y me ha proporcionado suficiente libertad para que pueda superar obstáculos ciegameamente en un esfuerzo por complacerla o bien cavar mi propia tumba!

Un brillo de diversión iluminó los profundos ojos marrones de Eleanor.

—¡Hace que parezca una mujer intrigante! ¡Le aseguro que no lo soy!

La señorita Gissop sonrió.

—Entonces responderé a su pregunta con la mayor sinceridad y sencillez posibles. Me esforzaría por ser exactamente lo que la palabra implica: una compañera para usted. Soy lo suficientemente mayor como para poder ofrecer la respetabilidad que el cargo requiere y quizás ofrecerle algún consejo si mi opinión es solicitada, pero no tan mayor como para no poder entender en sus sentimientos sobre cualquier asunto.

Eleanor no pudo evitar admirar esta hábil respuesta. Sugería una compatibilidad entre ellas sin ofrecer ninguna información específica. La señorita Gissop había utilizado la oportunidad que se le presentó y, en lugar de caer en trampas o situaciones difíciles, había encontrado una forma de avanzar con confianza y habilidad.

Tomó la referencia de la señorita Gissop y la examinó por un momento.

—Sir Stuart Crane mencionó que usted cuidó muy bien de su hermana, pero me he dado cuenta de que sólo estuvo con ella un año.

La señorita Gissop suspiró.

—¿Fue sólo un año? Me pareció mucho más tiempo.

—Oh cielos. ¿Fue difícil complacer a la señorita Crane? —preguntó con un tono comprensivo.

La señorita Gissop esbozó una sonrisa conspirativa.

—Sólo después del mediodía —se inclinó hacia delante y bajó la voz—. Era bastante adicta a las bebidas fuertes, pero no probaba ni una gota hasta entonces.

Ni por asomo Eleanor mostró la decepción que sintió ante esta respuesta, pero estaba realmente consternada. La señorita Gissop había caído hasta el final de la lista; podía ser inteligente y graciosa, pero si también hubiera sido discreta, no habría dicho ni pío sobre los defectos de su antigua jefa.

La esperanza de que el rastro de visitantes en la casa de South Audley Street pasara

desapercibido para lord Haverham se desvaneció cuando él regresó a casa un poco antes de lo habitual. Entró en la casa justo cuando la señorita Gissop salía de ella. Después de hablar discretamente con el mayordomo, entró en el salón con el ceño fruncido.

—He oído que has tenido una tarde ajetreada, Eleanor —dijo—. No habías mencionado que buscabas otra compañera, y debo decir que no veo que tengas necesidad de una mientras estés bajo mi techo y tengas a Diana para hacerte compañía.

La expresión natural de lord Haverham tendía a ser seria, pero Eleanor vio que en sus ojos color avellana acechaban tanto el desconcierto como el dolor.

Cruzó la habitación hasta llegar a él y le puso una mano en el brazo.

—No te enfades, Frederick. No creí que mereciera la pena mencionar el asunto hasta que hubiera encontrado una candidata adecuada para el puesto. He sido feliz viviendo contigo, pero no puedo hacerlo para siempre. Londres me sienta muy bien y estoy pensando en comprar o alquilar una propiedad aquí, pero debes ver que no puedo instalarme en otro lugar sin un compañero.

Como había esperado, su primo se sintió claramente molesto por esta idea.

—Veinticuatro años es demasiado joven para tener un hogar propio, querida —dijo—, parecería muy extraño. Más bien deberías estar buscando un marido.

—¿Por qué? Una de las cosas que más admiraba de la cultura de Constantinopla era que a las mujeres se les permitía tener propiedades y riqueza por derecho propio. Sin embargo, soy plenamente consciente de que soy extremadamente afortunada por tener los medios para mantenerme en este país.

—Si quieres decirme que Constantinopla está llena de damas que han montado sus propios hogares en lugar de buscarse un marido, será la primera vez que lo oigo.

—Pues no —admitió—, es sólo que todas sus propiedades y riquezas no caen automáticamente en manos de sus maridos, como suele ocurrir aquí. Ejercen tanta o más presión sobre ellas para que se casen. Es cierto que no podían entender por qué yo aún no me había casado, pero no puedo creer ni creeré que la posición de una mujer en este mundo deba definirse sólo como madre y esposa.

Lord Haverham la miró con cierto desconcierto.

—Por todo lo que me has contado, Eleanor, parece que eras perfectamente feliz cuidando de tu padre, como imagino que habría hecho tu madre de estar viva.

—Sí, lo fui —dijo, un poco melancólica.

—Entonces, aunque ya no eres tan joven como hace unos años, tienes la ventaja de poseer ya las cualidades y la experiencia que un caballero refinado y de buen gusto debe valorar en su esposa. No te importaba dirigir una casa como hija, así que no veo por qué deberías oponerte a dirigir una como esposa, y me parece extremadamente antinatural que no desees casarte o ser madre.

—Me has malinterpretado, Frederick —dijo ella, con un tono grave contrariado por una mirada risueña—. Sólo quería decir que en Constantinopla, aunque en cierto modo las damas tenían más derechos que las mujeres en Inglaterra, su papel seguía estando definido por el hecho de ser esposas y madres de innumerables hijos. No es que *no* desee ser esposa o madre, es que tengo la opción de elegir, y la usaría sabiamente. Papá y yo teníamos una relación muy afectuosa, una profunda comprensión mutua, y él me permitía tener una gran libertad. Si pudiera conocer a otro caballero con el que fuera posible compartir una relación similar, me atrevería a decir que sería muy feliz casándome con él —lord Haverham pareció sentirse un poco aliviado—. Sin embargo, no he conocido a tal caballero —continuó—, y consideraría un acuerdo muy

pobre ceder tanto mi fortuna como mi independencia a alguien que sólo desea una esposa que le proporcione comodidad y le provea de herederos.

—Pero, ¿qué otra cosa podría desear? —preguntó su primo, perplejo—. ¿Qué es lo que esperas de un marido, Eleanor?

—Debería desear una compañera inteligente con quien pueda conversar sobre todos y cada uno de los temas que le conciernen. En cuanto a mí, requeriría un hombre dispuesto al menos a escuchar los consejos de su esposa, que tuviera en cuenta sus deseos y a comportarse de un modo del que ella pudiera sentirse orgullosa.

Lord Haverham soltó una carcajada.

—¿Eso es todo?

—No exactamente. También esperaría que me concediera la libertad de viajar, con o sin él. Me gusta mucho viajar, ¿sabes? Conocí a lady Hester Stanhope en Constantinopla y me agradó mucho. Fue una pena que evitara involucrarse en los círculos británicos siempre que podía. Nos encontraba un tanto aburridos —suspiró—. Después se fue a Egipto, creo.

—Eleanor, no debes mencionar su nombre cuando estés acompañada de personas refinadas. No te traerá nada bueno el decir que la conoces; ella es una deshonra. En cuanto al tipo de marido que deseas, bueno, nunca encontrarás un hombre así.

—No, me temo que tienes razón —dijo con pesar—, por eso he entrevistado hoy a tres posibles compañeras. Pero parece que mis expectativas al respecto también estaban bastante fuera de lugar; ninguno de ellos es la adecuada.

La expresión de lord Haverham se suavizó un poco y cuando habló lo hizo en un tono más moderado.

—Has tenido una educación inusual, Eleanor. Has pasado la mayor parte de tus años de formación viajando por el mundo con mi tío, y eso te ha inculcado un grado alarmante de independencia. Pero créeme cuando te digo que no te servirá de nada establecerte en casa sólo con una compañera contratada, al menos no en Londres. Eres bienvenida a quedarte con nosotros todo el tiempo que quieras, querida. He notado una notable mejoría en el ánimo de Diana desde que viniste a quedarte en Standon. Como sin duda habrás descubierto, puede llegar a sentirse bastante abatida cuando estamos en el campo. También me has hecho un gran favor al acompañarla a la ciudad a un montón de eventos que a mí me habrían hecho poca gracia. Además, aunque quizás no debería admitirlo, nunca había visto que nuestra casa funcionara tan bien desde que tú llegaste.

No queriendo estar en desacuerdo con su extremadamente cordial primo, quien había sido tan amable con ella, sonrió sin comprometerse y dijo:

—Bueno, ya veremos. Todavía no hay nada escrito.

La verdad era que cada vez estaba más cansada de la carga de responsabilidad que Frederick parecía estar encantado de echarle sobre los hombros. Sabía que a él no le gustaba estar toda la noche en un baile, una fiesta musical o en cualquier tipo de veladas, pero el comportamiento de Diana y sus frecuentes cambios de humor la estaban preocupando cada vez más. Había achacado su comportamiento coqueto a su natural buen humor después de haber estado tanto tiempo encerrada en el campo cuando llegaron a la ciudad, pero le había inquietado no poder localizarla en el baile de lady Battledon la semana pasada, y la había hecho sospechar cuando había aparecido de repente, con las mejillas coloradas y ojos iluminados, con lord Sandford siguiendo su estela. Él había pasado junto a Eleanor, pero no sin antes dirigirle una mirada satírica.

Cuando había interrogado a Diana sobre su ausencia, ésta había soltado una risita y le había dicho:

—Hace tanto calor y me siento tan sofocada aquí, Eleanor, que debo admitir que salí a la terraza a tomar el aire, pero no debes preocuparte, varias otras personas también lo habían hecho.

Sabía que sería inútil seguir interrogándola, así que lo dejó pasar, diciéndose a sí misma que se aseguraría de vigilarla más de cerca en el futuro. Realmente apreciaba mucho a su primo y no quería que se convirtiera en el hazmerreír de nadie si podía evitarlo.

Cuando lord Haverham se dispuso a salir de la habitación, le dijo:

—Ven con nosotras a Almack's esta noche, Frederick. Aunque me complace acompañar a Diana, estoy segura de que ella preferirá que la acompañes tú.

—Tonterías, Eleanor —dijo bruscamente—, sabes que no soporto ese lugar. Estoy segura de que Diana no me necesita; siempre logra llenar su tarjeta de baile. Además, ya estoy comprometido con una fiesta de amigos esta noche.

La terquedad de sus palabras la desanimó a seguir insistiendo. Cuando la puerta se cerró tras él, suspiró. Diana sabía que cualquier comportamiento inapropiado en Almack's tendría grandes consecuencias. Plenamente consciente de que su conducta estaba siendo observada por las patronas que se aseguraban de que las estrictas nociones de decoro rigieran los salones de eventos, Diana no daría un paso en falso.

Y así fue. Sólo las ocasionales muecas que hacía y las frecuentes miradas en dirección a la puerta daban a entender que esperaba la llegada de alguien.

Liberada de cualquier preocupación, Eleanor se divertía a lo grande. Era una bailarina consumada y siempre tenía una pareja. Acababan de dar las once cuando Diana la buscó.

—Es todo tan insípido y me duele la cabeza. ¿Te importaría mucho que nos fuéramos a casa?

Eleanor le sonrió a los dos caballeros quienes en ese momento se acercaban para llevarlas a cenar, se excusó y sacó a Diana de la habitación.

—Si esperabas ver a lord Sandford en Almack's, fuiste una tonta, Diana. Dudo mucho que alguna de las patronas le permitiera la entrada a alguien con semejante reputación.

—¡Pero es un marqués! —protestó.

—Eso no les importaría lo más mínimo —dijo, con un deje de aprobación en su tono—. Me atrevería a decir que disfrutarían negándole la entrada a alguien de su rango.

Diana hizo un mohín.

—En mi opinión, son demasiado arrogantes, y algunas son realmente rencorosas. No me parece justo que se les permita prohibirle la entrada a cualquiera con quien no estén de acuerdo.

Sólo un año separaba a las dos damas, pero la diferencia de experiencia y carácter creaba entre ellas un abismo que a veces resultaba difícil de acortar. Hasta el momento, todos los compromisos los había hecho Eleanor; había acompañado a Diana a todos los sitios a los que había querido ir, la había escuchado parlotear durante horas sobre temas que le interesaban muy poco y la había ayudado pacientemente para que saliera de los más oscuros momentos de sus irregulares estados de ánimo.

Pero la gratitud que sentía hacia Diana por haberla aceptado en su casa sin rechistar se estaba agotando. Sus brillantes rizos rubios, su tez perfecta y sus ojos azules, unidos a un aire de ingenuidad, la hacían parecer más joven de lo que era. Esta cualidad infantil era genuina, ya que Diana seguía siendo una niña mimada. Primero mimada por sus padres y ahora mimada por su marido, no era de extrañar. Pero Eleanor tenía cada vez más claro que si no intentaba abrir un poco los ojos de Diana, no tardaría en encontrarse en un buen lío.

—Sabes muy bien que todas las patronas hacen un excelente trabajo asegurándose de que Almack's sea un lugar seguro para que las jóvenes encuentren maridos adecuados, Diana. No encuentro nada que objetar en contra de lady Cowper o lady Jersey, y se rumorea que la condesa

Lieven es una excelente anfitriona política. Admito que es un poco altiva, pero posee una sagaz inteligencia que admiro.

—Entonces quizá deberías seguir su ejemplo y buscarte un marido que se interese por la política y convertirte tú también en una anfitriona política —dijo, un poco enfadada.

—Pero yo no tengo esa ambición, además, todos los caballeros que he conocido con esas inclinaciones ya estaban casados o eran demasiado viejos. Me he dado cuenta de que no has negado que esperabas ver a lord Sandford.

Un tenue color tiñó sus mejillas.

—¿Y por qué no iba a desear verlo? Es, con mucho, el caballero más divertido que conozco.

—También es el caballero con peor reputación que conoces —dijo secamente.

Diana se encogió de hombros.

—No soy una inocentona, Eleanor, sino una mujer casada. Estoy segura de que no es nada raro que una mujer casada desde hace algunos años disfrute de un flirteo con otro caballero.

—No si ella es discreta —dijo—, y en tu caso, sólo si se trata de un mero flirteo. Frederick te adora, querida, pero su afecto por ti no sobreviviría a un escándalo. Después de todo, aún no le has dado un heredero.

Diana no estaba tan a la altura de las circunstancias como ella imaginaba, y sus ojos se abrieron de golpe y luego se llenaron de lágrimas.

—¿Hacer un escándalo? ¿Aún no le he presentado un heredero? ¡Eleanor! No puedes pensar que yo, que...

—No, querida —dijo suavemente—, pero no es lo que pienso lo que cuenta. Ya sabes lo rápido que corren los rumores por la ciudad, sean ciertos o no. Si, como afirmas, sólo estás disfrutando de un ligero flirteo con el marqués, quizá no tengas de qué preocuparte. Pero si vas a permitirle que te robe un beso en un balcón a oscuras, podría pensar que le permitirás otras libertades.

Diana no dijo nada y se encogió de hombros. Sin embargo, Eleanor no perdía la esperanza de que sus palabras tuvieran algún efecto. Por supuesto, comprendía perfectamente por qué Diana se sentía atraída por él. Era apuesto, experto en el arte del flirteo y poseía esa cualidad ligeramente peligrosa que entusiasmaba a ciertas jóvenes; en efecto, era todo lo que el formal y confiable lord Haverham no era.

Creía que Diana apreciaba a su marido. De hecho, ¿por qué no iba a hacerlo cuando él la colmaba de regalos? No creía que tuviera intenciones serias hacia lord Sandford, sino que simplemente disfrutaba de la emoción de ser objeto de sus atenciones. Sin embargo, no confiaba en que tal caballero se comportara como debía. Sin tan solo Frederick mimara a Diana tanto con sus atenciones como lo hacía con sus regalos. No era de extrañar que buscara la aprobación y el aprecio de otro caballero.

CAPÍTULO 3



Aunque Miles tenía su propio alojamiento cuando estaba en la ciudad, la casa de su familia estaba a tan solo un corto paseo de distancia, en Berkeley Square. Esto le daba la libertad de ir y venir a su antojo sin que sus padres o los criados lo notaran, a la vez que le proporcionaba toda la comodidad de un lugar cercano donde dejar sus caballos y su carruaje.

Tras desayunar tranquilamente, se dirigió hacia allí, con la intención de disfrutar de un paseo matutino antes de visitar a su madre, de quien sabía que rara vez se levantaba temprano cuando estaba en la ciudad. Sin embargo, había subestimado la impaciencia de lady Brigham por ver a su único hijo. Cuando entró en los establos por la caballeriza que había detrás de la casa, su mozo de cuadra sonrió y le dijo:

—Su señoría ha enviado un mensaje hace media hora, milord; dice que le agradecería que la visitara antes de salir. Creo que está en la sala matinal.

—Gracias, Tibbs —dijo, girando y cruzando el pequeño patio con unas zancadas apresuradas.

Lady Brigham se levantó de un salto y corrió a través de la habitación para abrazarlo en cuanto su pie cruzó el umbral de la sala matinal.

—Mamá —rio, apartándola de él y alisando el delicado lazo de encaje que cubría su oscuro y rizado cabello y que le servía de gorro—. ¿En qué lío te has metido?

—No seas absurdo, Miles —dijo, sonriendo—, ya no me meto en líos, como bien sabes. ¿Qué te hizo pensar que lo había hecho?

—La urgencia con la que deseabas verme. Esperaba que aún estuvieras en la cama.

Le lanzó una mirada de fingida severidad.

—He estado esperando que llegues a la ciudad en cualquier momento del último mes, Miles. Me molestó mucho que no vinieras a verme ayer, y que en su lugar me enviaras una breve nota informándome de que tendría el placer de tenerte aquí hoy. Fui inmediatamente a tu habitación, pero ya te habías ido.

—No debiste hacerlo —dijo, frunciendo sus oscuras cejas

—Oh, no digas tonterías —dijo con impaciencia—. Después de todo, eres mi hijo.

—¡Pero hay muchos otros alojamientos en la calle, algunos de los cuales están ocupados por caballeros de dudosa reputación!

Su madre soltó una carcajada.

—¡Miles! ¡Ya he pasado la edad de atraer la atención de los libertinos!

Miles suspiró.

—Sigues siendo tan linda como un sol, mamá, ¡y lo sabes!

—Eres muy amable al decirlo —dijo, cogiéndolo de la mano y tirando de él hacia un sofá—. Deseaba verte antes de que salieras a dar una vuelta y te encontraras con amigos que sin duda te tentarían a ir al club de boxeo de Jackson, a Manton's o a algún otro lugar que a los caballeros les gusta frecuentar. Ahora, déjame mirarte —le llevó una mano al pelo y le dijo con bastante solemnidad—. Tienes un aspecto muy severo, querido. Sigues siendo extremadamente atractivo, por supuesto, pero ¿qué te ha llevado a cortarte el pelo al ras? Cuando eras un chaval tenías un revuelo de rizos tan loco como yo.

—Pero él ya no es un chaval, querida.

Ambos se volvieron hacia la puerta. Lord Brigham había entrado en la habitación sin ser oído. Rondando los cincuenta, seguía siendo un hombre imponente. Era alto, tenía un buen físico y vestía con gusto y elegancia. El perfil aguileño de su rostro denotaba su noble linaje, y las canas que salpicaban su cabello oscuro no hacían sino darle un aspecto más distinguido.

—Me gusta tu nuevo aspecto. Te sienta bien, Allerdale.

Miles se levantó y fue a estrechar la mano de su padre.

—¿Cómo está, señor?

—Muy bien —dijo el marqués, con una leve sonrisa en los labios—. Me alegro de verte; será un alivio no tener que oír a tu madre decir "Me pregunto cuándo vendrá" varias veces al día.

Miles sonrió con pesar.

—Hubiera venido antes, pero había mucho que hacer, y deseaba ver primero el parto de los corderos.

—Sí, Janes escribió que te habías dedicado de lleno en todos los aspectos del negocio de la finca, pero que te habías interesado especialmente en las granjas. Me impresionó mucho su informe. Puedes considerar cumplida cualquier obligación que sientas hacia mí.

—Gracias, señor —dijo. Sus labios se torcieron en una mueca—. No debe temer que lo ponga en un aprieto durante mi estancia en la ciudad.

—No sufro tal aprensión, Allerdale, e incluso permitiré que te hayas ganado un respiro después de todo tu duro trabajo; disfruta un poco. Aunque esta aparente transformación en tu carácter es loable, también es ligeramente alarmante. Sólo deseaba que frenaras algunos de tus excesos, no que cambiaras tu carácter por completo.

—No lo creo —dijo lady Brigham, cruzando la habitación a paso ligero y con una gracia natural—. Hablando de diversión, Miles, había otra razón por la que deseaba verte con tanta urgencia. Celebraremos un baile el próximo martes y no deseaba que te comprometieras con una fiesta de amigos ese día en particular.

Esta vez la sonrisa que Miles le ofreció a lady Brigham no fue una de oreja a oreja. Era evidente que su madre no había olvidado su obligación para con ella.

—No lo haré, señora.

—Bueno, ahora que eso está resuelto, debo ir a ultimar algunos preparativos. No puedes hacerte una idea de lo mucho que me queda por hacer. Sería mucho más fácil si ocuparas tus habitaciones en la casa, Miles, así podría consultarte mucho más fácilmente sobre una serie de asuntos.

—¡Dios mío! —dijo él—, ¿qué sé yo de organizar bailes?

—¡Pero Miles! ¡Estoy organizando el baile por ti! No es que se lo haya dicho a nadie, porque no estaba segura de que fueras a venir. Es una lástima que ya te hayas perdido la mitad de la temporada, pero he reunido a todos los que merecen tu atención bajo un mismo techo en un esfuerzo por facilitarte las cosas tanto como me sea posible. Sé lo tedioso que te resulta mostrar

siempre tu encanto en este tipo de fiestas. Si no ocuparás tus habitaciones aquí, al menos ven a cenar esta noche para que podamos hablar acerca de algunas de las jóvenes a las que he invitado.

—Aunque odio decepcionarte, mamá —dijo con firmeza—, me temo que ya estoy comprometido para los próximos días.

Los grandes ojos oscuros de lady Brigham se abrieron de par en par.

—¡Sabía cómo iba a ser! Hace meses que no te veo y, sin embargo, no puedes concederme una noche. ¡Es tan poco considerado de tu parte!

La expresión de Miles se suavizó al cogerle la mano. Estaba a punto de capitular cuando la ayuda llegó de un lugar inesperado; su padre siempre había sido su crítico más feroz y generalmente hacía todo lo que estaba en sus manos para asegurarse de que su madre no fuera infeliz.

—Ya basta, Julia —dijo lord Brigham con suavidad—. Estoy seguro de que Allerdale tiene muchos amigos con los que ponerse al día. Conténtate con saber que estará en tu baile. Como ya he dicho, se ha ganado el derecho a disfrutar un poco.

—Oh, muy bien —dijo, ofreciéndole a su hijo una sonrisa contrita—. Lo siento, Miles, no es mi intención agobiarte. ¿Vendrás al menos a cenar la noche del baile? Asistirá tanta gente que sólo serviremos una cena tipo bufé bastante informal, y necesitarás una buena cena antes de que empiece. Sólo estaremos nosotros, tu tía Frances y tu primo Charles. Llegarán a la ciudad el lunes y se quedarán con nosotros. Como sabes, Bassington no soporta Londres y se niega a tener una casa aquí.

—Sí, lo sé. Charles se ha servido de mi sofá en más de una ocasión y sin duda vendré a cenar —dijo—. Hace por lo menos dos años que no lo veo, y siempre me ha agradado.

—Sí, siempre ha tenido un don para las travesuras, lo que sin duda lo explica —dijo secamente lord Brigham. Su expresión se volvió seria—, pero me alegro de que tengas la oportunidad de verlo. Se le ha concedido un breve permiso para visitar a su familia, pero su regimiento se fue directamente de Irlanda a Bélgica y él los seguirá a finales de la semana que viene. Wellington está desesperado por conseguir más hombres y ¿quién puede culparlo con tantos de sus antiguos combatientes todavía en América? Estoy seguro de que ninguno de nosotros sabe cuándo atacará Napoleón, pero no se quedará tranquilamente en París, eso es seguro.

—Estoy muy agradecida de que no estés en el ejército, Miles —dijo lady Brigham con seriedad—. Hay que compadecer a la pobre Frances. No conocerá un momento de paz hasta que Charles esté a salvo de nuevo en casa, no es que muestre su preocupación al mundo, pero ¿cómo puede ser de otra manera? Los nervios de una madre siempre deben sufrir en un caso así.

Lord Brigham, quien sabía que su hermana era una de las mujeres más serenas y de mejor humor que conocía, dudaba mucho acerca de esta apreciación sobre sus nervios. Si los tenía, él nunca los había descubierto. Era madre de cuatro hijos, dos mujeres que eran tan despreocupadas como ella y que estaban felizmente casadas con caballeros de la zona sin siquiera tomarse la molestia de traerlos a la ciudad, y dos hijos, el mayor de los cuales poseía el buen humor de sus padres y se había casado recientemente con la hija de uno de los amigos más íntimos de lord Bassington. Sólo quedaba Charles, quien era por mucho el más vivaz de todos, pero incluso cuando había caído inevitablemente en varios líos, su madre sólo se había reído y había dicho que ojalá ella tuviera la mitad de su energía. Sin embargo, lord Brigham no contradijo a su buena señora.

Miles no dudó en hacerlo. Lanzó una carcajada.

—¡No me cabe duda de que tú, mamá, sufrirías mucho si tuvieras un hijo en semejante

situación, pero a la tía Frances le resultaría demasiado fatigoso preocuparse por cosas que quizá nunca ocurran!

—Frances quiere mucho a Charles —dijo lady Brigham, con cierto reproche.

—Dios, sí —coincidió Miles—. ¡Quiere a todos sus hijos siempre y cuando no requieran que ella se esfuerce!

—Creo que eres muy severo, Miles. ¿Acaso no se esfuerza al venir a Londres con Charles? Casi nunca viene a la ciudad, y lo sabes.

—Probablemente la ha echado su nueva nuera —dijo sonriendo—. Apostaría a que está poniendo la casa patas arriba. Debes saber que la tía Frances es la ama de llaves más desconcertante, lo deja todo en manos de los criados y ¡nunca se le ocurre ver que las cortinas están demasiado descoloridas o las alfombras terriblemente gastadas!

—¡Que muchacho tan horrible! —dijo mientras reía. Se acercó a él y le besó la mejilla—. Te dejaré para que puedas ir a tu paseo.

Cuando ella hubo salido de la habitación, lord Brigham abrió su tabaquera con una experimentada elegancia y tomó una pequeña pizca.

—Soy plenamente consciente de que le prometiste a tu madre encontrar una novia esta temporada, Allerdale, pero no te comprometas con nadie sólo para complacerla. Ya sabes lo entusiasta que es cuando se le mete una idea a la cabeza, pero no le gustaría que fueras infeliz.

—Lo sé, señor.

—A mí tampoco me gustaría —dijo en voz baja.

Una sonrisa de pesar se dibujó en sus labios al ver el destello de sorpresa en los ojos de su hijo.

—Habrías estado en todo tu derecho de recordarme que intenté forzar a que te casaras apenas el año pasado. Me impresiona que no me lo hayas echado en cara.

—Lo hizo por mi propio bien, señor.

—Me alegra que lo sepas, pero me equivoqué. No me había dado cuenta de lo infeliz que eras. ¿Debo suponer que has dejado de culparte por la muerte de tu amigo y ya no estás tan deprimido?

Miles no esperaba una conversación tan abierta, pues esta dejaba al descubierto heridas recién cicatrizadas, pero se aclaró la garganta y dijo:

—Cuando Somerton no me culpó de la muerte de su hermano, la culpa se fue desvaneciendo poco a poco. En cuanto a estar triste, ¿cómo podría estarlo si he tenido tanto que hacer? Si encuentro a alguien con quien pueda casarme, ¿nos permitiría vivir en Murton, señor? He disfrutado estando a cargo de una finca.

—La idea no carece de mérito —admitió—. Por supuesto, necesitarías encontrar una novia que no se opusiera a vivir en las tierras salvajes de Yorkshire.

—Murton no está en tierras salvajes, señor. York no está muy lejos, después de todo —animado por la franqueza de su padre, dijo—. ¿Cómo sabía que mamá le convendría?

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de lord Brigham.

—No estaba para nada seguro de si lo haría —admitió en voz baja—, pero la idea de que ella no estuviera en mi vida me resultaba insoportable. Ella nunca me aburrió, como tantas otras chicas.

—No creo que lo hiciera —dijo con sentimiento—, ¡estabas demasiado ocupado sacándola de apuros!

—Sí —admitió—, pero caía en ellos con toda inocencia y fue un placer sacarla de ellos. Ahora, ¿vas a dar ese paseo, o te gustaría venir conmigo a Whites? No me importaría oír de tus

propios labios tus experiencias en Yorkshire, y allí no habrá temor de que nos interrumpan.

—Sí, señor —respondió Miles con prontitud; esta no era una oferta que se le hiciera a menudo—. Iré a dar un paseo esta tarde.

CAPÍTULO 4



Eleanor dio la última puntada a la cinta de satén rosa de su bonete, echó un vistazo al cuaderno de bocetos que tenía abierto a su lado y cogió una de las flores de seda que tenía esparcidas a sus pies. La colocó en un ángulo alegre y la sujetó con alfileres.

—Mucho mejor —murmuró.

La puerta de la sala se abrió y Diana la cruzó.

—No sé por qué te tomas tantas molestias —dijo—. Tu capota me pareció muy agradable tal como estaba.

—Era pasable, lo reconozco —convino Eleanor—, pero tan ordinario. Eres tan hermosa que luces deslumbrante con cualquier capota que te pongas, y por eso Madame Griffon te hace un descuento tan generoso. Yo, en cambio, no soy tan afortunada y debo ingeniármelas para ser un poco diferente.

Complacida por el cumplido, Diana sonrió y se adentró más en la habitación.

—Yo creo que eres muy atractiva, Eleanor. Si no te gustó la capota, ¿por qué la compraste?

—Sin duda soy una quisquillosa, pero nunca encuentro lo que me gusta. Por eso prefiero comprarles mis capotas a personas menos excelsas y adornarlos yo misma.

Diana cogió el cuaderno de bocetos y examinó los distintos sombreros que Eleanor había diseñado.

—Debo decir que son muy buenos. Si alguna vez pierdes tu fortuna, podrías trabajar como sombrerera. Yo los compraría.

Eleanor se rio.

—Gracias, pero espero sinceramente que ese día no llegue nunca. Sospecho que crear diseños a mi gusto y tener que hacerlo para otros con el fin sobrevivir serían dos cosas muy distintas.

Diana volvió a colocar el cuaderno de bocetos, se sentó y con una alegría que no resultó del todo convincente dijo:

—Sí, claro. Sólo estaba bromeando. Además, Frederick nunca permitiría que te rebajaras de esa manera.

Eleanor se limitó a sonreír y esperó a que Diana expresara lo que la preocupaba. Sujetó la flor con unas puntadas cuidadosamente hechas y retiró el alfiler. Satisfecha, dejó la capota, se inclinó y empezó a devolver las flores y los trozos de cinta que le quedaban a su cesta de costura.

Diana se puso de rodillas y empezó a ayudarla. Cuando hubieron guardado todo, no se levantó de inmediato, sino que cogió las manos de Eleanor y levantó una mirada inusualmente

pensativa para encontrarse con la mirada suavemente inquisitiva de Eleanor.

—Frederick me ha informado de que estás buscando otra compañera. ¡No nos abandones, Eleanor! Es tan agradable tener a alguien con quien hablar; me sentía tan sola antes de que llegaras.

—¿Lo estabas? —dijo en voz baja—. Lamento oírte decir eso. ¿Frederick no te hacía compañía antes de que yo llegara?

—Sí... no... lo que quiero decir es que lo veía, por supuesto, en el desayuno y en la cena, al menos, pero siempre estaba muy ocupado —soltó las manos de Eleanor y se sentó—. Él es tan amable, tan generoso... —tocó con sus dedos el broche de mariposa de topacio que llevaba—. Frederick me lo regaló ayer mismo, y un par de pendientes a juego.

—Son encantadores.

—Sí. Pero a él no le interesan las cosas que me conciernen, ¿sabes? Y yo no entiendo nada de sus asuntos.

Eleanor se puso de pie, llevando a Diana con ella.

—He visto cómo son las cosas entre vosotros. Creo que hay afecto por ambas partes, pero lo estáis convirtiendo en un triste lío entre vosotros.

Diana se enfadó.

—¿Qué quieres decir? Siempre he cumplido con mi deber junto a él y trato de ser una buena esposa. Mi madre me advirtió que no dependiera de él ni mostrara demasiados sentimientos, y no lo hago. Has visto por ti misma que nunca le suplico a Frederick que nos acompañe a ninguna parte.

—Entonces no se le puede culpar por no comprender que a veces deseas que te acompañe —dijo suavemente—. Y en cuanto a no comprender sus asuntos, ¿cómo podrías hacerlo si nunca le has pedido que te los explique?

Los ojos de Diana se abrieron de par en par.

—¿Crees que me los explicaría?

—Tal vez —dijo—, si realmente creyera que te interesan. Incluso podría entonces devolvarte el cumplido y mostrar más interés por los tuyos.

Incertidumbre y contrición cruzaron los ojos de Diana.

—Aunque tengas razón, no deseo que nos dejes. Si es por lo que pasó la otra noche con Sandford, no esperaba ni deseaba que él me besara. Lo aparté y le dije que no debía hacerlo. Sólo fingí que no me importaba porque no me gusta que me reprendan.

Eleanor no pudo evitar sentirse conmovida por el deseo de Diana de que no la abandonara, pero su simpatía no llegó tan lejos como para poner en juego su propia felicidad.

—Me alegra oírlo, querida, pero no es eso lo que me hizo comenzar a buscar otra compañera.

—¿Entonces qué fue?

—He estado acostumbrada a dirigir mi propia casa, o al menos la de mi padre, que viene a ser lo mismo...

—Eso explicaría por qué se te da tan bien —dijo—. Debes saber que estoy bastante contenta de permitirte llevar las riendas de la nuestra. Lo haces mucho mejor que yo.

—Es muy amable por tu parte —dijo, sin poder ocultar la ironía en su voz—. Pero harías mejor en aprender de mí mientras puedas, Diana. Estoy acostumbrada a tener una gran libertad y no puedo someterme dócilmente a ser dependiente en la casa de alguien.

—Pero no somos cualquiera, Eleanor —protestó—, somos tu familia y te apreciamos mucho.

Al darse cuenta de que había muy pocas posibilidades de que alguien que había tenido una educación tan convencional como Diana comprendiera su posición, Eleanor cambió de táctica.

—Y yo os quiero mucho a los dos, te lo aseguro. Si, como me asegura Frederick, mis planes están fuera de lugar, tendré que pensármelo de nuevo. Pero hoy no quiero hacerlo. El sol brilla y, aunque parece que sopla una brisa, estoy segura de que será un día caluroso. Estoy cansada de estar dentro de casa; di que vendrás conmigo a dar un paseo por el parque.

—Por supuesto —dijo, entusiasmada.

Como Hyde Park estaba muy cerca de South Audley Street, no tardaron en comenzar a sonreír y saludar a numerosos conocidos. Eleanor miró de reojo a Diana cuando un carruaje tirado por un vistoso par de caballos se acercó a ellas. Lord Sandford aminoró la marcha al acercarse, pero Diana, quien se había sentido emocionada y sorprendida a partes iguales por su beso, se limitó a asentir con frialdad y aceleró el paso.

—Ves, Eleanor, pienso portarme perfectamente bien de ahora en adelante. Oh, creo que veo a lady Langton y a su hermana adelante. Vamos con ellas.

Eleanor no tenía una muy buena opinión de lady Langton, a quien encontraba frívola y vacía, pero no puso reparos, complacida por la aparente resolución de Diana de mantener lejos a lord Sandford.

—¡Eliza! —llamó Diana, cuando se acercaron por detrás.

Lady Langton miró por encima de su hombro, revelando un par de brillantes ojos azules. Eran su mejor rasgo, aparte quizá de su tez suave y sin imperfecciones. En general se la consideraba atractiva, pero su nariz era un poco demasiado larga y fina para merecer el tributo de ser llamada una belleza. Tal vez fuera este atributo el que daba a su voz una cualidad más bien nasal.

—¡Diana! —gritó, cogiendo el brazo de su amiga. Le dedicó una rápida reverencia a Eleanor antes de apresurarse—. Qué suerte haberte encontrado hoy, porque tengo varios datos que estoy segura querrás saber.

Como el parque estaba atestado, no había espacio suficiente para que cuatro damas caminaran fácilmente a la par. Eleanor se quedó atrás junto con la señorita Farrow, la hermana menor de lady Langton. Compartía la nariz y era tan tonta como su hermana, pero, por desgracia para ella, no compartía los demás atributos de ésta; tenía los ojos demasiado juntos y su tez era tristemente propensa a las rojeces. Aunque lady Langton llevaba obedientemente a su hermana de un lado para otro y le presentaba a los muchos contactos que su matrimonio le había proporcionado, dos temporadas no habían dado lugar a ninguna oferta de matrimonio para la señorita Farrow.

—Eliza está ridículamente entusiasmada con el baile de lady Brigham —dijo la señorita Farrow en voz baja—. ¿Ha recibido una invitación, señorita Edgcott?

—Sí, incluso lord Haverham asistirá, lo cual me sorprendió, ya que no suele disfrutar los bailes. ¿La veré allí?

La risita de la señorita Farrow no disimuló su resentimiento.

—No, no he sido honrada con una invitación, y estoy segura de que no me importa, aunque sea el primer baile que lady Brigham celebra en años.

—¿Lo es? No me había dado cuenta, pero eso quizás explique por qué lord Haverham ha aceptado asistir.

—Es muy probable —coincidió—, lord Brigham es muy respetado según Langton. Pero no es por eso por lo que Eliza lo espera. Ella está mucho más interesada en su hijo, lord Allerdale. Al parecer, es casi tan raro que él asista a un baile en estos días como que lady Brigham celebre uno, pero difícilmente puede negarse a asistir cuando es su madre la anfitriona del evento. Yo no lo conozco, pero Eliza lo vio con un grupo de amigos en el teatro la temporada pasada y le

parece muy atractivo.

Ambas damas se detuvieron cuando una capota rodó por el camino delante de ellas. Eleanor lo recogió y le quitó el polvo. Le pareció muy elegante y de un estilo muy poco común. La corona era de color crema, con dos cintas marrones que creaban un efecto a rayas, el ala también era marrón y un ramillete de delicadas flores lilas completaba la agradable paleta de colores.

Levantó la vista y vio a una joven de ojos grandes y ansiosos y brillantes rizos dorados que se dirigía hacia ella. Sonrió y fue a su encuentro.

—¿Es suyo?

—Oh sí, gracias. Había atado el lazo demasiado fuerte y cuando lo deshice, ¡el viento me lo arrancó de la cabeza!

—No creo que haya sufrido ningún daño —dijo mientras se lo entregaba—. Habría sido una pena, porque es una creación muy bonita. ¿Le importaría decirme dónde lo compró?

La chica le sonrió tímidamente.

—En absoluto. Todos mis sombreros los compro con la señora Willis. Su tienda está en Cranbourn Alley, cerca de Leicester Square.

En ese momento, una señora bajita y regordeta, con un vestido muy llamativo que se distinguía en gran medida por unas rayas verdes y amarillas que la hacían parecer tan ancha como alta, se acercó corriendo hacia ellas.

—¡Emily! ¿Qué haces corriendo por el parque? ¡Estoy segura de que esta amable señora debe de pensar que eres una cualquiera!

—En absoluto —dijo Eleanor—. ¡Creo que yo también correría detrás de un sombrero así! —le dedicó a la joven una sonrisa tranquilizadora—. Veo que mis amigas me esperan y debo dejaros.

—Sí, por supuesto —dijo Emily—, gracias de nuevo por su ayuda.

Mientras recorría la corta distancia que la separaba de su grupo, oyó a la señora, quien supuso era la madre de Emily, decir con un tono bastante exasperado:

—¿Cómo vas a hacer amigos, Emily, si ni siquiera te esfuerzas por aprenderte los nombres de las personas o darles el tuyo o tu dirección?

—Pero sería muy atrevido por mi parte —dijo con una voz temblorosa.

Eleanor sintió lástima por la muchacha y podría haber regresado y presentarse si Diana no se hubiera abalanzado sobre ella y la hubiera cogido del brazo.

—¡Eleanor! ¡No debes ir por ahí hablando con extraños en el parque!

Se rio.

—¿Por qué? Ninguna de las dos damas en cuestión parecía peligrosa.

—No hace falta que sean peligrosas para que no sean personas adecuadas para que las conozcas —intervino lady Langton—. Apostaría lo que fuera a que eran unas de esas *mercantes inútiles*.

Pocas veces había oído Eleanor tanto desprecio expresado en una sola oración. Sintió un arrebató de fastidio; con frecuencia había recibido a mercaderes ingleses en la mesa de su padre y tenía poca paciencia para tales suposiciones de superioridad, especialmente cuando provenían de alguien tan inane como Eliza Langton.

—¿Has visitado alguna vez la tienda de la señora Willis en Cranbourn Alley, Diana? Creo que está cerca de Leicester Square. Ahí es donde la joven encontró ese encantador sombrero.

—No creo haberlo hecho.

—¡Ja! —dijo lady Langton—. Entonces son definitivamente mercantes. No me sorprendería que esa joven hubiera perdido el sombrero a propósito con la esperanza de conocer a alguno de

sus superiores.

Eleanor estaba a punto de cuestionar este punto de vista cuando oyó que la llamaban. Al volverse, vio un par de ojos inteligentes y oscuros en un rostro definido, que la miraban. Se apresuró a acercarse a la calesa.

—Buenas tardes, condesa Lieven.

—Hágame el favor, señorita Edgcott, de acompañarme a dar una vuelta por el parque.

Negarse no era una opción.

—Por supuesto, señora. Le informaré a lady Haverham de mi intención.

—Sin duda debes ir —dijo Diana—, estaré perfectamente segura con Eliza.

Lady Langton hizo una mueca.

—Prefiero que seas tú quien vaya. Ella me aterrera.

Las tres damas comenzaron a pasear de nuevo por el sendero, con las cabezas juntas mientras compartían los últimos chismes. Eleanor regresó a la calesa y subió rápidamente.

La condesa Lieven enarcó una ceja.

—Quizás estoy siendo engreída, señorita Edgcott, pero estoy segura de que mi compañía debe ser más interesante que la que usted ha dejado. ¡Todas ellas son unas simplonas!

—No debería decir eso, señora, ya que una de ellas es pariente mía —dijo Eleanor, pero con una sonrisa.

—Sólo por un matrimonio —dijo la condesa, sin avergonzarse—. Haverham es mucho más sensato, al igual que usted, creo. Nunca conocí a su padre, pero sólo he oído hablar bien de él.

—Sí, él era un buen hombre. Estoy, por supuesto, encantada de hacerle compañía por un corto tiempo. De hecho, me alegro de tener la oportunidad de conversar en privado con usted, porque no se me ocurre nadie mejor a quien consultar sobre un asunto de etiqueta. ¿Sería un error por mi parte tener mi propio hogar en la ciudad?

—¿Tendría un pariente mayor, quizás una tía, viviendo con usted?

—No, pero contrataría a una acompañante.

—No creo que eso sea conveniente; es usted demasiado joven. ¿Es infeliz en casa de su primo?

A Eleanor se le encogió el corazón. No quería actuar de forma que alguien pensara tal cosa.

—Oh no, pero he estado acostumbrada a llevar una vida diferente...

—Has vivido muchos años en el extranjero y te sientes un poco confinada por las costumbres inglesas. Lo comprendo. He oído que ha rechazado más de una oferta de matrimonio, y no la culpo por ello. Pero, ¿ha considerado que se le concederá mucha más libertad siendo una dama casada si elige sabiamente? Incluso las damas de Constantinopla, que, según creo, en general sólo se relacionan con su propio sexo, tienen probablemente cierta influencia sobre sus maridos e hijos.

—Sí, es cierto —admitió Eleanor.

—Podrías hacer mucho peor que relacionarte con alguien que se dedique a la diplomacia, o que probablemente lo haga en el futuro; después de todo, es un mundo con el que estás familiarizada. Venga a mi salón pasado mañana; hay alguien que me gustaría que conociera.

Eleanor era plenamente consciente de lo honrada que se sentía al recibir esta invitación, por lo que aceptó con mucho gusto.

—Por cierto, ¿de dónde ha sacado ese sombrero? Es algo por encima de lo común.

—Originalmente de Madame Lafayette's en Bruton Street, pero lo he rediseñado a mi propio estilo.

—Tiene cierto estilo, señorita Edgcott. Ciertamente es muy superior a los diseños de

Madame Lafayette, ¡y ella no es más francesa de lo que yo soy inglesa! Corre el rumor de que va a cerrar la tienda. No me sorprende; no se ha adaptado a los tiempos y eso, ya sabes, es fatal en todas las cuestiones de moda.

Dos caballeros a caballo pasaron junto al carruaje. La condesa Lieven le sonrió al más rubio de los dos, pero se limitó a asentirle fríamente al otro. Eleanor levantó rápidamente la vista y saludó a lord Carteret antes de dejar que sus ojos se dirigieran rápidamente al otro caballero, pero éste se había ido antes de que pudiera formarse una impresión firme, aparte de que era moreno. Sintió un extraño cosquilleo en la parte baja del cuello y el impulso de darse la vuelta y mirarlo más de cerca. Ignoró su deseo rotundamente.

—¿Conoce a lord Carteret? —preguntó la condesa Lieven.

—Sí. Me he encontrado con él en algunas ocasiones.

—¿Y qué piensa de él?

—¿Qué iba a pensar de él? —dijo, sorprendida—. Es muy cortés, sus modales son sumamente correctos, pero posee una reserva que hace que sea difícil conocerlo.

—Eso es cierto. Por lo que me ha contado lady Jersey, todo es culpa de lady Haverham.

—¿De Diana? ¿En qué sentido?

—Él se enamoró de ella o pensó que lo había hecho; todavía me cuesta creer que alguien de su nada despreciable entendimiento se enamorara de alguien tan caprichosa como ella, pero más de un caballero sensato ha sido cegado por una cara bonita. Ella lo rechazó para irse con Haverham. No tengo nada que decir en contra de Haverham; opina como debe en muchos temas, pero no se puede negar que es bastante aburrido. No me sorprende en absoluto que el marqués de Sandford haya llamado la atención de su esposa.

Eleanor se puso pálida.

—¿Ha empezado ya a circular ese rumor? No hay nada serio entre ellos, se lo aseguro. De hecho, no hay nada entre ellos más allá de un pequeño flirteo.

—Ningún rumor ha llegado aún a mis oídos —dijo—, hablo sólo por mis propias observaciones. Creo que tengo un poco más de astucia que la mayoría. Si me dice que lady Haverham no está involucrada en más que un pequeño flirteo, elijo creerle. Pero usted puede creerme cuando le digo que Sandford no se contentará con eso. En palabras simples, es un granuja. Cualquier intención que pueda tener será sin duda deshonrosa y está lejos de ser discreto. Por alguna razón, señorita Edgcott, usted me agrada y no desearía que sufriera por asociación si la reputación de lady Haverham se mancha.

—¡No! No llegaremos a eso —dijo rápidamente—, me aseguraré de que no sea así. Hoy mismo Diana lo ha desairado.

—Bien. Esperemos que siga haciéndolo.

Incómoda, Eleanor cambió de tema.

—Pareció como si usted desaprobara al acompañante de lord Carteret.

—Eres muy observadora, pero más bien diría que aún no lo he aprobado. Lord Allerdale es el hijo del marqués de Brigham, un hombre ciertamente digno de mi estima. Por desgracia, su hijo se parece más a su madre; he oído que ella solía ser extremadamente volátil. Creo que hay un italiano en alguna parte de su familia, lo que tal vez lo explique. No digo que lord Allerdale sea tan malo como lord Sandford, pero ha adquirido la reputación, sin embargo, de ser bastante salvaje. Lo último que se dice de él es que se ha reformado, pero como estoy casi segura de que fue su madre quien hizo correr ese rumor, no le doy mucha importancia. Sin duda ella espera que él elija esposa esta temporada e intenta disipar los temores de las madres que aún tienen hijas de las que deshacerse.

—Siempre me gusta juzgar a las personas por mí misma —dijo—. Estaré en el baile de lady Brigham la semana que viene y así tendré esa oportunidad.

—Sí, yo también —dijo—. Me atrevo a decir que será un éxito, ya que todos los que son alguien estarán allí, así como, sin duda, todas las chicas que buscan casarse.

—No todas las chicas —dijo suavemente—. Sé con certeza que la señorita Farrow no ha sido invitada.

—Eso es algo bueno, supongo —dijo bruscamente.



—Oh, vaya —dijo lord Carteret—, a juzgar por la mirada de la condesa Lieven, no creo que vayas a hacer acto de presencia en Almack's en un tiempo, Allerdale.

Miles se rio.

—Ojalá fuera cierto. Mi madre es amiga de Sally Jersey, así que dudo que haya alguna dificultad.

—¿Te fijaste en la otra dama del carruaje?

—Sólo tuve tiempo de observar una elegante capota y un par de grandes ojos marrones.

—Era la señorita Edgcott.

—Entonces, si la condesa Lieven se ha puesto en mi contra, creo que cualquier oportunidad que pudiera haber tenido de fijar mi interés en la señorita Edgcott ya se ha esfumado.

No parecía demasiado preocupado por esta probabilidad y su mirada se fijó repentinamente en uno de los caminos que se acercaban a la calzada.

—Hablando de capotas elegantes —dijo—, ¿quién es esa encantadora criatura de allí? Es un pedazo de perfección.

—No tengo ni idea, viejo amigo, lo que me lleva a sospechar que no pertenece a los círculos más importantes. Y antes de que te dejes llevar por sus labios carnosos y sus rizos dorados, ¿puedo sugerirte que mires a su madre?

—¿Por qué? No es la madre lo que me interesa.

—Dejando a un lado su vulgar aspecto, podrías considerar que su belleza perdurará aun cuando sea mayor, al menos, ese es el consejo que me dio mi madre hace años.

—¿En serio? Entonces me sorprende que te declararas ante Diana Ramshorn; su madre era bastante corpulenta según recuerdo.

Los labios de lord Carteret se curvaron en una sonrisa amarga.

—No he dicho que siguiera su consejo.

Mientras hablaba, la joven tropezó, soltó un grito y cogió su bien proporcionado tobillo.

—Y este es otro caso en el que no voy a seguir el tuyo, Carteret. Un caballero no puede ignorar a una dama en apuros.

Pero después de que Miles empezara a trotar, un carruaje de dos caballos pasó a su lado haciendo que su pura sangre, muy nervioso, se deslizara por la carretera y se encabritara. Un faetón que venía en la otra dirección se vio obligado a detenerse bruscamente delante de él.

Para cuando controló a su montura y calmó el temperamento del conductor del faetón, quien no dudó en proferir maldiciones contra él, el carruaje ya había recogido tanto a la belleza desconocida como a su madre y, ahora, desaparecía en la distancia.

—Maldito Sandford. Debería saber que no debe conducir a ese ritmo por el parque.

—Pero venía a rescatar a la damisela en apuros —murmuró lord Carteret.

Miles frunció sus oscuras cejas.

—¿Si alguna vez ha acudido al rescate de alguien, es la primera vez que lo oigo! ¡Es más probable que la termine arruinando! ¿En qué estaba pensando su madre?

Un brillo cínico apareció en los ojos de lord Carteret.

—¿Tu mal genio se debe a que te preocupa la virtud de la joven o a que Sandford te ha robado el terreno, Allerdale?

No esperó una respuesta.

—Sólo se me ocurren dos razones por las que su compañía fuera aceptable para ella. La primera es que ella no tiene ni idea de su reputación y simplemente está agradecida por su ayuda al llevar a su hija sana y salva a casa. La interpretación menos caritativa, pero la que me parece más probable, es que ella sabe exactamente quién es y espera aprovecharse de él. Puede, por supuesto, esperar que él le proponga matrimonio, pero dependiendo de sus circunstancias, puede conformarse con algo menos honorable. Como estás a punto de convertirte en un hombre respetable, amigo mío, y no podrías ofrecerle a la joven más de lo que Sandford podría, no creo que ninguna de las dos hipótesis deba preocuparte.

Los ojos de Miles brillaron, pero cuando su compañero se limitó a levantar una ceja de manera desafiante, sonrió con pesar.

—¿No sé por qué te soporto, Carteret!

—¿Me equivoqué?

—¿No, maldita sea! ¡Rara vez lo haces! Pero si esa preciosidad va a convertirse en la amante de alguien, más le valdría aceptar la protección de casi cualquiera menos Sandford. He oído que no trata nada bien a sus enamoradas, ni durante su acuerdo ni cuando lo rompe.

—Supongo que la muchacha tendrá muy poco que decir al respecto. Su madre debe haber gastado mucho para que debutara con estilo y querrá recuperar su inversión. Ahora, Allerdale, ¿puedo sugerir que le hagamos una visita a Jackson o a Angelo? Así podrás librarte un poco de tu mal humor.

—Angelo's —dijo con decisión—, ¡tengo más posibilidades de vencerte con una espada que con mis puños!

—No, a menos que controles tu temperamento —dijo su amigo sutilmente.

CAPÍTULO 5



Eleanor y Diana cenaron solas la noche de la fiesta de la condesa Lieven. Lord Haverham se había ido a Newmarket, excusándose al señalar que sería la última reunión hasta julio, pero había prometido estar de vuelta a tiempo para el baile de lady Bringham.

Diana picoteaba la comida y tenía muy poco que decir. Ese extraño estado de abstracción se había apoderado de ella desde su paseo por el parque.

Presintiendo la inminente tormenta, Eleanor la miró con recelo.

—Me quedaré si lo deseas. Puedo enviar fácilmente una nota de disculpa a la condesa Lieven.

Diana negó con la cabeza, incapaz de hablar por las lágrimas que brotaban de sus ojos a pesar de sus esfuerzos por ahuyentarlas.

Eleanor miró al lacayo que se paseaba al fondo de la habitación.

—Puedes dejarnos, Stanley.

Cuando él hubo abandonado la habitación, ella dijo:

—Llevas dos días con el ánimo por los suelos, Diana. Ven, dime qué te preocupa.

Las lágrimas cayeron con más rapidez y Diana enterró la cara en su servilleta. Eleanor colocó el tenedor en el plato y no dijo nada, con la esperanza de que un buen llanto aliviara la melancolía de Diana. Cuando por fin contuvo el flujo, dijo:

—No, sólo estoy siendo estúpida. No puedes rechazar una invitación a una de las fiestas de la condesa Lieven; este año están muy solicitadas, aunque no por mí. Por lo que sé, se habla de política. Cosas aburridas. Pero tú, supongo, estás acostumbrada a hablar de esas cosas.

—En realidad, no. Mi papel consistía más bien en entretener a los colegas embajadores de mi padre, a su personal, a los comerciantes ingleses que operaban desde Constantinopla o a los visitantes ingleses que estaban de paso. No solían hablar de su trabajo en mi presencia, aunque papá a veces compartía algunas de sus frustraciones al tratar con los funcionarios turcos, y a menudo me pedía mi opinión sobre las personas que conocíamos. Siempre decía que yo tenía buen instinto con la gente.

Diana resopló y se sonó la nariz.

—En cualquier caso, estoy segura de que la velada te resultará más estimulante que a mí. Y me atrevería a decir que la encontrarás mucho más interesante que estar mi compañía.

Las últimas palabras fueron pronunciadas en un gemido de autocompasión, y Diana cayó una vez más en un ataque de llanto.

Pasó algún tiempo antes de que Eleanor pudiera calmarla, y cuando lo hizo, Diana le contó

todas sus aflicciones. El origen de su infelicidad parecía provenir de varios frentes, pero su causa principal parecía ser la falta de atención de su marido, estaba segura de que a él no le importaba si ella vivía o moría, aparte del hecho de que aún no le había dado un heredero, pero incluso eso podía remediarse fácilmente si ella contraía alguna enfermedad mortal o era atropellada por un carruaje, ya que entonces él podría volver a casarse y su nueva esposa sería con toda probabilidad lo bastante diligente como para darle un hijo antes de que cumplieran un año casados.

Eleanor le señaló pacientemente que, hasta donde ella sabía, Frederick nunca había expresado su descontento por el hecho de que Diana no le hubiera dado un heredero, que le costaría encontrar a alguien tan hermosa y que, aunque no siempre demostraba su afecto, estaba segura de que, en caso de que ella muriera, sufriría un golpe del que probablemente nunca se recuperaría.

—¿De verdad lo crees? —dijo vacilante.

—Estoy segura.

Diana arrugó la servilleta que aún sostenía y la arrojó sobre la mesa.

—Pero no es sólo Frederick. Estoy harta de... la inestabilidad de la gente. Solía ser muy buena amiga de lord Carteret, ¿sabes? pero ahora apenas me reconoce...

—¿Cómo esperas que siga siendo amigo tuyo cuando le rompiste el corazón? —dijo suavemente.

No fue mérito suyo que por un momento Diana pareciera un poco reconfortada por este pensamiento. Sin embargo, sólo fue una momentánea mejora de su ánimo.

—Si me hubiera amado de verdad, aún querría ser mi amigo. Y luego está Sandford.

Eleanor enarcó una ceja.

—Robar un beso fue ciertamente un atrevimiento, e intentarlo en un lugar tan público demostró una deplorable falta de consideración por tu rep...

—No es sólo eso —dijo con fastidio—. Debí de dar otra vuelta por el parque cuando estabas con la condesa, porque volvió a cruzarse con nosotras, esta vez con esa... esa *persona* cuyo sombrero recuperaste.

—¡No! —dijo, sorprendida—. ¿Sola?

—Esa criatura vulgarmente vestida estaba con ella.

—Tal vez él las conocía —sugirió.

—Eliza dijo que probablemente era su m-amante y creo que tenía razón —dijo entre sollozos—. Si hubieras podido ver la mirada de regodeo que me dirigió Eliza, porque estaba muy celosa de que Sandford tuviera sentimientos hacia mí, ¿sabes? No la creía tan rencorosa. La única persona que me quiere de verdad es mi pequeña Lucinda, y hace tanto tiempo que no la veo que lo más probable es que ya no me reconozca cuando volvamos a Standon.

Eleanor, quien era práctica por naturaleza, dijo:

—Entonces, ¿por qué no mandas a buscarla?

—¿Cómo podría? Sabes que tuvo esa horrible tos justo antes de que nos fuéramos, y el doctor Lampton dijo que bajo ningún motivo debía traerla a la ciudad porque el aire no sería bueno para ella.

—Sí, claro, qué tonta he sido —dijo, con un poco de brusquedad—. Entonces quizás deberíamos volver a Standon. No tengo inconveniente. Podríamos ir mañana, si te parece bien.

Diana parecía no saber qué contestar a este comentario, pero al cabo de un momento dijo:

—No, no creo que sea posible. Por supuesto que me gustaría, pero no sería justo ni para ti ni para Frederick. Y luego está el baile de lady Brigham el martes; estoy segura de que ninguno de

nosotros querría perderselo. Al menos me queda el consuelo de saber que la señorita Ryder cuidará muy bien de mi pequeña hija.

Eleanor conocía la naturaleza superficial de Diana y por eso no le sorprendió esta respuesta, pero cualquier impaciencia que pudiera haber sentido ante esta orgía de autocompasión se vio aliviada al saber que Diana estaba sufriendo realmente una crisis de confianza. Aunque no creía que le correspondiera interferir entre su primo y su esposa, se daba cuenta de que iba a tener que ser más firme con Frederick cuando éste regresara.

Fue inevitable que llegara tarde a la fiesta de la condesa Lieven. Al ser anunciada, vio que su anfitriona se dirigía hacia ella, acompañada por un hombre de semblante agradable, aunque serio. Las sombras oscuras de sus ojos le daban un aspecto algo demacrado y, aunque su piel seguía siendo tersa, su cabello estaba ya en vías de encanecer.

Se inclinó ante ella y le dijo:

—Es una pena, señorita Edgcott, que mis asuntos me impidan quedarme más tiempo, pero espero tener la oportunidad de volver a hablar con usted. Echamos mucho de menos a su padre, sobre todo ahora que necesito buenos hombres con experiencia en diplomacia.

Antes de que pudiera responder, él había abandonado la habitación. La condesa Lieven enarcó una ceja.

—Empezaba a temer que no vendría, señorita Edgcott.

—Pido disculpas por haber llegado tan tarde —dijo con calma, consciente del tono tenso de su anfitriona—, no es mi costumbre habitual, se lo aseguro, pero me he retrasado inevitablemente. ¿Era él a quien quería presentarme? ¿Quién era?

—Es una situación lamentable, señorita Edgcott, cuando no reconoce al ministro de asuntos exteriores de su propio país.

Eleanor se sonrojó.

—No he tenido el placer de conocer a lord Castlereagh.

—¿No? Bueno, está bastante ocupado con los acontecimientos mundiales en este momento. Espero que usted no sea una de las que simpatizan con Napoleón.

—En absoluto. Mientras sea libre, creo que siempre será un peligro.

—Me alegra que tenga el ingenio para verlo, señorita Edgcott. No deja de sorprenderme que aún tenga partidarios en este país y que haya otros que piensen que aún se puede encontrar una solución pacífica —señaló con la cabeza hacia un rincón de la sala—. El conde Grey está aquí esta noche; es uno de los que lo cree por si desea discutir el asunto con él.

—Pero no deseo discutirlo en absoluto, señora. No sé lo suficiente sobre las complejidades de la situación y por lo tanto no estoy cualificada para hacerlo.

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de la condesa.

—Una sabia decisión. Puede ser muy persuasivo, y no quisiera que se dejara engañar por su elocuencia.

—Pero si no está de acuerdo con él, ¿por qué está aquí?

—Porque me gusta conocer todos los puntos de vista de una discusión. Que no esté de acuerdo con él no significa que no pueda apreciar sus ideas. Además, en política las cosas cambian constantemente, y no es prudente enemistarse con personas que un día pueden tener más influencia de la que tienen en este momento.

Eleanor había oído que la condesa Lieven no tenía reparos en enemistarse con la gente, pero sonrió.

—Estoy segura de que tiene razón, señora.

La condesa la cogió del brazo y la condujo por la sala, presentándole a una desconcertante

serie de personas que no conocía. No permanecieron con nadie el tiempo suficiente para que ella pudiera hacer algo más que intercambiar corteses saludos, hasta que llegaron a un apuesto caballero de pelo rubio blanquecino y graciosos ojos verde claro.

—Permítame presentarle al señor Nicholas Pavlov, señorita Edgcott.

El caballero hizo una elegante reverencia.

—Encantado de conocerla, señorita Edgcott.

Ella le sonrió con su habitual simpatía y le dijo:

—¡Pero si parece usted inglés!

—Eso es porque mi madre era inglesa —explicó—. Crecí hablando francés e inglés a partes iguales, y completé mi educación en Oxford antes de regresar a Rusia.

—Mi marido y yo hemos intentado convencer al señor Pavlov de que estas circunstancias le hacen ideal para una carrera diplomática. Ha accedido a trabajar para mi marido de forma extraoficial durante unos meses, y esperamos que al cabo de ese tiempo podamos recomendarlo para un puesto más oficial, si así lo desea. Oh, veo que lord Grey está listo para marcharse, disculpadme.

—¿Y qué es lo que la condesa desea que haga, señorita Edgcott? —preguntó con picardía.

—¿Desea que haga? —dijo, desconcertada.

—No quiero faltarle al respeto a nuestra anfitriona, pero creo que las invitaciones de la condesa se hacen generalmente con algún objetivo en mente, ya sea social o políticamente motivado.

—Pues no se me ocurre ninguna forma en la que yo pudiera serle útil en ninguno de los dos casos —dijo—. ¿A usted le interesa hacer carrera en la diplomacia, señor Pavlov?

—No es por eso por lo que vine de nuevo a Inglaterra —respondió—. Fue mi abuelo inglés, el señor Fallow, quien insistió en que terminara mi educación en este país y me proporcionó un subsidio mientras lo hacía. Era un modesto terrateniente de Cheshire que, por desgracia, tenía demasiadas hijas que mantener. Mi madre eligió ser institutriz, pero tras una situación especialmente desagradable respondió a uno de los anuncios de mi padre, el conde Pavlov, y se fue a Rusia.

—Y él se enamoró de ella, qué romántico.

—Tal vez. Pero el resultado fue su ostracismo en San Petersburgo, y se vio obligado a retirarse a su finca.

—¿Tan malo fue? —preguntó—. ¿No le gustaba el campo?

—No todo el año. Rusia no es diferente de Inglaterra en ese aspecto; la nobleza sólo se traslada a sus fincas en verano. Lo soportó bastante bien, y ahora que mi madre ha muerto, él y mi hermanastro vuelven a ser bienvenidos en el redil.

—¿Pero usted no?

—No. Siempre debo ser un recordatorio de lo que se considera un error de mi padre. Como no quería ser un obstáculo ni para él ni para mi hermanastro, decidí probar suerte en Inglaterra. Conocí un poco a mi abuelo cuando estuve aquí antes, y me agradó. Esperaba conocerlo mejor, pero he llegado demasiado tarde; murió hace seis meses y mi tío ha ocupado su lugar. No parece muy dispuesto a establecer lazos más estrechos con su sobrino mitad ruso. Creo que teme que sea una carga para sus recursos.

No parecía excesivamente preocupado por este hecho, pero Eleanor era consciente de ese sentimiento de simpatía que tenía hacia él. Sus palabras sobre su madre habían sido directas, pero ella había visto y reconocido el dolor en sus ojos.

—¿Y sería usted una carga para sus recursos?

—No. Mi padre no es rico, pero financia mi visita. Sin embargo, si decido quedarme, tendré que encontrar algún tipo de empleo.

—Parece que ya lo ha hecho. Es decir, si desea formar parte del servicio diplomático. ¿Lo desea?

Él sonrió irónicamente.

—No es fácil hacer que se desvíe de un tema, señorita Edgcott. La condesa Lieven es muy patriótica y no desea perderme ante mis parientes ingleses; cree que aún puedo serle útil a Rusia. Me ha tomado un cariño inexplicable.

Eleanor se quedó pensativa y de repente se echó a reír.

—Oh, ahora lo veo todo.

—¿Ah, sí? —dijo amenamente—. ¿Qué es lo que ve?

—Creo, señor, que la condesa puede estar tratando de organizar algo más que su carrera. Yo soy hija de un diplomático y he pasado muchos años en el extranjero. Volví a casa el año pasado, cuando perdí a mi padre.

El destello de sorpresa que atravesó sus ojos le dio a entender que no había estado preparado de ninguna manera para este encuentro.

—¿Cree que es casamentera?

—Estoy segura —dijo—. Usted ya me ha dicho que no está muy bien de dinero, señor, pero a mí me han dejado en una situación muy cómoda. Si la condesa Lieven tiene en cuenta sus intereses, supongo que yo parecería una mujer muy adecuada para usted.

—Es usted muy franca, señorita.

—Sí —estuvo de acuerdo—, creo que en este caso, es lo mejor. No sé a usted, señor, pero a mí no me gusta ser un peón en el juego de nadie.

—A mí tampoco —convino él.

Eleanor levantó una ceja.

—¿No? Ha eludido dos veces responderme si desea o no ser diplomático, por lo que deduzco que no. Sin embargo, ha permitido que los Lieven lo convencieran para explorar esa posibilidad.

Una mirada de admiración apareció en sus ojos.

—Es usted astuta, señorita Edgcott. Igualaré su franqueza porque, aunque no estoy del todo seguro de por qué, siento que puedo confiar en usted. Tengo una razón particular para desear quedarme en Londres por el momento y por eso me pareció práctico y diplomático, si desea verlo así, aceptar su oferta.

Eleanor sonrió; el señor Pavlov le agradó instintivamente.

—Entonces, ¿son ellos los peones? No le preguntaré cuál es su razón porque intuyo que es privada, y no debe temer que lo delate; después de todo, no tengo motivos para hacerlo.

—Gracias —dijo inclinándose—. Estamos a punto de ser interrumpidos, señorita. ¿Puedo llevarla a dar una vuelta por el parque la semana que viene? Puede que a ambos nos interese que al menos parezca que jugamos al juego de la condesa.

—Me encantaría pasear con usted por el parque, señor —dijo sinceramente—, y no porque forme parte del juego de nadie.

Él sonrió y se alejó. Eleanor se giró y su sonrisa creció al ver que una mujer alta y hermosa se acercaba a ella.

—¡Georgianna! ¡No te había visto entre la multitud! Estoy muy feliz de encontrarte aquí.

—Y yo a ti, Eleanor. Todo el mundo habla de Napoleón y de la inevitabilidad de la guerra. Somerton está inmerso en una conversación sobre la probable eficacia de nuestras tropas y las de nuestros diversos aliados. Puedes llamarme traidora, pero sólo puedo alegrarme de que ya no

sirva a su país, aunque no sea así.

—¿No está tentado de volver a unirse a su regimiento?

—Mucho. Sólo la persuasión conjunta de su padre y la mía propia lo han retenido hasta ahora —sonrió débilmente—. Pero pase lo que pase ahora en Europa, estoy segura de que no lo hará.

Los ojos de Eleanor se abrieron de par en par.

—¿Debo felicitaros?

El brillo de los ojos de su amiga le respondió.

—Sí —dijo en voz baja—, pero aún no es de conocimiento general. Sé que puedo confiar en que no dirás ni una palabra; sólo Somerton, Marianne y ahora tú lo saben. Incluso le he prohibido a Alexander que le informe a su padre, porque el duque insistiría en que regresara a Rushwick Park. Desea mucho tener un nieto.

—No lo haré, por supuesto, pero hay un brillo de bienestar y felicidad en ti que podría delatarte.

—No, ¿por qué debería? —dijo—. Mi criada me ha informado que puedo esperar sentirme lánguida, horriblemente enferma y sufrir cambios de humor impredecibles.

—Oh, ya veo. No sé de esas cosas, pero me alegro mucho de que no hayas sufrido ninguno de esos síntomas; me parece una lástima que un acontecimiento tan emocionante vaya acompañado de ellos. ¿Cómo está Marianne? La última vez que hablé con ella estaba escribiendo tanto al príncipe regente como a lord Liverpool sobre esos pobres animales de la casa de fieras.

—Ha recibido respuesta de este último informándole de que, aunque no se les puede trasladar a un parque exterior por el peligro de que se escapen, se examinarán sus condiciones de vida y su alimentación.

—En otras palabras, la han engatusado —dijo secamente.

Dos simpáticos hoyuelos asomaron en las mejillas de Georgianna cuando dijo:

—Eso es porque lord Liverpool, o más bien una de sus secretarias, no conoce a Marianne. Si no ve ninguna mejoría, se convertirá en una molestia hasta que la vea.

—Espero que tengas razón, porque estoy bastante de acuerdo con su sentir. ¿Asistirás al baile de lady Brigham el martes?

—Desde luego que sí —confirmó, dejando entrever un brillo de diversión en sus ojos—. Su hijo, lord Allerdale, es ahijado de mi tía, lady Hughes, y amigo mío.

—Eso sí que es interesante —dijo, con una mirada inquisitiva—, pues la condesa Lieven me informa de que tiene fama de ser bastante salvaje, aunque creo que se rumorea que ha cambiado de actitud.

Georgianna se rio.

—Espero que lo haya hecho, pero no confío en ello. Bien puede intentarlo si su madre le ha indicado que desea que lo haga. Él la quiere mucho y haría cualquier cosa por verla feliz, pero dudo que ella lo haya hecho; nunca se le puede hacer ver que él tiene defectos.

—Pero dijiste que era tu amigo, Georgianna, y por esa razón no puede ser tan salvaje.

—Puede ser muy divertido y buena compañía, y no creo que sea mala persona, pero ¡cuidado si pierde los estribos!

—¿Lo ha hecho contigo? —preguntó, ansiosa por la curiosidad.

—Sí —admitió, su mirada se suavizó como si estuviera recordando un grato momento—, pero no me preguntes más; no quiero influir en tu opinión sobre él.

Habían estado caminando lentamente por el perímetro de la sala, pero se detuvieron al acercarse a dos caballeros. Lord Somerton tenía la frente arrugada y el rostro serio, pero interrumpió su seria conversación al ver a su esposa. Enarco una ceja y una mirada entre

preocupada y adoradora suavizo sus ojos dorados.

—¿Ya has tenido suficiente?

Georgianna le sonrió a él y luego al otro caballero.

—Admito que estoy un poco cansada —dijo—, pero sólo porque estoy segura de que lord Bringham no me delatará al repetirme mis palabras a la condesa. ¿Conoce a mi amiga, la señorita Edgcott, señor?

Él hizo una reverencia.

—No, no he tenido ese placer. ¿Cómo está usted, señorita?

Eleanor inclinó la cabeza y dijo:

—Estoy muy bien.

Lord Bringham era muy consciente de las especulaciones que rodeaban a la señorita Edgcott, como también lo era de las apuestas que se hacían en ese momento en su club sobre qué dama se ganaría el corazón de su hijo, aunque no es que nadie especulara sobre este tema en su cara.

—¿Tendré el placer de verla en nuestro baile, señorita Edgcott?

La sonrisa de Eleanor era perfectamente serena, pero sus ojos reían.

—Ciertamente lo tendrá, milord. ¿Quién soy yo para perderme la velada más esperada de la temporada?

Lord Bringham la miró fijamente por un momento y luego su rara sonrisa apareció.

—Tengo la sensación, señorita Edgcott, de que nuestro baile le importa una higa.

Ella se rio.

—Bueno, no. Pero he estado en tantos en tan poco tiempo, verá, y aunque todos son muy agradables, minan la energía de uno, lo cual es una pena, porque hay tantas otras cosas interesantes de las que ocuparse.

—Qué perspectiva tan renovadora. Venga, señorita Edgcott —le dijo, ofreciéndole su brazo—, camine conmigo y edúqueme sobre qué puede ser más importante para una joven vivaz que un baile.

CAPÍTULO 6



El capitán Charles Bassington, del 13º de Húsares, descansaba a sus anchas en una silla del salón de su primo, con una actitud descuidada que no armonizaba del todo con su elegante uniforme de gala.

Miles entró y dijo con la voz de quien está a punto de enfrentarse a su perdición:

—¿Te parece bien, Charles?

—Luces muy elegante, Miles, pero, por el amor de Dios, ¡borra ese ceño fruncido de tu rostro o todo será en vano! No tienes que tomar ninguna decisión esta noche, después de todo, y espero que no lo hagas; no es bueno precipitarse en estas cosas. Flirtea con todas las chicas atractivas de la sala y diviértete; es lo que yo pretendo hacer.

—¡Es lo que siempre haces! —dijo secamente—. Pero como por lo general tienes que huir al otro lado del canal poco tiempo después, difícilmente se te puede acusar de despertar falsas esperanzas en el pecho de alguna joven.

—Cierto —reconoció Charles—, pero por una vez estoy hablando en serio; olvida que se supone que estás buscando una novia. Te resultará mucho más fácil que te guste una chica si no tratas de averiguar desde el principio si tiene madera de esposa.

Miles había estado tirando de la manga de su ajustado abrigo, pero se detuvo al recordar vívidamente un momento del verano pasado. Su madrina había venido a Brigham con Georgianna y lady Brigham había organizado una cena para sus vecinos. El vizconde Maudley, quien se tenía a sí mismo en gran estima, había interrogado despiadadamente a Georgianna sobre sus logros, como si tratara de determinar si era digna de su atención. Se le dibujó una sonrisa en los labios al recordar cómo ella había cambiado las tornas antes de ponerlo en su lugar.

—Así esta mejor —dijo Charles, poniéndose de pie en un movimiento rápido—. No es propio de ti ser un tipo tan miserable y, después de todo, te he visto atraer a tus brazos a más de una belleza. Puedes ser encantador cuando quieres.

—Sí —admitió—, pero las bellezas de las que hablas, ¡ninguna de ellas era en absoluto respetable!

Charles se rio.

—Como si no lo supiera; recuerdo a esa preciosidad... —hizo una pausa y negó con la cabeza—, no, no te provocaré con recuerdos que ahora deben permanecer enterrados. Vamos, o llegaremos tarde a cenar, y le prometí a tu madre que te llevaría a Berkeley Square a tiempo.

Un brillo sardónico, que a Charles le recordó demasiado a lord Brigham, apareció en los ojos de su primo.

—Me has herido, Charles. Creía que me buscabas sólo por el placer de mi compañía.

—Y así ha sido, como bien sabes, pero si al seguir mi propia inclinación puedo también regodearme en la aprobación de mi tía, ¡mucho mejor!

—¡Idiota! —dijo Miles, sosteniendo la puerta abierta.

—¡No, eso es caer demasiado bajo, viejo amigo!

Rápidamente cayeron en su vieja costumbre de bromear el uno con el otro y así fueron ajenos a las miradas de admiración que atrajeron de más de una dama arriba de un carruaje mientras se dirigían a Berkeley Square. Ambos eran altos, de anchos hombros y apuestos semblantes, pero mientras Miles era moreno, Charles era rubio, con una mezcla de tonos dorados y pelirrojos.

—Qué hijo tan obediente eres, Miles —dijo lady Bassington, sin molestarse en levantarse cuando entraron en el salón.

—Tía Frances —Miles se acercó a la bella mujer que estaba recostada en un sofá, con los pies apoyados en un escabel. Se inclinó y la besó—. Por favor, no te levantes.

Ella le acarició la mejilla y soltó una carcajada.

—¡Muchacho insolente! ¡No tengo intención de hacerlo! Es tan agotador estar siempre levantándose y sentándose cada vez que alguien entra en la habitación.

Él le sonrió.

—Lo comprendo perfectamente. Supongo que estás ahorrando energía para el baile. Sin duda lo encontrarás deplorablemente fatigoso.

Lady Bassington podía ser indolente, pero no era en absoluto torpe. Soltó una risita.

—En absoluto. Disfrutaré viendo cómo te abres camino entre las jóvenes promesas disponibles.

Como sus palabras no contuvieron ningún atisbo de malicia y sus ojos mostraban una gran comprensión, Miles se limitó a sonreír y dijo:

—Puedes hacerme una evaluación de mi actuación.

—Puedes estar seguro de que lo haré, y de las chicas a quienes elijas para bailar.

Lady Bringham los reprendió.

—Hablar de tu actuación es ridículo. No tienes que representar un papel, Miles, sólo ser tú mismo. Cualquier joven que no pueda apreciarte por lo que eres no es digno de tu consideración.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, Julia —dijo lady Bassington—, Miles ciertamente necesita una dama intrépida.

Miles se rio.

—No, mamá, no muerdas el anzuelo. Ya sabes cuánto disfruta tía Frances tomándote el pelo.

Durante la cena, lady Bringham nombró a las diversas damas a las que a él probablemente le gustaría invitar a bailar.

—La señorita Crabtree no es más que la hija de un barón, pero tiene una dote respetable, o si no te gusta, está lady Selena Sheringham, quien es muy atractiva y heredará la fortuna que le dejó su tía abuela cuando se case o alcance la mayoría de edad. Es una pena que lady Barbara Philpot ya haya aceptado una propuesta de lord Buntingdon, porque es bastante impresionante, y luego está la señorita Edgcott. Hablé con ella en el baile de lady Battledon y me pareció muy atractiva, y se rumorea que dispone de una muy buena fortuna. Pero si no te gusta ninguna de ellas...

—Julia —dijo lord Bringham con delicadeza—, creo que ya has dicho bastante. Estoy seguro de que no querrás influir en Allerdale. Deja que las cosas sigan su curso natural esta noche.

Miles le dirigió a su padre una mirada agradecida.

—Mi cabeza da vueltas, mamá. Ya he olvidado todos los nombres que has mencionado,

aparte del último, y estoy seguro de que muy pronto no lo recordaré.

—¿La señorita Edgcott? Sí, bueno, no tengo tantas esperanzas en cuanto a ella. No parece desear un marido; rechazó a Ormsley, ¿sabes? y con su riqueza y buen aspecto, un sinnúmero de chicas han sido lanzadas en su camino por sus esperanzadas madres. Me sorprendió oír que había propuesto matrimonio a la señorita Edgcott, ya que él es muy respetable y ella es, después de todo, sólo la hija de un baronet y una chica vivaz; no habría pensado que ese matrimonio le hubiera sentado nada bien.

—Al menos es una dama, entonces, que puedo tachar de mi lista.

—No te precipites, Miles —dijo lady Brigham—, después de todo, aún no te ha conocido. No buscamos que consigas a la mejor esposa; sólo deseamos que seas feliz. Si te gusta la señorita Edgcott, estoy segura de que no nos opondríamos; es una muchacha respetable.

Sonó la voz profunda y perezosa de lady Bassington, sus palabras lentas y moderadas fueron un gran contraste con la manera alegre y jovial de hablar lady Brigham.

—Hablas como si Miles sólo tuviera que chasquear los dedos y pudiera casarse con quien le plazca, Julia.

—Bueno, ¿y por qué no? Hay muy pocos caballeros con tan buenas oportunidades, y él es más atractivo incluso que Ormsley.

—Tienes prejuicios, mamá —dijo Miles con una sonrisa cariñosa. Se volvió hacia su tía—. Puede que en algún momento haya sido lo bastante arrogante para creerlo, señora, pero ya no lo soy.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque, tía, ya me han rechazado una vez.

Charles había dejado que la conversación fluyera a su alrededor mientras le dedicaba toda su atención a su sustanciosa cena, pero al oír esto levantó la cabeza, con una mirada llena de curiosidad.

—¿No me digas? ¿Quién fue esa chica tan sensata?

—¡Charles! —protestó lady Brigham.

—No es propio de un caballero responderte eso —dijo Miles, con tono severo pero con una sonrisa en sus labios.

—Muy cierto —dijo su padre con la voz suave y sedosa que siempre atenuaba la exuberancia de Charles.

El tema quedó olvidado.

El salón de baile se llenó rápidamente y lady Brigham estuvo ocupada saludando a los invitados durante algún tiempo, pero no dudó en acercarse a lady Selena a su hijo justo cuando se estaba formando el set para el primer baile.

Él estuvo de acuerdo con la valoración que su madre había hecho de ella, era realmente bella, y pensó que tenía una sonrisa singularmente dulce. Sin embargo, lady Brigham no le había informado de su extrema timidez. Rara vez levantaba su mirada hacia la de él y sólo murmuraba “sí”, “no” o “no sabría decir” en respuesta a sus intentos de conversación. Miles no deseaba una esposa que intentara tomar el control de todo, pero tampoco una que apenas pudiera formular una frase y diera un respingo cada vez que él hablaba.

Se sintió aliviado cuando el baile llegó a su fin. Apenas había devuelto a lady Selena a su madre e intercambiado unas palabras cordiales con lady Sheringham, una formidable matrona de mirada calculadora, cuando lady Brigham apareció a su lado junto con la señorita Crabtree. Apretó los labios y la rápida mirada que le dirigió a su madre dejó clara su exasperación. Sin embargo, cuando se inclinó ante la señorita Crabtree, había borrado todo signo de fastidio de su

semblante.

Al principio le pareció una chiquilla insignificante, pero cuando comenzaron a bailar y él le preguntó si estaba disfrutando de su temporada, ella lo sorprendió al alzar su mirada llena de alegría.

—Me pregunto cuántas veces se verá obligado a hacer esa pregunta esta noche. Se comporta con gran mesura, lord Allerdale, pero no me engaña. Sé exactamente lo que está pensando.

—Lo dudo —respondió tajantemente.

Ella sonrió con complicidad.

—Oh, creo que lo sé. Está deseando estar en cualquier sitio menos aquí. ¿Estoy en lo cierto?

Él le respondió con una sonrisa.

—¿Cómo puedo responder a eso, señorita...?

Se dio cuenta con cierta mortificación de que había olvidado su nombre.

—Crabtree —pronunció las palabras por encima de su hombro con una sonrisa comprensiva antes de alejarse de él.

—Perdone mi precaria memoria —dijo, ofreciéndole su sonrisa más encantadora cuando volvieron a encontrarse.

—Por supuesto, lo haré —respondió con prontitud—. Cuando llegué a la ciudad, sufrí de la misma aflicción. Es agotador que te obliguen a bailar con un montón de gente a la que no conoces o a la que no quieres conocer. Me encuentro en la misma situación, ¿sabe?

Miles sintió simpatía por la señorita Crabtree.

—No me obligaron a bailar con usted, y estoy encantado de conocerla, señorita.

—¿No es así? —dijo con una sonrisa—. Por lo menos, no tuvo muchas opciones. Habría sido muy grosero por su parte no invitarme a bailar cuando estaba perfectamente claro que eso era lo que su madre pretendía.

—Soy perfectamente capaz de ser escandalosamente grosero, se lo aseguro.

—Eso está mejor —aprobó—. También es fastidioso estar obligada a hablar tonterías corteses toda la noche.

—¡Pero usted no lo hace!

—No contigo —dijo—. ¿No he mencionado que estamos en el mismo predicamento o es que ha vuelto a ser víctima de su mala memoria?

Él se rio.

—No, no ha sido así. ¿No deseaba venir a la ciudad, señorita Crabtree?

—No —respondió—, pero mi padre insistía. Finalmente cedí cuando quedó claro que no sería feliz hasta que lo hiciera. Ante sus ojos, soy su adorada hija única, así que tal vez se le pueda perdonar que piense que soy hermosa y digna de un conde o incluso de un marqués. Y no piense que estoy buscando cumplidos, porque no es así. Sé que no soy nada fuera de lo común y también sé exactamente lo que quiero, y puede estar seguro de que lo conseguiré.

—Le creo —dijo, con los ojos llenos de diversión—. ¿Qué es lo que quiere?

—Al señor Shaddon —confesó—. Es el hijo de nuestro magistrado local, quien es sólo un hacendado. No es particularmente atractivo, aunque encuentro su semblante muy agradable, y no está nada a la moda, pero eso tampoco me preocupa.

—¿Y está el señor Shaddon devastado por que yo la he apartado de su lado?

Los ojos de la señorita Crabtree se arrugaron mientras reía.

—¡No puedo imaginarlo devastado por nada! Es un caballero muy estoico, y normalmente tiene mucho sentido común, ¡pero con el tema de mi llegada a la ciudad se volvió un botarate!

—¿Es esa una palabra, señorita Crabtree? No creo haber oído el término antes, aunque creo

entenderlo.

—Bueno, si no lo es, debería serlo. El tonto acordó con mi padre que yo debía venir. Dijo que no era digno de mí y que no se casaría conmigo hasta que yo hubiera tenido la oportunidad de mejorar como persona.

Miles se inclinó y le besó la mano mientras el set llegaba a su fin.

—Ha sido un placer, señorita Crabtree, y le deseo que sea muy feliz con su señor Shaddon.

Aunque Miles había disfrutado de su tiempo con la señorita Crabtree, no tenía intención de dejarse acorralar de nuevo por su madre. Se dirigió hacia el lado opuesto de la abarrotada habitación, pero se detuvo en seco al ver a una de las damas más hermosas que había visto en su vida. Su figura era curvilínea y elegante, su cuello largo y grácil y su perfil, perfecto. Cuando ella giró la cabeza hacia él, como si se hubiera dado cuenta de su escrutinio, Miles vio que su estructura ósea era del tipo que le garantizaría envejecer con gracia.

La voz de lord Carteret murmuró en su oído.

—Exquisita, ¿verdad? Pero lady Barbara ya tiene pareja; Buntingdon estaba allí antes que tú.

Las largas y rizadas pestañas de lady Barbara cubrieron sus ojos con timidez, pero no antes de que Miles hubiera visto en ellos una invitación.

—Pero todavía no está casada —dijo, acortando rápidamente la distancia que los separaba.

Al inclinarse ante ella, comenzó a sonar un vals.

—¿Puedo tener el honor de bailar con usted, lady Barbara?

—Me temo que llega demasiado tarde, señor —dijo con pesar—. Mi prometido me pidió que reservara este baile para él.

Sin inmutarse, Miles la cogió del brazo y la condujo hacia las parejas que ya habían ocupado sus lugares.

—Es lord Buntingdon quien llega demasiado tarde —dijo—, porque el baile está a punto de comenzar y no lo veo por ninguna parte.

Mientras el brazo de él rodeaba su cintura, ella lo miró por debajo de sus pestañas.

—Esto no le gustará. Sólo espero que no haga un alboroto.

—Espero que lo haga —dijo con una sonrisa—. Cuando hay un obstáculo en el camino, lo mejor es quitarlo.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Es él un obstáculo en su camino?

Había esperado que ella se riera y tomara sus palabras con la ligereza con que se las había dicho y no pudo evitar comparar su inocencia con la actitud más franca de su última pareja. Pero como no podía retirar sus palabras, le dio la respuesta que sabía que deseaba oír.

—¿Cómo podría ser de otra manera cuando él ha conquistado a la estrella más brillante de la temporada?

Cuando ella no se opuso a su halago ni intentó negar que fuera digna de tal comparación, sino que aceptó su cumplido como si fuera lo que le correspondiera, por alguna razón su belleza disminuyó.

—Sí —dijo con una vocecita desolada—, es una pena que no nos conociéramos antes... antes de hacer mi elección. Hacemos una pareja admirable, ¿no lo cree?

La mirada de Miles se tensó. Había tenido la intención de flirtear escandalosamente con la bella lady Barbara, y si ella hubiera pronunciado sus palabras con una risueña insinceridad, él habría seguido haciéndolo. Pero no hubo ni siquiera un atisbo de jocosidad en sus palabras. Haber manifestado su deseo tan francamente, menospreciar a Buntingdon dejando claro que no lo habría aceptado de haber sabido que el hijo de un marqués intentaría seducirla, pues solo

podía ser eso lo que la hiciera arrepentirse de su decisión, le produjo repugnancia hacia ella.

Siendo lo suficientemente caballeroso como para no querer que lady Barbara lo notara, sus ojos se apartaron de los de ella. Se posaron en una pareja que bailaba como si fuera ajena a todo lo que les rodeaba, con los ojos fijos el uno en el otro, sus labios curvados en una suave sonrisa y una adoración mutua a todas luces evidente. Sus padres desafiaban las convenciones y se comportaban de un modo escandalosamente vulgar al bailar juntos de esa manera, pero no sorprendían a nadie. Siempre bailaban un vals juntos en cada baile al que asistían si estaba en el programa. De pronto deseó que la música terminara, sintiéndose como si de algún modo no fuera digno de compartir la pista con ellos.

—¿Lord Allerdale?

El tono de lady Barbara fue petulante, y su boca estaba fruncida. Miles sospechaba que no estaba acostumbrada a que la atención de sus admiradores se desviara mientras estaban en su presencia.

Cuando sonaron las últimas notas del vals, Miles la soltó y le ofreció una elegante reverencia.

—Perdóneme, pero he divisado a otra pareja admirable, mis padres, quienes siguen muy enamorados. Me han recordado que no debería haberle robado este baile tan particular al hombre que ha tenido la suerte de ganarse su afecto, sino haberme conformado con admirar su belleza desde lejos.

La acompañó fuera de la pista y asintió en dirección al conde, cuyos ojos se entrecerraron al verlos acercarse. Lord Buntingdon era un hombre altivo de gran fortuna, unos diez años mayor que él, y conocido como un gran coleccionista de objetos bellos.

—Permítame felicitarlo, señor —dijo Miles con una agradable sonrisa—, y pedirle perdón por robarle el baile que legítimamente debería haber sido suyo, pero no se le veía por ninguna parte y no creo que pueda culparme por desear un baile con la criatura más bella de la sala.

—Lo entiendo perfectamente, Allerdale —dijo fríamente—. Tardé un poco más de lo previsto en abrirme paso entre la multitud. Espero que haya disfrutado de su baile, porque no se le concederá otro.

Miles interpretó correctamente que sus palabras se referían a *nunca más* y no sólo a esta noche, pero como no deseaba tener otra oportunidad para bailar con ella, lo aceptó de buena gana, hizo una reverencia y se marchó.

Lord Carteret llegó a su lado.

—¿Ya estás jugando tus juegos, Allerdale?

Miles esbozó una sonrisa cansada.

—No te preocupes, Carteret, no deseaba jugar a ningún juego.

—¿Ah, sí? ¿No me digas que lady Barbara fue inmune a tus encantos?

—Mi encantos no fueron de gran importancia para mis futuras conquistas. Creo que ella puede estar arrepentida de haber decidido casarse con Buntingdon; es una persona fría, casi podría decirse siniestra, después de todo. Creo que esperaba que yo cayera rendido ante sus encantos y la rescatara de algún modo.

—¿No te apetece interpretar el papel de caballero de brillante armadura?

—Difícilmente me sentaría —dijo de manera cortante—. Además, no me gusta jugar a los juegos de los demás.

—Me complace oírlo —dijo en voz baja—. Buntingdon es un buen tirador si se trata de un duelo.

—Yo no causaría tanto revuelo —dijo—, ¿no le he prometido a mi padre comportarme de un modo más circunspecto?

—Ah, me alegro de que lo hayas recordado, viejo amigo. Me ahorra hacer caer tu ira sobre mí al recordártelo.

Miles no consideró este comentario digno de respuesta, y en ese momento divisó a Charles entre un pequeño grupo de personas.

—Ven —le dijo a su amigo—, estoy seguro de que Charles deseará hablar contigo.

CAPÍTULO 7



Lord Haverham regresó a casa a tiempo para el baile, y Eleanor por fin lo encontró en su estudio antes de que subiera a cambiarse.

—Me complace tener esta oportunidad de conversar en privado contigo, primo.

Él la miro con un poco de cautela al ver la mirada de determinación en sus ojos.

—¿Oh? ¿Ocurre algo malo?

—Bueno, sabes, Frederick, creo que sí —rio cuando él frunció el ceño—. No te preocupes tanto, primo, no es nada que no pueda remediarse fácilmente.

El ceño de lord Haverham no se relajó inmediatamente, algún instinto le advirtió que su comodidad estaba a punto de ser perturbada.

—¿Es Diana?

—Sí, es Diana. Es una pena que sea tan hermosa. Sólo lady Barbara Philpot y lady Somerton pueden tal vez igualarla.

Su mirada se suavizó.

—Es una joya sin precio, ¿verdad Eleanor?

—Indudablemente.

—¿Pero por qué dices que es una pena que sea tan hermosa? Estoy muy orgulloso de tener por esposa a una criatura tan hermosa.

—Por supuesto que lo estás, Frederick, e imagino que cuando cortejabas a Diana la elogiabas a menudo y pasabas mucho tiempo con ella.

—Sí —admitió—, ¿de qué otra forma habría podido ganarme su afecto e interés cuando ella tenía tantos otros admiradores?

—Tienes un establo muy hermoso en Standon —dijo, pensativa.

Él la miró.

—¿Qué diablos tiene eso que ver?

—Oh, nada en absoluto —dijo despreocupadamente—. Pero, por favor, sígueme la corriente un momento. Cuando eliges un caballo, ¿en qué te fijas?

—Su pedigrí, sus proporciones, oh, muchas cosas.

Eleanor sonrió.

—Muy bien. Y una vez que lo has comprado, ¿lo montas o dejas que lo hagan tus mozos de cuadra?

—¡Por supuesto que lo monto! —dijo—. No compro mis caballos para beneficio de nadie más que de mí mismo, aunque, por supuesto, permito que mis criados los ejerciten.

—Sí, por supuesto que lo haces; después de todo, puedes confiar en que tus sirvientes cuiden al máximo lo que es tuyo.

Lord Haverham empezó a comprender.

—¡Eleanor! No puedes comparar a Diana con un caballo!

Eleanor se rio.

—Suenan ridículo cuando lo dices así, Frederick, y espero que nunca le digas que lo he hecho, pero si lo piensas un poco, estoy segura de que me entenderás.

Frederick echó los hombros hacia atrás y la fulminó con la mirada, claramente ofendido.

—Supongo que estás diciendo que cuido mejor de mis caballos que de mi mujer.

—Bueno —dijo suavemente—, si lo haces, estoy segura de que no es tu intención. Pero la mayor parte de las mujeres bellas a las que he conocido, con la excepción de lady Somerton, me recuerdan a caballos muy nerviosos; están acostumbrados a ser admirados y, si no se les trata de la manera adecuada, pueden volverse bastante caprichosos o infelices. Y cuando una es tan hermosa e ingenua como lo sigue siendo Diana, no siempre es prudente dejarla desprotegida cuando está rodeada de gente que puede no deberte lealtad alguna.

Una mirada de horror oscureció sus ojos.

—¿Estás diciendo, Eleanor, que mi esposa ha traspasado la línea de lo que es aceptable con otro hombre?

—No, Frederick, no estoy diciendo eso. Pero si en general se cree que no estás al pendiente a una mujer tan deseable, no puedes sorprenderte de que otros caballeros, algunos de dudosa reputación, se acerquen con ella.

—¿Quién se le ha acercado?

—Lord Sandford le ha mostrado mucho interés recientemente.

Los ojos de lord Haverham se entrecerraron.

—¿Sandford? ¿Cómo pudiste dejar que ese bueno para nada se le acercara? Tan sólo el año pasado tuvo una aventura con lady... —hizo una pausa—, no me digas que Diana le ha dado esperanzas.

Eleanor se acercó a su primo y le puso una mano en el brazo.

—Ella sigue siendo muy inocente, Frederick. Desde que le expliqué lo indeseables, por no decir perjudiciales, que podían ser sus atenciones, sólo lo ha tratado con la más fría cortesía. Pero no habría sido tan susceptible a sus encantos si se hubiera sentido tan valorada como debería.

Miró a su primo. Lucía atónito y desconcertado.

—Diana nunca me ha mencionado que deseara que la acompañara a alguna parte. Puedes estar segura de que lo habría hecho si me lo hubiera pedido.

—Sé que no lo ha hecho. Su madre le advirtió que no dependiera de ti y probablemente le dijo muchas otras tonterías. Me dijo que se había sentido muy sola antes de que yo llegara, que no entendíais las preocupaciones del otro.

—¿Pero por qué iba yo a molestarla con asuntos de administración de fincas o con el último proyecto de ley del Parlamento? No entendería ni la mitad de lo que le dijera. No es tan espabilada como tú, prima, ni me gustaría que lo fuera.

—Quizá no —convino—, pero se sentiría más valorada por ti. ¿Sabes que se siente mal por no haberte dado todavía un heredero, como si te estuviera fallando de alguna manera? A veces, esa idea la hace sentirse decaída.

—Eleanor, nunca he dicho una palabra sobre ese tema; hay tiempo suficiente, después de todo.

—Es lo que le dije a Diana —suspiró—. Sería mucho mejor que hablarais honestamente

entre vosotros sobre estas cosas, ¿sabes? Ahora debo prepararme para el baile. Por favor, considera todo lo que te he dicho, Frederick, pero no hables con Diana de Sandford, ni de nada de lo que te he mencionado.

Lord Haverham parecía confundido y exasperado.

—Decídate, Eleanor. En un momento me pides que hable con Diana, ¡y al siguiente me dices que no lo haga!

—Quiero decir que deberíais hablar más a partir de ahora, pero no debe saber de nuestra conversación —dijo—. Préstale atención esta noche. Baila al menos una vez con ella y en otros momentos tómate un tiempo para buscarla y preguntarle si se está divirtiendo.

El resultado de esta conversación fue de lo más prometedor; lord Haverham no sólo halagó a su dama por su belleza una vez que ella bajó las escaleras, sino que la trató con una galantería de la que Eleanor no había sido testigo anteriormente. Diana se mostró muy complacida con estas atenciones, y lord Haverham no sólo la condujo al primer baile de la noche, sino que también pidió bailar el vals con ella.

Diana se rio cuando lo hizo, y dijo:

—Pero, milord, qué anticuados pareceremos, bailando dos veces antes incluso de que se sirva la cena.

—No me importa una higa si parecemos anticuados, Diana —dijo con firmeza—. Y no elijo ver a otro caballero reclamar un baile tan íntimo con la dama más bella de la sala.

Un delicado rubor manchó las mejillas de Diana y sus ojos brillaron por las lágrimas.

—Frederick —dijo en voz baja—, oh, Frederick. Sí que te importa.

Como en ese momento la atención de Eleanor fue reclamada por un caballero a quien no conocía, no oyó la respuesta de su primo. Un apuesto hombre vestido de regimiento se inclinó con elegancia ante ella, con una atractiva sonrisa en los labios.

—¿Me concedería el placer de este baile, señorita? No hemos sido presentados, pero como se trata de un baile privado, creo que no necesitamos preocuparnos por este pequeño detalle. Capitán Charles Bassington a su servicio.

Eleanor inclinó la cabeza e hizo una pequeña reverencia.

—Señorita Edgcott, y estaré encantada de bailar con usted, señor —le devolvió la sonrisa—. Pero sólo porque tiene la suerte de portar un uniforme azul, si hubiera sido rojo, habría desentonado con su pelo, ¿sabes? y eso no podría haberle añadido nada buena a mi imagen.

Charles se rio.

—Fue, por supuesto, el factor decisivo a la hora de decidir en qué regimiento alistarme.

Eleanor colocó su mano sobre el brazo de Charles y se dejó guiar hasta la pista, determinando de inmediato que era un encantador pícaro.

Mientras le rodeaba la cintura con el brazo, sus ojos miraron por encima de la cabeza de Eleanor y sonrió. Ella miró por encima de su hombro y vio a lord Brigham conducir a su dama a la pista.

—Qué adorable —dijo ella.

—Lo es, ¿cierto? Mi tío es generalmente la personificación de la dignidad y el decoro, pero nunca se olvida de bailar el vals con mi tía en un baile.

—Me parece encantador —dijo—. Nunca entenderé por qué pero, una vez que uno se casa, no le damos tanta importancia a demostrarle afecto a tu cónyuge; no tiene sentido.

—No creo que mi primo, Allerdale, esté de acuerdo con usted, señorita —dijo sonriendo.

Ella siguió su mirada y lo vio contemplando a lady Barbara Philpot.

—¡Su prometida los está fulminando con la mirada! —dijo, divertido.

—Si a lord Buntingdon no le agrada, debió haberse asegurado de estar allí antes que su primo.

—¿Es usted una romántica, señorita Edgcott?

Ella sonrió.

—No lo creo, pero he tratado con suficientes jóvenes empleados de mi padre, quien era diplomático, como para darme cuenta de que muchos malentendidos se deben a la falta de comunicación.

—¿Estamos hablando de malentendidos románticos o diplomáticos, señorita Edgcott?

—De ambos —dijo—. Imagino que es lo mismo en el ejército; ¿dónde estaría usted sin una fuente fiable de información y una línea de comunicación?

—En ninguna parte, señorita —reconoció él.

—Bueno, eso es lo que siempre he pensado. Por supuesto, en su caso es diferente, pero ¿de dónde proceden esas ideas que dictan lo que debemos y no debemos hablar abiertamente en una sociedad civilizada?

Charles levantó las cejas, fingiendo sentir horror.

—¡Pero, señorita, si no existieran esas normas, las líneas que se han trazado clara y cuidadosamente en la arena durante cientos de años se volverían confusas!

—Sí —dijo con una sonrisa irónica—. Supongo que se refiere a las líneas trazadas entre el papel que juegan los hombres y las mujeres en la sociedad. Piense en lo incómodo que sería que una dama le preguntara a su marido qué ha hecho durante todo el día y él tuviera que explicarle con detalle cada uno de sus movimientos.

Charles se rio.

—Eso no sería nada conveniente, señorita Edgcott, para ninguno de los dos sexos, imagino.

—Quizá no —convino ella—. ¿Participará en la lucha contra Napoleón?

—Sin duda —admitió, recuperando la seriedad por un instante—, llevo años involucrado en ella.

—Le deseo lo mejor —dijo en voz baja—, y espero que salga ileso.

Mientras el baile llegaba a su fin, Charles se inclinó y le besó la mano.

—Procuraré hacerlo, señorita.

La condujo fuera de la pista.

—¿A quién debo devolverla, señorita Edgcott?

—A mi prima, lady Haverham, si es tan amable.

—La veo —dijo—. Tuve el placer de bailar con ella antes.

—Sí, lo sé —dijo de manera cortante—, estaba a su lado cuando se lo pidió. Fui eclipsada por su belleza, sin duda.

Charles miró rápidamente hacia el suelo, avergonzado, pero se relajó al ver la mirada pícaro en los ojos de Eleanor.

—Es usted una mujer fuera de lo común, señorita Edgcott, y lamento sinceramente no tener tiempo para conocerla mejor.

—Espero que tenga la oportunidad, señor, una vez que haya derrotado a nuestro enemigo.

Mientras lord Haverham y Charles intercambiaban saludos, Diana se volvió hacia Eleanor y le susurró al oído.

—Hacía una eternidad que Haverham no era tan atento, había olvidado lo agradable que es.

Eleanor sonrió.

—Me alegro.

Lord Haverham se volvió hacia ellas y se inclinó sobre la mano de Diana.

—¿Le importaría, milady, si me desapareciera un momento en la sala de cartas? Me parece que después de bailar con usted, no me apetece bailar con nadie más. Volveré después del próximo set para acompañarla a cenar.

Eleanor ocultó una sonrisa; no tenía ni idea de que Frederick pudiera ser tan encantador y no se sorprendió cuando Diana no se objetó.

—¡Bassington! ¿Cómo es que estás en la ciudad?

Charles estrechó la mano que le fue ofrecida y la estrechó vigorosamente.

—¡Somerton! ¿Cómo estás, viejo amigo?

—¡Mejor que nunca! —dijo sonriendo—. Permíteme presentarte a mi esposa.

Charles se inclinó ante Georgianna mientras la miraba con aprecio.

—Partiré hacia el continente a finales de esta semana, pero empiezo a entender, Somerton, por tú no lo harás. Es un placer conocerla, lady Somerton. Si no regreso, al menos tendré el consuelo de haber sido testigo de tanta belleza antes de exhalar mi último suspiro.

Georgianna no pareció en absoluto impresionada por esta insinuación.

—Si ese es todo su consuelo, señor, le sugiero que se asegure de volver. Su último recuerdo no debería ser el de una mujer a quien ha conocido de pasada, sino el de una a quien ha pasado muchos años admirando.

Lord Somerton sonrió.

—Tus engatusamientos no funcionarán con mi esposa, Bassington —se inclinó ante Diana y Eleanor—. Buenas noches, damas.

Lord Somerton era sin duda el hombre más alto de la sala, y cuando volvió a erguirse, sus labios se curvaron en una sonrisa perversa.

—Aquí viene el cordero sacrificial.

Diana y Eleanor se volvieron para ver a quién se refería, pero no fue hasta que lord Allerdale estuvo a escasos metros de ellas que lo vieron emerger de entre la multitud.

—No parece muy contento —le susurró Diana a Eleanor—. Su ceño fruncido luce bastante demoníaco; ciertamente no parece un cordero.

—No, más bien parece un lobo con piel de cordero —murmuró Eleanor—, pero estoy casi segura de que no está frunciendo el ceño; sus cejas son tan gruesas y oscuras que le dan una expresión naturalmente severa, ¿no crees?

Pasó muy cerca de Eleanor mientras se dirigía hacia lord Somerton para estrechar su mano, y el aire a su alrededor parecía vibrar con una poderosa energía masculina. Era muy llamativo, pero a ella le pareció que sus rasgos eran un poco demasiado severos para considerarlo precisamente atractivo. Sus ojos oscuros tenían una fuerte intensidad y su mentón cuadrado era demasiado firme, lo que denotaba una voluntad inquebrantable y un carácter obstinado. Pero cuando se volvió hacia Georgianna, una suave sonrisa ablandó su rostro, y ella lo encontró realmente atractivo, ¡peligrosamente atractivo!

Diana jadeó de repente a su lado. Eleanor la miró con una sonrisa comprensiva, suponiendo que ella también había quedado impresionada por esta transformación, pero no había sido lord Allerdale quien había provocado su reacción. Diana había palidecido y sus grandes ojos se habían desviado hacia otra dirección.

Eleanor siguió su mirada y vio a lord Sandford caminando hacia ellas, con la mirada fija en Diana y una sonrisa pícara en los labios. Lucía como un depredador a punto de cazar a su presa.

—No deseo bailar con él —susurró Diana.

—No, no debes hacerlo.

Todo lo bueno que había hecho esta noche se echaría a perder si Haverham volvía de la sala

de juego y los veía bailando juntos, pero no sabía muy bien cómo evitarlo. Otra de las absurdas reglas de la sociedad era que una dama no podía negarse a bailar con un caballero a menos que tuviera una muy buena excusa y estuviera dispuesta a renunciar a bailar durante el resto de la velada. Se quejó para sus adentros cuando de repente vio a la condesa Lieven y notó que ella también estaba observando a lord Sandford.

—No es propio de usted lucir tan severa, señorita Edgcott.

Ella dibujó una sonrisa en su rostro,

—Lord Carteret. Le pido disculpas, no lo había visto.

Él se inclinó con cierta rigidez ante Diana, quien asintió cortésmente. Lord Sandford había llegado hasta ellos, y lord Carteret se dispuso a dejarlos solos.

—¡Espere! —dijo Eleanor rápidamente, sonrojándose un poco cuando él levantó las cejas de manera inquisitiva—. ¿Ha olvidado que será la pareja de lady Haverham en el próximo baile?

Diana volvió a jadear, sus ojos sobresaltados se dirigieron hacia los de lord Carteret. Eleanor contuvo la respiración, pero su fe en los modales caballerosos de lord Carteret no resultó equivocada. Se inclinó y le ofreció el brazo a Diana, con una expresión impasible.

Lord Sandford no perdió un instante más y se inclinó ante Eleanor.

—¿Me concede el placer, señorita Edgcott?

Como lord Allerdale conducía a Georgianna a la pista, y tanto lord Somerton como el capitán Bassington estaban sumidos en una profunda conversación, no tuvo otra opción más que aceptar. Apoyó ligeramente los dedos en su manga y se dejó conducir hasta la fila que se estaba formando para el baile.

—Está usted muy ocupada siendo la voz de lady Haverham, señorita Edgcott —dijo lord Sandford con frialdad.

Eleanor no pretendió haberlo malinterpretado.

—Actué sólo pensando en su bien, señor. Sin embargo, creo que no se puede decir lo mismo de usted.

Sus ojos verdes le recordaron a los de un gato y, en ese momento, poseían un carácter malévolo.

—Me alegro de que sea usted tan encantadoramente poco sutil —dijo en voz baja—, me permite responderle de la misma manera. No es prudente, señorita Edgcott, interferir en mis asuntos.

Eleanor percibió una delicada amenaza en sus palabras, pero como ya habían llegado a la fila, no dijo nada. Cuando el propio del baile los hizo acercarse, murmuró:

—Mi interferencia fue muy necesaria, señor. Diana no deseaba nada más que un flirteo. Usted cometió un grave error al besarla; ella no esperaba ni deseaba que usted hiciera tal cosa.

Se obligó a sonreír mientras bailaban alrededor de otras dos personas. La siguiente vez que él la cogió de las manos, dijo:

—Tengo bastante más experiencia que usted, señorita, y puede creerme cuando le digo que lady Haverham estaba más que lista para que me aprovechara de ella.

Eleanor enarcó una ceja, impasible ante sus crudas palabras.

—Admitiré que pudo tener alguna excusa para pensar de esa manera, señor, pero *usted* puede creerme cuando le digo que se está equivocado. También mostró usted una indiferencia absoluta por su reputación al comportarse como lo hizo en un lugar tan público donde cualquiera podría haberlo visto.

—Aprovecho mis oportunidades cuando y donde se me presentan —dijo, imperturbable.

A Eleanor le dolían las mejillas por el esfuerzo que estaba haciendo al mantener una sonrisa

en sus labios. Los abrió un poco y habló entre dientes.

—Entonces me aseguraré de que no se le vuelva a presentar ninguna oportunidad de acercarse a lady Haverham, señor.

Le soltó las manos y se alejó de él a toda prisa. Sintió que tropezaba con alguien y se dio la vuelta rápidamente. Al hacerlo, su vestido se enredó torpemente alrededor de sus piernas. Se oyó un ruido de tela rasgándose y miró hacia abajo para ver un zapato negro sobre el volante de encaje de su vestido. Levanto la mirada y vio dos ojos oscuros del color del chocolate caliente, con una expresión arrepentida pero también un poco divertida.

—Perdóneme, señorita Edgcott. No sé cómo he podido ser tan torpe.

Una lenta y amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

—No se preocupe, señor. Es fácil arreglarlo.

—La ayudaré a sujetarlo —dijo Georgianna—, siempre es tan difícil ver sin otro par de ojos.



Miles se apartó de la fila de bailarines y ésta se reorganizó detrás de él, sus ojos observaron todo este progreso a través de la habitación. Había acudido en ayuda de la señorita Edgcott a petición de Georgianna, pues estaba convencida de que su amiga no la estaba pasando bien. Aunque al principio había sentido cierta reticencia a presentarse con la dama de una manera tan incómoda, ahora no podía arrepentirse de haberlo hecho. Había comprensión y gratitud en sus inteligentes ojos. Carteret había estado en lo correcto: no era poco atractiva. Su corte le recordaba al de un chaval, pero sus rizos se amontonaban alrededor de su pequeño y delicado rostro, de un modo ciertamente femenino. Su boca era excesivamente ancha, defecto que exageraba cuando sonreía, pero que sólo contribuía a darle un aspecto travieso y encantador.

—No creo haber sabido nunca que sufieras de torpeza, Allerdale.

—No, es inexplicable y ciertamente humillante, Sandford; aún no me habían presentado a la señorita Edgcott.

—Considérese afortunado —dijo el marqués—, es una entrometida.

Miles se limitó a enarcar una ceja.

—Soy yo quien debería haber bailado con lady Haverham, no Carteret, pero la señorita Edgcott afirmó que él ya la había invitado a bailar —soltó una amarga carcajada—. Ambos parecían muy sorprendidos.

—Ten cuidado, Sandford —dijo en voz baja—, lord Haverham está aquí esta noche, y no me gustaría que hubiera ningún problema o escándalo en el baile de mi madre.

—Soy plenamente consciente de ello, viejo amigo. Él estaba entrando en la sala de cartas cuando yo salía de ella. Ha estado vigilando inusualmente de cerca a su esposa esta noche y no he podido acercarme a ella, y cuando por fin vi la oportunidad de hacerlo, la señorita Edgcott lo estropeó todo.

—Había pensado que otra dama podría haber llamado su atención —dijo Miles—. ¿Acaso no te vi el otro día subir a alguien en tu carruaje?

—Sí, pero en estos momentos está jugando a la inocente, y como es poco probable que la encuentre en un baile de la sociedad, debo buscar mi diversión donde pueda.

—Sólo asegúrate de que tu diversión no incomode a ninguno de nuestros invitados, Sandford, incluyendo a lady Haverham y a la señorita Edgcott. Ahora, si me disculpas, debo ir con mi madre; la veo haciéndome señas.

Los labios de lord Sandford se torcieron en una mueca.

—Por supuesto que debes hacerlo; después de todo, aún no te cortan el cordón umbilical.

El marqués estaba tan indignado por haber visto frustrados sus planes que había pasado por alto el temperamento de Miles, pero se lo recordó forzosamente cuando dicho caballero se acercó un paso más a él, con un brillo en los ojos. Sandford levantó el brazo como si quisiera protegerse de un golpe, pero tal cosa no iba a pasar. Sin embargo, lo cogió con tanta fuerza que estaba seguro de que por la mañana encontraría en su antebrazo una serie de pequeños moratones del tamaño de huellas dactilares. Antes de que pudiera protestar, fue empujado hacia delante.

—Sonríe, Sandford —dijo Miles en voz baja—. Deseo que todo el que nos vea piense que estamos disfrutando de una conversación privada.

—¿Qué estás haciendo?

—Te acompaño afuera del lugar, querido amigo. No entiendo por qué mi madre te ha invitado.

Cuando le hizo esa pregunta a lady Brigham unos minutos después, ella pareció sorprendida.

—Creía que era amigo suyo. ¿Me equivoqué? Soy consciente de que no es precisamente la persona más sensata, pero aun así es invitado a todas partes, y pensé que era justo que todos tus amigos estuvieran aquí esta noche.

—Es más bien un conocido, mamá, y uno muy capaz de causar problemas.

—¿Ah, sí? —dijo, con una mirada llena de curiosidad—. ¿Lo ha hecho?

Miles vio a lord Haverham acompañando a su esposa hacia el comedor. Ella lo miraba, con una sonrisa feliz en los labios.

—No, gracias a la rapidez mental de la señorita Edgcott, no tuvo la oportunidad de hacerlo. Ahora, ¿en qué puedo ayudarte?

—Iba a preguntarte si acompañarías al comedor a la señorita Bantam, pero ya le he encontrado otro acompañante. ¿Qué problema ha evitado la señorita Edgcott?

—Odio contrariarte, mamá, pero no tengo intención de revelarte esa información. Eres un ángel, ¡pero no siempre puedes guardar un secreto! —sus palabras fueron atenuadas por una sonrisa.

Lady Brigham no lució en absoluto angelical mientras la indignación cruzaba sus facciones, pero fue silenciada por la llegada de lady Bassington.

—Miles, estoy sedienta y no veo a Charles por ninguna parte. Deja de poner a tu madre de los nervios y llévame a cenar.

—Con mucho gusto —dijo, ofreciéndole su brazo y uniéndose a la multitud que se dirigía a los comedores. Le sonrió con cariño—. Imagino que cotillear con tus amigas es un trabajo agotador.

Ella soltó una risita.

—¡Insolente! Muy pocas de mis amigas están en la ciudad y hablar de un montón de gente de quienes no sabes nada es tedioso, pero me he entretenido bastante.

—Me complace oírlo, tía. ¿Quién te ha entretenido?

—Tú. Te he estado observando de cerca; me importas mucho más que cualquier otra persona aquí, aparte de Charles, por supuesto, pero él todavía es demasiado casquivano para sentar la cabeza.

—¿Puedo atreverme a preguntar qué conclusiones has sacado de tus observaciones, tía?

—Aterrorizaste a lady Selena, pero eso no es de extrañar; es una ratoncita tímida. Vive cerca de nosotros, en Sheringham Court. Me pregunté si le vendría bien a Adolphus, pero Bassington señaló que necesitaría a alguien con un poco más de sensatez, y admito que Caroline tiene mucho de eso.

Miles se rio.

—Le dije a mamá que era ella quien te había echado de casa. ¿Ha estado perturbando tu paz poniéndolo todo de cabeza?

—Dios, sí —dijo sin rencor—. Pero me parece bien que remodele su casa si eso la mantiene ocupada. Pero no me desviaré del tema, Miles. Pude ver que te divertiste con la señorita Crabtree y ella contigo.

—No te hagas ilusiones, tía Frances; ella sólo está actuando por inercia y está decidida a casarse con un terrateniente.

—Tal vez sea mejor así, porque no creo que te convenga; no es lo bastante bonita como para mantener tu interés. Me he dado cuenta de que has elegido a lady Barbara como tu próxima compañera. Admito que es extremadamente linda.

—¿Quieres decir hermosa?

—No, no cumple con las expectativas de algo hermoso; incluso el rostro más perfectamente dibujado requiere una chispa de algo que lo haga hermoso. Lady Somerton es sin duda una belleza. Estuviste maravillosamente bien con ella; es una lástima que no se casará contigo.

Frunció el ceño.

—Mamá no debería habértelo dicho.

—Oh, no culpes a Julia. Le sonsaqué los detalles de la historia, pero incluso entonces se negó a darme el nombre de la joven a la que secuestraste. Pero hay una falta de control entre vosotros dos que insinúa que tuvieron una aventura. Por cierto, me pareció que hiciste muy bien en pisarle el vestido a la señorita Edgcott; no me gustó nada la expresión en el rostro de su compañero. Me alegro de que te deshicieras de él. Ahora *ella* tiene un semblante muy animado.

Miles se rio de ella.

—Tía, ¿cómo demonios has podido observarme tan de cerca en una habitación tan llena?

Lady Bassington palmeó su retícula.

—Planificación anticipada, Miles. Llevo conmigo mis binoculares de teatro y he elegido una silla con una buena vista de la pista de baile. Ahora, preséntame a la señorita Edgcott; he notado que Charles disfrutó mucho de su compañía. Está por allí con lady Somerton y otra muchacha de rostro encantador. Forman una bonita escena, ¿cierto?

Miles miró a las tres cabelleras oscuras que estaban reunidas.

—Parece que están disfrutando de una conversación privada, tía.

—Tonterías. No se puede tener una conversación privada en un baile.

CAPÍTULO 8



Eleanor había tenido la suerte de conocer a lady Somerton y a lady Cranbourne en su primera fiesta de la sociedad, poco después de llegar a la ciudad. Aunque eran unos años más jóvenes que ella, habían congeniado de inmediato, lo cual no era de extrañar, ya que todas disfrutaban por primera vez de los encantos de Londres y pronto habían descubierto que compartían un intelecto ágil y un sentido del humor irreverente.

Ninguna de las dos le había parecido una cotilla y, por eso, cuando Marianne preguntó amablemente por la causa de la incomodidad entre Eleanor y lord Sandford, se inclinó hacia sus amigas y les explicó la situación en voz baja.

—Sé que es un ligón de lo peor —dijo Georgianna—. Intentó flirtear conmigo cuando me conoció. No le hice caso, y entonces Cranbourne, quien lo sabe todo sobre él, habló con Somerton y no volvió a acercarse a mí.

—Espero que lord Somerton le haya advertido que no lo hiciera; no creo que haya muchos hombres que deseen enemistarse con tu marido —dijo Eleanor—. Es una lástima que no pueda pedirle que haga lo mismo con Diana, pero no creo que sea justo para Haverham que le digas algo al respecto.

—No lo haré, por supuesto, pero es una pena que tengas tantos escrúpulos porque estoy segura de que él lo haría si yo se lo pidiera —dijo Georgianna.

—Gracias, pero eso no serviría, y no puedo decirle nada más a mi primo. No deseo alterar todo el progreso que se ha hecho entre Frederick y Diana esta noche.

—No hay necesidad de que lo hagas —dijo Marianne—, tengo un plan.

Georgianna soltó un quejido.

—No la escuches, Eleanor. Los planes de Marianne casi siempre salen mal, sobre todo si hay un animal de por medio. Hasta ahora, un perro, un gato y un zorro la han metido en un lío.

Eleanor sonrió.

—Cuéntamelo.

Marianne se rio.

—En otra ocasión. No creo que ningún animal participe en este plan. No necesitamos a un hombre para mantener a lord Sandford alejado de Diana, Eleanor. Todo lo que tenemos que hacer es coordinar a qué eventos asistiremos y entre las tres deberíamos ser capaces de mantenerlo alejado de ella.

—Podría funcionar —dijo Eleanor lentamente—, tres pares de ojos son sin duda mejor que uno. Aunque, entre las tres lo haremos enfadar mucho.

—¡Pff! —dijo Marianne—. Después de todo, ¿qué puede hacer en un lugar público? Y es muy posible que una vez que lord Sandford se dé cuenta de que estamos de tu lado, desista de perseguir a lady Haverham, pues deseará molestar a Cranbourne tan poco como a Somerton. Puede que mi marido no sea tan corpulento como Somerton, pero es conocido por ser un excelente practicante del arte del boxeo.

—Veo que lord Allerdale está trayendo a alguien hacia aquí —dijo Georgianna rápidamente—. Encontrémonos en el parque mañana para coordinar nuestros calendarios.

—No puedo —dijo Eleanor—, tengo un compromiso previo. ¿Le preguntaríais a Diana? Entonces podéis mencionarle a qué eventos vais a asistir y sugerirle lo agradable que sería que ella también lo hiciera. A ella le gustaría; creo que está empezando a darse cuenta de que lady Langton no es exactamente la amiga que ella creía.

—Sí, por supuesto —dijo Georgianna—, y si no estáis comprometidas mañana por la noche, tal vez os gustaría unirse a nosotros en la obra. Es algo de Milton y ha sido bien recibida, creo.

—Gracias.

Las tres damas se levantaron e hicieron una pequeña reverencia cuando lady Bassington se acercó a ellas, dando por terminadas sus confidencias.

Una vez que lord Allerdale hubo presentado a lady Bassington, ella le hizo un gesto para que se fuera.

—Estaremos muy bien sin ti, Miles.

—Muy bien, tía. Iré a procurarte algo de beber.

—Buen chico —dijo, sentándose en la silla junto a Eleanor—. Tómate tu tiempo; creo que no moriré de sed en los próximos diez minutos.

Los ojos sonrientes de Miles recorrieron el pequeño grupo.

—No os dejéis engañar por la apariencia somnolienta de mi tía —dijo—, no se le escapa nada.

—No os preocupéis, chicas. No intentaré sonsacarles lo que sea que estabais discutiendo —miró a Eleanor—. Pero si se trataba de Sandford, permítame asegurarle, señorita Edgcott, que no tendrá que tolerar su compañía de nuevo esta noche.

Eleanor sonrió.

—No, no creo que vuelva a buscarme esta noche.

—¿Lo puso en su lugar? Buena chica. Tiene una especie de arrogancia burlona que no me agrada. Parece que a Miles tampoco le agradó, porque persuadió a Sandford para que se marchara mientras usted arreglaba su vestido.

—¿Ah, sí? ¿Cómo es que él hizo eso, señora?

—No estoy muy segura —admitió, sacando sus binoculares de teatro de su reticule—. Éstos sólo pueden decirme lo que ocurre hasta cierto punto y, por desgracia, no sé leer los labios, pero Sandford sin duda dijo algo que lo hizo enfadar.

—Entonces no me sorprende que Allerdale lo persuadiera de irse —dijo Georgianna, con una pequeña sonrisa en sus labios—. Puede ser bastante despiadado cuando su ira se despierta.

—Usted lo sabría, por supuesto —lady Bassington soltó una risita cuando Georgianna se tensó—. No te preocupes, niña, puedo ser entrometida, pero no soy una cotilla.

—Cada vez estoy más deseosa de saber lo que pasó entre vosotros —dijo Eleanor.

Lady Bassington pareció sorprendida.

—Le pido disculpas, lady Somerton, parece que no soy tan astuta como suponía. Parecíais tan amigas que pensé que la señorita Edgcott lo sabría todo.

—No se lo he dicho aún, señora, porque no quería predisponerla contra de lord Allerdale. No

me parecía justo que conociera sus puntos malos antes de haber visto los buenos.

—Muy admirable por su parte —dijo lady Bassington. Levantó una ceja de manera inquisitiva—. ¿Ha descubierto algún punto bueno, señorita Edgcott?

—Apenas he intercambiado un par de palabras con lord Allerdale, pero las amables atenciones que le ha mostrado, señora, su amistad con lady Somerton y su oportuna intervención durante mi baile con lord Sandford, por no hablar de sus posteriores tratos con el hombre, no me han dado una mala impresión de él.

—Entonces será mejor que cuente su historia, lady Somerton, antes de que él regrese —dijo fríamente lady Bassington—. Creo que la señorita Edgcott debería saber con quién está tratando.

—Pero yo no estoy tratando con él —dijo Eleanor—. Y ciertamente no estoy detrás de él ni de nadie.

—Como ya ha rechazado a Ormsley, a quien no conocería si no hubiera sido por Adam pero de quien he oído que es muy codiciado, no dudo de usted. Ahora, ¿desea conocer la historia de lady Somerton o no?

Y así, Eleanor se enteró de la historia de la deuda del juego de lord Allerdale del verano anterior y de la insistencia de su padre en que se casara casi de inmediato. Sus ojos se abrieron de par en par al oír hablar de una oferta de matrimonio rechazada, un secuestro y un viaje a la frontera. Una mirada de profundo agradecimiento apareció en ellos cuando descubrió cómo Georgianna había escapado de una habitación cerrada, había sido perseguida y finalmente entregada sana y salva a Brigham por un avergonzado lord Allerdale.

—No creo que lo hubiera hecho —dijo Georgianna—, si el caballero que había hecho trampa al jugar a las cartas no le hubiera enviado una carta a su madre, insinuándole la inminente pérdida de prestigio y honor de Allerdale y sugiriéndole que tomara parte en el asunto. Eso le enfureció; no le gusta ver a su madre disgustada y temía que vendiera alguna reliquia de su familia o se metiera en algún lío tratando de sacarlo del suyo. Y yo avivé las llamas de su temperamento por la mordacidad con que le hablé a él y sobre él.

Lady Bassington, quien había estado muy entretenida con la historia completa del fallido secuestro de Miles, miró a Georgianna con aprobación, antes de mirar fijamente a Eleanor.

—No parece muy conmovida, señorita Edgcott, ¡aunque ha escuchado un relato que parece salido directamente de las páginas de una novela!

—No me escandalizo fácilmente, señora —dijo Eleanor con una sonrisa—. Y lady Somerton contó su historia con cierta diversión que de alguna manera le quitó la seriedad, y hubo un final feliz, después de todo. ¿Lord Allerdale pierde frecuentemente los estribos?

—Nunca lo ha hecho cuando ha estado bajo mi techo —dijo lady Bassington—. Pero es muy protector con su familia y amigos cercanos. Y ya sabe, los caballeros a menudo se comportan de maneras muy extrañas cuando están un poco ebrios. Charles me dijo una vez que no hay nadie mejor a quien tener a tu lado si estás en apuros. Creo que Miles le ha salvado el pellejo en más de una ocasión cuando han estado de juerga.

—Es lo que me dijo Cranbourne cuando le pregunté por lord Allerdale —dijo Marianne—. Aunque no quiso explicarme en qué situación se encontraba que lo hizo necesitar de su ayuda. Supongo que fue algo bastante deshonesto, pues creo que mi marido no era un patrón respetable antes de conocerme.

—En mi experiencia, los caballeros que siempre han sido un modelo de respetabilidad son unos aburridos —dijo lady Bassington. Suspiró—. Mi hijo, Adolphus, es un buen ejemplo. Le tengo mucho cariño, pero no hay forma de evitarlo; sin duda es un pesado.

—Al menos nunca pudo haberle causado un momento de ansiedad —dijo Eleanor, divertida.

Lady Bassington se rio.

—Oh, ninguno de mi prole hace eso. Charles es el único que podría hacerlo, supongo, pero parece llevar una vida venturosa. Ha estado en tantas batallas que he perdido la cuenta, pero siempre parece salir de ellas con sólo la más insignificante de las heridas.

Lord Allerdale, lord Somerton y lord Cranbourne llegaron en ese momento cargados de bebidas. Una vez que lord Allerdale hubo puesto sobre la mesa el vaso y el plato que sostenía, le ofreció su brazo a Eleanor.

—Lord y lady Haverham desean que se una a ellos, señorita Edgcott. Permítame llevarla hasta ellos.

—Por supuesto —dijo ella, poniéndose rápidamente de pie, con una amplia sonrisa al mirar a lady Bassington—. He disfrutado de su compañía, señora.

—El placer ha sido todo mío, niña —dijo aquella dama, cogiendo por un momento la mano libre de Eleanor y apretándola ligeramente.

—¿Ha estado mi tía descifrando todos sus secretos, señorita Edgcott? No sé cómo lo hace, pero tiene una manera de sonsacarle información a una persona sin que ésta se dé cuenta de que lo está haciendo, si es que consigue quedarse despierta el tiempo suficiente para hacerlo. En eso se parece mucho a mi padre.

Eleanor lo miró y deseó no haberlo hecho. Su sonrisa ladeada la hizo contener la respiración, pero sólo se detuvo un momento antes de decir:

—¿Qué secretos podría tener yo, señor?

—No tengo ni idea, señorita Edgcott, pero ha llevado una vida tan interesante que estoy seguro de que debe tener alguno —le sonrió perversamente—. Guarde el próximo baile para mí e intentaré descubrirlos.

Su sonrisa coqueta contrarrestó los efectos de su sonrisa más natural, y Eleanor fue capaz de responder con perfecta calma.

—Por supuesto que bailaré con usted, señor. Le estoy muy agradecida por haber venido a rescatarme antes, pero no espere descubrir nada escandaloso o se llevará una decepción.

—Eleanor —dijo Diana, acercándose a ellos—, no quiero interrumpir tu diversión, pero ¿te importaría mucho que nos fuéramos después de cenar? Estoy un poco cansada.

Eleanor se sintió un poco decepcionada al oír estas palabras, pero vio que Diana estaba efectivamente pálida.

—Como desees —miró a lord Allerdale—. Lo siento, señor, pero nuestro baile tendrá que esperar.

—Hasta la próxima, entonces —dijo, haciendo una reverencia—. Espero que no se encuentre enferma, lady Haverham.

—Estoy segura de que no —dijo Diana, sonriéndole dulcemente—. Por favor, dele las gracias a su madre por una velada espléndida.

Fue sólo un corto trayecto en carruaje hasta South Audley Street y cuando entraron en la casa, Diana le rogó a Eleanor que fuera a su habitación antes de retirarse a dormir.

Lord Haverham se aclaró la garganta.

—Pensé que podría hacerte una visita, querida. Eso si no estás muy cansada.

Diana se sonrojó.

—Oh, sí, por supuesto, por favor. Quieres hablar del baile, sin duda. No retendré a Eleanor mucho tiempo.

Diana le indicó a su criada que se retirara y cogió las manos de Eleanor.

—Queridísima prima, gracias.

—¿Por qué? —dijo—. No me importó irme temprano. Veía que estabas un poco mareada. Diana la abrazó.

—Siempre eres tan amable, tan considerada. Pero no es eso, o al menos no sólo eso. Me refería a salvarme de Sandford. He sido una tonta. No me había dado cuenta de cuánto le importaba a Frederick, pero esta noche me ha dicho cosas muy dulces. Incluso me dijo que se alegraba de que no le hubiera dado un heredero, porque aún no estaba dispuesto a compartirme con nadie, ni siquiera con otro niño —soltó una carcajada—. Admitió que se ponía un poco celoso cada vez que bailaba con otro hombre. ¿Crees que por eso no suele acompañarnos a los bailes?

—Tal vez eso sea —dijo, felicitando en silencio a su primo por su desempeño—. Espero que tu baile con lord Carteret no haya sido demasiado desagradable.

—Aunque no lo pensé en ese momento, estoy muy agradecida contigo por ello. Fue un poco difícil, al principio, pero me sentí tan agradecida con él por no humillarme alegando que te habías equivocado o algo por el estilo, que le di las gracias y le dije que lamentaba que lo hubiera puesto en una situación tan incómoda. Le expliqué que sólo intentabas protegerme de lord Sandford.

—¿Y cómo respondió?

Diana se sonrojó.

—Pareció sorprendido y me preguntó si *deseaba* ser protegida del marqués. Creo que pudo haber visto aquel desafortunado suceso en el baile de lady Battledon; de hecho, sé que lo vio, porque me lo dijo. Tenía un aspecto tan frío y altivo que estuve a punto de salir corriendo de la pista, pero vio mi angustia y de pronto me sonrió tan dulcemente, de la manera que solía hacerlo, así que logré controlarme. Terminé contándoselo todo y lo conmocionada que me había estado, porque lo estaba, ¿sabes? y me dijo que lo entendía perfectamente, y que no debía temer porque él no diría ni una palabra al respecto.

—Qué caballeroso por su parte —dijo—. Tal vez ahora ambos os sintáis más relajados. Puedes esperar una nota de lady Cranbourne o lady Somerton mañana. Creo que te invitarán a dar un paseo en carruaje o a caminar por el parque.

—¿Yo? —dijo, sorprendida—. Pero si son tus amigas.

—Sí, pero he quedado en ir mañana a dar un paseo en carruaje con el señor Pavlov. Lo conocí en la fiesta de la condesa Lieven, y me dijeron que te invitarían en mi lugar.

Diana parecía complacida.

—Son muy amables. Debo decir que Eliza se ha vuelto muy pesada últimamente. Esta tarde ha encontrado un momento muy corto para hablar conmigo y ha sido muy desagradable con la señorita Crabtree. La llamó pequeña don nadie del campo y dijo que se había reído mucho cuando la vio bailar con lord Allerdale. Dijo que si creía que sus sonrisas y su simpatía atraparían al hijo de un marqués, debía de tener piedras en la cabeza. Fueron sus celos, por supuesto.

—Eso no estuvo bien por su parte —dijo—. Es una pequeña ratoncita rencorosa. Lady Langton probablemente nunca ha hablado con la señorita Crabtree, pero yo sí y puedo decirte que es una chica muy agradable. No tiene ningún interés en casarse con alguien de la ciudad. Ya se ha enamorado del hijo de un terrateniente del campo y está decidida a no tener a nadie más.

—No lo sabía —admitió—, pero me ayudó cuando perdí un pendiente en el baño de algún baile, y también me pareció muy agradable. Debió de pasar al menos media hora hasta que encontró el pendiente y me lo devolvió.

—Probablemente se estaba escondiendo de posibles pretendientes; suele hacerlo. Buenas noches, querida.

Eleanor no se fue inmediatamente a la cama, sino que se sentó envuelta en una bata en el asiento al lado de la ventana de su habitación, mirando hacia el jardín iluminado por la luna. Sonrió al recordar varias escenas del baile. También se había fijado en el baile de lord Allerdale con la señorita Crabtree y pensó que pocas veces había visto a aquella dama tan relajada con una pareja de baile. Él también se había mostrado ventajoso como en más de una ocasión esa noche. Pero no se dejaba engañar, la idea que había tenido de lord Allerdale antes de que le sonriera a Georgianna le había mostrado un atisbo de un carácter más amenazador, y la historia que Georgianna había contado, cuando fue reducida a los crudos hechos, no hizo nada más que mostrarlo como una mala persona.

Es posible que su masculinidad y su sonrisa la hubieran atrapado, como probablemente lo habían hecho con docenas de otras damas, pero cuando revisó su lista de requisitos para un marido, no creyó que él pudiera cumplir con ninguno de ellos. Aquel mentón fuerte no sugería que fuera un hombre dispuesto a escuchar los consejos de su esposa; ni siquiera había escuchado a Georgianna hasta que ella lo había golpeado en la cabeza, y desde luego no creía que pudiera confiar en que se comportaría de una manera apropiada si perdía los estribos. Tenía el mérito de haber evitado, casi con toda seguridad, que se creara una fea escena entre Frederick y lord Sandford al no darle a ese canalla otra oportunidad de acercarse a Diana, pero con la misma facilidad podría haber provocado una entre él y lord Buntingdon al bailar el vals con su bella prometida.

Suspiró. Era en momentos así que echaba de menos a su padre. Siempre había disfrutado más comentando con él los distintos invitados que habían asistido a una cena o a un baile que los acontecimientos en sí. Sonrió al preguntarse qué habría pensado él de lady Bassington. No estaba segura en absoluto de si aquella dama había estado haciendo casamentera o no. Si lo hacía, tenía una extraña manera de hacerlo. Seguramente no habría deseado que le describieran la desagradable escapada de lord Allerdale si lo estaba haciendo. No, no pudo haberlo estado haciendo, y Eleanor se alegró; la inusual dama le había agradado y no le gustaría haberla decepcionado.

De repente se echó a reír. Ella no le sentiría bien a lord Allerdale, ni él a ella. Eleanor también tenía una voluntad fuerte y era de carácter apacible. Le había dicho que no tenía secretos, pero estaba preparando un plan que estaba segura que ningún caballero con título aprobaría, incluido su primo. Aparto la idea de su mente y en su lugar consideró las varias cosas que deseaba lograr durante el día siguiente.



Miles regresó junto a su tía a tiempo para oír a Marianne describir cómo Cranbourne le había propuesto matrimonio después de que ella se cayera por una orilla fangosa mientras intentaba rescatar a una cría de zorro.

—Lucía desaliñada y sucia —ella se rio—, ¡y aun así él dijo que me veía encantadora!

—Y así era —dijo lord Cranbourne, con una pequeña e íntima sonrisa.

Lady Bassington suspiró. A pesar de que todos sus hijos, excepto Charles, habían contraído matrimonios muy felices, ninguno de ellos había sido muy romántico. A pesar de ello, o tal vez debido a ello, disfrutaba sonsacando la historia de su noviazgo a cualquiera de quien sospechara que se hubiera casado por amor.

Miles estrechó la mano de lord Cranbourne y le dijo en voz baja:

—Me alegro de que aparentes ser tan feliz.

—No *aparento* nada, Allerdale, soy feliz. Y me complace que te veas en mucha mejor forma que cuando te vi el año pasado. Somerton me ha contado lo que te preocupaba entonces y lo que pasó entre vosotros. Es un buen hombre.

—Sí, y mucho mejor de lo que yo nunca seré —dijo—. Me trató mucho mejor de lo que merecía.

—Tal vez —respondió—, pero no creo que lo hubiera hecho si no hubiera visto algo bueno en ti.

Miles se tambaleó un poco cuando una mano enorme le dio repentinamente una palmada en el hombro.

—No sabía que eras primo de Bassington, Allerdale. Me alegro de no haberte asesinado, después de todo, él parece apreciarte y no me hubiera gustado disgustarlo. Es un bribón, pero un soldado jodidamente bueno. ¿Cómo te fue en Yorkshire?

—Murton me gustó mucho —dijo Miles—, aprendí mucho.

—Me alegra oírlo. Ciertamente luces mejor. Lord Balderston XI nos ha convencido a Cranbourne y a mí de jugar al críquet, pero aún le falta un hombre. ¿Quieres unirse a nosotros?

Miles ya había elaborado unos cuantos planes sobre cómo pensaba pasar el tiempo, pero el críquet no figuraba en ninguno de ellos, y sólo le gustaba participar en deportes en los que sabía que podía destacar.

—Hace años que no juego —dijo disculpándose.

Lord Somerton no se dejó vencer tan fácilmente.

—El partido no es hasta dentro de unos días, Allerdale, y hay unas cuantas sesiones de práctica organizadas para que tengas tiempo de perfeccionar tus habilidades.

Lord Carteret se les acercó en ese momento. Se rio.

—No lo quieres, Somerton. Allerdale tenía buen ojo para la bola cuando íbamos a la escuela, pero cualquier jugador con algo de cerebro pronto descubriría que si lanzaba una bola ancha un par de veces, pronto perdía los estribos. Una vez que eso ocurría, intentaba un hacer swing salvaje y terminaba fuera del juego.

—Ah, pero ya no está permitido lanzar una bola ancha —dijo lord Somerton.

—No importa, encontrarán otra grieta en su armadura, puede estar seguro. Te digo que no lo quieres. Es un riesgo. No es que deba advertirte, porque yo juego para el bando contrario.

Los ojos de Miles se entrecerraron.

—Sin duda jugaré, Somerton. Y te apuesto quinientos euros, Carteret, a que ganaremos.

—Hecho —dijo el vizconde, extendiendo la mano.

Miles la estrechó y vio un brillo divertido en los ojos de su amigo.

—Me has provocado a propósito, Carteret.

—Es correcto —dijo, sonriendo—, te hará bien y te mantendrá alejado de los problemas, pero como me aproveché de mi estrecha amistad contigo, reduciremos la apuesta a diez guineas, creo.

Miles logró ver una mirada cómplice entre Georgianna y Somerton y frunció el ceño.

—Veo que vosotros dos también habéis estado conspirando. No tengo intención de meterme en ningún lío, ¿lo sabéis?

Georgianna levantó las cejas.

—Debes perdonarme si no tengo mucha fe en tus intenciones.

Se oyó la profunda risa de lady Bassington.

—Creo que puedo prolongar mi visita. No esperaba que fuera tan divertida.

Miles giró sobre sus talones y se alejó, hirviendo por dentro. ¿Cómo se atrevían a tratarlo

como a un joven inocente al que había que alejarlo de los peligros de la ciudad? Después de todo, no había nada que no supiera de ellos. ¿Realmente pensaban que era probable que se entregara al tipo de libertinaje desenfrenado que lo metería en problemas cuando se había comprometido a encontrar una novia? Al llegar a las puertas dobles del salón de baile, se dio cuenta de que Carteret iba detrás de él.

—No necesito un perro guardián, Carteret. Voy a tomarme una copa tranquilamente en la biblioteca.

—Te acompañaré. Ya he tenido bastante baile por una noche.

Algo en la voz de su amigo hizo que Miles se detuviera. Su expresión se suavizó.

—¿Diana?

—Sí... no... no me agradó mucho la señorita Edgcott, pero el baile cumplió su propósito.

—¿En qué sentido?

—Para empezar, descubrí que no es exactamente la pícara maquinadora que yo había supuesto, lo cual fue, por supuesto, un alivio, pues a uno no le gusta admitir que su juicio ha sido tan notoriamente erróneo.

—¿Y por qué otra razón? —preguntó, cruzando la biblioteca y sirviéndoles a ambos un brandy.

Lord Carteret no contestó inmediatamente, sino que miró pensativo hacia la rejilla vacía de la chimenea. Cuando Miles le entregó la bebida, rodeó la copa con la mano y agitó suavemente el líquido ambarino.

—Está igual que siempre —dijo lentamente. Una sonrisa irónica torció sus labios—. Quizá fui yo quien necesitó de un perro guardián esta noche, tío. Estuve a punto de provocar un escándalo.

—No. No puedo creerlo. Siempre tienes un control absoluto de ti mismo. Te envidio en ese aspecto.

—Eso es muy cierto. Por un momento, cuando la miré a los ojos, me transporté a cuando nos conocimos —soltó una carcajada cínica—. Qué novato era entonces, y por un momento volví a serlo. ¿Me creerías si te digo que le comenté lo que había visto la otra noche?

Miles cruzó las piernas y se reclinó en su silla, su ira desapareció tan rápidamente como había llegado.

—Estoy sorprendido, ciertamente. No es propio de ti ser tan poco torpe.

—Lo sé, y estuve a punto de hacerle perder la compostura. Ella estaba a punto de salir corriendo de la pista, estoy seguro, cuando recordé que tenía que parar.

La amable sonrisa que tanto había afectado a la señorita Edgcott adornó el rostro de Miles.

—Me alegro de que lo hicieras. ¿Te imaginas las ideas que le habrías dado a los cotillas?

—Ciertamente. Y Diana no se lo habría merecido. Ha sido muy infeliz y por eso fue presa fácil para Sandford. Pero ella no esperaba o deseaba que él llevara las cosas más allá del límite. Es por eso que sugiero que ella no ha cambiado. Todavía es un poco inocente.

—Ella no parecía infeliz esta noche.

—No. Haverham ha sido muy atento con ella. Me atrevería a adivinar que la señorita Edgcott podría haber tenido algo que ver, y me alegro. Diana es como una flor que seguramente se marchitará si no le llueven suficientes cumplidos.

—Qué desgastante —dijo—, yo no desearía una novia así.

—No, yo tampoco —frunció el ceño—. Ese fue el otro propósito del baile. Me cuesta creer que estuviera locamente enamorado de ella. Siempre verá el mundo a través de la lente de cómo le afecta a ella. No quiero decir que sea antipática, sólo que siempre será incapaz de comprender

plenamente o interesarse por algo que no le concierna directamente. Pensé que me gustaría proteger su inocencia y protegerla de todos los malos vientos que soplan, pero es precisamente ese trato el que la ha moldeado. Es una flor atrofiada, un capullo a medio abrir que nunca desplegará del todo sus pétalos, y al final yo no habría sido capaz de respetar a una criatura así.

—¿Crees que el respeto es tan importante?

—Lo considero de suma importancia. En ambos lados de la ecuación. Sólo tienes que mirar a tu alrededor, Allerdale, para ver un montón de matrimonios que no son más que una farsa. Mientras se mantengan las apariencias, ambas partes se sienten en libertad de tratarse de un modo que no puedo evitar considerar despreciable a espaldas del otro. ¿Te imaginas a alguno de tus padres comportándose así?

—No. Pero el suyo fue un matrimonio por amor.

—Tal vez sea lo mismo —dijo pensativo—. Al menos, no creo que se pueda tener una cosa sin la otra.

—Puede que tengas razón —dijo, poniéndose de pie—, pero yo no aspiro a llegar tan lejos. Ahora, debo volver al baile o caeré en desgracia.

—Adelante, amigo —dijo en voz baja—, yo terminaré mi bebida y luego me despediré.

—De nuevo, te envidio —dijo fríamente—. Puedo sentir cómo mi existencia, hasta ahora deliciosamente libre de trabas, se me escapa inexorablemente.

—Por eso tus amigos tus están asfixiado, tío. Eres como una rata acorralada, y ellos, ya sabes, tienen tendencia a huir o morder.

CAPÍTULO 9



Eleanor se despertó en un día luminoso y soleado, dispuesta a explorar nuevas y emocionantes posibilidades. Ver a Marianne le había recordado que aún no había visitado el callejón que llevaba el nombre de su amiga. Eleanor se sentía cada vez más acorralada, y cuando habían regresado la noche anterior, se había sentido claramente estorbada. Mientras pudiera mantener a lord Sandford alejado de Diana, estaba segura de que pronto la necesitaría muy poco. Era hora de pensar de nuevo en su futuro.

Saltó fuera de la cama, tarareando suavemente para sí misma.

—Buenos días, señorita Eleanor. Parece estar muy animada esta mañana. ¿Qué travesura estás tramando?

Eleanor sonrió ante el rostro severo de la criada que la conocía de toda la vida.

—Nada en absoluto, Linny.

Los ojos de la criada brillaron con esperanza.

—Entonces, ¿podría ser un caballero el que la ha puesto de este alegre humor? ¿Quizás alguien que conoció en el baile?

—No, no es eso. Pero estoy tramando nuestro futuro.

—Sabía que estaba tramando alguna travesura.

—¡Linny! ¿Qué travesuras he hecho desde que llegamos a Inglaterra?

—Ninguna que yo sepa —admitió—. Pero recuerdo la vez que estaba sumamente enfadada porque quería ver una mezquita u otra cosa y no le permitieron entrar. Le dio al joven señor Wantage sus medidas y lo convenció para que le hiciera un traje de hombre y con él poder entrar a verla.

—Sí, Santa Sofía, y lo disfruté mucho.

—No lo habría disfrutado si la hubieran pillado. Me da miedo pensar en lo que le habría pasado. Y no puede negar que su padre casi despide al señor Wantage cuando lo descubrió.

—Pero no lo hizo.

—No. Siempre podía hacer que su padre hiciera lo que usted quisiera. Y luego está la vez que fue a visitar un *harén* e intercambió su ropa con una de las damas de allí.

—¡Linny! Hablas como si fuera un lugar de mala reputación. ¡No era tal cosa! Era el lugar más protegido que he visitado nunca, y las damas eran tan hospitalarias, tan cálidas y amables. En cuanto al vestido y el velo, papá dijo que me quedaba muy bien.

—¡Es algo que él haría! Al menos le hizo prometer que no se lo pondría en el extranjero.

—Sí, fue una pena. Podría haber pasado desapercibida en las calles.

—¿Y por qué habría deseado hacerlo si no hubiera estado planeando alguna travesura? Se lo dije muchas veces y por una vez me escuchó.

Eleanor suspiró.

—Le echo de menos, Linny.

—Claro que sí —dijo bruscamente—. Por eso debería buscarse un marido. Él querría que alguien viera por usted.

Eleanor se deshizo de su momentánea tristeza.

—Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma. Ahora, voy a ir de compras esta mañana y necesitaré que me acompañes. No creo que lady Haverham se levante hasta dentro de unas horas. Además, puede que necesite una segunda opinión. Puede que tengas algunas nociones anticuadas, Linny, pero tienes muy buen gusto.

—Entonces querrá llevar sus botas cortas de mahón si vamos a estar deambulando por las calles toda la mañana.

—No necesariamente —dijo despreocupadamente—. Vamos un poco más lejos y cogeremos el carruaje. Creo que hay una tienda interesante que aún no hemos visitado en Leicester Square.

—Puede que sólo haya estado en Londres un puñado de semanas, pero sé que no es uno de los lugares más de moda para ir de compras. ¿Qué está tramando?

Eleanor le dedicó una sonrisa pícaro.

—No te lo diré hasta que sepa si mi idea puede funcionar.

—Lo sabía —refunfuñó, dirigiéndose al vestidor—, seguro que está tramando alguna travesura.

Aunque las bellas casas que bordeaban la plaza ya no estaban ocupadas por la alta burguesía, ni la criada ni la señora encontraron nada de lo que quejarse cuando bajaron del carruaje. La zona estaba limpia, la gente parecía perfectamente respetable y en el centro había un agradable jardín. A Eleanor le encantó descubrir la Galería Linwood, situada en la casa Savile, y allí disfrutaron de una agradable media hora, maravillándose ante las reproducciones de cuadros creados enteramente por bordados.

—Son maravillosos —murmuró Eleanor.

—No habría creído que algo tan fino pudiera haberse producido sólo con bordados —admitió Linny—. Pensar en las horas y horas que debió llevar cada uno —frunció el ceño—. No me diga que se le ha ocurrido intentar algo parecido, señorita Eleanor. Tiene habilidad con las capotas, lo admito, pero no para esto.

Eleanor se rio.

—No, mis ambiciones son mucho más modestas.

De allí al callejón Cranbourn, el cual salía en diagonal de la esquina noreste de la plaza, había poca distancia. Era estrecho y un poco oscuro, pero los escaparates de cada lado estaban llenos de sombreros, capotas, plumas, manguitos, chales y muchas otras chucherías diseñadas para tentar al comprador.

Los que se exhibían en las primeras tiendas a las que llegaron no eran de la mejor calidad, y no habían dado más que unos pasos por el callejón cuando una señora, quien lucía un poco desaliñada, salió del umbral de una tienda y trató de seducirlas para que entraran.

—Veo que es usted una mujer con buen gusto, señorita. Siendo así, debería saber que no encontrará nada a un precio más razonable que en el establecimiento de la señora Bainbridge.

—No le haga caso, señorita —llegó otra voz desde un poco más adelante en el callejón —, si lo que desea son chucherías baratas, entre sin dudar, pero si lo que busca es algo de calidad, lo que quiere es Madame Flaubert.

—Vámonos —susurró Linny.

Eleanor la miró con determinación.

—Después de visitar el gran bazar, Linny, esto no es nada.

Miró a ambas damas con frialdad.

—Prefiero tomar mis propias decisiones. Ahora, os agradecería que os apartarais de nuestro camino. No volveré a visitar ninguna de las tiendas que habéis mencionado si volvéis a molestarme y, lo que es más, os denunciaré por acoso.

Sus últimas palabras afectaron fuertemente a sus acosadoras. Inmediatamente volvieron a entrar en los establecimientos que habían estado promocionando.

—En mi opinión —susurró Linny—, ¡venden más que sombreros en esas tiendas! No me extraña que no quisieran que las denunciara al alguacil.

—Bueno, no importa —dijo—. Admito que estoy un poco decepcionada, pero echaremos un vistazo rápido... —hizo una pausa. En sus ojos crecía cada vez más un deleite mientras contemplaba los objetos expuestos en el escaparate al que acababan de llegar. Ni una mota de polvo ni una mancha de suciedad le impedían ver las bonitas capotas que había dentro.

—Ahora, dime qué te parecen estos —dijo Eleanor.

—Están un poco por encima del resto, eso es cierto —admitió.

—Te equivocas. Son *muy* superiores no sólo a las otras que he visto en las tiendas de aquí, sino también a cualquier cosa que haya encontrado en Londres. Podría comprar al menos tres de las que veo inmediatamente y no desearía modificarlas de ninguna manera.

Entró rápidamente en la tienda. Una dama modesta, de rostro puro y porte tranquilo se acercó a ella. Eleanor supuso que tenía la misma edad que ella.

—Buenos días, milady —le dijo, mirando con cierto aprecio la capota de Eleanor.

Ella se sorprendió al descubrir que su tono de voz era bien modulado y genuinamente refinado.

—¿Señora Willis?

—Sí —dijo la señora, con una expresión de satisfacción—. ¿Me ha recomendado alguien? Dígame quién, porque me aseguraré de ofrecerle un descuento en su próxima compra.

—Ciertamente lo haría si supiera su nombre. La conocí en el parque. Era una chica muy atractiva... —Eleanor se interrumpió, riendo—, eso no le servirá de nada, estoy segura de que muchas chicas atractivas frecuentan su establecimiento. Le describiré la capota, la cual estoy segura, recordará.

Cuando lo hubo hecho, la señora Willis sonrió.

—Entonces fue a la señorita Finchley a quien conoció. Es una chica dulce, y debo admitir que me sorprende que sea la primera en venir por recomendación de ella, pues debe embellecer cualquier cosa que se ponga.

—Sí, es encantadora, pero un poco tímida, creo.

—Sí, su tía suele ser la que habla.

—¿Su tía? Creía que estaba con su madre.

—No, se quedó huérfana apenas el año pasado y su tía la acogió.

—Bueno, me alegro mucho de haberla conocido, porque sus capotas son todo lo que esperaba que fueran. Es muy raro que encuentre algo que me guste.

La señora Willis parecía sorprendida.

—Pero el que usted lleva es muy bonito.

—Gracias. Pero lo he hecho unas cuantas modificaciones.

—Tiene muy buen ojo, señora.

—Señorita Edgcott —dijo, extendiendo su mano—. ¿Hay alguien que pueda cuidar la tienda por usted un rato? Me gustaría mucho que pudiéramos hablar en privado.

—Por supuesto, señorita Edgcott. Milly está adornando algunas capotas en la trastienda. Si viene por aquí, la haré salir y podremos hablar en privado.

Eleanor le sonrió a su criada y le entregó su reticule.

—Echa un buen vistazo, Linny, y siéntete libre de comprar cualquier cosa que creas que pueda necesitar.

Media hora más tarde, Eleanor salió de la tienda muy satisfecha con lo que había descubierto.

—¿Y bien, señorita? —dijo su criada—. ¿De qué habéis estado hablando tanto tiempo?

—Oh, sólo estábamos intercambiando ideas —dijo—. Lo siento mucho por la señora Willis. Se mudó a su local hace poco más de un año, y dice que las ventas en el callejón han ido tristemente cuesta abajo desde entonces. Dos de las tiendas han cambiado de dueño y han bajado sus precios y contratado a esas chicas.

Estaban cruzando la calle cuando Eleanor vio a la señorita Finchley saliendo de una tienda de cortinas. Se apresuró a acercarse a ella, con una sonrisa amistosa en el rostro.

—Buenos días, señorita Finchley. Debo agradecerle que me haya dado el nombre y la dirección de la señora Willis. Se alegró mucho de que usted la recomendara y puede esperar un descuento en su próxima compra por las molestias.

Una sonrisa temblorosa se dibujó en los labios de la señorita Finchley.

—Oh, gracias, señorita...

—Señorita Edgcott. Creo que debe ser más valiente de lo que parece, señorita Finchley, si puede abrirse camino entre las señoras que intentan arrastrarla a sus tiendas.

—Ya no nos molestan —dijo, levantando su preocupada mirada—. Mi tía es bastante formidable, ¿sabe?

—Imagino que estará agradecida por ello cada vez que compra en el callejón Cranbourn.

—Oh, sí, me alegro de que ella sea *así*, si tan solo... —se interrumpió y le echó un rápido vistazo a la criada de rostro severo que se paseaba a unos metros de ella.

—Creo que deberíamos volver, señorita —dijo la criada—, lady Crouch me dio órdenes estrictas de que la llevara directamente a casa después de que hubiera ido a buscar el material para su nueva capa.

—Sí, sí, por supuesto, Hoby —se volvió hacia Eleanor, con lágrimas en los ojos—. Fue muy agradable...

—No se apresures a irse tan pronto —dijo Eleanor, cogiendo el brazo de la muchacha. Miró fríamente a la criada—. Estoy segura de que lady Crouch no pondrá objeciones si la señorita Finchley da una vuelta por la plaza conmigo. El otro día le oí decir que deseaba que su sobrina consiguiera más amistades en la ciudad.

La boca de la criada se tensó, pero se limitó a decir:

—Sí, señorita.

Eleanor le dirigió una mirada comprensiva a Linny, quien empezó a caminar al ritmo de la criada y comenzó a charlar con ella.

—Aunque estoy segura de que se preocupan por nuestro bien, los sirvientes que han conocido a uno durante mucho tiempo pueden llegar a ser bastante propietarios ¿no? —dijo Eleanor.

—Hoby es la criada de mi tía —dijo la señorita Finchley en voz baja—. Nunca tuve una propia, aunque sí teníamos una criada general. Mi tía también le pide a Hoby que me atienda, pero no creo que eso le agrade en absoluto.

—Oh querida —dijo con simpatía—, eso no puede ser cómodo para usted.

—No —admitió—, no estoy muy cómoda, aunque soy plenamente consciente de lo amable que fue mi tía al acogerme.

—Tenemos mucho en común —dijo—. Yo también perdí a mi progenitor hace poco más de un año, y mi primo y su esposa me pidieron que fuera a vivir con ellos, aunque creo que no había visto a mi primo más que dos veces en mi vida, y sólo cuando era niña.

—A mí me pasó lo mismo —convino—. Apenas conocía a mi tía. Ella se enemistó con la familia, aunque nunca he descubierto exactamente por qué. Se casó con un respetable baronet, pero mi padre no quiso saber nada de ella. Tal vez fue porque Sir Roger era mucho mayor que ella. Por eso es tan amable de su parte haberme acogido, sobre todo porque ella no es nada acomodada. Es de lo más cutre, pero ahora que ha enviudado y el primo de Sir Roger ha heredado su fortuna, la han dejado en la cabaña más miserable de su propiedad y sólo tiene una escasa pensión para vivir —de repente, se mostró incómoda—. Míreme, estoy parlotando como un charlatana, como solía decir mi padre. No debería haber dicho tanto, pero es muy fácil hablar con usted, señorita Edgcott.

—Oh, no le dé más vueltas. No ha dicho nada fuera de lugar, después de todo. ¿A qué se dedicaba su padre?

—Era boticario —sonrió con nostalgia—. En Westmorland. Teníamos una pequeña y pintoresca tienda y vivíamos encima de ella. Yo solía cuidar el jardín de hierbas con mamá.

—¿Qué les ocurrió a ambos? —preguntó Eleanor con delicadeza.

—Ambos murieron de fiebre. Habían ayudado a tantos otros y, sin embargo, no pudieron salvarse a sí mismos —le tembló la voz—. Por favor, no me pregunte más. Es demasiado doloroso recordarlo.

—Lo comprendo perfectamente. Perdóneme.

Casi habían terminado de darle la vuelta a la plaza. La señorita Finchley cogió impulsivamente las manos de Eleanor.

—¡Oh, no! No hay nada que perdonar. Ha sido tan agradable sentir que tengo una amiga.

—Puede considerarme su amiga, señorita Finchley. Puede encontrarme en la casa de lord Haverham en South Audley Street —metió la mano en su reticule y sacó una tarjeta—. Aquí tiene mi dirección.

—Gracias.

Eleanor volvió a casa con mucho en qué pensar. Era muy educada para haberlo mencionado, pero el hecho de saber que la tía de la señorita Finchley se había casado con alguien de la alta burguesía mientras que su sobrina era hija de un boticario la había sorprendido. La señorita Finchley parecía ser la más gentil de las dos por mucho. Sintió lástima por la chica. Estaba claro que echaba de menos a sus padres y que no era feliz. Frunció el ceño al recordar que lord Sandford había llevado a la señorita Finchley en su carruaje. Esperaba que lady Crouch no estuviera tratando de promover un matrimonio entre ellos, pues por mucho que aquella dama se hubiera casado con alguien que estuviera por encima de su posición social, estaba segura de que el marqués no se casaría con alguien que estuviera tan por debajo de la suya.

También le resultaba desconcertante cómo lady Crouch podía permitirse vestir a la señorita Finchley con tan buen estilo si estaba tan corta de dinero. La sugerencia de lady Langton de que pasearan por el parque con la esperanza de encontrarse con conocidos deseables parecía ahora más que probable, pero estaba claro que la posición de lady Crouch como viuda de un baronet no le había permitido entrar en ningún círculo selecto. No creyó ni por un momento la otra sugerencia de lady Langton; había una dulce inocencia en la señorita Finchley que no sugería

que fuera la amante de nadie, y lord Sandford aún no había renunciado a su deseo de cortejar a Diana.

Eleanor se encogió de hombros y trató de olvidarse de todo esto al entrar en la casa. Cuando Clinton le informó de que su primo ya había salido y su prima estaba descansando, su mente volvió a sus propios asuntos. Entró en la biblioteca y se sentó ante el escritorio. Se acercó una hoja de papel, mojó la pluma en el tintero y empezó a escribirle una carta a su abogado. Cubrió rápidamente la primera hoja y cogió otra, sin querer estropear la claridad de su misiva cruzando las líneas.

Una vez terminada, la dobló cuidadosamente y se levantó. Podía, por supuesto, pedirle a Frederick que se la franqueara, pero cabía la posibilidad de que él le preguntara por qué necesitaba consultar a su abogado. No deseando perturbar la armoniosa atmósfera que, estaba segura, reinaría hoy en la casa, le pidió al lacayo que la entregara.

Cuando, un tiempo después, entró en el salón vestida con un pulcro vestido de paseo de color verde Pomona, descubrió a Diana sentada en un sofá, con una pequeña sonrisa de satisfacción en los labios. Eleanor pensó que nunca la había visto lucir tan bella. No era la espléndida pelliza de satén blanco que llevaba, ni el sombrero a juego con plumas de color azul celeste lo que causaba esa impresión, aunque le sentaban a la perfección, sino la suave coloración de sus mejillas y el alegre brillo en sus grandes ojos azules.

—¿Has tenido un buen día? —le preguntó Eleanor.

Diana parpadeó como si despertara de un sueño placentero.

—Oh, sí. Aunque ha sido un día terriblemente perezoso.

—¿Por qué terriblemente? —preguntó—. Debes haber necesitado un día de descanso porque luces radiante.

—Me siento muy bien, es cierto —dijo—. ¿Encontraste lo que necesitabas?

—En efecto, lo encontré, y luego escribí una larga carta, y ahora estoy lista para mi paseo en carruaje con el señor Pavlov, como puedes ver.

—Siempre te gusta estar ocupada. Nunca descansas como yo durante el día.

—No, pero mi constitución es un poco más robusta que la tuya, querida.

Clinton entró en la habitación.

—Lady Somerton y lady Cranbourne esperan por usted, milady.

Diana se levantó con elegancia.

—Iré enseguida, Clinton. Gracias.

La mirada que le dirigió a Eleanor tenía un toque de picardía.

—Qué tentador. Quería echarle un vistazo a este tal señor Pavlov. ¿Es su nuevo admirador?

—No, no creo que lo sea —dijo reflexivamente—. Es más bien un nuevo amigo.

Diana perdió el interés.

—Ah, ya veo. Bueno, que disfrutes de tu tarde.

Eleanor no estaba muy segura de si lo haría. El señor Pavlov le había parecido alegre y divertido el día que lo había conocido, pero hoy parecía preocupado y distante, y después de intercambiar unas pocas palabras de cortesía, permaneció en silencio. Al principio condujo hacia Hyde Park, pero cuando llegaron a la entrada, hizo girar los caballos y se alejó de allí.

—¿Me lleva ya a casa? —preguntó Eleanor—. ¿Acaso cinco minutos más en mi compañía lo han convencido de que, después de todo, no puedo serle útil?

Él se volvió hacia ella, su mirada le recordó a un mar agitado.

—Perdóneme, señorita Edgcott. Soy una mala compañía, lo sé. De pronto me di cuenta de que no podía soportar unirme a la multitud de gente en el parque, tener que mostrarme cortés, y

tal vez ver... ver a personas a quienes preferiría no ver. ¿Le importaría que simplemente diéramos una vuelta por la ciudad?

—En absoluto. Pero pensé que habíamos establecido una cierta honestidad entre nosotros en nuestro primer encuentro, sin embargo, no creo que esté siendo completamente honesto ahora, señor. ¿Tiene miedo de cruzarse con alguien en el parque, o tiene miedo de que alguien en el parque lo vea conmigo?

Él sonrió con pesar.

—¡Y en nuestro primer encuentro, le dije que era usted muy directa! ¡Ambas cosas!

—Ah —dijo, sonriendo—, entonces es una dama quien ha inducido este extraño estado de abstracción en usted. Ella es, supongo, la razón por la que desea permanecer en Londres en este momento.

El semblante del señor Pavlov volvió a ser serio.

—Sí, lo había pensado... pero me equivoqué... o al menos eso creo...

Eleanor rio.

—Puede que sea directa, pero no puedo ayudarlo con tan poca información, ¿sabe?

—No estoy seguro de que nadie pueda ayudarme.

—Inténtelo —dijo, animándolo—. No me gusta verlo tan abatido.

Él la miró, con una mirada un tanto risueña.

—¿Por qué tengo la sensación de que me acosará hasta que no diga algo, señorita Edgcott?

—No lo haré —dijo suavemente—, pero ¿puedo sugerirle que sus problemas no le pesen tanto si los comparte? No necesita mencionar nombres, después de todo.

—Muy bien —dijo, antes de sumirse de nuevo en un pesado silencio.

Eleanor miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba en una parte de la ciudad que no reconocía. Se inclinó hacia delante para ver más allá del señor Pavlov cuando pasaron junto a un par de altas puertas que daban a un gran patio rodeado de elegantes edificios.

—¿Qué es ese lugar?

—La inclusa —dijo distraídamente, como si sus pensamientos estuvieran en otra parte, muy lejos.

Le habría gustado descubrir más cosas acerca de la institución por la que acababan de pasar, pero intuyó que no era el momento.

—¿Señor Pavlov? —le dijo con gentileza cuando él seguía sin desahogarse—. Quizá le ayudaría empezar antes de que conociera a esta dama. ¿Vino directamente a Londres después de visitar a su tío?

—No. Después de que mi tío dejara claro que no deseaba tenerme cerca suyo, fui a visitar a la hermana de mi madre. Mi madre me había hablado con cariño de mi tía Jemima y tanto su recibimiento como el de su marido fueron todo lo que yo hubiera deseado. Nunca han sido bendecidos con hijos y dijeron que me darían un hogar y que podría ayudar al tío Silas con su negocio. Es un exitoso comerciante de carbón con almacenes en Newcastle.

—¿Sentía que tal posición estaba por debajo de usted, tal vez?

—No, pero sabía que mi padre no lo aprobaría. Me había dado una carta de presentación para los Lieven y pensé que al menos debía hacer un esfuerzo por seguir sus deseos, pero para ser sincero, sé más de agricultura que de diplomacia. Entonces conocí a una chica en el parque, no, a *un ángel* en el parque, no mucho después de llegar a la ciudad. Al principio fue su belleza lo que me atrajo de ella, pero fue su modestia y la dulzura que emanaba lo que hizo que me enamorara de ella.

—¿Y ella no le corresponde?

—Pensé que podría. Tuvimos muy pocas oportunidades de hablar en privado cuando la visitaba, pero la forma en que su mano temblaba en la mía cuando la saludaba, la dulce mirada de sus ojos cuando se posaban en mí, me animaron a pensar que me veía con buenos ojos —frunció el ceño—. Pero parece que he caído en desgracia. Ella no ha estado en casa las últimas veces que la he visitado, y cuando cabalgué por el parque con la esperanza de verla, su tía fingió no haberme visto y se marchó apresuradamente con ella.

—¿Y la dama que ama fingió no haberlo visto?

—No. Por eso todavía no estoy del todo seguro de cuál es mi posición. Se volvió para mirarme por encima de su hombro y lucía arrepentida.

—Ya veo —dijo pensativa—. ¿Y qué es lo que cree usted que lo ha hecho caer en desgracia?

—Mis circunstancias —dijo rotundamente—. Al principio, a su tía pareció impresionarle el hecho de que fuera hijo de un conde. Pero cuando finalmente indagó un poco más sobre mis circunstancias, se volvió fría. No puedo culparla; no estoy en condiciones de poder mantener fácilmente a una esposa.

—Pero no carece de apoyo o perspectivas. Si su tío Silas está dispuesto a acogerlo como uno más de su familia y a formar lo en su oficio, ¿no podrían aceptar también a su esposa en la casa? ¿O es su casa demasiado pequeña?

—No. Es bastante grande. Pero el problema está en que ellos son comerciantes. Y la tía de la señorita F... me refiero a la chica que ha capturado mi corazón, es una dama —hizo una mueca—, al menos de nombre. Estoy bastante seguro de que se casó con alguien que está por encima de su posición social, pero como ha alquilado una pequeña casa en Castle Street, debo suponer que no poseé mucho dinero.

Eleanor lo miró fijamente.

—Creo que es de la señorita Finchley de quien se ha enamorado perdidamente, señor Pavlov. Él la miró sorprendido.

—¿La conoce? Entonces lo entenderá. ¿No es ella la dama más dulce?

—Oh, sí —asintió—, tuve una conversación con ella esta misma mañana.

—¿Cómo lucía ella, señorita? —preguntó con entusiasmo.

—Lucía tan abatida como usted —dijo con una pequeña sonrisa—. Quizá ahora entienda por qué.

El señor Pavlov se aferró a estas palabras como un hombre a punto de ahogarse se aferraría a un tronco.

—¿Podría ser... me atrevo a esperar... es decir, cree que nuestra separación podría haberla afectado tanto como a mí?

—Eso aún no puedo asegurárselo —dijo con sinceridad—. Pero ciertamente estaba inquieta por algo. Y debo decir, que si puede alcanzar una buena posición en el negocio de su tío, no creo que sus circunstancias lo hagan en absoluto inelegible. La señorita Finchley es hija de un boticario, lo que no la pone fuera de su alcance.

Los ojos verdes del señor Pavlov se iluminaron por un momento.

—No sabía... —hizo una pausa, sus manos se aferraron a las riendas—, entonces sólo puedo suponer que lady Crouch tiene mayores ambiciones para la señorita Finchley. Eso no me favorece.

—Pero yo puedo ayudarlo —dijo—. Le haré una visita a la señorita Finchley y veré si puedo hablar en privado con ella. Si veo que corresponde a sus sentimientos, veré lo que puedo hacer. Hay algo en el pasado de lady Crouch que enemistó con su familia, si puedo descubrir que es, usted podría encontrarse en una posición más firme para negociar.

—No desearía ganarme el corazón de la señorita Finchley por haber chantajeado a su tía — dijo. Su voz cargada de desaprobación—. No sería caballeroso presionar a lady Crouch de esa manera, ni sería probable que me recomendara a su sobrina.

—Sus sentimientos son admirables, estoy seguro, pero son prematuros —dijo Eleanor con severidad—. ¿Qué hay de la presión que estoy segura que lady Crouch está ejerciendo sobre su sobrina? Las nociones de comportamiento caballeroso, como tantas otras cosas, son admirables como principio general, pero no siempre pueden aplicarse en casos individuales. Permítame descubrir cuál es el caso antes de que decida lo que es prudente hacer.

CAPÍTULO 10



Miles había pasado una tarde inesperadamente agradable. Puede que estuviera terriblemente oxidado en el críquet, pero la sesión de práctica había sido agradable e inesperadamente divertida. Cuando se proponía algo, lo daba todo. Las ligeras burlas que había recibido al principio de la sesión habían sido tan amistosas que se había reído de su propia ineptitud, pero sólo habían conseguido que se concentrara aún más y, antes de dar por terminada la sesión, su coordinación natural y su aptitud para todo lo relacionado con el deporte habían conseguido que mejorara enormemente.

Salió del lugar de tan buen humor que ni siquiera la idea de que su madre lo había convencido para que se uniera a su fiesta en el teatro aquella noche pudo arruinar su buen humor, aunque el *Comus* de Milton, con su tópico de una mujer virtuosa que se resiste al intento de un posible seductor de atraerla al vicio, no lo entusiasmaba mucho.

Sonrió y asintió al ver que la señorita Edgcott se acercaba a él, pero ella no pareció verlo, ya que se dio la vuelta y le sonrió a un caballero a quien no reconoció. Se sorprendió al descubrir que se sentía un poco molesto, casi desairado; estaba seguro de que ella había estado mirando en su dirección. Rebuscó en su memoria, pero no pudo descubrir nada de lo que había dicho o hecho que pudiera haber provocado que ella fuera cortante con él. No, no había nada y, pensándolo bien, sus ojos habían tenido una mirada un tanto perdida, como si estuviera pensando profundamente en algo. Sonrió. Qué engreído se estaba volviendo. Estaba demasiado acostumbrado a que las damas de su entorno se desvivieran por llamar su atención en las raras ocasiones en que participaba en las fiestas de la sociedad.

Tenía la sensación de que la señorita Edgcott no era su tipo; desde luego, no había parecido demasiado decepcionada porque se hubieran visto obligados a posponer su baile. Reconoció que eso también lo había molestado. Era de lo más extraño, pero cuando por fin se había acostado en su cama poco antes del amanecer, en lugar de una oscuridad acogedora lo que había visto era su rostro, iluminado por la amplia sonrisa de satisfacción que le había dedicado cuando le había pisado el vestido. Ella parecía haberse convertido en una comezón que él no conseguía alcanzar con sus manos. En cuanto antes consiguiera bailar con ella y aliviar la molestia, mejor; él no era de los que se enamoraban.

Volvió a su alojamiento, se cambió y se sentó a cenar temprano antes de dar un paseo hasta Berkeley Square. Un carruaje se detuvo frente a la casa cuando él llegó.

—Ahí estás, Miles —dijo lady Brigham, saliendo por la puerta y bajando lentamente los escalones poco elevados que los separaban—. Pensé que huirías como tu padre. De pronto

recordó una cena a la que debe asistir.

—Qué conveniente —murmuró Miles.

—Lo es, ¿no es cierto? —dijo fríamente.

—Bueno, yo estoy deseando ir —dijo lady Bassington, siguiéndola por los escalones apoyada del brazo de Charles.

—Creo que la última vez que fui a la obra contigo, tía, te quedaste dormida a mitad del primer acto.

—Tonterías, Miles, tu memoria es defectuosa; fue hace algunos años, después de todo. Sólo estaba descansando los ojos.

No fue hasta que estuvieron cómodamente sentados en el palco de su padre que se le ocurrió que Charles estaba inusualmente callado.

—No es propio de ti sentarte al fondo del palco, Charles —murmuró—. Me sorprende que no estés escudriñando entre la multitud para descubrir alguna bella dama a quien ir a buscar durante el intervalo.

—No tiene sentido si no tengo tiempo para seguir conociéndola —dijo, con una voz inusualmente apagada—. Me voy pasado mañana.

—Eso nunca te ha detenido antes —dijo, sorprendido y un poco preocupado por esta actitud pesimista.

—Esta vez es diferente —dijo en voz baja—. Tengo una extraña sensación de fatalidad inminente.

Ahora Miles estaba seriamente alarmado. Charles siempre se había reído de los peligros de una batalla venidera, su natural espíritu alegre y la confianza en su suerte le permitían conservar una actitud despreocupada. Estaba seguro de que eran estos rasgos los que habían ayudado a su primo a salir indemne de tantos peligros y no deseaba que se enfrentara a su próxima batalla sin su habitual armadura.

—Esto no servirá, Charles. Me temo que la obra que vamos a presenciar no te levantará el ánimo, pero nos escaparemos antes de que inicie la farsa y visitaremos algunos de nuestros viejos lugares habituales. Mi padre insiste en que merezco disfrutar un poco, pero tú te lo mereces mucho más. Después de todo, quién sabe cuándo volverás a estar en la ciudad.

La sonrisa de Charles lucía un poco cansada.

—Lo pensé antes que tú, viejo amigo. Fue esa idea la que me hizo escabullirme del baile justo antes de la cena.

—Me preguntaba adónde habías ido —dijo, mientras una sonrisa de alivio curvaba sus labios—. Te dejaste llevar un poco, ¿verdad? ¿Blue ruin?

Charles asintió.

—Tonto. ¡Por algo se llama así! No me extraña que estés delirante. Retiro mi oferta; una buena noche de sueño es todo lo que necesitas para recomponerte.

Charles se rio.

—No puedo rebatirte, viejo amigo, pero no me quedaré aquí sentado mientras me sermoneas.

—¡Shh! —dijo lady Bassington—. La obra está a punto de empezar. Y no penséis que sentándoos al fondo del palco podréis desaparecer si os parece aburrida. Charles parece haberse excedido anoche, y no quiero que lo metas en problemas antes de que parta para Bélgica, Miles. Además, puedo ver que la señorita Edgcott se ha unido a lady Somerton, lady Cranbourne también está allí, buenas chicas todas ellas. Espero que uno de vosotros me lleve con ellas durante el intervalo.

—Creo que es muy injusto por tu parte, Frances, sugerir que Miles metería a Charles en

problemas; ¡es mucho más probable que lo saque de ellos! —dijo lady Brigham, enfureciéndose.

Lady Bassington soltó una risita.

—Tal vez sea así. Ahora guarda silencio, Julia. Es un raro lujo para mí visitar el teatro.

Su petición de silencio pareció ser atendida por todos menos por ella, y a medida que se desarrollaba la historia, lady Bassington perturbaba frecuentemente la paz con sus arrebatos verbales.

—Oh, la han dejado sola en el bosque, qué tontería, ahora habrá problemas.

—Qué estupidez de su parte el seguir a un extraño; puede que vaya vestido como un aldeano, pero recuerde mis palabras, él será el villano de la obra.

—Él tiene toda la razón, por supuesto, estoy segura de que sus inclinaciones son totalmente naturales, pero no cuando intenta corromper a una inocente y debe confinarla en una silla encantada. Qué deshonesto.

—¡Buena chica! ¡Mantente firme! No bebas ni un trago de esa cosa horrible o estarás acabada. ¿Dónde están tus hermanos? ¡Idiotas, los dos!

—¡Ahí están por fin! Está muy bien que los espíritus ayudantes y las ninfas del río la liberen, pero no puedo evitar pensar que si algún caballero de brillante armadura no iba a rescatarla, ¡habría sido mejor que lo hubiera conseguido ella misma!

Miles encontró estos comentarios mucho más entretenidos que la obra en sí y estaba tan agradecido con su tía por amenizar una velada que, de otro modo, habría sido muy tediosa, que fue él quien la condujo al salón. Era una larga galería, llena de pedestales con elegantes estatuas y bancos cubiertos de color carmesí entre ellos.

—Ah, esto está mejor —dijo lady Bassington—, puedo respirar de nuevo. Es terriblemente sofocante ahí dentro. Es de esperar, supongo; aunque el teatro es grande, debe de haber miles de personas apiñadas en él.

—Así es —convino Miles—. Es un bastón muy elegante el que llevas contigo, tía. ¿Lo necesitas?

—Por supuesto. Supuse que la galería se llenaría de gente en un abrir y cerrar de ojos. Observa.

Lady Bassington soltó el brazo de Miles y se dirigió hacia el banco más cercano, apoyándose fuertemente en su bastón. Los dos caballeros que descansaban allí, observando distraídamente a la gente que salía de sus palcos, se pusieron inmediatamente de pie, hicieron una reverencia y se marcharon.

Lady Bassington se sentó en el banco que había quedado libre y levantó una ceja.

—Planificación anticipada, Miles.

—¡Eres una mujer sin principios! —dijo, con una mirada risueña en sus ojos—. ¿Debería ir a buscar a la señorita Edgcott?

Lady Bassington miró más allá de él, levantó su bastón y lo agitó en el aire.

—No hace falta, ya me ha visto.

Miles se volvió y la vio caminando hacia ellos del brazo con la señorita Crabtree. Ambas eran casi de la misma estatura, pero la complexión de la señorita Edgcott era esbelta y de aspecto delicado, mientras que la de la señorita Crabtree era más fornida. Ambas le sonrieron, y ambas compartían una mirada de diversión en sus expresivos ojos.

Él se inclinó ante ellas, devolviéndoles la sonrisa.

—Buenas noches, señoritas. Parece como si estuvierais tramando algo; ¿debería preocuparme?

La señorita Crabtree se rio.

—No sea absurdo, lord Allerdale, pero espero que me haga el favor de aparentar estar fascinado por mi conversación durante unos momentos. Le he explicado a la señorita Edgcott que usted comprende mi situación y por lo tanto podría ayudarme.

Él miró a la señorita Edgcott y creyó ver un desafío en sus ojos. Lo aceptó noblemente. Volviéndose hacia la señorita Crabtree, dijo:

—Pero *estoy* fascinado por ella. Nunca puedo adivinar lo que está a punto de decir.

Fue recompensado con una mirada de aprobación por parte de la señorita Edgcott antes de que ella se sentara junto a su tía.

—¿Debo entender que está evitando a alguien, señorita Crabtree?

—Al señor Everard. Se está volviendo muy particular en sus atenciones, y nada de lo que pueda decirle educadamente parece alejarlo. Debe ser mi dote, por supuesto. Está hablando con mi padre, pero no vendrá hacia mí si ve que estoy conversando con usted, ya que tan sólo es el heredero de un vizconde.

—Aunque me complace serle útil, señorita Crabtree, creo que se infravalora —dijo—. ¿Quién no podría disfrutar de su franca conversación?

—Me muestro estúpidamente reservada con la mayoría de los caballeros —le confió—, porque si ignorara los dictados de la sociedad y dijera lo que pienso, los insultaría enormemente. Eso no serviría, porque disgustaría a papá, pero hace que sea muy difícil apartarlos.

—Me intriga. Si pudiera ser honesta y decirle al señor Everard lo que piensa sobre él, ¿qué le diría?

—¡Que es un imbécil pomposo e increíblemente tedioso!

—Es usted severa, señora. ¡Gracias a Dios por los modales de sociedad! Si una dama pudiera decirle a un caballero lo que piensa de él a la cara, ¡imagínese las terribles heridas que podría infligirle con su lengua! ¡sería terrible!

—No, por eso siempre busco un lugar en el que pueda esconderme en cada función a la que asisto. Papá se está exasperando conmigo, lo que sólo me alienta, por supuesto.

—Espera persuadirlo para que la lleve a casa con esas tácticas, ¿cierto?

—Sí, y creo que podría funcionar.

—Espero, por su bien, que funcione —dijo con una sonrisa divertida—. Debe ser de lo más incómodo estar siempre escondiéndose detrás de una cortina o una pantalla para evitar a alguien.

—¡No puede tener ni idea! —dijo la señorita Edgcott, suspirando—. Es mucho más fácil para los hombres, ¿verdad? Suelen decidir con quién van a hablar y con quién no, y si no se están divirtiendo pueden salir por la puerta e ir a buscar otra cosa que hacer.

—No siempre —dijo, mirando por encima del hombro de ella.

—¿Puede ver a mi papá? —le preguntó la señorita Crabtree.

—No.

—Entonces es probable que haya vuelto a nuestro palco. Será mejor que me reúna con él antes de que se haga demasiadas ilusiones. Gracias por hablar conmigo todo este tiempo.

Miles asintió mientras Georgianna, lady Cranbourne y lady Haverham se acercaban a él.

—Buenas noches, Allerdale —dijo Georgianna—. ¿Disfrutaste de tu tarde de cricket? Somerton dice que estás mejorando mucho.

—Así fue, gracias. ¡Pero creo que iré a buscar a Charles antes de que vosotras, mujeres intrigantes, me obliguen a hacer otra cosa!

—Pero lord Allerdale —dijo Marianne—, ¿de qué otra manera vamos a conseguir que vosotros, criaturas obstinadas, hagan lo que deseamos?

—No puedo imaginarlo —dijo fríamente—. Pero como ha conseguido persuadir a uno de los

solteros más empedernidos que conozco para que se casara con usted, lady Cranbourne, creo que la trataré a usted en particular, con extraordinaria cautela.

Marianne pareció bastante complacida por esto, pero dijo:

—No tiene por qué, ¿sabe? no soy nada sutil.

Lady Bassington se movió un poco a lo largo del banco e invitó a las damas a sentarse.



—¿Te sientes un poco mejor ahora, Diana? —preguntó Eleanor en voz baja, mientras lady Bassington le exigía a Georgianna un relato detallado de la propuesta que lord Somerton le había hecho.

—Sí —respondió—, sólo me sentí incómoda cuando lord Sandford dirigió su monóculo hacia nuestro palco. También hoy, cuando estábamos en el parque, me miró como si deseara comerme.

—Eso es comprensible —dijo—. ¿No te dije que te veías particularmente hermosa?

—Sí, pero aun así... y entonces la obra, o el poema, o lo que fuera, podría haberse escrito sobre él. No es que haya intentado obligarme a hacer algo en contra mi voluntad, pero sentí que la representación fue una señal, casi una prueba de sus intenciones. No es de extrañar que me sintiera desconcertada, pero tenías toda la razón, lady Somerton y lady Cranbourne no se han separado de mi lado, y lord Sandford está teniendo una estrecha conversación con el capitán Bassington.

Eleanor siguió su mirada. Le sorprendió ver una expresión de consternación en el semblante del capitán Bassington; su carácter le había parecido tan naturalmente alegre que esto le resultó extraño. La expresión de Eleanor se aclaró al ver un destello de color rosa detrás del plinto junto al que se encontraban. La señorita Crabtree se escondía de nuevo y su padre recorría la galería mirando a un lado y a otro con una expresión enfadada. Era probable que la pobre señorita Crabtree recibiera una reprimenda cuando saliera, pero desde luego no podría hacerlo antes de que lord Sandford y el capitán Bassington terminaran su conversación.

Lord Allerdale acudió en su ayuda una vez más, aunque Eleanor estaba segura de que no era consciente de ello. Se acercó a ellos y el capitán Bassington asintió en dirección a lord Sandford y caminó hacia donde estaba su primo. Lord Sandford lo observó y, después de un momento, también se alejó. La señorita Crabtree asomó la cabeza por el plinto y luego salió, quedándose quieta un momento, como si admirara la estatua que este sostenía. Eleanor la vio mirar rápidamente a lord Allerdale y a su primo, pensativa. De pronto asintió y se dirigió hacia ellos, pero fue interceptada por su padre.

A juzgar por el color de las mejillas de la señorita Crabtree, estaba realmente enfadado con ella. Tan enfadado, de hecho, que cada vez que ella abría la boca para hablar, él negaba con la cabeza como si no se lo permitiera. Finalmente, la cogió del brazo y la llevó hacia el final de la galería, donde las escaleras conducían a la entrada. Parecía que no se quedarían a la farsa. Mientras pasaban junto a ella, la señorita Crabtree le dirigió a Eleanor una mirada la cual no supo descifrar. ¿Era de súplica o de disculpa?

—Oh no —dijo Diana—, lord Sandford viene en nuestra dirección.

—No te preocupes, niña, puedes dejármelo a mí —dijo lady Bassington.

Pero Marianne y Georgianna iban un paso adelante. Se levantaron como si fueran una sola, unieron sus brazos y fueron a interceptarlo.

—¿A quién protegen, a usted señorita Edgcott, o a lady Haverham?

—A ambas, sospecho —dijo en voz baja.

—Él me persigue sin piedad —dijo Diana de forma dramática.

Lord Sandford se inclinó y se dispuso a esquivarlas, pero ellas simplemente volvieron a ponerse delante de él. Marianne le puso una mano en el brazo, le dedicó una sonrisa encantadora y empezó a hablarle de un modo más animado.

—Esto es mejor que la obra —murmuró lady Bassington—. Ojalá pudiera oír lo que le está diciendo.

—No tengo ni idea —dijo Eleanor, con una voz temblorosa—. Pero a juzgar por su mirada perdida, nada en absoluto interesante.

Cuando Marianne hizo una pausa para respirar, lord Sandford volvió a inclinarse, pero Georgianna lo cogió de la manga. Sin embargo, su estratagema se vio arruinada cuando lord Cranbourne y lord Somerton se acercaron de pronto, ambos con un aspecto bastante sombrío. Lord Sandford los saludó, hizo una reverencia y comenzó a caminar de nuevo en su dirección.

—Acompáñeme a caminar, señorita Edgcott —le dijo lady Bassington.

—No me dejéis —chilló Diana.

—Confíe en mí —murmuró lady Bassington.

Eleanor se levantó y la cogió del brazo. Lord Sandford miraba fijamente a Diana, de nuevo con ese brillo depredador en los ojos, pero cuando se acercó, lady Bassington se apartó un par de pasos y extendió su bastón. Él tropezó y se tambaleó hacia adelante, mientras sus brazos hacían movimientos muy poco elegantes, antes de caer al suelo, casi a los pies de Diana. Ella no se movió, sólo sus ojos abiertos y sobresaltados la hacían lucir más viva que la estatua que tenía al lado. El murmullo de voces a su alrededor se detuvo, y la profunda voz de lady Bassington llenó el silencio.

—Oh, lo siento mucho, señor. Tropecé y extendí mi bastón para estabilizarme. No le vi. ¿Está herido?

Lord Sandford se puso de pie, sus ojos verdes brillado en su rostro pálido, pero consciente de las muchas miradas que se posaban sobre él, se limitó a inclinarse, se alisó la corbata y se alejó apresuradamente hacia las escaleras, no sin antes dirigirle a Eleanor una mirada llena de resentimiento.

Miró a lady Bassington, asombrada.

—Ha estado magnífica.

—Gracias, querida. Me pregunto si mi hijo y mi sobrino estarán de acuerdo con usted.

Vio que lord Allerdale se dirigía rápidamente hacia ellas, frunciendo el ceño y mirándola fijamente. El capitán Bassington lo seguía de cerca.

—¿Sandford le produjo algún disgusto, señorita Edgcott?

—No, lord Allerdale —respondió mientras un leve escalofrío la recorría cuando sus intensos ojos oscuros se clavaron en los suyos.

—Entonces, ¿qué hizo para molestarte, mamá? —dijo Charles rápidamente.

—Nada —dijo lady Bassington—, sólo fue un desafortunado accidente.

Eleanor no creía que ninguno de los dos caballeros estuviera convencido.

—Entonces te llevaré de vuelta a nuestro palco antes de que puedas crear más estragos —dijo Charles.

Lord Allerdale permaneció ahí un momento.

—¿Él sigue molestando a lady Haverham? —preguntó delicadamente.

—¿Usted lo sabe? —dijo, sorprendida.

—Soy un amigo cercano de lord Carteret.

—Oh, sí, por supuesto. Diana se lo contó todo —ella frunció el ceño—. Él prometió no decir ni una palabra.

—Sólo me lo contó a mí, señorita. Sabía que no llegaría a otros oídos. Me sorprende que Sandford siga buscándola si ella le ha dicho que ya no está interesada. Ella ha hecho precisamente eso, ¿cierto?

—No. Yo lo he hecho, pero Diana no se atreve a hablar con el hombre, quien se ha convertido en una especie de ogro en su mente, e incluso lo ha comparado con el villano de la obra. Pero seguramente él es consciente de que ella ya no está interesada.

—No necesariamente, señorita Edgcott. Creo que lady Haverham lo ha animado, quizás ajena a las pasiones que eso despertaría en su pecho. Puede que él no crea que los sentimientos de la joven han cambiado, sino sólo que usted intenta alejarlo de ella. Sería mejor para todos que lady Haverham se lo dijera ella misma. Si alguna de vosotras es víctima de algún disgusto, podéis confiar en mí para que me ocupe de él.

Eleanor no pudo ocultar por completo su asombro ante esta amable oferta.

—Parece sorprendida, señorita Edgcott. ¿Por qué?

Eleanorladeó la cabeza y su amplia sonrisa apareció lentamente, con una luz de picardía en sus ojos.

—Puede que usted haya nacido siendo un caballero, lord Allerdale, pero por lo que he descubierto, rara vez se ha comportado como tal.

Él enarcó una ceja.

—Así que usted sabe de eso, ¿verdad? Me sorprende que Georgianna fuera tan indiscreta.

—Ella sabía que el asunto no llegaría más lejos —murmuró Eleanor.

El destello de fastidio que ella había visto en sus ojos se convirtió en diversión.

—Entonces guardemos los secretos del otro, señorita, y debemos confiar el uno en el otro para que así sea.

Él le cogió la mano y depositó un ligero beso.

—Debo volver a nuestro palco. Mi primo partirá a Bélgica dentro de dos días y está un poco alterado. Debo hacer lo que pueda para animarlo un poco, pero ¿quizás usted aceptaría acompañarme a Richmond Park una vez que él se haya ido? —sonrió irónicamente—. Le doy mi palabra de que no la secuestraré.

—En ese caso, sin duda aceptaré su amable oferta —dijo Eleanor—. Todavía no he visitado ese parque en particular y me gustaría mucho hacerlo.

La farsa transcurrió rápidamente para Eleanor mientras reflexionaba sobre lo que había ocurrido entre ella y lord Allerdale. Su instinto le decía que podía confiar en él, y era consciente de que le gustaba lo que había visto de él. Era un hombre de entendimiento rápido, y si también tenía un temperamento fuerte, ella aún no había sido testigo de ello. Comprendió que había lanzado la provocativa observación de que él no siempre se comportaba como un caballero para ver si eso se manifestaba, pero la indignación que él había sentido había desaparecido rápidamente.

Ella misma era una persona enérgica y reconocía la misma cualidad en él. Irradiaba una fuerza masculina que sus elegantes ropas y sus amables palabras no podían ocultar. Podía imaginar fácilmente que, si las energías del hombre no eran canalizadas de alguna forma útil, podrían llegar a ser destructivas. Se estremeció un poco al pensar en lo que ocurriría si el volcán que percibía en su interior entrara en erupción; estaba segura de que calcinaría a todos los que estuvieran a su alcance.

CAPÍTULO 11



Cuando regresaron a South Audley Street, Clinton les informó de que habían recibido dos cartas durante su ausencia. Les entregó una a cada una.

—Gracias, Clinton —dijo Diana—. ¿Mi lord ya ha vuelto?

—No, señora. Creo que está en una cena política, y me ha informado de que es probable que se prolongue hasta altas horas de la madrugada. Me ha dicho que usted no debería esperarlo despierta.

—No, no lo haré. He comenzado a sentirme cansada —dijo suavemente ella.

—Entonces, a la cama —dijo Eleanor, cogiendo el brazo de Diana.

Cuando llegaron a la habitación de Diana, Eleanor le besó la mejilla y le dio las buenas noches. Diana sonrió de manera soñolienta y abrió la puerta. Se quedó un momento en el umbral y jadeó con alegría.

—¡Eleanor! Mira!

Eleanor empujó suavemente a Diana, quien seguía inmóvil, hacia la habitación. El delicioso aroma de las rosas llegó hasta ella antes de que viera los tres jarrones llenos de flores. Sobre la almohada había una rosa amarilla y una tarjeta. Diana corrió y la cogió.

—¿Qué dice?

Diana la estrechó contra su pecho por un momento, con las mejillas coloradas.

—No puedo decírtelo, es un mensaje personal.

—Ya veo —dijo Eleanor, sonriendo—. Buenas noches.

Cerró la puerta suavemente tras de sí. Frederick se había superado a sí mismo. O él aprendía muy rápido o había descubierto una faceta romántica desconocida hasta ahora. Acababa de meterse en la cama, de despedirse Linny y de coger su carta, cuando Diana abrió la puerta de golpe, con la cara pálida.

—¿Qué pasa? —preguntó Eleanor, dejando caer la carta y apartando las sábanas.

—Yo era muy feliz —dijo Diana, con lágrimas brillantes en sus ojos—. ¡Pero esto podría arruinarlo todo!

Extendió la misiva con la mano trémula. Eleanor cruzó rápidamente la habitación y la cogió.

Mi querida Lady Haverham,

Me había atrevido a esperar una victoria sobre tu afecto. Cuando te sentí temblar en mis brazos, estaba seguro de ello. ¿Es posible que me haya equivocado? No puedo creer que me hubieras concedido tus besos si tu corazón no estaba comprometido. No eres tan voluble. Anhele abrazarte de nuevo, pero no puedo acercarme a ti. La señorita Edgcott parece haberse

convertido en tu carcelera. Yo te liberaría si pudiera.

Encuéntrame mañana temprano en el parque, a las ocho. Te buscaré cerca de Grosvenor Gate. Ven sola. O descubrimos la manera de estar juntos, o me dirás que tus sentimientos han cambiado. Sólo lo creeré si escucho las palabras de tus dulces labios.

No me decepciones.

Sandford

Los ojos de Diana brillaron con súbita cólera.

—Si Frederick hubiera estado en casa... si hubiera leído esa carta... Oh, no soporto pensar en eso. ¡Y es mentira! Yo no le concedí mis besos, él me robó uno. Y si temblé, ¡fue de miedo y conmoción! ¡Cómo se atreve a escribirme! Cómo se atreve a poner en peligro mi felicidad.

Eleanor miró la carta pensativamente.

—Comprendo tus sentimientos, pero debes mantener la calma, Diana. Si no lo animaste a besarte, sin duda lo animaste a que coqueteara contigo. Debes encontrarte con él. Parece que no te dejará en paz hasta que lo hagas.

—¡No puedo! —exclamó ella, retorciéndose las manos—. Empiezo a creer que es capaz de cualquier cosa.

—Estarás muy segura, porque no irás sola. Iré contigo, como tu criada.

Diana soltó suave y salvaje carcajada.

—¡Como si una criada pudiera detenerlo si quisiera llevarme! Además, te reconocería.

—No, no me reconocerá, porque llevaré un velo. Tampoco te secuestrará, porque traeré esto.

Eleanor cruzó hasta un cajón, se arrodilló y abrió el último. Rebuscó entre las prendas que allí había y sacó una pequeña pistola de plata.

Los ojos de Diana se abrieron de par en par.

—¡Eleanor! ¿Qué haces con una pistola?

—Papá insistió en que tuviera una para mi protección. Y no debes temer que no sepa usarla, porque papá me enseñó. No creo que lord Sandford sea tan estúpido como para intentar secuestrarte a la luz del día, en un parque público, y con una criada como testigo, pero si intenta algo tan imprudente, puedes estar segura de que la usaré.

—¡Piensa en el escándalo! —jadeó Diana.

—No habrá escándalo —dijo Eleanor con calma—, porque no lo mataré, sólo le advertiré. Si no te gusta el plan, te sugiero que se lo cuentes todo a Frederick. Creo que es mucho más probable que crea tu versión de los hechos antes que la de Sandford.

Diana palideció.

—No, Eleanor, no. Aunque él asegure que me cree, eso sembrará una semilla de duda en su mente. Creo que se ha enamorado de mí por segunda vez, y yo no podría soportar si... si volviera a desilusionarse.

—Muy bien. Iremos al parque. Es poco probable que Frederick esté levantado a esa hora después de una noche muy larga, y volveremos antes de que se dé cuenta. Se lo contaré todo a Linny, pues es de confianza, y tu criada nunca te molesta antes de las diez, así que no veo ningún inconveniente.

Eleanor se acercó al fuego y arrojó la carta a las llamas.

—Listo, ha desaparecido, y lo mismo le ocurrirá a Sandford en cuanto le digas que malinterpretó tu interés por él.

Diana pareció recuperar algo de confianza mientras veía arder la carta. De repente, asintió.

—Tienes razón, Eleanor. Estaré lista a las siete y media, puedes estar segura.

Eleanor se metió de nuevo en la cama y volvió a coger la carta. Miró las letras en cursiva que

deletreaban su nombre, preguntándose distraídamente quién le habría enviado una carta a estas horas.

Querida señorita Edgcott,

Espero sinceramente que lea la presente esta noche, pues el asunto es de cierta urgencia y no sé qué hacer para mejorar las cosas. Escuché una conversación esta noche entre lord Sandford y el capitán Bassington. El capitán Bassington se disculpó ante lord Sandford por sus acciones de la noche anterior y dijo que, a pesar de haber sido provocado por la forma insultante en que Sandford había hablado de su primo, no debería haberlo derribado. Continuó diciendo que ambos habían bebido mucho y que, por lo tanto, las acciones de ninguno de los dos debían juzgarse tan duramente como si hubieran estado sobrios. Pidió a Sandford que aceptara sus disculpas y anulara su desafío. Lord Sandford respondió que no permitía que nadie lo derribara y se negó, pero si el capitán Bassington deseaba reconsiderar su decisión de que el asunto se llevara a cabo sin ayudantes, estaría dispuesto a cumplir este deseo. El capitán Bassington dijo que no se arriesgaría a que la reunión llegara a oídos de Allerdale, ni tampoco a oídos de los guardias a caballo, pues los duelos estaban mal vistos en el ejército. Entonces, Sandford dijo que vería al capitán Bassington a las seis en punto en Battersea Fields y que había arreglado la presencia de un médico.

Señorita Edgcott, lord Allerdale ha sido tan amable conmigo que no me parece bien que no se le advierta de este duelo. No creo que él desee que su primo ponga su vida en riesgo porque Sandford lo difamó de alguna manera. ¡Por lo menos, él debería tener su apoyo como su ayudante! Se lo conté todo a mi padre, pero me dijo que, aunque no era nada habitual que un encuentro así se produjera sin ayudantes, no me correspondía a mí interferir y que no se podía esperar que yo entendiera el código de honor de los caballeros. Él se niega a intervenir en el asunto. He sido testigo de la amistad que usted comparte con lady Bassington y no puedo evitar sentir que usted tampoco desearía que este acontecimiento siguiera adelante.

No sé por qué siento que usted podrá hacer algo, pero mi instinto me dice que se le ocurrirá algo. Yo misma enviaría una nota a lord Allerdale, pero papá me lo ha prohibido estrictamente y creo que ya le he dado muchos dolores de cabeza.

Su amiga,

Señorita Anne Crabtree

No era de extrañar que el capitán Bassington se hubiera visto tan diferente de sí mismo. Él, al menos, había visto la estupidez de todo el incidente, pero parecía que lord Sandford no era el hombre que perdonaría un desaire. Qué lástima que no se había herido en su caída de esta tarde y, por lo tanto, abandonar el duelo. Eleanor frunció el ceño cuando se le ocurrió algo. ¿Cómo podía él concertar un duelo para las seis y luego, con tanta seguridad, un encuentro con Diana a las ocho? Debía de sentirse muy seguro del resultado. ¿Era tan arrogante, o eso significaba que pretendía hacer trampa de alguna manera? La presencia del doctor lo hacía improbable, pero había sido elegido por lord Sandford y podía estar a sus órdenes.

Eleanor se deslizó fuera de la cama, cogió su vela y se dirigió al pequeño escritorio que había bajo su ventana. Debía hacer algo, pues tenía la horrible sospecha de que ella era básicamente la responsable de lo ocurrido. Si lord Allerdale no hubiera tropezado con su vestido, su posterior conversación con lord Sandford no habría ocurrido y él no habría humillado a lord Sandford escoltándolo fuera de la casa. Seguramente este acontecimiento había hecho que lord Sandford difamara a lord Allerdale ante su primo. ¿Qué era lo que él le había dicho a ella antes? *Entonces guardemos los secretos del otro, señorita, y debemos confiar el uno en el otro para que así sea.*

Aunque esto no era estrictamente un secreto de lord Allerdale, estaba segura de que él

desearía que ella le informara de ello y, de alguna manera, sabía que él consideraría que ella había traicionado su confianza si no lo hacía. Eleanor se mordió el labio. Ella no le debía ninguna lealtad y estaba segura de que no le importaba lo que él pensara de su persona, pero la señorita Crabtree le había pedido ayuda y el capitán Bassington le había agradado de inmediato.

Eleanor cogió un bolígrafo y se apresuró a escribir. En pocos minutos había anotado lo que sabía y sus temores de que lord Sandford no era de fiar. Dobló la carta con pulcritud, escribió lord Allerdale en ella, y luego la palabra URGENTE debajo, subrayándola fuertemente. Acababa de ponerse la bata cuando tuvo una idea. Estaba segura de que lord Allerdale tendría el poder de detener el duelo, pero ¿estaría dispuesto a hacerlo? ¿No deshonraría al capitán Bassington si lo hiciera? Suspiró. La presencia del hombre podría evitar que lord Sandford se comportara de un modo poco honorable, pero no garantizaría la seguridad del capitán Bassington.

Eleanor volvió a su mesa y escribió apresuradamente otra carta, antes de buscar a Stanley y pedirle que entregara ambas de inmediato.



Por desgracia, la señorita Edgcott ignoraba que lord Allerdale no residía en Berkeley Square, y Michael, el lacayo en cuyas manos fue entregada la carta, ni siquiera le echó un vistazo antes de depositarla en la bandeja del vestíbulo. Solo había sido contratado por una temporada y todavía tenía muy poca experiencia, aunque él esperaba que su actual empleo lo llevara a cosas mayores. A la mañana siguiente recibió una severa reprimenda del mayordomo cuando preguntó la hora de su entrega, y fue enviado inmediatamente a Duke Street, con instrucciones de explicar su incumplimiento del deber a lord Allerdale.

Miles había seguido su propio consejo y se había ido relativamente temprano a la cama. Sin embargo, seguía un poco preocupado por Charles. Después de la obra, al separarse, su primo le había estrechado la mano y dado una palmada en la espalda diciéndole, con una alegría que Miles consideró un poco forzada:

—Perdona si he estado un poco raro esta noche, amigo. Estoy seguro de que mañana volveré a ser el de antes. Ven a verme entonces, pero no antes de las diez; creo que disfrutaré de la última mañana perezosa que quizá tenga en algún tiempo.

Él tenía toda la intención de visitar a Charles esta mañana, y si no se mostraba tan alegre como de costumbre, le sonsacaría aquello que realmente le preocupaba. Primero pretendía disfrutar de un buen galope por el parque, y como esto sólo podía conseguirse a tempranas horas de la mañana, había dado instrucciones a Tibbs para que le llevara el caballo a las cinco y media en punto. Se había levantado con la luz y estaba terminando su taza de café cuando el lacayo de rostro pálido entró en la habitación.

—Buenos días —dijo, poniéndose en pie—. ¿Qué diablos te trae por aquí a una hora tan temprana?

—S-Señor —balbuceó—. Tengo dos cartas para usted —levantó una—. Esta fue entregada en Berkeley Square anoche, y le ruego me disculpe, pero no le di importancia y la dejé en la bandeja del vestíbulo. No fue hasta esta mañana que descubrí que estaba marcada como urgente.

De repente, Miles tuvo un presentimiento. Cruzó la habitación y la arrebató de la mano del tímido lacayo. La abrió y sintió un momento de alivio al ver que no estaba escrita con la caligrafía perezosa de Charles. Sacudió la cabeza como para despejarla; Charles habría sabido dónde encontrarlo.

Examinó rápidamente su contenido.

—Idiota —dijo en voz baja—. ¡Eres un completo idiota!

—Lo s-siento, señor —dijo el lacayo.

—Tú no —espetó Miles, y sus ojos volaron hacia el reloj de la chimenea.

Acababan de dar las cinco y media.

—¿Tibbs está fuera?

—Sí, milord —dijo Michael—. Llegó antes que yo.

Miles cogió su fusta, se colocó el sombrero y se apresuró a salir. Saludó con la cabeza a su mozo de cuadra, se subió rápidamente a la silla y se marchó a toda prisa.

Tibbs se quedó allí de pie un momento, mirándolo.

—¿Adónde va con tanta prisa?

—No lo sé —dijo Michael—. Pero cuando leyó la carta que le entregué, llamó idiota a alguien.

—¿De verdad? —dijo Tibbs, pensativo—. Bueno, si no te dio un mensaje ni te dijo lo que pretendía, probablemente no quiera que nadie se entere, así que será mejor que no se lo cuentes a nadie, o el hecho de que se marchó cabalgando como si lo persiguiera el mismísimo diablo. Si preocupas a lady Bringham, él te cortará la cabeza.

Michael palideció.

—Sólo diré que entregué la carta y que lord Allerdale salió a su cabalgata matutina, si es que alguien pregunta.

—Justo lo que se necesita —dijo Tibbs con aprobación.

Según los cálculos de Miles, necesitaría alrededor de cuarenta minutos para llegar a su destino, pero su caballo era veloz y él un excelente jinete, así que no era imposible que llegara a tiempo. Voló por Whitehall, recorriendo el Ministerio de Marina y la Guardia Montada a toda velocidad. Tanto los peatones como los conductores de carruajes que cruzaban el puente de Westminster se detuvieron a contemplar al hombre moreno montado en el elegante caballo, tan ágil que parecía tener alas. Si pensaban que el hombre no estaba cabalgando como si lo persiguiera el diablo, sino como si él mismo fuera el diablo, podían ser perdonados, ya que sus ojos ardían con una extraña intensidad y parecía ajeno a ellos, maniobrando fácilmente a su alrededor y sin controlar en ningún momento su velocidad.

Una vez que cruzó el puente, Miles bordeó el río tanto como pudo, pasando Vauxhall sin echar un vistazo y respirando aliviado al llegar por fin a la aldea de Nine Elms. Sólo esperaba que el mal estado del puente de madera de Battersea los hubiera disuadido de ir en esa dirección, o sin duda él no llegaría a tiempo. Abandonó el camino y, después de haber cabalgado sólo una corta distancia a través de una llanura, vio un carruaje y un caballo pastando. Más allá de ellos había dos figuras con las mangas de sus camisas levantadas. Gimió al oír el sonido de acero contra acero. Era demasiado tarde; ya habían empezado. Al menos Charles había tenido el ingenio de elegir la espada en lugar de la pistola, pues aunque era igual de letal, si no más, garantizaría que el combate fuera una verdadera prueba de habilidad. Una mano trémula o un arma desconocida aportaban un elemento de suerte a la situación que no le gustaba.

Desmontó ligeramente por detrás del carruaje, con cuidado de no distraer a los duelistas. Sintió un gran alivio al ver que no había rastro de sangre en la camisa blanca de su primo. No tardó en percatarse de que estaban igualados. Tanto las cejas de Charles como las de Sandford brillaban por el sudor, y sus ojos no se apartaban de los del otro mientras atacaban, esquivaban y contraatacaban por turnos. Miles pensaba que Charles tenía un movimiento de pies ligeramente mejor, pero Sandford poseía una muñeca asombrosamente flexible y rápida.

—Es una pelea muy reñida —dijo una voz detrás de él.

Miles se volvió y vio a un hombre que seguía sentado en el carruaje. Aunque sus ropas eran respetables, tenía los ojos enrojecidos y sostenía una pequeña petaca de plata con una mano trémula. Miles lo ignoró, disgustado, y se volvió hacia la pelea. Éste era el médico al que había llamado Sandford. Si alguno de ellos necesitaba su ayuda, ¡que Dios se apiadara de él!

Contuvo la respiración cuando Charles aceleró súbitamente su movimiento de pies, obligando a Sandford a retroceder. Sandford lucía cansado y pareció percatarse de ello; giró rápidamente la muñeca e intentó atravesar la espada de su oponente, pero Charles fue más rápido y la espada de Sandford salió volando por los aires, ya fuera por la humedad de su mano o por la fuerza de la estocada de Charles.

—¡Detened esta locura! —gritó Miles, con voz profunda y autoritaria—. ¡No quisiera que ninguno de los dos arriesgara su vida por una discusión de borrachos!

Sandford se limpió la mano en los pantalones bombachos y cogió su espada.

—No interferirás —dijo, un poco jadeante—. Conoces las reglas tan bien como yo, Allerdale. Sólo cuando uno de los dos no pueda continuar, esto habrá terminado.

Se giró repentinamente y, antes de que Charles tuviera tiempo de interpretar su intención, volvió a abalanzarse sobre él. Charles se tambaleó hacia atrás, levantando la espada justo a tiempo para impedir que su oponente le asestara un golpe. Miles cerró los puños. Si Charles no lo mataba, ¡él lo haría!

Pero mientras Charles recuperaba el equilibrio, el sonido de unos cascos estruendosos indicó que un carruaje se acercaba. Se detuvo y dos fornidos agentes bajaron de un salto.

Charles y Sandford estaban peleando con seriedad, pero ahora lucían furiosos, y no parecían conscientes de ello.

—Elegid vuestro momento con cuidado —advirtió Miles.

—Sé lo que hago, señor —dijo el hombre más cercano a él.

Cuando volvieron a separarse, el agente metió la mano en el bolsillo y sacó una pistola. Antes de que pudieran acercarse de nuevo, disparó al aire.

—Soltad las espadas, caballeros. Los duelos son ilegales, como bien sabéis. Estáis detenidos.

—¡Buen hombre! —murmuró Miles.

—¡Maldito seas, Allerdale! —siseó Sandford—. No tenías derecho a interferir.

—Oh, este caballero no os ha delatado —dijo alegremente el agente.

—Entonces, ¿quién ha sido? —preguntó Sandford.

—No lo sé con exactitud, pero creo que fue una dama. Ahora venid, tranquilos y en paz, porque el juez os espera.

Charles recogió su abrigo y se acercó a ellos.

—Preferiría que bajara esa espada, señor.

—Guárdamelas, ¿quieres, Quarlberry? —le dijo Sandford al doctor mientras pasaba junto a su carruaje.

Le lanzó a Charles una mirada de desprecio absoluto.

—Te lamentaste por el encuentro de esta mañana con una mujer cuya simpatía deseabas despertar, ¿verdad?

—No seas imbécil, Sandford. Ningún hombre cuerdo mencionaría un asunto de honor a una mujer. No se lo mencioné a nadie más que a ti anoche en el teatro.

La expresión dura de Miles se encontró con la mirada parcialmente cerrada de Sandford.

—Si vas a hacerme una pregunta parecida, no lo hagas. No conseguirás nada de mí.

—Venga, señor —dijo el agente—. Las cosas sólo serán más difíciles para usted si crea problemas.

Lord Sandford lo miró fríamente.

—Aparte su mano de mi brazo o tendré que deshacerme de este abrigo.

El agente no obedeció, pero agitó la pistola y sonrió.

—No me importa si lo hace, señor.

Miles sujetó a Charles por el hombro cuando se acercó a él y le dijo en voz baja:

—Sin duda serás multado y comparecerás ante el juez para mantener la paz. Después de eso ven a mis habitaciones, debo decirte muchas cosas.

CAPÍTULO 12



Los sueños de Eleanor se movían inquietos, vibrando por todos lados. No era propensa a las fantasías, pero el duelo se desarrolló de varias maneras. Vio a lord Sandford salir a zancadas de entre una niebla creciente, con una sonrisa temeraria en el rostro, pero una expresión fría, casi inhumana, en los ojos. El capitán Bassington se acercaba en la otra dirección, con la espada colgando libremente a su lado, su cabello rubio y ondulado y sus ojos azules le conferían la apariencia de un ángel frente al demonio de Sandford. Entonces la escena cambió, estaban de pie a cierta distancia, con las pistolas en alto, y sólo faltaba que el médico diera la orden o hiciera alguna señal para que comenzara el duelo. Antes de que eso sucediera, Sandford levantó su pistola y disparó. Su oponente fue lanzado hacia atrás, con la mano aferrada a su pecho y, cuando la levantó hacia su cara, estaba empapada en sangre. Pero el rostro pálido y los ojos desenfocados del capitán Bassington no eran los que estaban observando, sino los de lord Allerdale.

Eleanor se despertó, con el corazón latiéndole rápidamente en el pecho, preguntándose por un momento si ella realmente había puesto en peligro la vida de lord Allerdale. Unos instantes de reflexión le devolvieron la calma; no conocía del todo el código de honor de los caballeros, pero estaba segura de que no éste permitiría que ocurriera algo así. Una imaginación alterada había llevado a Diana a demonizar a lord Sandford, pero él no había hecho nada que sugiriera que se comportaría de un modo tan perverso.

Eleanor se levantó y se acercó a la ventana. Apartó las pesadas cortinas y parpadeó cuando el sol brilló en sus ojos. El desenlace de los acontecimientos de esta mañana ya estaba decidido. Bajo la brillante luz del día, los temores parcialmente creados que la habían acosado la noche anterior parecían ahora una tontería. Le había parecido siniestro la seguridad de lord Sandford respecto a que estaría libre para reunirse con Diana apenas dos horas después del duelo, pero ahora parecía mucho más probable que sólo su orgullo le hubiera impedido retractarse del compromiso y, una vez satisfecho, los caballeros se darían la mano y el asunto habría terminado. Difícilmente habría quedado con Diana en el parque si su intención hubiera sido el asesinato.

Linny chasqueó la lengua y se inquietó cuando comprendió que Eleanor pretendía hacerse pasar por la criada de lady Haverham.

—No me gustan las reuniones clandestinas. No es propio de usted hacerse cargo de las cosas en lugar de dejar que su señoría se ocupe de ello. Si alguien descubre sus travesuras su nombre quedara mancillado —dijo, pero en un tono resignado. Gracias a su larga relación con su ama, la criada estaba segura de que cualquier cosa que dijera tendría muy poco efecto en ella.

—Nadie lo descubrirá. Me pondré el sombrero que usaba cuando aún estaba de luto, el del velo negro.

—No —dijo la criada—. Es demasiado elegante. Tendrá que usar uno de los míos. Será bastante fácil ponerle un velo, y será mejor que coja mi larga capa para cubrir su vestido.

Como los criados estaban desayunando, consiguieron salir de la casa sin ser vistas. Diana mostraba una expresión malhumorada, pues su confianza en sí misma seguía alimentándose por la indignación causada por la forma en que había sido citada. El parque estaba tranquilo, pero no desierto. Aunque no había nadie importante paseando por allí, a lo lejos se veía a una señora con un pequeño grupo de niños a su alrededor y, más allá de ellos, unos cuantos caballos estaban siendo domados. Sin embargo, ninguno de ellos parecía ir hacia ellas. Eleanor se echó el velo hacia atrás, sintiéndose sofocada por él. Linny le había puesto el más grueso que encontró, y Eleanor apenas podía ver más de dos pasos delante de ella.

—Seguro que ya deben de ser las ocho —dijo Diana, inquieta.

Eleanor sacó de su reticule un pequeño reloj de bolsillo plateado.

—Sí, son las ocho con diez.

Caminaron lentamente por la avenida durante unos momentos, pero ningún jinete ni carruaje se movió en su dirección.

—¡Oh! ¡Esto es muy malo por su parte! —se quejó Diana—. He ensayado una y otra vez exactamente lo que debería decirle y ahora, después de todo, no ha venido. Tengo calor, estoy cansada y me duelen los pies. ¿Qué pretende?

Eleanor resistió el impulso de contarle lo del duelo; ni el capitán Bassington ni lord Allerdale le agradecerían por difundir la historia, y sólo conseguiría agudizar los temores irracionales de Diana. Calmó su propia sensación de inquietud y dijo alegremente:

—Nada, estoy segura. Él debió haberse retrasado por causas ajenas a su voluntad. Caminemos hasta ese grupo de árboles; hay un banco bajo uno de ellos y podremos descansar un poco.

La sombra veteada no pareció aliviar mucho a Diana. Estaba sentada con los hombros caídos, los ojos puestos en el suelo, inusualmente callada, y su confianza parecía disminuir a cada minuto que pasaba. Eleanor volvió a mirar el reloj y se puso en pie.

—Son casi las nueve. Creo que ya hemos esperado bastante.

Diana no se movió y, cuando habló, su voz fue débil:

—Eleanor, no me encuentro bien. ¡Creo que voy a vomitar!

Apenas pronunció estas palabras, se inclinó hacia adelante y empezó a tener arcadas. Eleanor esperó a que sus espasmos disminuyeran, y le entregó un pañuelo para que se secase la cara.

—Respira hondo, querida.

—Sí, ya estoy mejor, creo —dijo Diana, temblando.

Eleanor le rodeó la cintura con un brazo y la ayudó a ponerse en pie.

—Estás temblando —dijo suavemente—, pobrecita.

—Estar enferma siempre me hace temblar —murmuró Diana.

De pronto, el sonido de caballos galopando llegó a sus oídos. Diana gimió.

—Ahora no puedo hablar con Sandford. Apenas puedo caminar o hablar —susurró.

—No es Sandford —dijo Eleanor, bajándose apresuradamente el velo—. Es lord Carteret. ¡Gracias a Dios! Él puede llevarte a casa. Escucha con atención, Diana. No habrá sitio para mí en su carruaje, pero no te preocupes. Nadie prestará atención a una criada caminando sola por las calles. Dudo mucho que Frederick aparezca, pero si lo hace, di que fuimos a dar un paseo matutino y enfermaste. Ah, y dile a Stanley que esté pendiente de mí, por favor.

Habían ido cojeando lentamente hacia la calzada y lord Carteret no pudo evitar notarlas, ya que el parque seguía vacío. Al ver que Diana era sostenida fuertemente por su criada, él se detuvo rápidamente, dijo algo a su mozo de cuadra y descendió velozmente del carruaje.

—¡Lady Haverham! Está enferma. Permítame llevarla a casa.

—Gracias —murmuró Diana, aceptando su brazo—. Me siento un poco débil.

—Su criada podría venir con nosotros —dijo con reservas.

Eleanor sacudió la cabeza y dijo en una buena imitación de Linny:

—No se preocupe por mí, señor. Puedo arreglármelas sola.

Sin más demora, lord Carteret levantó a Diana en brazos y la depositó en el carruaje de dos caballos. Eleanor sonrió detrás de su velo. Realmente tenía unos modales encantadores, pero había en él una frialdad que no le atraía. Esperaba de todo corazón que Diana no hubiera dejado una huella imborrable en su corazón, pues él merecía algo mejor.

No estaba demasiado preocupada por Diana, ya que estaba bastante segura de la causa de su enfermedad. Su frecuente cansancio, sus recientes cambios de humor y ahora sus náuseas sugerían que se encontraba en un estado delicado. Arrugó el ceño al pensar en cómo reaccionaría Frederick. ¿Insistiría en que volvieran inmediatamente a Standon? Eso no le convendría a ella.

Eleanor se detuvo al llegar a South Audley Street. Había pedido a su abogado que averiguara si era cierto el rumor de que Madame Lafayette estaba en quiebra y, en caso afirmativo, que averiguara si el contrato de arrendamiento de su tienda estaba disponible, pero él aún no había respondido a su carta. Tal vez podría averiguar algo útil en su papel de criada. Que una criada visitara una sombrerería en nombre de su señora no daría lugar a ningún comentario, y Bruton Street estaba a sólo unos minutos de distancia, así que ¿qué daño podía hacer?

Caminó con cuidado por Mount Street, bordeó Berkeley Square y pronto llegó a Bruton Street, disfrutando de la libertad que le otorgaba su disfraz. Se detuvo frente al establecimiento de Madame Lafayette, se apartó el velo y observó el escaparate. Sólo unas cuantas capotas de aspecto desgastado y una selección de cintas lo adornaban, y entre ellos había un aviso que decía que a partir de este momento no se concedería crédito a los clientes. Parecía que los rumores eran ciertos.

Una calesa se detuvo detrás de ella y Eleanor vio a lady Langton y a la señorita Farrow claramente reflejadas en el escaparate. Entró apresuradamente en la tienda y se acercó a una colección de chales que estaban expuestos sobre una mesa en el rincón más alejado.

—¿Puedo ayudar...?

Madame Lafayette se detuvo cuando lady Langton y la señorita Farrow entraron en el establecimiento.

—Buenos días, lady Langton.

Eleanor enarcó una ceja al oír su tono. No era grosero, pero tampoco especialmente respetuoso, y había abandonado su fingido acento francés.

—No es un buen día, Madame Lafayette. Estoy muy disgustada —dijo lady Langton con malhumor—. Mi nueva capota debería haber sido entregada ayer, y como eso no sucedió y yo deseaba especialmente usarla hoy, he tenido que acudir a usted.

—Su capota no fue entregada, milady, porque aún no ha sido pagada. El retraso en el pago de las facturas me ha arruinado.

—Pero yo siempre he pagado mis facturas —protestó lady Langton.

—Así es, señora, eventualmente. Tengo su capota lista y le he cambiado las cintas como me pidió. Se la entregaré en cuanto me haya pagado.

—Pero no creo que me alcance, y necesito la capota.

Eleanor ya había oído bastante. Madame Lafayette difícilmente hablaría así a sus clientes si no fuera a cerrar la tienda. Pero aunque Eleanor podía imaginar que los retrasos en el pago de las facturas habían contribuido a su ruina, estaba segura de que ésa no era la causa principal de su desafortunada situación. Madame Lafayette se había vuelto perezosa y sus sombreros eran demasiado caros y poco originales. Dejó el chal de cachemira en el que había fingido estar tan absorta y se dirigió hacia la puerta.

—Entonces le sugiero que vuelva más tarde, milady.

—¡Espere! Veré cuánto tengo conmigo.

Lady Langton dio un paso atrás mientras Eleanor pasaba junto a ella y la rozaba.

—Le ruego me disculpe, señora —murmuró.

Al abrir la puerta, lady Langton dijo con voz estresada:

—¡Oh! Ahora no encuentro mi reticule. ¿Qué he hecho con él, Letty?

Antes de que la señorita Farrow pudiera responder, gritó:

—¡Tú, criada! ¡Detente! Lo has robado.

Eleanor se quedó inmóvil un momento y luego salió rápidamente de la tienda. Si Eliza Langton la reconocía, todo Londres no tardaría en saber que se había paseado sola vestida de criada.

Lady Langton la siguió hasta la calle.

—¡Detenla! —le gritó a su chófer—. ¡Tiene mi reticule!

Eleanor se levantó las faldas y empezó a correr, pero la combinación de su pánico y la oscuridad de su velo hizo que chocara con alguien y cayera. Aún estaba tendida de cara al suelo cuando oyó la voz del cochero:

—No, milady, yo lo tengo. Usted lo dejó en el asiento y pensé que sería mejor cuidarlo por usted.

—Oh —dijo lady Langton—. Qué tonta he sido. Pero, ¿por qué huyó si no tenía nada que ocultar?

Su voz, que hacía un momento había sido la de una arpía, ahora era efusiva y aniñada.

—¡Lord Allerdale! Qué amable de su parte detenerla, pero ahora parece que estaba muy equivocada. Me siento terrible. ¿Cree que la pobre chica está herida? Parece que no se mueve.

Eleanor no podía moverse; no sólo estaba sin aliento, sino que su velo se había desprendido de un lado de su sombrero en la caída. A pesar de su incómoda situación, sintió una oleada de alivio al oír la voz de lord Allerdale.

—No la detuve intencionadamente, señorita, ella chocó conmigo. Y si no resulta herida, no será gracias a usted —dijo en tono mordaz—. ¿Qué razón tenía para acusarla?

—Ella pasó junto a mí, y luego no podía encontrar mi reticule. He cometido un simple error.

—Un error tonto —la corrigió él, arrodillándose junto al cuerpo tendido—. Puede continuar con su día, señora. Yo me ocuparé de esta pobre señorita.

Eleanor sintió que su cuerpo giraba suavemente mientras él hablaba. Se cubrió rápidamente la cara con el velo.

Lady Langton se acercó unos pasos.

—¿No sería mejor que la subiera a la calesa?

Eleanor sintió que un fuerte brazo rodeaba su espalda y otro se deslizaba bajo sus rodillas. Un instante después, fue elevada en el aire. Giró la cabeza para apoyarla en el ancho hombro de lord Allerdale y emitió un gemido dramático que no habría estado fuera de lugar en una tragedia de Shakespeare. Sintió que él la estrechaba con fuerza y sonrió, sintiéndose segura ahora.

—No es necesario, señorita. La casa de mi madre está a pocos pasos. Que tenga un buen día.

Él se dio la vuelta y caminó en dirección contraria. Enseguida cruzó la calle y entraron en Bruton Mews.

—Ya puede quitar la cabeza de mi hombro, señorita Edgcott —le dijo con calma—, no hay nadie viéndola.

Ella soltó una pequeña carcajada de sorpresa mientras se apartaba, y su velo se deslizó de su rostro.

—¿Cómo lo ha adivinado?

—No lo he adivinado —dijo él—. Su velo se movió con la caída y pude ver su barbilla y sus labios.

Su enigmática mirada se posó en ellos y Eleanor sintió que sus mejillas se calentaban.

—¿Tan memorables son?

—Aparentemente sí —murmuró lord Allerdale.

—Eh, ya puede bajarme —dijo, con el corazón latiéndole cada vez más rápido—. No estoy herida en absoluto.

Los labios del hombre se torcieron en una sonrisa.

—Lo noté, señorita, desde el momento en que gimió. Fue un buen detalle, lo admito, aunque bastante melodramático.

La bajó suavemente mientras hablaba. Ella se ocupó de quitarse el polvo de la capa.

—Gracias por acudir en mi ayuda, señor —dijo, mirándolo con una expresión inusualmente tímida en los ojos—. Supe que todo iría bien en cuanto me percaté de que me había tropezado con *usted*. Y debo decir que me alegro mucho de que *fuera* usted y no la pared.

Él se rio.

—Si me hubiera comportado más como una pared, tal vez le habría ido mejor. Me hice a un lado, cosa que un muro nunca habría hecho, debe estar de acuerdo, pero fue en vano. Usted cambió de dirección.

—No veía por dónde iba —admitió.

—Eso es evidente —dijo secamente—. Pero el resto no —enarcó una ceja—. ¿Le importaría explicarme?

—Sí, por supuesto. Pero debo volver a South Audley Street antes de que Frederick baje a desayunar o puede que también tenga que explicarle a él, y preferiría no hacerlo.

—Caminaré con usted, señorita Edgcott. ¿Tiene una horquilla para sujetar su velo?

Eleanor metió la mano en el bolsillo de su capa y sacó rápidamente su reticule. La cuerda que lo ataba se había desprendido y parte de su contenido cayó sobre los adoquines.

Ambos se agacharon rápidamente y recogieron uno de los objetos. Lord Allerdale examinó detenidamente la pequeña pistola durante un momento, con una sonrisa en los labios.

—Está llena de sorpresas, señorita Edgcott. ¿Sabe cómo usarla?

—Puede estar seguro de que sí. Mi padre... —hizo una pausa, con una expresión de aflicción en su rostro. Bajó la mirada hacia el reloj de bolsillo en la palma de su mano. La caja de cristal se había roto—. Era de papá —dijo con la voz entrecortada.

Él se la quitó suavemente y colocó la pistola en su lugar.

—Sólo se ha dañado la parte delantera. Haré que se la arreglen.

—Gracias —dijo ella en voz baja.

Sus grandes ojos marrones estaban llenos de lágrimas, y deslizó una mano por ellos.

—Perdóneme, señor. Estoy siendo tonta.

Eleanor sacó una horquilla del reticule, introdujo la pistola en éste y tensó las cuerdas antes de volver a colocarse el velo en su sitio.

—Estoy lista.

—Pensándolo bien, será mejor que la lleve yo, señorita Edgcott. Será más rápido y menos llamativo. Parecería un poco extraño si me vieran paseando con una criada del brazo. Prométeme que esperará. Mi carruaje está siendo preparado mientras hablamos; estaba yendo a buscarlo cuando oí el alboroto en la calle. No tardaré mucho.

—Esperaré —dijo ella en voz baja.

Él cumplió su palabra y el carruaje salió a la calle antes de que Eleanor tuviera tiempo de ordenar sus pensamientos. Como no quería perder más tiempo, no esperó a recibir ayuda, sino que se subió con ligereza.

—¿Consiguió detener el duelo?

—No, cuando llegué ya había comenzado. Su carta fue entregada en Duke Street esta mañana.

—Supuse que vivía en Berkeley Square. Qué tonta fui al no darme cuenta de que usted podría tener su propio lugar. ¿Lord Sandford ha resultado herido?

—No. Tengo mucho que agradecerle, señorita Edgcott.

—Estaba segura de que usted querría saberlo —dijo escuetamente—. Pero esta mañana mis temores parecieron ridículos y me pregunté si había exagerado, pero no había tiempo para dudas.

Eleanor lo había mirado mientras hablaba y, de pronto, se sintió muy agradecida por su velo, porque su intensa mirada contenía una calidez y una gratitud tan intensas que se sintió hipnotizada. Sólo fue consciente de que había estado conteniendo la respiración cuando lord Allerdale volvió a centrar su atención en el camino.

—Su carta a Bow Street aseguró que el duelo se detuviera eventualmente. Es usted extremadamente meticulosa, señorita Edgcott; no dejó nada al azar. ¿Por qué pensó que Sandford podría haber resultado herido?

Se aproximaban a South Audley Street, así que ella le habló rápidamente de la carta de Diana y de su visita al parque, y de cómo lord Sandford no había hecho acto de presencia.

Él frunció el ceño.

—Usted no debería haber ido, señorita.

—Pero fue usted quien sugirió que hablara con él —protestó ella—. Y como usted ha dicho, no dejo nada al azar y por eso he cogido mi pistola.

Hasta este momento él no había mostrado gran sorpresa o desaprobación al encontrarla en una situación tan extraña, pero ahora la miró incrédulo y sus siguientes palabras fueron pronunciadas con crueldad y desprecio.

—Señorita Edgcott, hay al menos una docena de cosas que pudieron haber salido mal, especialmente si su pistola hubiera entrado en acción. Lady Haverham debería haber hablado con Sandford en un baile o en algún otro acto de sociedad. Es más, si esa reunión clandestina hubiera llegado a oídos de Haverham, no habría sido bien vista. Sus acciones de esta mañana han sido tan estúpidas como peligrosas.

Eleanor jadeó ante su rudeza.

—Bájeme aquí, por favor —dijo con frialdad.

Cuando estuvieron a punto de llegar a la puerta, él obedeció y se detuvo.

—Aún no me ha explicado por qué fue sola a Bruton Street.

Eleanor bajó de un salto.

—Le agradezco mucho su ayuda, señor, pero eso no es asunto de nadie más que mío. Que tenga un buen día.

Dio media vuelta, se apresuró a avanzar un poco por la calle y subió un tramo poco profundo

de escaleras, agradecida cuando Stanley le abrió la puerta de inmediato. Ella depositó una moneda en su mano, se quitó el velo y subió corriendo las escaleras.

Diana la esperaba en su habitación.

—¡Eleanor! ¡Has tardado una eternidad!

Señaló el velo con la mano y se obligó a hablar con calma.

—Apenas podía ver y me movía a paso de tortuga. Me alegro de que te encuentres mejor.

Linny no dijo nada, pero su boca se perfiló en una línea de desaprobación mientras recuperaba su sombrero y ayudaba a Eleanor a quitarse la capa, no dejándole ninguna duda de que tendría que escuchar más recriminaciones en breve. Habiéndola conocido desde la cuna, Eleanor reconocía que su criada tenía ese derecho y la escucharía sin inmutarse. Sin embargo, lord Allerdale no tenía ese derecho, sobre todo si consideraban sus propias aventuras.

—Estoy mucho mejor —dijo Diana—. Sólo necesitaba una taza de té y una galleta. Creo que todo ese ejercicio con el estómago vacío fue lo que me sentó mal. ¡Eleanor! No lo vas a creer, pero Sandford nos envió a buscar una aguja en un pajar; nunca tuvo intención de encontrarse conmigo, sólo quería darme una lección. ¡Es un imbécil horrible! Lee esto.

Le tendió una tarjeta. La tarjeta de Sandford. Había garabateado unas palabras en el reverso.

Lady Haverham,

Me pregunto, ¿cuánto tiempo esperaste? Es muy tedioso perder el tiempo, ¿verdad?

Sandford

—Bastante horrible —coincidió Eleanor—. Pero al menos ya no tienes que preocuparte por él, Diana.

CAPÍTULO 13



Miles esperó hasta que la señorita Edgcott desapareció dentro de la casa antes de seguir conduciendo. No había querido insultarla; no tenía ese derecho, ni deseaba tenerlo. ¡No podía pensar en nada peor que tener que soportar a una chica testaruda que siempre pensaba que sabía más que los demás! Admitiría que sus rápidas acciones en el duelo eran dignas de admiración; habían demostrado que ella sabía mantener la calma y que su mente podía ser aguda durante una crisis. Le estaba muy agradecido, y cuando se había percatado de que la mujer con el velo que había tropezado sobre él no era una criada, sino la señorita Edgcott, no se había detenido a pensar en el motivo de su disfraz, sólo había sido consciente del deseo de protegerla de cualquier daño.

Cualquier temor de que ella se hubiera hecho daño con la caída se había desvanecido rápidamente. En cuanto ella se había acurrucado en su hombro como un gatito confiado y había emitido ese gemido ridículamente exagerado, él no sólo se había percatado de que estaba ilesa, sino que había sospechado que se estaba divirtiendo. No creía haber conocido nunca a una joven con menos sensibilidad. Ella no había mostrado ninguna incomodidad ante el descubrimiento de su impostura, sino que se había reído con una indiferencia sublime, aparentemente convencida de que podía confiar en que él guardaría su secreto, casi como si llevaran años conociéndose y no días. Y él se había dejado llevar tanto por sus ojos sonrientes que también había restado importancia a todo el incidente, ¡incluso diciendo alguna tontería sobre no ser un muro!

Su expresión se suavizó. No, no era cierto que ella estaba desprovista de *toda* sensibilidad; cuando se había percatado del daño al reloj que le había dejado su padre, se había sentido fuertemente afectada. Sus grandes ojos se habían llenado de lágrimas, y su determinación para superar esa momentánea debilidad lo conmovió. Pero cuando ella le había explicado la razón de su disfraz y la pistola en su reticule, la diversión y la compasión habían sido sustituidas por la incredulidad y la rabia de que pareciera tan ajena a los peligros que podrían haber alterado su insensato plan. No creyó ni por un momento que ella habría tirado del gatillo —como tampoco lo habría hecho Sandford si hubiera asistido al encuentro—, pero él bien podría haber descubierto su identidad, y ya tenía motivos para estar resentido con ella. No habría dudado en difundir la historia y se habría alegrado del daño a su reputación.

Miles sacudió la cabeza. No sabía por qué se había enfadado; la señorita Edgcott no era asunto suyo. La razón por la que confiaba en él tan ciegamente era un misterio; ella era plenamente consciente de que él no había tenido una existencia intachable. Probablemente nunca había pensado que él se escandalizaría por su aventura y, después de todo, sí tenía una deuda de

gratitud con ella. Soltó una grave carcajada. Se estaba convirtiendo en un sermoneador. Aún no eran las diez, pero ya había regañado a dos personas esta mañana. Sin embargo, Charles había aceptado sus palabras con mucho más humor. Ahora que la cuestión del duelo estaba resuelta, él había vuelto a ser el mismo de siempre y había aceptado la reprimenda con alegre despreocupación.

Miles se había sorprendido un poco de que un soldado tan experimentado se hubiera preocupado tanto por todo ese asunto, pero Charles se lo había explicado.

—No se trata en absoluto de lo mismo, amigo. Estoy entrenado para matar a un enemigo desconocido; es mi deber, pero no es algo personal. Y una vez en el calor de la batalla, no tengo elección; se trata de matar o morir. Sandford no me agrada demasiado, pero lo conozco desde hace años. Pensar que podría acabar con la vida de alguien a quien conozco desde que íbamos al colegio no me parecía bien. No le habría sangrado la nariz si hubiera estado sobrio, por supuesto, y nunca esperé que me retara a un duelo; después de todo, se lo había merecido —Charles había sacudido la cabeza—. Siempre ha poseído una lengua maliciosa y ha vivido la vida a un ritmo furioso, pero no recuerdo que estuviera tan lleno de rencor como ahora.

Miles pensó que podría entender este cambio en su relación. Sandford era un poco mayor que ellos y, aunque había estado rodeado de compinches que vivían la vida con tanta dureza y rapidez como él, no le había parecido nada fuera de lo común. Pero con el paso de los años, más y más de sus compañeros de juergas se habían quedado en el camino, casándose o adoptando un estilo de vida más serio al heredar sus propiedades y las obligaciones que éstas suponían.

No era de extrañar que Sandford se hubiera mostrado tan desdeñoso al descubrir que Miles parecía haberse unido a ellos. Con el paso de los años se iba convirtiendo en una figura más solitaria, pero se negaba a abandonar el estilo de vida al que se había acostumbrado; un estilo de vida del que Miles se había ido dando cuenta poco a poco que era vacío. Lo había sabido incluso antes de regresar a Brigham el verano pasado para exponer su última locura ante su padre. Pero mientras Miles tenía una familia a la que respetaba para moderar sus acciones, Sandford sólo se tenía a sí mismo para complacer, y dudaba mucho que respetara demasiado a nadie.

Su carruaje atravesó las puertas de Lord's Ground y saludó con la cabeza a uno de los muchachos que merodeaban por allí con la esperanza de cuidar los caballos de un caballero.

—Mi mozo de cuadra llegará enseguida, páselos hasta que llegue, por favor.

El partido se jugaría mañana, y la mayoría del equipo se reuniría más tarde ese mismo día, pero como él deseaba estar con Charles, Cranbourne y Somerton, habían acordado reunirse con él para un último entrenamiento esta mañana. Se sorprendió al ver que Carteret también se les había unido.

—¿Qué es esto? —exclamó, quitándose el abrigo y entrando a zancadas en el campo—. ¿Fraternizando con el enemigo?

—Venga, venga —dijo lord Carteret—, es sólo un partido amistoso, después de todo.

Miles sonrió.

—¡No existe tal cosa como un partido amistoso!

Al cabo de una hora, había tenido la satisfacción de hacer volar por los aires varias de las rápidas pelotas de Carteret —sólo Somerton había enviado otras más lejos—, y estaba de muy buen humor.

—Bien hecho, Allerdale —dijo lord Somerton—, no nos avergonzarás, eso es seguro. Nos veremos esta tarde.

Miles levantó una ceja, sorprendido.

—Creí haber explicado que ya estaba ocupado.

—Todos estamos ocupados, Allerdale —dijo Cranbourne, sonriendo—. Lady Bassington nos ha enviado a todos invitaciones para unirnos a su fiesta en Richmond Park. Debemos llevar una cesta con algo, no especificó qué, pero supongo que se refería a comida, ya que disfrutaremos de un almuerzo al aire libre.

—No estaba al tanto de la expedición —admitió Miles.

—Recibí mi invitación esta mañana —dijo lord Carteret.

—¿Tú también? —dijo Miles, sorprendido—. Me pregunto qué estará tramando la mujer.

—¿Por qué debería estar tramando algo? —dijo lord Somerton—. Parece que ella no disfruta de la compañía de Georgianna y Marianne y el día es bueno, ¿seguramente esa es razón suficiente?

—Ella tiene buen gusto —sonrió lord Cranbourne.

—Sin duda —coincidió lord Somerton.

—¿Sabéis una cosa? —dijo Miles—. Me siento repentinamente agradecido por no haber tenido tiempo de romper el ayuno, porque oíros a los dos alabar a vuestras esposas después de tantos meses de felicidad conyugal, me revuelve el estómago.

Como sus palabras no estaban impregnadas de malicia y un brillo divertido iluminaba sus ojos, ninguno de los dos caballeros se ofendió lo más mínimo por estas cínicas palabras.

—¿Por qué no has tenido tiempo de desayunar? —le preguntó lord Carteret, mirándolo atentamente—. Has tenido una noche larga, ¿verdad?

—La ocasión lo merecería —dijo secamente Miles—. ¡Parece que desde mi llegada a la ciudad he tenido muy poco tiempo para consultar mis propios deseos sobre cualquier cosa!

Mientras conducía el carruaje de regreso a Berkeley Square, Tibbs se aclaró la garganta y dijo:

—Su señoría desea verlo en cuanto regresemos, señor.

Su tono serio alertó a Miles.

—Gracias, Tibbs. Supongo que no te dio ninguna señal de por qué el asunto podía ser tan urgente, ¿verdad?

—No —dijo Tibbs—. Pero me preguntó por su paradero esta mañana.

—¿De verdad? —dijo Miles en voz baja—. ¿Y qué le dijiste?

—Sólo que me usted había pedido que le llevara su caballo temprano, señor. Yo no sabía nada más, después de todo. Pero él me habló exactamente de la misma manera que usted lo hace ahora. Juro que cada día se parece más a él. Me da escalofríos, de verdad.

Miles prefirió ignorar la comparación.

—¿No mencionaste al lacayo o la carta que me entregó?

—No, señor. Pero me miró como si no creyera una palabra de lo que le dije.

Una sonrisa renuente curvó los labios de Miles.

—No te preocupes, Tibbs. Mi padre no valoraría a un mozo que no guardara los secretos de su amo.

Entró en el estudio de su padre con una sonrisa despreocupada.

—Buenos días, señor. ¿En qué puedo servirle?

—No puedo imaginarlo —dijo lord Brigham, dejando la pluma y mirándolo con el brillo satírico que llevaba años conociendo—. Pero me dirás, por favor, por qué permitiste que tu primo se involucrara en un duelo.

Por un momento, Miles sintió gran simpatía por su mozo de cuadra, pues las palabras de su padre, aunque pronunciadas en voz baja, no permitían pensar que la evasiva fuera una opción.

—No le *permití* hacer nada, señor. Yo no tenía ni idea de que tenía intención de reunirse con

Sandford hasta esta mañana.

—Y aun así le pediste a Tibbs el caballo a las cinco y media.

—Sí —dijo, con la misma suavidad—. Me he acostumbrado a levantarme con el sol, señor, y si uno desea cabalgar a toda velocidad por Rotten Row, debe hacerlo a una hora temprana —sonrió irónicamente—. Es uno de los inconvenientes de residir en la ciudad.

—¿Puedo preguntar por qué deseabas cabalgar, eh, a toda velocidad, como dices?

Miles se encogió de hombros.

—Tengo una gran cantidad de energía, señor, y por alguna razón que no puedo entender, las diversiones que se ofrecen en la ciudad ya no me resultan tan gratificantes.

Lord Bringham se recostó en su silla, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Nunca has sido un mentiroso, Allerdale, lo reconozco.

—Sus elogios no me acobardan, señor —dijo, con un tono tan seco como el de su padre.

La sonrisa de lord Bringham se amplió, pero no dijo nada.

—¿Cómo se enteró del duelo, señor?

—Conozco al juez ante el que comparecieron.

—Debí suponerlo. Parece que no hay nadie en la ciudad a quien usted no conozca.

—Es algo que debería desarrollar, Allerdale. Me refiero a personas que puedan serte útiles, por supuesto, más que a las que puedan ayudarte a salir de una pelea.

—Pero lo *estoy* haciendo, señor —dijo Miles—. Vengo de jugar al cricket con Cranbourne, Somerton y Carteret. Cranbourne parece completamente reformado y, en cuanto a los otros dos, bueno, creo que incluso usted debe estar de acuerdo en que no es probable que conozca a dos caballeros más respetables.

Lord Bringham se incorporó, apoyó los codos en el escritorio y golpeó la superficie con los dedos.

—Estoy de acuerdo. Siempre he pensado que Carteret es el mejor de tus amigos, y Somerton es sin duda un buen aliado para que lo tengas a tu lado. Pero si piensas distraerme de mi propósito, Allerdale, no lo harás. Me contarás sin rodeos el desafortunado encuentro de esta mañana.

—No sé por qué no le preguntó a Charles —dijo Miles, con cierto resentimiento.

—¡Él no es mi responsabilidad, gracias a Dios! Tú lo eres. Tus acciones me interesan más que las de él.

—Muy bien, señor. Tendrá la respuesta que busca.

Le contó todo, desde el hecho de haber expulsado a Sandford del baile y las razones para ello, hasta los acontecimientos de esa mañana y cómo se había enterado de ellos.

Lord Bringham volvió a recostarse en su silla, con los ojos entrecerrados mientras consideraba todo lo que había oído. Al cabo de unos instantes, dijo:

—Mi opinión sobre la señorita Edgcott es muy buena y, en general, lo has hecho muy bien, Miles.

Aunque sus palabras no contenían ningún indicio de emoción, el uso de su nombre en lugar de su título, no dejó a Miles ninguna duda sobre la profundidad de la aprobación de su padre.

—Gracias, señor.

Sin embargo, Miles no pudo disfrutar mucho tiempo de los elogios de su padre. De pronto, la expresión de lord Bringham se endureció.

—Y ahora hablaremos del asunto de la dama del callejón. Espero, Allerdale, que no animes a ninguna de tus amantes a acercarse a la residencia de tu madre.

Los ojos de Miles brillaron. Se puso en pie, diciendo entre dientes apretados:

—No tengo ni idea de cómo ha llegado a saber eso, pero si piensa tal cosa de mí, no tengo nada más que decirle, señor.

—Es posible, pero aun así tengo algo que decirte. Siéntate, Allerdale.

No fueron las palabras de su padre, sino la suavidad de su expresión lo que hizo que Miles obedeciera.

—Mi cama me concede una vista bastante buena del otro extremo del camino. Te vi llevar a alguien hasta allí y, unos minutos después, te vi marcharte con ella. A juzgar por la forma en que estaba acurrucada en su hombro y la sonrisa en tu rostro mientras le hablabas, supuse que vuestra relación era íntima. Debo admitir que no pensé que harías tal cosa; después de todo, me dijiste que no me avergonzarías mientras estuvieras en la ciudad, y nunca te he visto faltar a tu palabra en las raras ocasiones en que la has dado. Siempre has sido muy inteligente, Miles, así que estoy seguro de que entenderás por qué llegué a esa conclusión. Sin embargo, tu reacción a mi suposición me dice que estaba equivocado, y me complace ofrecerte una disculpa.

—La acepto —dijo Miles, un poco rígido.

—Gracias. Ahora, tal vez te relajes lo suficiente como para darme una explicación.

No le gustaba mentir a su padre, y no lo hizo, pero omitió los detalles de la verdadera identidad de la doncella, limitándose a exponer los hechos concretos del asunto.

Lord Bringham parecía fascinado.

—Ciertamente te permitiré vivir en Murton cuando elijas novia —dijo finalmente—. Parece que te ha hecho más bien de lo que me había atrevido a esperar, muchacho. ¡Parece que te estás convirtiendo en todo un Galahad!

Miles levantó las manos.

—¡No me ponga esa etiqueta, señor, no es algo que desee llevar conmigo!

—A veces, Miles —dijo suavemente lord Bringham—, nuestros deseos influyen muy poco.

Como en ese momento lady Bringham asomó la cabeza por la puerta, él no tuvo oportunidad de reflexionar sobre este comentario.

—¡Miles! —sonrió ella—, no te esperaba tan temprano. ¡No tenemos que salir hasta dentro de media hora!

Se levantó, fue hacia ella y le besó la mejilla.

—No tenía ni idea de que iríamos a alguna parte, mamá, hasta que Cranbourne me lo aclaró hace un par de minutos.

—Miles, ¿no lees tu correo? Frances escribió todas las invitaciones anoche y fueron enviadas esta mañana a primera hora. Al parecer, se inspiró en las escenas silvestres de la obra; dijo que le recordaban a los claros que se encuentran en Richmond Park. Debo decir que creo que será una forma encantadora de pasar el último día de Charles con nosotros, ¿no crees?

—Sin duda —coincidió su obediente hijo, permitiendo que ella lo guiara fuera de la habitación.

Lord Bringham esperó hasta que sus pisadas se volvieron imperceptibles, antes de decir:

—Ya puedes dejar de escuchar por la cerradura, Frances.

Se oyó una risita profunda y la puerta detrás de lord Bringham, que estaba ligeramente entreabierta, se abrió de par en par.

—¡Siempre has parecido saber todo lo que ocurre a tu alrededor! —dijo lady Bassington sin alterarse.

—Y tú siempre has tenido una disposición a curiosear. Creía que ese aspecto de tu naturaleza había disminuido al hacerte más robusta y perezosa.

—Entonces te has equivocado —dijo ella, sin ofenderse lo más mínimo—. Es sólo que hoy

en día rara vez hay algo que merezca la pena descubrir, al menos en casa.

Ella rodeó el escritorio y se sentó.

—¿Cómo lo *has* sabido?

—La corriente de aire —dijo secamente lord Bringham, poniéndose de pie y cerrando la puerta—. Había pensado que ese pequeño y oscuro salón no se usaba nunca, y que esa puerta siempre se mantenía cerrada.

Lady Bassington sostuvo una llave frente a ella.

—En efecto. Papá siempre insistió en ello también, pero incluso entonces yo sabía qué llave la abría.

—Supongo que no debería sorprenderme —dijo lord Bringham, arrebatándosela y cerrándola de nuevo—. Siempre has parecido estar muy bien informada. ¿Serías tan amable de explicarme por qué pensaste que podría haber algo que valiera la pena descubrir esta mañana?

—El instinto de una madre —dijo rápidamente ella.

Lord Bringham levantó una ceja con aire escéptico y la miró fijamente. Su hermana se limitó a reír.

—Esa mirada podría estremecer a Julia o a Miles, Bringham, pero a mí no me preocupa lo más mínimo. Si quieres saberlo, he oído a ese mayordomo tuyo reprender al pobre Michael.

—¿El lacayo?

—Sí, esta mañana me desperté absurdamente temprano y, por más que lo intenté, no pude volver a dormirme. Bajé al salón a buscar un libro que creí haber dejado allí. Fue entonces cuando oí cómo le decían al pobre chico que, si volvía a incumplir su obligación de comprobar si una carta estaba marcada como urgente, recibiría órdenes de marcharse y que era muy afortunado de que lord Allerdale no lo hubiera golpeado.

—¿Y qué dedujiste de esta información?

—Que la carta debió haber sido entregada ayer por la noche, ya que no estaba sobre la mesa cuando volvimos del teatro, y que era de cierta importancia. Sólo podía pensar que tal vez un amigo suyo pudiera necesitar su ayuda, o que tal vez era de alguna dama.

—Bueno, ahora que sabes que tenías razón en ambas cosas, eso debería complacerte, aunque no creo que la señorita Edgcott sea el tipo de dama que tenías en mente.

—Difícilmente se me puede culpar por esa suposición, Bringham. Normalmente, ninguna dama respetable estaría escribiéndole a él, y menos a esas horas de la noche.

—Espero, Frances, que no le hayas mencionado nada de esto a Julia.

—No seas tan tonto, Bringham. Dejando a un lado todo lo demás, ella me habría atosigado con docenas de explicaciones increíblemente improbables.

—¿Como un duelo?

Lady Bassington se rio.

—Sí, como un duelo. Debo admitir que nunca se me pasó por la cabeza. Qué tonto ha sido Charles.

—¿Tonto? Ha sido completamente imprudente. Habría esperado que incluso tú estuvieras un poco más conmocionada por la noticia.

—¿Por qué? —dijo ella—. Lo he visto sano y salvo hace sólo media hora, así que ¿por qué iba a alarmarme? Sólo me sorprende que él nunca se haya encontrado en una situación así antes, o quizás sí, supongo que yo no lo sabría. ¿Sabes? Me agradó la señorita Edgcott a primera vista, y estoy en deuda con ella.

—Sí, todos lo estamos, estoy seguro.

Lady Bassington alisó una arruga de su vestido.

—Encuentro este asunto de la criada bastante intrigante.

Lord Brigham no se dejó engañar por su tono despreocupado.

—¿Por qué?

—Siempre has sido extremadamente perceptivo, Brigham —dijo lady Bassington con una pequeña sonrisa—. Y tu vista es excelente. Si te ha parecido que esta persona conocía a Miles, es probable que así sea. Y entonces uno debe preguntarse por qué una criada llevaría un velo tan pesado con el que apenas podía ver por dónde iba.

—Tal vez estaba de luto —sugirió lord Brigham.

—Repito, ¿por qué llevar uno tan grueso? Me parece mucho más probable que esta persona no quería ser reconocida. Y si estaba tan herida que Miles sintió la necesidad de llevarla en sus brazos, ¿por qué dejarla sola en el callejón mientras él iba a buscar su carruaje?

—Porque no estaba herida y él estaba protegiendo su identidad —dijo lentamente lord Brigham—. Quizás porque no era una criada.

—Muy bien. Y como hemos establecido que esta misteriosa persona no era una mujer de moral y reputación cuestionables, debe ser una dama. Debo decir que fue muy caballeroso por parte de Miles acudir a su rescate de esa manera.

—¡Dilo, Frances! Qué idea tienes en esa cabeza tuya.

—Espero que no te importe que te lo diga, pero Miles nunca me ha parecido un caballero por naturaleza —dijo ella con suavidad—. Y sólo puedo pensar en una dama hacia la que podría sentirse *especialmente* generoso en este día *en particular*.

Tuvo la satisfacción de ver que su hermano parecía sorprendido.

—¿La señorita Edgcott? Pero, ¿por qué andaría por ahí sola, vestida de criada?

—Aparentemente, Brigham, ella estaba de compras —lady Bassington sonó un poco decepcionada—. Debo admitir que no era una razón muy emocionante para ir de incógnito.

—Pero me atrevería a adivinar que llegó a ser mucho más emocionante de lo que a la señorita Edgcott le habría gustado —dijo secamente su hermano—. ¡Esperemos que ella haya aprendido la lección!

CAPÍTULO 14



Cuando Eleanor bajó y acompañó a Diana a desayunar, se sintió aliviada al descubrir que Frederick aún no había hecho acto de presencia, pues ella consideraba que necesitaba un poco de tiempo para recuperar su equilibrio habitual.

Cogió la carta que había sido dejada junto a su plato y la abrió.

—¿Desea café o chocolate, señorita?

—Chocolate, por favor —dijo distraídamente.

—Café para mí, Stanley —dijo Diana—. ¿Y bien, Eleanor? ¿Es una invitación?

—Sí. Es de lady Bassington. Nos ha invitado a ir con su grupo a Richmond Park. También ha invitado a Georgianna y Marianne.

Eleanor ya había aceptado una invitación para ir allí con lord Allerdale, pero ahora la perspectiva de pasar tanto tiempo sola en su compañía no le parecía muy atractiva. No le molestaron tanto sus palabras como el tono terriblemente cortante con que él las había pronunciado. ¿Cómo se atrevía a hablarle así? Este era un plan mucho mejor, y aunque pensó que era muy probable que él fuera uno de los invitados, sería bastante fácil asegurarse de que no tuviera oportunidad de volver a ofenderla.

—¿Cuándo piensa hacer esta excursión? —preguntó Diana.

—Hoy mismo. Dice que vendrá a buscarnos a las doce, a menos que le digamos otra cosa.

—¿Quién vendrá a buscaros? —dijo lord Haverham, entrando en la habitación.

—Lady Bassington —dijo Diana—. Nos ha invitado a ir a Richmond Park con ella. ¿Te gustaría acompañarnos?

—¿Por qué no? —dijo lord Haverham—. No se me ocurre nada que me apetezca más que pasear con mi esposa por el parque. Incluso podríamos ver ciervos; eso te gustaría, Diana. Pero te llevaré yo mismo, en la calesa, estás un poco pálida, querida, y el aire fresco te sentará bien.

—Gracias —dijo en voz baja, cogiendo su café.

Eleanor echó la silla hacia atrás.

—Será mejor que vaya a escribir una nota a lady Bassington informándole de que no necesitamos su compañía, y tendré que hablar con la señora Finley, ya que nos ha pedido que llevemos una cesta con algo. Al parecer, vamos a disfrutar de un almuerzo al aire libre.

—Hay tiempo suficiente, Eleanor —dijo lord Haverham—. Desayuna primero; como va la cosa, seguirás adelgazando.

Eleanor se había levantado parcialmente, pero volvió a sentarse y mordisqueó obedientemente un trozo de pan con mantequilla. Diana dejó la taza y, de pronto, se desplomó

hacia adelante, apoyando los codos en la mesa y dejando caer la cabeza entre las manos.

—¿Diana? —dijo lord Haverham, un poco alarmado—. No tienes buen aspecto.

Ella no le contestó, sino que respiró lenta y profundamente, pareciendo incapaz de hablar.

—¿Te sientes mal otra vez? —preguntó Eleanor.

—Sí —susurró Diana—. Creo que ha sido el café.

Esta declaración pareció actuar poderosamente sobre lord Haverham. Se levantó con tanta rapidez que su silla cayó hacia atrás, pero ya no parecía alarmado, al contrario, sus ojos brillaban con una mezcla de esperanza y emoción.

—Querida, mi amor, me atrevo a esperar... podría ser... lo que quiero decir es que la única vez que he sabido que el café te hace sentir mal es cuando tu condición es delicada.

Diana se incorporó lo suficiente como para levantar la cabeza.

—Tienes razón, Freddy —murmuró, con los ojos muy abiertos—. ¿Te importa?

—¿Importarme? ¿Importarme? Mi amor, mi ángel, no podría estar más contento.

Se acercó a ella y la cogió en brazos.

—Te llevaré con tu criada de inmediato. Ella sabrá qué es lo mejor para ti.

Diana se estremeció contra él.

—Sí, pero date prisa, querido, me temo que estoy a punto de caer terriblemente enferma.

—Fuera de mi camino, Stanley —espetó él.

El lacayo saltó lejos de la silla que acababa de levantar y se estrelló contra la pared. Eleanor le dedicó una sonrisa comprensiva mientras lord Haverham salía apresuradamente de la habitación, y luego notó la rebanada de pan con mantequilla a medio comer en su plato. Al cabo de un momento lo apartó. *¡Mi amor, mi ángel, Freddy!* Si el enamoramiento convertía a una persona en eso, ella esperaba no ser víctima de sus garras. Aunque se alegraba de que Frederick y Diana parecían estar disfrutando de una segunda luna de miel, estos momentos le resultaban bastante empalagosos.

No escribió a lady Bassington, suponiendo que ni Diana ni Frederick la acompañarían a ninguna parte, sino que redactó unas frases a la señorita Crabtree, segura de que tendría el alma en vilo hasta conocer los resultados que había producido su carta. Luego fue a la cocina y le pidió a la señora Finley que preparara lo que considerara apropiado para un almuerzo al aire libre.

Sin embargo, no fue lady Bassington quien acudió a recogerla, sino Georgianna y Marianne, con su carruaje flanqueado por lord Somerton y lord Cranbourne a caballo.

—Después de todo, lady Bassington nos pidió que te regresáramos —dijo Georgianna, una vez que la puerta se cerró tras ella—. También había invitado a lady Selena Sheringham, pero parece que no consideró que cinco personas serían demasiadas en un solo carruaje. ¿Y lady Haverham?

—No se encuentra bien —dijo Eleanor—. Parece que Diana también espera un feliz acontecimiento, pero no es tan afortunada como tú, Georgianna; sufre todos esos horribles síntomas que me describiste.

—¡Pobre Diana! —dijo Marianne—. Pero tal vez todo sea para bien, Eleanor, pues me temo que tanto Georgianna como yo nos iremos de la ciudad dentro de dos días, por lo que no podremos ayudar a mantener a lord Sandford alejado de lady Haverham. Tendremos mucho que hacer mañana, ya que partiremos temprano a la mañana siguiente.

—Esto es un poco repentino —dijo Eleanor.

—Lo sé, y me disculpo. Mi muy buena amiga y vecina, lady Charlotte Bamber, ha dado a luz a un niño, y aunque está perfectamente sano, su suegra insinuó en la carta que me envió que

Charlotte no se encuentra del todo bien. Siento que debo ir a verla, porque siempre soy capaz de levantarle el ánimo y reforzar su confianza, que es lo que sospecho que más necesita.

—Sí, por supuesto. ¿Y tú también irás, Georgianna?

—No, aunque sin duda la visitaré cuando pueda; todas compartimos habitación en el seminario de la señorita Wolfraston. Además, deseo descubrir exactamente qué esperar cuando llegue mi momento.

—Espero que tu partida no haya sido provocada por malas noticias —dijo Eleanor.

—No, aunque Somerton ha recibido una carta de su padre —una sonrisa divertida iluminó sus ojos—. Lamentablemente, el duque ha perdido la energía. Dijo que esperaba que estuviéramos disfrutando de los paseos por la ciudad y que no pensáramos en él porque, después de todo, estaba bastante acostumbrado a andar solo por Rushwick Park.

—Oh cielos —dijo Eleanor—. Está sintiendo lástima de sí mismo.

—Precisamente. Somerton me dijo que no me dejara engañar por sus quejas, que era un viejo sinvergüenza manipulador y dominante que se las arreglaría muy bien sin nosotros durante unas semanas más —Georgianna sonrió—. Él es todo eso, como le he dicho a menudo, pero es entrañable bajo su brusquedad, al menos para mí, y soy consciente de lo egoísta que estoy siendo al ocultarle mi condición cuando sé que estará muy contento y emocionado por la noticia.

—Lamentaré veros marchar a las dos —admitió Eleanor—. Pero sólo porque echaré de menos vuestra amistad. Sospecho que Haverham enviará a Diana de vuelta a Standon en cualquier momento, e incluso si no lo hace, lord Sandford ya no es un problema.

—¿Por qué no?

Marianne y Georgianna habían hablado al unísono, y Eleanor se echó a reír. No dudó en contarles las aventuras de la mañana. Marianne no encontró ningún defecto en su plan y comprendió plenamente su indignación por la forma en que lord Allerdale le había hablado.

—Pero debo admitir que, aparte de eso, él se comportó muy bien —dijo ella.

—Sí, es verdad —dijo Georgianna—. Se comportó impecablemente, y lamento si no te gusta lo que voy a decir, Eleanor, pero lo haré. No puedo encontrar ningún defecto en las palabras que él te dijo, aunque, por supuesto, entiendo que no te gustara la forma en que te las dijo. Pero él tenía toda la razón, ¿sabes? Muchas cosas pudieron haber salido mal y, de hecho, algo salió mal cuando decidiste, por alguna razón que aún no tengo del todo clara, ir con Madame Lafayette.

—Sí —coincidió Eleanor—. ¡Pero yo difícilmente podría haber previsto que Eliza Langton iría a la tienda y luego me acusaría de ser una ladrona!

—Ese es mi punto —dijo Georgianna—. Sólo consideraste las cosas que podías prever, pero incluso los planes mejor trazados pueden verse arruinados por el azar.

—Eso parece —dijo Eleanor, con una sonrisa reacia—. Pero el azar también juega a veces a nuestro favor.

—Cierto, pero no se puede confiar en ello. Sin embargo, admitiré que jugó a mi favor el día en que Somerton cabalgó hasta la entrada de la casa de campo de mi tía.

—Y funcionó para mí —dijo Marianne en voz baja—, cuando Cranbourne llegó a Cheltenham después de un encuentro casual con su amigo, sir Horace Bamber.

—Y supongo que también funcionó para mí cuando me tropecé con lord Allerdale en lugar de con otro que podría no haber ayudado a proteger mi identidad.

Eleanor vio que sus amigas intercambiaban una sonrisa.

Se rio, pero dijo con firmeza:

—Si alguna de vosotras cree que nuestro encuentro resultará fatídico y conducirá a una relación amorosa como os ocurrió a vosotras dos, deshacedos de la idea. No deseo un marido que

me ofenda cada vez que yo le desagrade. Y como admito que me gusta salirme con la mía tanto como a él, ¿estaríamos siempre peleados! Además, tengo otros planes.

—¿Sigues empeñada en tener tu propio establecimiento en la ciudad? —preguntó Georgianna.

—Me gustaría tener mi propia casa —admitió—. Pero parece que no *me convendría*. Es otra de esas reglas que no tienen sentido para mí; si tuviera una tía solterona eso sería totalmente aceptable, pero una acompañante contratada no es lo mismo, al menos hasta dentro de unos años —suspiró con arrepentimiento—. Y no había considerado que si mostraba al mundo que prefería vivir con un extraño, se reflejaría mal en Haverham. Cuando regrese a Standon, buscaré en el libro familiar a ver si descubro algún pariente desconocido que pueda ayudar. Aunque no necesito residir en la ciudad, hay razones por las que podría ser útil tener algún lugar que pueda visitar regularmente.

—¿Por ejemplo? —preguntó Marianne.

Eleanor no había compartido con nadie su intención de invertir en la señora Willis y ubicarla en el local de Madame Lafayette.

—Sé que sería considerado entrar en el comercio —dijo, un poco desafiante—. Y soy consciente de que a Haverham no le gustará, pero, después de todo, mi implicación no tiene por qué ser de conocimiento general.

—Me parece una idea espléndida —dijo Marianne—. La próxima vez que vaya a la ciudad, sin duda compraré uno de tus sombreros y les diré a todos mis conocidos dónde lo compré.

—Yo también —dijo Georgianna—. Y me atrevo a decir que si tu negocio tiene éxito; y no veo por qué no habría de tenerlo, la sociedad te perdonará si descubre tu implicación.

—Gracias —dijo Eleanor—. Pero todavía no hay nada seguro. Mañana iré a ver a mi abogado, que aún no ha respondido a mis preguntas.

Se unieron al grupo de lady Bassington en la puerta y la cabalgata se adentró en el parque. Eleanor vislumbró colinas ondulantes, amplias laderas cubiertas de hierba y arboledas muy antiguas y, cuando descendieron del carruaje en un lugar elegido por lady Bassington, se encontró con una vista encantadoramente pintoresca. El parque se extendía a lo largo de varios kilómetros frente a ella, una franja de río brillaba bajo la luz del sol en el valle y, en la brumosa distancia, podía distinguir el chapitel de la catedral de San Pablo.

Eleanor se preguntó el número de invitados de lady Bassington, pues aunque lord Brigham, lord Allerdale, el capitán Bassington y lord Carteret habían decidido montar a caballo, había dos carruajes detenidos delante de los suyos. Las puertas de uno de ellos se abrieron de golpe y dos lacayos salieron, seguidos de tres mozos de cuadra, y otro descendió del techo. Todo fue bullicio durante unos instantes mientras lady Brigham se hacía cargo de la situación, ordenando a los lacayos que llevaran mantas, cojines y cestas a un lugar sombreado bajo un grupo de enormes robles, mientras los mozos se ocupaban de los caballos.

Lady Bassington se acercó a ellas, soltando una risita.

—Qué escándalo. No creo que sea necesario. Julia ha tratado la expedición como una campaña militar, pero quizá sea mejor así; yo siempre dejo que los detalles de mis planes se resuelvan solos.

Lady Brigham se acercó a ellas a tiempo para oír estas palabras. Sonrió.

—Y esa es una afortunada circunstancia de la que soy muy consciente, Frances, pero al menos recordaste solicitar a todo el mundo que trajera un plato. Debiste pasar toda la noche organizando el menú.

—Ahí estás, Julia —dijo ella, con cara de sorpresa—. Al fin y al cabo sólo es un almuerzo.

Simplemente pedí a todo el mundo que trajera una cesta de algo.

De pronto, los bonitos ojos de lady Brigham brillaron con una carcajada.

—¡Frances! ¡Tonta! Lo más probable es que tengamos suficiente para alimentar a un pequeño ejército, ¡y no me sorprendería en absoluto si descubriéramos que todo el mundo ha traído el mismo plato! ¡Si el único alimento disponible son lonchas de ternera, lo tendrás bien merecido!

—No me preocuparía lo más mínimo, querida —dijo lady Bassington, bastante imperturbable—. Me gustan mucho las lonchas de ternera.

Lady Brigham ordenó a todos que dieran un paseo mientras ella y su cuñada hurgaban en las diversas cestas.

Se dividieron en dos grupos y Eleanor terminó caminando junto a Lord Brigham.

—Permítame darle las gracias, señorita Edgcott, en nombre de mi hermana y del mío. Sus acciones bien pudieron haber salvado la vida de mi sobrino.

Ella levantó la mirada rápidamente.

—Parece sorprendida —dijo en voz baja—. No debería estarlo, ¿sabe? Tengo muchos conocidos en Londres. Una vez que la historia llegó a Bow Street, yo estaba destinado a oír hablar de ella.

—Oh, ya veo —dijo ella, arrugando el ceño—. No había considerado eso. Espero que el hecho de que yo haya delatado al capitán Bassington no provoque una mayor difusión pública del suceso.

—He adoptado medidas para asegurarme de que no sea así —dijo él, con una pequeña sonrisa—. Siempre es muy difícil prever todos los posibles resultados de nuestras acciones, ¿verdad?

Eleanor contuvo la respiración. Los ojos de lord Brigham eran muy penetrantes, y ella sintió por un momento que él tenía conocimiento sobre sus más recientes actividades.

—¿Ha visto algo interesante desde la última vez que hablamos, señorita Edgcott?

Ella buscó algo que decir en una mente que se había quedado repentinamente en blanco.

—Me encantaron los ejemplos de costura de Mary Linwood —dijo finalmente—, pero no creo que le interesen a usted.

—No sé por qué supone eso. Algunos de sus trabajos me parecen muy buenos. Compré una de sus creaciones como regalo para mi mujer. Está colgada en su salón privado de Brigham.

—Qué regalo tan encantador —dijo Eleanor.

—Me gusta pensar que lady Brigham pensó lo mismo. ¿Qué más has descubierto?

—Oh, nada en realidad; hemos estado muy ocupadas. Aunque sí vislumbré la inclusa mientras iba en carruaje. Había pensado averiguar más cosas sobre él y quizá visitarlo, pero aún no he tenido tiempo.

—Mi familia siempre ha apoyado a la escuela. ¿Qué le gustaría saber?

—Un poco más sobre los niños. ¿Son huérfanos?

—Algunos sí, pero muchos son hijos ilegítimos de alguna pobre alma que no puede cuidar de ellos. La escuela acoge a los bebés en su primer año de vida y los envía con una niñera hasta que tienen edad suficiente para comenzar su educación. El lugar los mantiene hasta que tienen edad suficiente para ser aprendices de un oficio respetable.

Eleanor se mostró pensativa.

—¿Y qué oficios se consideran respetables para las niñas?

—Suelen dedicarse al servicio doméstico.

—Ya veo. ¿Cree que la sombrerería sería vista como un oficio respetable?

—Eso dependería de la sombrerera. Si alguien de prestigio la avala, no veo por qué no. Aunque también dependería del costo. ¿Tiene a alguien en mente, señorita Edgcott?

Eleanor sonrió.

—Tal vez. Aún no estoy segura. Usted me ha dado mucho que pensar, gracias.

Lord Bringham la miró, con expresión enigmática.

—Si quiere que proponga su plan a la junta cuando usted esté segura, no dude en venir a hablar conmigo.

—Es usted muy amable, señor —dijo ella, con una amplia sonrisa iluminándole el rostro.

Eleanor se había posicionado deliberadamente lo más lejos posible de lord Allerdale, pero estaba tan absorta en su conversación que no lo había visto apartarse del grupo para unirse a ellos. Su sonrisa se desvaneció cuando lord Bringham cedió su lugar junto a ella a su hijo.

—¿Sigo estando en la lista de personas que no le agradan? —dijo con una sonrisa encantadora—. Desearía que usted no hubiera dejado de sonreír; fue como ver el sol ocultarse tras una nube.

Eleanor le lanzó una mirada sombría, decidida a no responder a sus halagos.

—Veo que estoy bastante hundido por el reproche, así que aceptaré lo que venga. Adelante, señorita Edgcott, desahóguese y écheme en cara mis acciones pasadas. Dígame lo hipócrita que fui al criticarla, y no tema llamarme impertinente, por no decir descortés al hablarle de ese modo cuando, después de todo, no era asunto mío.

—¡Odioso, odioso, hombre! —dijo ella, con una sonrisa renuente acechando sus labios—. Incluso me ha librado de ese placer; ¿cómo puedo hacerlo ahora, cuando ya se ha adueñado de él?

—Qué despreciable por mi parte robarle el protagonismo, ¿verdad? Sin embargo, lo reconozco y le pido disculpas. No digo que mi opinión sobre el asunto haya cambiado, pero admito que la forma en que la expresé dejó mucho que desear.

—¿Cómo no voy a aceptar una disculpa tan amable? —dijo Eleanor, mirándolo con resentimiento.

—Mi única excusa es que había tenido una mañana muy dura y estaba muy inquieto.

Ella se rio.

—¡Usted, señor, es un sinvergüenza! ¡Qué mentira descarada!

—Me sorprende oír semejante expresión en sus labios, señorita —dijo él, sacudiendo la cabeza.

Eleanor jadeó.

—Usted... Usted... ¡Oh, no sé lo que es! Pero me niego a seguir escuchando sus tonterías.

Habían recorrido un camino tortuoso y ahora se acercaban al lugar de donde habían partido. Dos grandes mantas habían sido colocadas una al lado de la otra y sobre ellas había una gran variedad de platos que, contrariamente a las expectativas de Lady Bringham, no consistían únicamente en carne de vaca. Una tentadora selección de embutidos, quesos, tartas, pasteles y fruta les esperaba.

Lady Bassington había estado recostada sobre una pila de cojines, pero se incorporó cuando se acercaron, sonrió a Eleanor y palmeó el lugar a su lado.

—Como ves, querida, al final todo ha salido de maravilla. ¡Yo no podría haber planeado un mejor banquete! No me gusta organizar demasiado las cosas. Siempre he confiado mucho en la casualidad y nunca me ha defraudado.

—No me engaña, señora —dijo Eleanor, con un brillo travieso en los ojos—. Desde luego, cuando le conviene, usted planifica con antelación. No he olvidado los binoculares para el teatro

en su reticule ni los extraordinarios usos que le da a su bastón.

—Es usted muy lista, señorita Edgcott —dijo ella, sonriendo—. Admitiré que a veces me empeño en planear las cosas con antelación, solo si ello aumenta mi comodidad o mi diversión.

Un tintineo de risas hizo que Eleanor levantara la mirada y se sorprendiera al ver a lady Selena sonriendo al capitán Bassington.

—Me complace ver a lady Selena tan a gusto; suele ser exasperantemente tímida con los caballeros.

—Las tierras de Sheringham se extienden junto a las nuestras. Lo conoce de toda la vida, aunque sólo pudo haber visto a Charles un puñado de veces en los últimos años. Yo era muy amiga de su madre y le tengo mucho cariño a Selena. La invité hoy porque siempre se muestra mejor cuando no está con su madrastra.

—¿Está haciendo de casamentera? —dijo Eleanor—. Creía que prefería confiar en la casualidad.

—Lo hago. No me esforzaré en cruzarla con ninguno de los caballeros aquí presentes. Desgraciadamente, lady Sheringham no fracasa en ello. No creo que sea muy comprensiva con aquellos de naturaleza menos fuerte que ella. Tiene esperanzas de que lady Selena consiga una gran pareja esta temporada, pero su tendencia a mostrarse tímida con cualquiera que le sea desconocido ha supuesto una dificultad para ambas.

—¿Siempre ha sido tan tímida? —preguntó Eleanor.

—No. Sólo empezó a serlo cuando dejó atrás la infancia y se convirtió en una mujer joven. Pero una vez que conoce bien a alguien, es una chica diferente. Acudía a mí a menudo tras la muerte de su madre —suspiró—. Pobre Amelia. Ella comprendía lo difícil que sería para la chica y por eso no la hizo debutar después de que terminara el colegio. Lo discutimos y acordamos que nada bueno podía salir de ello hasta que hubiera crecido un poco. Por desgracia, ella murió poco después.

—Lady Selena debió haber estado muy agradecida por tenerla cerca —dijo Eleanor con dulzura—. No debió haber sido fácil para ella que su padre se volviera a casar tan pronto.

—Él esperó nada menos que nueve meses —dijo lady Bassington—. Creo que lo hizo en gran parte por el bien de su hija, pero no sé por qué eligió a un ogro de nariz muy aguileña. Amelia era muy hermosa; Selina es su viva imagen.

Ambas miraron en su dirección. Charles estaba recostado sobre los codos, con la boca abierta, intentando coger las uvas arrojadas por una risueña lady Selena. Sus mejillas tenían un suave tono rosado y sus ojos brillaban. Eleanor pensó que lucía muy hermosa.

—Tal vez se conviertan en pareja. Nunca la había visto tan animada ni con un comportamiento tan juguetón.

—Mis esperanzas no están puestas en ello —dijo lady Bassington con tristeza—. Él siempre la ha tratado como a una hermana pequeña, igual que ahora. Siempre podía persuadirla para que se uniera a los juegos que él organizaba con sus hermanos, aunque ellos no siempre se lo agradecían. Además, Charles no tiene grandes expectativas y ¿quién sabe cuándo volverá a casa? Lady Sheringham tiene que presentar a su propia hija la próxima temporada y Selena se acerca a los veinte, así que estoy segura de que hará todo lo posible por encontrarle marido antes de esa fecha —frunció el ceño—. Sólo espero que no se vea obligada a casarse, le guste o no.

—¿Lord Sheringham permitiría tal cosa?

—Espero que no, pero lady Sheringham está muy decidida, y he conocido a más de un caballero rendido a los deseos de su esposa si con ello consigue que ella deje de perturbar su paz.

A Eleanor se le escapó una carcajada.

—¿Habla por experiencia personal, señora?

—Sí —dijo alegremente—. Veo que lo ha adivinado; ¡el pobre Bassington es todo un sumiso!

—¡Chicos! ¡Comportaos! ¡Estáis haciendo el ridículo! —protestó lady Brigham, con su rostro sonriente privando a sus palabras de todo poder para hacer que la obedecieran.

Lord Cranbourne y lord Somerton también se habían recostado sobre sus codos y exhortaban a sus esposas a participar en el juego.

—Quien capture más uvas en un minuto será el ganador —dijo Charles.

—¿Y cuál será el premio? —preguntó Eleanor, divertida.

Se intercambiaron varias ideas, y cuando lord Brigham les prohibió apostar dinero en un juego tan ridículo, se acordó finalmente que el vencedor podría pedir un favor a la dama de su elección.

Lord Allerdale había estado charlando tranquilamente con lord Carteret, pero dijo repentinamente:

—En ese caso, me uno —entornó una ceja hacia Eleanor—. ¿Será mi compañera, señorita Edgcott?

Cuando todos los ojos se volvieron hacia ella, sonrió dulcemente y dijo:

—Pero eso dejaría a lord Carteret sin pareja. ¿Le gustaría participar, milord?

—Se lo agradezco, señorita Edgcott, pero no tengo ningún deseo de exhibirme de esa manera.

—Entonces se unirá a mí para decidir al ganador de esta competencia infantil —dijo lord Brigham—. Julia y Frances, os necesitaremos también. Cada uno observará a una pareja, y si hay trampas, impondremos castigos.

Eleanor sintió los ojos triunfantes de Miles sobre ella.

—Entonces, por supuesto, seré su pareja, lord Allerdale —dijo ella, mostrándose repentinamente complaciente.

Afortunadamente, casi todo el mundo había traído uvas y, una vez que todas las damas cogieron un puñado y se alejaron a una distancia similar de su compañero, comenzó el juego.

Eleanor estaba decidida a no conceder a lord Allerdale el derecho a preguntarle nada, por lo que apuntó deliberadamente hacia un lado, dificultándole enormemente la captura de alguna de las uvas. La sonrisa de Eleanor se amplió tanto como los ojos del hombre. Al término del minuto, los jueces compararon notas y Charles fue declarado claro vencedor.

—¿Y qué favor pedirá? —preguntó Eleanor.

Una sonrisa casi avergonzada se dibujó en el rostro de Charles. Se volvió hacia lady Selena y le dijo suavemente:

—¿Me escribirás, Selena? Me gustaría saber cómo te va, y recibir noticias de casa ayuda mucho cuando uno se encuentra en una incómoda barraca.

Ella asintió, con las mejillas enrojecidas al percatarse de que todos esperaban su respuesta.

—Por supuesto que lo haré, Charlie. Sólo espero que mis cartas no te aburran terriblemente.

Miles miró a su padre.

—¿No dijo usted, señor, que al tramposo se le impondría una sanción?

Eleanor sintió un sutil estremecimiento de inquietud a lo largo de su espina dorsal.

—Sí, lo dije, Allerdale —dijo en voz baja—. Como está claro que la señorita Edgcott no tenía intención de que usted cogiera ninguna de sus uvas, no cabe duda de que estabas en desventaja. Creo que también puedes pedirle un favor de tu elección.

Eleanor se encontró ante un par de ojos que brillaban con maliciosa diversión.

—Le pediría que me concediera el favor de llevarla a dar un paseo en carruaje dentro de dos días.

CAPÍTULO 15



Miles sonrió al ver alivio en los expresivos ojos de la señorita Edgcott.

—Como ya había aceptado dar un paseo en carruaje con usted, señor, me resulta fácil concederle ese favor.

—Por alguna extraña razón —murmuró él—, pensé que usted podría haber cambiado de opinión.

La arrepentida sonrisa que ella le dirigió confirmó sus sospechas. Habiendo decidido esa misma mañana que ella no era en absoluto el tipo de chica que él desearía tener por esposa, tal vez no debería haber insistido en el asunto, pero se había deleitado de una manera poco común discutiendo con ella, y la tentación de provocarla un poco más había sido demasiado fuerte.

—¿Por qué cambiaría de opinión la señorita Edgcott? —dijo lady Brigham.

Ella le sonrió de manera reconfortante a Eleanor.

—Si es porque tiene miedo de que él la derribe, no debe temer. Miles es un excelente jinete.

Miles pensó que la sonrisa que curvaba los carnosos labios de la señorita Edgcott era un poco maliciosa. Estuvo seguro de ello cuando sus ojos se volvieron hacia él con una expresión inocente impropia de ella. Eso lo alertó de inmediato.

—¿Ah, sí? Eso cambia completamente las cosas. Siempre he deseado aprender a conducir un carruaje de dos caballos —ella sonrió dulcemente en dirección a Allerdale—. ¿Sería tan amable de darme mi primera lección?

Charles soltó una carcajada.

—Me temo que Allerdale nunca permite que nadie más que su mozo de cuadra maneje sus caballos, señorita Edgcott. ¡Eso es imposible!

—Estoy seguro de que la señorita Edgcott es consciente de ello —dijo irónicamente Miles.

—¡No! ¿Cómo podría saberlo? —dijo ella, con evidente decepción en sus ojos cada vez más abiertos—. Por supuesto, si duda de su capacidad para enseñarme, lo entiendo perfectamente; sobresalir en algo y ser capaz de transmitir esa habilidad a otro son dos cosas muy distintas.

Miles torció los labios. Era plenamente consciente de que la pequeña descarada estaba intentando provocarlo.

—Me temo que tiene razón, señorita Edgcott —dijo, negando con la cabeza—. No me gusta admitirlo, por supuesto, pero me temo que yo lo estropearía todo.

Él luchó por conservar su expresión abatida al ver el destello de fastidio en los ojos de la señorita Edgcott.

—Usted me permitió conducir sus caballos —dijo Georgianna, y un hoyuelo apareció en su

mejilla.

—Sí, y si no recuerdo mal, ¡fue un desastre! Tibbs dijo que si volvía a permitir que una mujer sujetara las riendas, ¡se vería obligado a renunciar a mí!

—¡Tonterías! —dijo lady Brigham—. Te tiene mucho cariño. No seas tan poco servicial, Miles. Después de todo, tu padre me enseñó.

—Sí, pero en Brigham, mamá —dijo él—. Y fue allí donde intenté enseñarle a Georgianna y fracasé rotundamente.

—El fracaso fue mío y no suyo —dijo Georgianna con arrepentimiento—. Somerton dice que soy un caso perdido.

Lord Somerton se llevó la mano de Georgianna a los labios.

—Completamente torpe —coincidió él, sonriéndole con cariño.

—Eso no cambia el hecho de que no sería seguro instruir a la señorita Edgcott en ninguno de los parques de Londres.

—Siempre he encontrado las avenidas de Hyde Park notablemente tranquilas a primera hora de la mañana —dijo Eleanor, con esa sonrisa traviesa jugando de nuevo en sus labios—. Le sugiero que me recoja a las ocho.

Esta referencia a su temprana visita al parque esa mañana sorprendió y alegró a Miles. Sugería que estaba completamente perdonado y, por alguna razón que no podía comprender, no deseaba que ella pensara mal de él.

—Muy bien —dijo él, incapaz de resistir la divertida intimidad en la expresión de la joven, que delataba de su secreto compartido.

—Venga a desayunar a Berkeley Square después de su paseo, señorita Edgcott —dijo lady Brigham, sonriendo—. Me interesará mucho saber cómo estuvo su lección.

Fue en ese momento cuando Miles se percató de que había olvidado el motivo de su visita a la ciudad, pero estaba claro que su madre no. Aunque estaba bastante seguro de que la señorita Edgcott no percibiría su invitación como otra cosa, estaba seguro de que su madre sí lo haría si él sólo prestaba atención a una dama. Miles miró a lady Selena. En el baile había parecido una linda boba con los labios sellados, pero en compañía de su primo lucía como otra chica.

—Si sobrevivo a mi expedición al parque con la señorita Edgcott, ¿quizás consienta en salir conmigo en carruaje al día siguiente, lady Selena?

Sus ojos color avellana se abrieron alarmados.

—No seas tan boba, Selena —dijo suavemente Charles—. Estarás completamente a salvo en compañía de Allerdale. Es casi como un hermano para mí, igual que tú eres casi como una hermana para mí.

Ella sonrió trémulamente.

—Gracias, lord Allerdale. Eso sería muy agradable, estoy segura.

Mientras cabalgaban de vuelta a la ciudad, lord Carteret dijo:

—No estoy seguro de que fuera de muy buena educación pedirle a lady Selena que saliera contigo en presencia de la dama a la que acababas de hacer una invitación similar.

Miles se rio.

—A la señorita Edgcott no le importará lo más mínimo.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó su amigo.

—Simplemente lo sé. Ella no está flirteando conmigo. No creo que tenga ningún interés en mí.

—Pues a mí me parece lo contrario. Percibí una mirada entre vosotros que sugería lo contrario. Fue justo después de que ella mencionara que Hyde Park estaba siempre tranquilo por

la mañana. Pensé que, según mi experiencia, no es habitual que las damas de sociedad frecuenten el parque a una hora tan temprana; sin embargo, esta misma mañana descubrí allí a lady Haverham.

—Qué fascinante —dijo Miles.

Una sonrisa burlona cruzó el rostro de lord Carteret.

—Empiezo a pensar que sí. Iba acompañada de una criada.

—Eso es de esperar.

—No le presté mucha atención en ese momento, pues Diana había enfermado y mi única preocupación era llevarla a casa. No fue hasta más tarde cuando consideré el extraño aspecto de la criada. Llevaba un velo muy grueso. Esta particularidad amortiguaba un poco su voz, pero cuando hoy oí hablar a la señorita Edgcott, el tono de su voz, aunque no su forma de hablar, despertó algo dentro de mí. Y además, la señorita Edgcott es inusualmente pequeña, y también lo era, por casualidad, la criada.

—Coincidencia —sugirió Miles.

—No lo creo. Por supuesto, si no deseas explicármelo, respetaré tus deseos. Simplemente le preguntaré a Diana la próxima vez que la vea.

Miles frunció el ceño.

—Maldito seas, Carteret. No es mi secreto, así que no puedo contarlo.

—Y, sin embargo, es evidente que lo sabes, viejo amigo. No puedo evitar preguntarme también cómo has llegado a tener conocimiento de los hechos.

—¿Por qué estás tan interesado, Carteret? No me digas que todavía estás enamorado de Diana. Creía que te habías dado cuenta de que vosotros nunca encajaríais.

—Me he dado cuenta —dijo en voz baja—. No sé si entenderás esto, Allerdale, pero cuando una mujer confía en ti de un modo tan íntimo e inocente como lo hizo Diana conmigo en el baile, uno se siente un poco responsable de ella de algún modo.

Su mente fue asaltada por la expresión risueña de la señorita Edgcott cuando él le había revelado que sabía que era ella quien estaba detrás del velo.

—Lo entiendo —dijo Miles con una sonrisa irónica—. Veo que tendré que explicarlo, después de todo.

Lord Carteret escuchó en silencio, mientras sus cejas se fruncían poco a poco.

—Aunque las acciones de la señorita Edgcott tuvieron buenas intenciones, y su intrepidez no puede ser cuestionada, fue un plan tonto.

—Se lo dije.

—¿Y cómo reaccionó?

—No muy bien —admitió Miles.

Lord Carteret sonrió.

—Es bastante enérgica. ¿Realmente vas a permitir que ella conduzca tus caballos?

—Sí —Miles sonrió—. Pero seré un pésimo instructor y la haré sentir tan incómoda que no tardará en cederme las riendas.

Su amigo se rio, pero recuperó la compostura después de un momento.

—¿Qué vamos a hacer con Sandford? No me gusta que acose a Diana de esa manera.

—No creo que tengamos que hacer nada —dijo lentamente Miles—. Me preguntaba por qué él no había acudido a su cita, pero creo que podemos suponer que ha encontrado algo más fácil que perseguir.

Hizo un gesto con la cabeza hacia un carruaje de dos caballos que se aproximaba. La belleza que habían visto en el parque estaba sentada junto a lord Sandford, con los ojos modestamente

caídos y las manos entrelazadas recatadamente en su regazo.

—¿Todavía deseas rescatarla de sus garras? —dijo lord Carteret.

Miles se encogió de hombros.

—No. ¿Por qué habría de hacerlo? Sandford dijo que ella seguía interpretando a la bonita inocente. Si la joven es lo que parece, él no conseguirá nada con ella, y si no lo es, ella aprenderá una dura lección.

Lord Sandford mantuvo la mirada fija al frente mientras pasaba junto al grupo.

—¿Habéis visto a esa chica tan atractiva junto a Sandford? —dijo Charles, acercándose a ellos—. ¡Si ella no mejora su estado de ánimo, nada lo hará!

—¿Así como lady Selena te ha puesto de buen humor hoy? —dijo Miles, levantando una ceja.

—Casi siempre estoy de buen humor, amigo. Me alegró ver a Selena, pues pareció muy triste en el baile y estaba decidido a hacerla reír hoy.

—Ciertamente lo has hecho —dijo Miles—. Nos has reducido a todos a la categoría de colegiales con tu juego idiota. Pero si ella no te gusta, ¿por qué le has pedido que te escriba?

Charles se rio.

—¿Gustarme? No seas un zopenco, Allerdale. Sólo sentí lástima por ella. Lady Sheringham la hace sentir miserable, cualquiera puede verlo. No te enamoras de una chica que conoces desde cría. La saqué del río, la ayudé a bajar cuando se atascó en un árbol y me burlé de sus pecas.

—No noté ninguna peca —dijo lord Carteret.

—No, han desaparecido —dijo Charles con cierta tristeza—. Es una pena; me gustaban bastante.

—Y no parece el tipo de chica que se caería al río o treparía a los árboles —dijo Miles.

Charles sonrió.

—No siempre fue tan tímida como ahora. No tenía hermanas, así que solía andar detrás de mí y de sus hermanos. Se cayó al río cuando estábamos pescando, y trepó al árbol porque Gregory, su hermano mayor, le dijo que más le valía volver con su institutriz, ya que nunca sería capaz de hacerlo.

—¿Qué la ha vuelto tan tímida? —preguntó Miles.

Charles frunció el ceño.

—No tengo ni idea. Ocurrió cuando ella tenía unos quince años; un año volví a casa y descubrí que había desarrollado una terrible timidez con los extraños. Vigílala mientras estés en la ciudad, ¿quieres, Allerdale? No dejes que su madrastra la obligue a casarse con alguien que no le gusta.

—Espera un momento, Charles —dijo Miles—. ¿Qué podría hacer yo al respecto?

—Oh, estoy seguro de que se te ocurriría algo.

—Tu fe en mí, Charles, aunque conmovedora, está muy equivocada —dijo secamente.

Después de una cena familiar, Miles se despidió de su primo y le deseó buena suerte y regresó a sus habitaciones. Recogió un puñado de cartas de su escritorio, se acomodó frente al fuego y sonrió agradecido a su criado mientras colocaba un brandy junto a su codo.

Descartó rápidamente las invitaciones, diciéndose a sí mismo que las ojearía cuidadosamente más tarde. entonces, centró su atención en la carta que Janes le había escrito sobre algunos asuntos de interés en Murton.

Llevó un grupo de velas a su escritorio y escribió una respuesta antes de prestar atención a su última misiva.

Miles sonrió. Era de Rebecca, una vieja amiga. El vicario de Brigham era el orgulloso padre

de seis hijos, de los cuales Rebecca era la menor. Al no tener hermanos propios, Miles había deambulado por el campo con ellos de niño, y cuando Rebecca llegó a Londres para abrirse camino en el mundo, él le había prometido al vicario que la visitaría de vez en cuando. Sintió una punzada de culpabilidad al percatarse de que llevaba tiempo sin visitarla. Se encogió de hombros. Ella le habría escrito si hubiera deseado verlo, como ahora.

CAPÍTULO 16



Eleanor se despidió afectuosamente de sus amigas cuando se detuvieron en South Audley Street, prometiendo escribirles con sus noticias.

—Eres bienvenida a visitarme en Rushwick Park —dijo Georgianna—. De hecho, espero que lo hagas, porque si el duque me pierde de vista antes de que dé a luz a su primer nieto, me sorprenderé.

—Y también puedes venir a Cranbourne cada vez que sientas la necesidad de escapar —dijo Marianne, sonriendo.

—Gracias —dijo Eleanor, conmovida—. Eso me gustaría mucho —de pronto, se echó a reír—. Ahora lo único que tengo que hacer es cultivar otras amistades íntimas, ¡y podré pasar mi tiempo de casa en casa sin apenas gastar dinero!

Georgianna sonrió, pero dijo:

—No creo que te convenga ese estilo de vida, Eleanor. Creciste en muchos lugares diferentes, pero tu padre hizo que cada lugar en el que viviste se sintiera como en casa. Sé que deseas ser independiente, y te admiro por ello, pero los ladrillos y el cemento no forman un hogar, sino las personas con las que lo compartes. Crecí en una sola casa, pero Avondale nunca se sintió como mi hogar. Rushwick Park sí porque Somerton está allí.

Eleanor parpadeó mientras sus ojos se llenaban súbitamente de lágrimas. Georgianna había tocado una herida que se estaba curando, pero no completamente.

Marianne le cogió la mano.

—Ella tiene razón, Eleanor. Sé que deseas una casa propia, pero ya tienes una, en Escocia y, sin embargo, no eras feliz allí. Te sentías sola.

—Es posible que tengáis razón —admitió Eleanor—. Pero la casa de la que habláis estaba alejada de todo; una no puede estar sola en Londres y allí es donde pretendo vivir en primer lugar.

Apenas tuvo tiempo de cambiarse antes de que llegara la hora de cenar. Cuando entró en el salón, encontró a Diana y Frederick conversando seriamente.

—Eleanor —dijo Frederick—, dime, por favor, si crees que Diana tiene buen aspecto.

—Está un poco pálida —dijo Eleanor, pero cuando Diana le dirigió una mirada suplicante, añadió—: Estoy segura de que es de esperar, pues ha estado muy enferma esta mañana.

—Pero Diana suele enfermarse por las mañanas cuando está preñada —dijo Frederick—. Le he estado diciendo que no tiene sentido que se quede en la ciudad. Sólo se agotará.

—Pero no quiero volver a Standon sin ti, Freddy —dijo Diana, haciendo un mohín.

Su expresión más bien agresiva del hombre se suavizó.

—Y estoy seguro de que no deseo separarme de ti, querida. Pero tampoco quiero que pongas en peligro tu salud o la de nuestro hijo nonato. Soy de la firme opinión de que debes volver a Standon inmediatamente. El viaje es largo, lo admito, pero Eleanor cuidará muy bien de ti.

—Pero no es conveniente para mí volver a Standon de inmediato —dijo Eleanor—. Entre otras cosas, he prometido pasear en carruaje con lord Allerdale dentro de dos días.

Frederick frunció el ceño, y su preocupación por su esposa entró en conflicto por un momento con su deseo de que su prima encontrara marido.

—¿De verdad? He oído que él ha mejorado mucho esta temporada. Estuve hablando con su padre la otra tarde. Él estaba muy impresionado por la forma tan buena en que Allerdale ha dirigido su finca en Yorkshire en los últimos meses.

—Entonces, ¿puedo sugerir, Frederick, que esperemos unos días y veamos cómo evoluciona Diana antes de hacer planes?

—Gracias, Eleanor —dijo Diana—. Es lo que yo misma he estado diciendo. Y no necesito salir todas las noches, ¿sabéis? ¿Acaso no he enviado una nota a la señora Wrangton, justificando nuestra ausencia en su velada musical? —miró rápidamente a Eleanor—. Espero que no te importe.

—En absoluto, Diana. Mi día ha estado bastante ocupado.

—Muy bien —dijo Frederick—. Pero si Diana sigue con problemas dentro de tres días, volverá a Standon aunque tenga que llevarla yo mismo.

Esta declaración hizo que Eleanor visitara a su abogado por la mañana con un sentido de urgencia. Si se encontrara encerrada en Standon, dependiendo del correo para todas sus comunicaciones, todo el asunto podría fracasar.

El señor Layton, un hombre muy delgado, alto y ligeramente encorvado, recibió a su pequeña invitada con una sonrisa condescendiente.

—Señorita Edgcott. No necesitaba molestarse en venir en persona. Por favor, siéntese.

Él rebuscó entre un montón de correspondencia en su escritorio, sacó una carta y la sostuvo.

—Esto se habría entregado hoy más tarde.

—Creo, señor —dijo ella en voz baja—, que señalé mi misiva como de cierta urgencia, aunque ya han pasado algunos días desde que le pedí que hiciera unas simples averiguaciones por mí.

Su sonrisa se desvaneció un poco y sus ojos se tornaron cautelosos.

—Sí, sí, soy plenamente consciente de ello, señorita Edgcott. Pero como ve —dijo señalando su escritorio—, estoy muy ocupado en este momento.

—Me alegra saberlo, señor Layton —dijo ella, poniéndose en pie—. Entonces, no tengo inconveniente en llevar mi asunto a otra parte.

El abogado miró a su clienta con un respeto incipiente.

—Señorita Edgcott, por favor, no se precipite. Serví fielmente a su padre durante años y nunca encontré ningún defecto en mi servicio.

—Tal vez usted fue más ágil al tratar sus asuntos —dijo ella con suavidad, extendiendo la mano—. Esa carta, por favor. Quizás encuentre algo en ella que me haga cambiar de opinión.

De pronto, el señor Layton miró la misiva que aún tenía en la mano como si fuera un carbón encendido. La rompió y la tiró a la papelera que había junto a su escritorio.

—Tal vez es mejor, señorita Edgcott, que me haya visitado en persona, después de todo. Es muy fácil malinterpretar las palabras escritas.

Eleanor enarcó una ceja, pero volvió a sentarse. El señor Layton desapareció detrás de su

escritorio, abrió un cajón y sacó un montón de papeles. Los leyó detenidamente unos instantes, asintió y levantó la mirada.

—Señorita Edgcott, como usted sabe, su padre era el hijo menor y se vio obligado a abrirse camino en el mundo. Estaba muy orgulloso, estoy seguro, de que le concedieran un título de baronet por su excelente trabajo por su país —el señor Layton parecía pensativo, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus siguientes palabras—. Sé que él esperaba que me ocupara de los asuntos de su hija con gran esmero. Él hizo su propia fortuna eligiendo sus inversiones muy sabiamente. Sé que su deseo era que usted tuviera una buena posición económica, y estoy seguro de que su objetivo era asegurarse de que usted nunca tuviera que preocuparse por asuntos monetarios. No creo que él deseara que ensuciara sus buenas manos invirtiendo su dinero del modo que usted propone.

Al entrar en su despacho, Eleanor había comprendido que el señor Layton, como tantos otros de su género, pensaba que el lugar de la mujer estaba en el hogar y no había considerado seriamente sus peticiones. Había echado un vistazo a la joven y delgada mujer frente a él y había pensado que podría lidiar fácilmente con ella. Eleanor no tenía intención de cambiar de abogado; conocía muy bien sus asuntos y su padre le había asegurado que se trataba de un buen hombre en el que se podía confiar. Pero tampoco quería que sus ideas o ella misma fueran desestimadas.

—Señor Layton, sé que mi padre confiaba en usted, y soy consciente de que usted cree que lo que dice es cierto, pero mi padre también confiaba en que yo tomara mis propias decisiones. ¿Qué razones, aparte de que la hija de un baronet se ensucie las manos en el comercio, tiene usted para pensar que mi plan no es bueno?

El señor Layton se recostó en su silla, juntó las manos en actitud de oración y se llevó los largos dedos a los labios mientras reunía sus argumentos.

—Su fortuna es considerable —dijo finalmente—. Y si la invierte sabiamente la mantendrá cómoda, pero no es tan grande como para que pueda permitirse perder una gran parte de ella en un plan especulativo que podría fracasar.

—Me alegra tener mis asuntos en manos de un hombre tan cauto como usted, señor, pero nadie conseguiría nada si permitiera que el miedo al fracaso lo detuviera. Cuando papá estaba a punto de afrontar una negociación particularmente difícil, solía guiñarme un ojo y decirme: *“Bueno, el que no arriesga, no gana”* —Eleanor desató repentinamente su sonrisa maliciosa—. Además, no creo que mi emprendimiento sea tan arriesgado como supone; el sexo débil, ya sabe, tiene un apetito insaciable por las capotas. ¿Le gusta la mía?

El señor Layton era un hombre serio, pero sus labios se torcieron en una sonrisa genuina en respuesta al repentino carácter juguetón de su clienta. Miró la capota de raso pajizo que ella había ribeteado y adornado con cintas de raso verde y un racimo de flores primaverales.

—No soy un experto, pero desde luego parece muy elegante y, si no le importa que se lo diga, le favorece enormemente.

—Gracias. La diseñé yo misma. Me gusta crear mis propios diseños. Las damas de sociedad suelen hacer comentarios sobre mis capotas.

Él volvió a contemplar la capota durante unos instantes, con arrugas en su frente grande e inclinada debido a sus pensamientos.

—Sigue siendo un negocio arriesgado, señorita Edgcott. Considere el aprieto de Madame Lafayette.

—Ah, pero sus capotas son bastante ordinarias y sus precios demasiado altos.

—Le creeré, señorita Edgcott, ya que no puedo hacer comentarios sobre ese aspecto del caso. Pero sí sé que también ha sido víctima de que algunos de sus clientes paguen sus facturas

después de un largo período de tiempo o no lo hagan en absoluto.

—No tengo intención de permitir que nos ocurra algo así ni a mí ni a la señora Willis. Si nuestros clientes no pagan su primera capota al recibir la factura, no recibirán otra.

—Es un plan admirable en teoría, pero podéis perder rápidamente a vuestros clientes si lo lleváis a la práctica.

—No creo que eso suceda, porque pretendo que nuestras capotas sean muy populares. He tenido la suerte de hacer algunas amigas influyentes. Dos de ellas son extremadamente hermosas y ya han prometido recomendar mis capotas a sus conocidas. Una está casada con lord Somerton, heredero del duque de Rushwick, y la otra es la condesa de Cranbourne.

El señor Layton asintió, considerando lo que acababa de oír.

—Eso sería ciertamente útil.

Eleanor podía sentir cómo se debilitaba el hombre. Ella no necesitaba su aprobación, por supuesto, pero las cosas serían mucho más fáciles si conseguía convencerlo.

—Y yo, por supuesto, sólo seré una socia silenciosa. La señora Willis dirigirá las cosas y la tienda llevará su nombre; mi única contribución será financiarla y ofrecer algunos de mis propios diseños. Los de ella, ya sabe, son excelentes, y está perdiendo su oportunidad de brillar en ese rincón en el callejón Cranbourn.

—Parece que ha pensado en todo —dijo él, con una leve sonrisa.

—Entonces, ¿me gestionará el contrato de arrendamiento del establecimiento tan pronto como sea posible?

—Sí. Veo que no es una dama que se deje disuadir y, además, su idea no nació durante una tarde lluviosa porque sí, sin pensarla detenidamente.

A Eleanor se le escapó una carcajada.

—Sabía que usted tenía una idea así.

La sonrisa en señal de respuesta del señor Layton fue un poco triste.

—Perdóneme por mis suposiciones. Me ha sorprendido, señorita Edgcott.

—Está perdonado —su semblante adquirió un aspecto serio—. Compadezco a Madame Lafayette y, si está dispuesta a vender sus acciones a un precio razonable, creo que deberíamos comprárselas. Ah, y una vez que esté segura de que la empresa tendrá éxito, he pensado en la posibilidad de que la señora Willis ofrezca un puesto de aprendiz a un precio muy bajo a las chicas de la inclusa. Lord Brigham me ha ofrecido su ayuda en este asunto.

Las cejas del señor Layton se alzaron ante esto.

—Tiene buenos contactos, señorita. Empiezo a pensar que tendrá éxito.

—¿Y usted se encargará de la venta de mi casa en Escocia?

—¿Está segura de que no desea conservarla?

—Completamente —dijo Eleanor con firmeza—. Nací allí, pero hasta hace poco no había vuelto desde que era pequeña. ¿Sabe? Después de la muerte de mi madre, mi padre no quiso ir allí.

—Mi agente en Escocia, que vigila la propiedad, me informa de que es una casa importante. Era la única propiedad de su abuelo que no tenía restricción de herencia, y creo que se la regaló a su padre cuando se casó. Por supuesto, usted puede disponer de ella como le plazca, pero pienso que lord Haverham podría no desear que dejara de ser de la familia.

—No creo que a él le importe un comino. Después de todo, nunca ha estado allí. Pero si no le gusta, siempre puede comprarla él mismo.

—¿Le gustaría que abordara el asunto con él antes de yo ponga en juego múltiples recursos?

—¡No! —dijo rápidamente Eleanor—. No he encontrado el momento adecuado para hablar

de todo esto con él, pero ahora veo que debo hacerlo, por supuesto.

Ella dio una instrucción al cochero y sonrió a Stanley mientras la ayudaba a subir al carruaje. Frederick había insistido en que lo llevara con ella despues de descubrirla a punto de salir de casa, y ella le había dicho que iba de compras; él parecía creer que las mujeres eran incapaces de ocuparse de la más pequeña de las parcelas. El lacayo cerró la puerta tras ella y subió al techo.

—¿Y bien, señorita Eleanor? ¿Va a contarme finalmente qué complot ha estado tramando? —dijo su criada, con un profundo presentimiento en su voz.

—Te lo diré, Linny, porque ahora estoy más segura de que se hará realidad.

Eleanor estaba bastante preparada para las burlas de su criada, pero cuando explicó la totalidad de su plan, una pequeña sonrisa ocupó el lugar de un ceño fruncido en el rostro de Linny.

—¿Linny! —dijo Eleanor, cogiendo las manos de la criada—. ¿No vas a intentar detenerme?

—Rara vez he sido capaz de hacerlo —dijo secamente—. En cuanto a sus planes, nunca había oído uno más sensato salir de sus labios.

Mientras Eleanor le sonreía con cariño, la criada añadió:

—¿Pero eso significa poco cuando la mayoría de ellos son completamente descabellados! Ya que no parece dispuesta a casarse, al menos la mantendrá alejada de las travesuras. Estará tan ocupada diseñando capotas y organizando a la señora Willis, que tendrá muy poco tiempo para preocuparse de ayudar a otras personas a salir de sus dificultades, y eso es lo que suele meterla en problemas —la expresión severa de Linny se suavizó—. Le diré algo, señorita Eleanor, tiene uno de los corazones más bondadosos que he conocido.

—Gracias, Linny —dijo sumisamente Eleanor.

—Esa muestra de humildad no me sirve de nada, señorita —dijo Linny, recuperándose rápidamente de su momentánea muestra de debilidad—. ¡También tiene un carácter obstinado, ningún respeto por las nociones relativas al comportamiento de las jóvenes decentes, ¡y ninguna idea de precaución en absoluto! En resumen, Eleanor Edgcott, cuando crees que nadie te va a conocer mejor, ¡eres un auténtico marimacho!

A Eleanor se le escapó una carcajada.

—Por eso no estoy dispuesta a casarme, Linny. ¿Quién en su sano juicio me aceptaría?

El carruaje había llegado a Leicester Square.

—Debo informar a la señora Willis de que no debe renovar el contrato de arrendamiento de su tienda. Pero no es necesario que me acompañes.

Linny la ignoró y descendió después de ella.

—Si crees que voy a dejar que te enfrentes sola a esas rameritas; porque nada me convencerá de lo contrario, ¡te has vuelto loca!

No tenía por qué preocuparse, pues las damas a las que se refería no aparecieron en el callejón.

—Ves, no necesitas preocuparte...

Tanto el discurso de Eleanor como su persona se detuvieron ante el escaparate de la señora Willis. Vio la figura alta y atractiva de lord Allerdale dentro. Estaba hablando con la señora Willis. Tal vez había venido a comprarle un regalo a su madre. Lo vio entregar a la señora Willis un puñado de billetes, y luego jadeó cuando esa dama, que había parecido tan respetable, sonrió repentinamente, le colocó las manos sobre los hombros, se inclinó hacia él y le besó la mejilla.

—Creo que ya hemos visto suficiente —dijo Linny—. Venga, señorita Eleanor.

Pero Eleanor estaba paralizada mientras una dolorosa mezcla de desilusión y rabia corría por sus venas. No estaba segura de quién la decepcionaba más: si lord Allerdale, por demostrar que

era un libertino, o la señora Willis, por arruinar sus esperanzas. Sin embargo, estaba segura de que no iba a marcharse sumisamente. Ambos deberían sufrir la incomodidad de ser descubiertos.

Ella entró por la puerta con una expresión de desdén en el rostro. Cuando la pequeña campana que colgaba sobre ella tintineó de manera inapropiadamente alegre, ambos se volvieron hacia ella.

—¡Señorita Edgcott! —dijo lord Allerdale, haciendo una reverencia—. Qué sorpresa tan inesperada.

—¿No querrá decir una sorpresa inesperada? —replicó fríamente.

La mirada de Eleanor giró hacia la señora Willis. Esa señora inclinó la cabeza con modestia y dijo con su voz bien modulada:

—Buenos días, señorita Edgcott.

—Habría sido un muy buen día, señora Willis, si no hubiera presenciado por casualidad el intercambio que acaba de producirse entre usted y lord Allerdale. Es raro que mis instintos sobre la gente me defrauden, pero me temo que en este caso, me han fallado por completo. Supongo que no debería estar tan sorprendida por las acciones de lord Allerdale, su reputación es muy conocida, ¡pero usted me engañó completamente! Sí que sabe actuar, señora.

—¿Cómo se atreve a hablarle así a Rebecca? —la voz de Miles era suave, pero su tono gélido—. Es la hija de un vicario y una de las mujeres más respetables que conozco.

La señora Willis bajó la mirada hacia los billetes en su mano y se ruborizó.

—Miles, cállate. Estoy segura de que fue un error bastante fácil de cometer cuando los otros establecimientos se han vuelto muy poco respetables.

¿Rebecca? ¿Miles? ¿La hija de un vicario? Algo le dijo a Eleanor que había cometido un terrible error.

—No entiendo... —comenzó ella.

—Eso es evidente —dijo mordazmente Miles—. No tenía ni idea de que tuviera una mente tan vulgar, señorita Edgcott.

Aunque Linny hablaba libremente con su ama, no tenía la costumbre de dirigirse a los que estaban por encima de ella a menos que ellos le hablaran primero, por lo que Eleanor, quien había sido momentáneamente silenciada por estas duras palabras, se sobresaltó considerablemente cuando ella estalló súbitamente en un discurso.

—Espere un momento, señor. Estoy segura de que no se puede culpar a la señorita Edgcott por pensar tal cosa, porque es lo que yo misma pensé —levantó la barbilla ante la mirada altiva de Allerdale—. Y si se atreve a decirme que tengo una mente vulgar; ¡yo podría olvidar mi posición y criticarlo severamente!

Eleanor lo miró, un poco alarmada, pero vio que ya no había ira en sus ojos, sino diversión.

—Señora Willis —dijo rápidamente, sintiendo que la vergüenza la inundaba—. Por favor, acepte mis sinceras disculpas. Nunca habría creído tal cosa de usted si no la hubiera visto besar a lord Allerdale inmediatamente después de que le entregara algo de dinero. Incluso entonces no habría llegado a una conclusión tan horrible si no fuera por esas, esas... eh...

—Prostitutas —lord Allerdale la ayudó.

—Esas chicas atrevidas que frecuentan el callejón —dijo ella, ignorándolo—. ¿Me perdona por haberla insultado de esa manera?

La señora Willis le sonrió amablemente.

—Ya no piense más en ello.

—Gracias —dijo ella—. No merezco un perdón tan fácil.

Su conciencia no le permitiría seguir ignorando a lord Allerdale. Eleanor levantó los ojos

preocupados hacia los suyos, mientras sus mejillas se encendían.

—También le ruego me perdone. Me he apresurado a juzgar... No entiendo lo que acaba de suceder aquí, pero sé que no fue nada deshonesto —se humedeció los labios repentinamente secos con la punta de la lengua—. Ha sido un shock, veré, porque nunca pensé que usted... que usted...

Eleanor se había metido en un lío, pero los labios de lord Allerdale se torcieron en una extraña sonrisa y dijo suavemente:

—Estás perdonada, niña tonta. Sólo estaba enfadado en nombre de Rebecca. Su padre es el vicario de Brigham, y cuando ella finalmente lo convenció de que le permitiera ser aprendiz de sombrerero en Londres, le prometí al hombre que la vigilaría de algún modo. Crecimos juntos, ¿sabe?

—¡Oh! —gimió Eleanor—. Qué idiota he sido.

—El dinero que usted vio pasando de una mano a otra —dijo la señora Willis—, era el reembolso de un préstamo que Miles me hizo. Veré, la señora de la que fui aprendiz por primera vez, la señora Loosely, tenía una tienda similar a las otras de este callejón. Miles no sólo me sacó de sus garras, sino que pagó la suma necesaria para que fuera aprendiz de una dama más respetable —ella le sonrió con cariño—. También se las arregló para inventar una historia que satisficiera a mi padre, pues si hubiera sabido la verdad habría reforzado todos sus prejuicios y me habría visto obligada a regresar a Brigham. Como si esto fuera poco, él me ayudó a adquirir el contrato de arrendamiento de esta tienda cuando llegué aquí. Hoy le he pedido que reembolsara el préstamo aquí, pero me lo devolvió cuando le expliqué que esperaba mudarme pronto a una zona más salubre de la ciudad.

—Ya te dije en su momento, Rebeca, que no era un préstamo sino una inversión, y he decidido no retirar mi inversión en este momento.

De pronto, Eleanor deseó que la tierra se abriera y se la tragara. No se atrevió a mirarlo y cerró los ojos.

—Y ésta, Miles, es la dama de la que te hablaba. La señorita Edgcott diseña todos sus sombreros; ¿no es encantador el que lleva puesto?

—Bastante encantador —coincidió.

Los ojos de Eleanor se abrieron de golpe y vio que él la miraba con una expresión enigmática que le recordó forzosamente a su padre.

—Y es ella quien ha propuesto que nos asociemos. ¿Tiene alguna noticia sobre el local de Bruton Street, señorita Edgcott?

Eleanor vio cómo la comprensión iluminaba los ojos de lord Allerdale, así que ella desvió los suyos.

—Sí, la tengo. He venido a decirle que no renueve el contrato de arrendamiento de esta tienda, porque acabo de hablar con mi abogado y él confía en que no habrá ninguna dificultad con respecto a la propiedad de Bruton Street. Deberíamos tenerla a finales de verano —sonrió con tristeza—. Es decir, si no la he convencido de que soy la última persona en el mundo que desearía que fuera su socia silenciosa.

Eleanor vio un brillo repentino en los tímidos ojos de la señora Willis.

—¿Y bien, Miles? ¿Crees que debería hacer negocios con la señorita Edgcott?

Los ojos de Eleanor volaron hacia los del hombre, con un desafío en ellos.

De repente, él se echó a reír.

—¿Por qué no? Tu perspicacia para los negocios y las conexiones de la señorita Edgcott bien podrían ser la fórmula perfecta para el éxito.

Cuando Eleanor le dedicó su amplia sonrisa, él añadió secamente:

—Sin embargo, no creo que sea una socia muy silenciosa, pero estoy seguro de que tu sentido común será el complemento perfecto para cualquiera de sus ideas más descabelladas.

Eleanor abrió la boca para protestar, pero la señora Willis le dijo con calma:

—No lo complazca con una respuesta, señorita Edgcott. Todas las ideas que usted me ha expuesto hasta ahora han sido prácticas y sensatas.

—Me corrijo —dijo Miles, sonriendo—. Señorita Edgcott, permítame llevarla a casa. Deseo seguir conociendo a la mujer práctica y sensata que usted representa. Como me dirijo a Lord's Ground, su casa no estará fuera de mi camino.

—Gracias. Pero mi carruaje me espera en la plaza.

—Usted alivia mi mente. El vehículo puede llevar a su estimable criada a casa.

—Vaya con el caballero —dijo repentinamente Linny.

Eleanor la miró con cierta sorpresa.

—¡Linny!

—Digo lo que pienso. Y siempre he sostenido que las acciones dicen más que las palabras. Lord Allerdale ha sido todo un caballero tanto con usted como con la señora Willis, así que lo menos que puede hacer es satisfacer su deseo de llevarla a casa.

Miles ofreció a la criada su sonrisa más encantadora.

—No crea que puede suavizarme con esa sonrisa suya, lord Allerdale, porque no lo conseguirá. Sólo cuide bien de la señorita Eleanor, y estaré satisfecha.

—Muy bien —dijo Eleanor—. Hablaré rápidamente con la señora Willis...

—No estoy casada, ¿sabe? Pero suena más respetable. Si vamos a ser socias, ¿sería impropio de mí si le pidiera que me llamara Rebecca?

—En absoluto. Y tú debes llamarme Eleanor. Ahora, ¿podría darme la dirección exacta de la señorita Finchley?

Una vez proporcionada esta información, Eleanor sonrió a Miles y lo siguió fuera de la tienda.

CAPÍTULO 17



—Tengo la sensación —dijo Miles mientras la ayudaba a subir a su carruaje de dos caballos—, de que su criada lleva mucho tiempo con usted.

—Siempre ha estado conmigo. Mi madre murió cuando yo tenía cuatro años y, además de mi padre, Linny ha sido lo único constante en mi vida.

—¿Él nunca se volvió a casar?

—No. Dijo que nunca podría colocar a otra en el lugar de mamá.

—Eso debió de ser difícil para usted —dijo Miles con dulzura.

—En absoluto. Realmente no recuerdo a mi mamá, y aunque papá solía estar muy ocupado, siempre encontraba tiempo para mí —sonrió—. Hubo algunas mujeres que intentaron que se enamorara de ellas. Me hablaban con acento cariñoso y comenzaron a prestarme mucha atención cuando se percataron que yo era importante para él.

Miles bajó la mirada hacia sus ojos danzantes.

—¿Usted las ahuyentó?

Eleanor se rio.

—No exactamente, aunque admito que cuando aún era una niña, a veces ideaba pequeñas pruebas para ver si eran tan amables como parecían. Nada demasiado horrible, se lo aseguro. Una vez choqué contra una dama y su vino se derramó sobre su vestido.

—Toda una diablilla.

—Se puso histérica —dijo secamente Eleanor—. Cualquier dama que valiera la pena se habría reído o habría dicho que no tenía importancia. ¿Usted cree que quería tenerlo solo para mí? No soy tan egoísta. Si el matrimonio lo hubiera hecho feliz, me habría alegrado que se casara. Pero tarde o temprano la última dama que intentaba capturar su interés hacía o decía algo, y papá me lanzaba una mirada y una pequeña sonrisa. Siempre supe lo que eso significaba: *Tu madre nunca habría hecho eso*. Entonces supe que probablemente no volvería a verlas.

—¿Usted nunca quiso establecerse en un lugar?

Eleanor sacudió la cabeza.

—Cada vez que nos mudábamos, lo veía como una gran aventura. Como puede ver, nunca he sido tímida.

—No, es inusualmente abierta.

Eleanor le sonrió.

—Sólo con mis amigos.

Miles se sorprendió al sentir una pequeña punzada en algún lugar de la región de su corazón.

Esa mañana había desayunado con bastante rapidez, y tal vez se trataba de una indigestión.

—Tiene suerte, señorita Edgcott, de hacer amigos con facilidad. Espero que los elija con cuidado.

—Casi siempre sé inmediatamente si puedo confiar en alguien. Hablando de amigos; es un poco inusual que el hijo de un marqués sea buen amigo de la hija de un vicario, ¿no?

—Mis padres nunca han sido particularmente arrogantes respecto al rango social, y el linaje del vicario es perfectamente respetable. Además, si nos limitáramos a relacionarnos sólo con las familias más ilustres de Cumberland, seríamos un círculo muy restringido.

—También he tenido muchos amigos que no pertenecían a los primeros círculos —dijo Eleanor—. Siempre me ha parecido desdeñable despreciar a alguien sólo porque haya nacido en circunstancias menos afortunadas que las nuestras.

Cuando su charla confiada cesó repentinamente, él bajó la mirada y vio su ceño arrugado, pensativa, como si intentara recordar algo. Sus ojos parecían lejanos, pero luego se iluminaron.

—Cumberland está muy cerca de Westmoreland, ¿verdad?

—Sí. ¿Conoce a alguien allí?

—No, pero ¿acaso usted conoce a un tal sir Roger Crouch?

Miles se echó a reír.

—¡Creo que sí! ¿No me diga que las solteras siguen cotilleando sobre eso? Siempre fue un viejo raro y nunca vino a la ciudad, por lo que la noticia de su matrimonio fue un acontecimiento extraordinario. Pero todo sucedió hace años; ¿por qué alguien hablaría de ello ahora?

—Creo que su viuda está en la ciudad, aunque no ha sido recibida en ningún sitio.

—No lo creo. Una cosa es tener un amigo que no es de tu misma clase, pero casarse con una plebeya, y una que ha sido tu amante durante años, ¿es otra muy distinta!

Eleanor entornó los ojos.

De pronto, Miles frunció el ceño.

—Perdóneme, señorita Edgcott. Tal vez he sido demasiado franco. Veo que la he escandalizado.

—¡Oh, no! Espero que siempre sea franco conmigo. Tengo veinticuatro años, después de todo.

Una sonrisa torció los labios del hombre.

—Usted es un personaje fuera de lo común, señorita Edgcott. Ve el mundo con un optimismo inocente que la hace parecer poco más que una niña y, sin embargo lleva una pistola en su reticule, afronta con calma los incidentes más escandalosos y, al parecer, es muy hábil para los negocios.

—Pero he tenido una educación inusual. A veces visitábamos lugares peligrosos y mi padre se esforzaba por que aprendiera a protegerme.

Miles la miró, con una expresión severa en los ojos.

—En esos momentos, él debería haberla enviado a la escuela.

—No quise ir —dijo Eleanor sin más—. Y me creyó cuando le dije que encontraría la forma de volver con él si me obligaba.

Miles sacudió la cabeza.

—Usted debió haberlo preocupado mucho

—En absoluto. Además, nunca nos pasó nada malo. Aunque una vez le di un susto.

—¿Sólo una vez? Usted me sorprende.

Ella le lanzó una mirada maliciosa.

Él sonrió.

—No frunza los labios. ¿Qué hizo para darle un susto?

—Cuando tenía unos diez años, me perdí durante varias horas por las calles de Nápoles. Cuando me sentí muy cansada, me acerqué a un grupo de hombres que estaban sentados a la puerta de un café, les dije que estaba agotada, hambrienta y sedienta, y les pregunté si alguno de ellos me indicaría el camino a casa.

—¿Y lo hicieron? —preguntó Miles.

—Sí, pero primero ordenaron comida y bebida para mí. Luego, uno de ellos me cogió de la mano y me llevó a casa. Más tarde descubrí que ese hombre era el jefe de una organización criminal. Se me hizo poco creíble, porque fue muy amable, pero papá no me habría mentado, así que debió haber sido verdad.

Miles no dijo nada por un momento, con una expresión más bien sombría en su rostro.

—Señorita Edgcott —dijo finalmente—. No entiendo cómo ha podido salir ilesa de todo esto.

—Linny dice que siempre he tenido un ángel de la guarda. Me gusta pensar que es mi mamá.

Habían llegado a South Audley Street. Miles la ayudó a bajar y permaneció un momento de pie, sosteniendo su pequeña mano entre las suyas.

—Procure no necesitar a su ángel de la guarda antes de que la recoja mañana a las ocho de la mañana.

Eleanor se rio.

—No creo que lo necesite; Frederick se niega a dejar salir a Diana después de las once. Su estado es delicado. Pronto volveremos a Standon —suspiró—. Espero que no sea demasiado pronto, porque tendré que firmar el contrato de arrendamiento de Bruton Street y discutir varias cosas con la señora Willis. Disfrute de su partido de cricket.

Miles la observó entrar en la casa, con el ceño fruncido. Se percató de que lamentaría verla marchar. La ciudad sería aburrida sin ella.



Eleanor encontró a su primo en el desayuno.

—¿Diana está nuevamente indispuesta esta mañana?

—Sí, y es probable que lo esté durante semanas. El doctor Lampton la atendió muy bien la última vez que estuvo preñada, por eso creo que debería volver a Standon.

—Por supuesto —dijo Eleanor.

—He oído que te encontraste con Allerdale en una salida y te llevó a casa. Parece que le gustas.

Eleanor consideró esto.

—Tal vez, a veces.

Lord Haverham parecía complacido.

—Muy bien. Muy bien. Noté que Stanley regresó sin ningún paquete. ¿Nada te gustó, querida?

Eleanor sonrió mientras el lacayo le servía su habitual taza de chocolate.

—Gracias, Stanley. ¿Te importaría dejarnos un momento?

Cuando su primo la miró con recelo, Eleanor respiró hondo.

—Me temo que te he contado una mentirijilla, Frederick.

—¿Ah, sí? —dijo él, con una expresión de incomodidad cada vez mayor—. ¿Y por qué sentiste la necesidad de hacerlo?

—Porque temía que no aprobaras mi recado.

Lord Haverham bajó el tenedor, se limpió la boca con la servilleta y le lanzó una mirada severa.

—Supongo que será inútil que te diga que, si sabías que no aprobaría lo que sea que hayas hecho, entonces no deberías haberlo hecho.

Eleanor parecía un poco avergonzada.

—No quería disgustarte. Me desagrada mucho disgustar a los que me rodean.

—¿Y *estoy* a punto de sentirme disgustado?

Eleanor lo miró.

—No lo sé con certeza, pero tú no te pareces en nada a papá, así que me resulta difícil saberlo. Ciertamente no deseaba disgustarte antes de saber si mi idea llegaría a algo.

—Eleanor —dijo bruscamente lord Haverham—. ¿Dónde has estado?

—He visitado a mi abogado.

—Si estás a punto de decirme que has ido directamente en contra de mi consejo y has aceptado una casa...

—No, no lo he hecho —dijo rápidamente Eleanor—. Me di cuenta de que si lo hacía, la gente podría decir que no era feliz contigo. No quisiera avergonzarte de ese modo. He decidido que buscaré en el libro familiar, cuando volvamos a Standon, algún pariente que pueda estar contento de tener un hogar conmigo.

—Eso es algo, supongo —dijo a regañadientes—. No es que crea que encontrarás a alguien adecuado. Ahora, basta de evasivas. Habla, prima. ¿Por qué has visitado a tu abogado?

Eleanor comenzó con la opción que le pareció más fácil.

—¿Te importaría mucho que vendiera mi casa en Escocia, Frederick?

Él frunció el ceño, sorprendido.

—No. ¿Por qué me importaría? No tiene nada que ver conmigo, y tú no la necesitas, ya que estoy perfectamente dispuesto a ofrecerte un hogar durante el tiempo que desees. Me atrevería a decir que el dinero que conseguirás será tan atractivo para un marido como una casa en un lugar tan remoto. Pero será mejor que consultes conmigo cualquier oferta que recibas; me atrevería a decir que no distinguirías una buena oferta de una mala.

—Sí, por supuesto, Frederick —dijo sumisamente.

Él la miró con suspicacia.

—¿Eso fue todo lo que discutiste con tu abogado?

De pronto, Eleanor sonrió.

—Te diré una cosa, Frederick, no eres nada estúpido.

Ella le provocó una sonrisa reacia.

—Me alegro de que te des cuenta. Suéltalo, Eleanor, permíteme saberlo. Cuanto más divagas, más me preocupo.

—Oh, muy bien, te lo contaré, pero sólo si prometes no decir ni pío hasta que haya terminado.

Eleanor no tardó en descubrir que había subestimado a su primo, pues aunque se mostró un poco alarmado cuando ella se precipitó en su relato, al explicarle los orígenes de la señora Willis, su relación con los Brigham y la declaración tanto de Georgianna como de Marianne de que se encargarían de difundir la noticia, él pudo relajarse. Cuando le mostró su cuaderno de bocetos y mencionó la afirmación de Diana de que si Eleanor perdía su fortuna podría ciertamente ganarse la vida como sombrerera, sus ojos mostraron algo parecido al respeto.

—Ella sólo bromeaba, por supuesto —admitió Eleanor—, pero Diana admira realmente mis

diseños.

Frederick infló las mejillas y dijo:

—¿Serás definitivamente una socia silenciosa?

—Absolutamente.

—Diana tiene muy buen gusto, y si a ella le gustan tus capotas, a todos los demás también. ¿No crees que estará tentada de reclamar parte de la gloria si tu negocio se convierte en un éxito descomunal?

—No —dijo, sonriendo—. Con saber que he conseguido algo será suficiente. Me gusta conseguir cosas. Y tú lo sabrás, Frederick, y también Diana y mis amigos más íntimos. Eso será suficiente para mí.

—Me complace que mi opinión tenga cierta importancia para ti, prima, aunque no hayas confiado en mí lo suficiente como para buscar mi consejo antes de lanzarte a la acción.

—Pensé que eso podría molestarte, pero sé sincero, Frederick, ¿habrías aprobado mi plan si te lo hubiera presentado sin tener en mi poder todos los hechos que te he expuesto?

—No, no lo habría hecho. Eres una chica inteligente, Eleanor, lo reconozco. Que Dios ayude a cualquiera que se case contigo.

Eleanor se rio.

—¿Allerdale conoce este plan y lo aprueba?

—Oh, sí, pero recuerda que la señora Willis es su amiga, por lo tanto no es tan sorprendente. Frederick la miró de manera inquisitiva.

—Sé que crees tener conocimiento sobre todo, Eleanor, ¡pero te aseguro que no es así!

Estaba demasiado contenta de haber salido ilesa de esa interrogación como para negarle a su primo el placer de tener la última palabra en su encuentro.

Visitó brevemente a Diana, a quien encontró apoyada en la cama, con cara de resignación y una galleta en las manos.

—Había olvidado lo tedioso que es esto —dijo en voz baja.

Eleanor se sentó en el borde de la cama.

—Pobre Diana. Frederick dice que durará semanas.

—Sí, pero pasará, y entonces me sentiré de maravilla.

—¿Crees que te sentirás lo suficientemente bien como para asistir a la gran fiesta de lady Bessinborough esta noche?

Diana parecía consternada.

—Oh, querida. Nunca hay un lugar para sentarse en esas fiestas, y siempre hay tanta gente que uno no puede moverse. No creo que pueda con ello.

—No —coincidió Eleanor—. Creo que el aire fresco te sentará mucho mejor. Te llevaré a coger aire más tarde.

—S-sí —dijo Diana, vacilante—, pero no en Hyde Park.

Eleanor interpretó que Diana no deseaba correr el riesgo de ver a lord Sandford.

—Entonces daremos un paseo por Green Park.

En ese momento, una criada entró con un ramo de flores.

Diana se incorporó repentinamente, con una sonrisa de felicidad en el rostro.

—¿De quién son?

Eleanor las cogió y leyó la tarjeta que las acompañaba.

—Son de lord Carteret. Te envía sus mejores deseos y espera que hayas recuperado tu estado de salud habitual.

—Es todo un caballero. Es una pena que no parezcas interesarte por él, Eleanor. Creo que

sería un buen marido.

—Ha mostrado tan poco interés por mí como yo por él —dijo Eleanor, y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios—. Además, es *demasiado* caballeroso para mí; pienso que no lidiaría bien con un marido extremadamente correcto.

Diana soltó una risita.

—Quizá no; creo que se escandalizaría de tus travesuras.

—Sin duda. Sobre todo porque estoy a punto de seguir tu consejo, querida, y establecerme como sombrerera.

—¡Oh, Eleanor, no! —exclamó Diana, poniéndose de pie.

Eleanor sólo había pretendido burlarse de Diana, pero se arrepintió de su impulso cuando vio lágrimas en sus ojos.

—Frederick nunca te perdonará.

—A él no le importa en absoluto —dijo Eleanor—, o al menos, no tanto como yo pensaba.

Después de que Eleanor le explicara con más detalle su papel en el negocio, Diana se sintió cautivada por la idea y muy feliz de haber iniciado con la idea.

—Por supuesto, compraré todos mis sombreros contigo. ¿Cuándo abrirá la señora Willis la tienda?

—En septiembre, a tiempo para la temporada —dijo Eleanor.

Dejó a Diana en un estado de ánimo mucho más alegre y fue a visitar a la señorita Finchley.

La casa de Castle Street, aunque de características elegantes, era bastante oscura. Un ama de llaves de aspecto severo condujo a Eleanor a un salón pobremente amueblado. Eleanor echó un vistazo a las raídas alfombras y a los descoloridos sillones y sofás cubiertos de damasco, y reflexionó sobre lo afortunada que era por encontrarse en una posición mucho más cómoda. Se volvió cuando la puerta se abrió y lady Crouch, ataviada con un vestido escotado de color púrpura oscuro, entró en la habitación.

—Señorita Edgcott —dijo con un tono lleno de deleite—. He oído que ha paseado por la plaza con mi pequeña Emily. Fue muy amable por su parte acercarse a ella, porque es una pequeña muy tímida que nunca se atreverá a dar el primer paso. Debe perdonar nuestro entorno tan lamentable, las propiedades alquiladas son despreciables, ¿no es así? Sir Roger se revolcaría en su tumba si viera mi situación justo ahora.

Eleanor pensó que sir Roger podría haber hecho lo posible para que lady Crouch no se encontrara en una situación tan desafortunada, pero desechó con firmeza esa idea.

Aceptó la regordeta mano ofrecida, resistiendo el impulso de estornudar cuando un fuerte aroma floral asaltó sus fosas nasales.

—Me alegró reencontrarme con la señorita Finchley.

—Desde luego —dijo lady Crouch—. Estoy segura de que no hay una chica más dulce en Londres.

Extendió un brazo detrás de ella y cogió la mano de la señorita Finchley, tirando de ella hacia adelante.

—No te quedes atrás, niña, da la bienvenida a nuestra invitada.

Cuando la señorita Finchley, quien había quedado bastante oculta por la corpulencia de su tía, recuperó el equilibrio después de haber sido empujada tan precipitadamente hacia adelante, hizo una reverencia, con las mejillas de un rojo ardiente, y dijo con su voz suave:

—Me alegro mucho de volver a verla, señorita Edgcott.

—Por favor, siéntese —dijo lady Crouch.

Eleanor había esperado poder hablar en privado con la señorita Finchley, pero pronto se hizo

evidente que lady Crouch no tenía ninguna intención de dejarlas solas.

—He oído que reside en South Audley Street. Una dirección muy respetable. ¿Es su casa, señorita?

—No. Actualmente vivo con mi primo y su esposa, lord y lady Haverham —de repente, tuvo un golpe de inspiración—. Esperaba que la señorita Finchley me visitara allí; lady Haverham ha expresado su deseo de conocerla.

—Ahí lo tienes, Emily —dijo lady Crouch con cierta satisfacción—. ¿No te dije que no tenías por qué pensar importunaríamos a la señorita Edgcott si la visitábamos?

—Sí, tía —dijo la señorita Finchley, retorciéndose un poco en su silla.

Eleanor no se atrevió a imaginar la reacción de Frederick si descubría a lady Crouch en su salón. Aunque él no se hubiera enterado de su infame matrimonio, no aprobaba en absoluto a las personas vulgares.

—Ciertamente vosotras no habríais importunado. Pero, desgraciadamente, ya no recibimos visitas en este momento. Lady Haverham se encuentra en un estado delicado y se siente terriblemente enferma todas las mañanas, y luego se muestra muy agotada.

—Oh, es una pena —dijo lady Crouch. Su decepción era evidente.

—Pero voy a llevar a lady Haverham a dar un paseo en carruaje esta tarde. Podríamos pasar fácilmente por aquí y llevar a la señorita Finchley con nosotras.

Los ojos de lady Crouch se entrecerraron.

—Qué amable de su parte. Resulta que Emily está libre esta tarde, pero no podía dejarla ir sola. ¿Quizá haya sitio en su carruaje para las dos?

Eleanor dijo con tristeza:

—Me temo que no. Por supuesto, la habría invitado a usted también, lady Crouch, si hubiera habido lugar. Lady Haverham no irá a ninguna parte sin su criada en estos momentos, y no habrá sitio para cinco de nosotras en la calesa —se levantó para marcharse—. Entiendo sus dudas, lady Crouch. Es una pena, porque no estoy segura por cuánto tiempo más estaremos en la ciudad. Gracias por su amable hospitalidad. Ha sido muy agradable verla de nuevo, señorita Finchley. Adiós.

Al volverse hacia la puerta, lady Crouch dijo:

—Espere un momento, señorita Edgcott.

Eleanor se volvió y levantó una ceja inquisitiva.

—Lo he reconsiderado. Estoy segura de que puedo confiar mi querida sobrina a usted y a lady Haverham.

—Cuidaremos muy bien de ella —le ofreció a la señorita Finchley una sonrisa amistosa—. La recogeremos a las cuatro y media, si le parece bien, señorita Finchley.

—Estaré lista —dijo la señorita Finchley, avanzando y cogiendo la mano ofrecida por Eleanor.

No dijo nada más, pero no hizo falta; Eleanor pudo ver alivio y gratitud en sus ojos.

CAPÍTULO 18



Cuando Eleanor regresó a South Audley Street, descubrió que el señor Pavlov la había visitado y dejado su tarjeta. Se quedó un momento en el vestíbulo mirándola, mordiéndose el labio inferior como solía hacer cuando pensaba. Sólo había pretendido ver si podía descubrir hoy los sentimientos de la señorita Finchley hacia él, pero se le ocurrió repentinamente que, si la joven le correspondía, sería la oportunidad perfecta para que hablaran entre ellos.

Subió las escaleras con la tarjeta y escribió una nota al señor Pavlov antes de ir a ver a Diana. La encontró tocando las teclas del piano en el salón.

—No te he oído tocar desde que llegamos a la ciudad —dijo Eleanor.

—No, siempre ha habido muchas otras cosas que hacer —Diana le dedicó una pequeña sonrisa—. Pensaba que no había nada que disfrutara más que deambular por la ciudad, pero creo que empiezo a desear volver a Standon.

Eleanor se sentó en el taburete a su lado.

—Casi nada es divertido cuando no se tiene buena salud.

—No es sólo eso —dijo Diana en voz baja—. He estado pensando en todo lo que has hecho por mí y en todo lo que vas a hacer por ti —suspiró—. Me gustaría ser más como tú, Eleanor.

—Eso no serviría de nada —dijo Eleanor, riendo—. ¡A Frederick no le gustaría que te convirtieras en una mujer autoritaria!

—No. Nunca lo seré. Pero creo que podría hacer mejor las cosas. La señora Finley me trajo un vaso de leche caliente después de tu partida; el querido Freddy se lo pidió, y cuando le sugerí que discutiéramos el menú para la cena, me dijo que no hacía falta que me preocupara, pues tú ya lo habías hecho.

—Siempre lo hago.

—Sí, te he exigido mucho mientras yo sólo pensaba en mi propio placer.

—No me has exigido —dijo Eleanor, cogiendo su mano—. O si lo has hecho, ha sido sólo porque yo te lo he permitido. Quería estar ocupada; así dejaba de pensar en papá y me sentía útil.

Diana le estrujó la mano.

—¿Eso sigue siendo terriblemente doloroso?

—Sólo a veces —dijo Eleanor.

—Entonces, ¿te importaría mucho que recuperara el control de mi casa?

—Estaría encantada —dijo Eleanor con firmeza.

—Gracias —las lágrimas empañaron los ojos de Diana—. Sólo cuando pensé que podría perder para siempre la buena opinión de mi lord, me percaté de lo mucho que no podía soportar

que eso sucediera. Él me ha dado demasiado, y yo le he dado muy poco —se limpió los ojos y se sentó un poco más erguida—. Tengo la intención de que se sienta muy cómodo y se interese más por Standon. ¿Sabes, Eleanor, que ni siquiera sé cuáles son sus platos favoritos?

Eleanor sonrió.

—Habla con tu ama de llaves y pídele su consejo. Tratas a los criados con mucha formalidad, y ya verás cómo responden mucho mejor si te relajas un poco.

—Siempre me he sentido un poco fuera de mi elemento —admitió Diana—, pero hoy he tenido una charla muy agradable con la señora Finley y he descubierto que me ha agradado.

—Me alegro. Diana, ¿confías en mi juicio?

—Por supuesto.

—Entonces, ¿confiarás en mí cuando te diga que estoy segura de que la dama que viste en el carruaje de lord Sandford no es su amante y que es una pequeña y adorable criatura que podría necesitar nuestra ayuda?

—¿En qué sentido necesita nuestra ayuda? —preguntó Diana, con cautela.

—Creo que su tía, lady Crouch...

Diana jadeó.

—¡Eleanor! No podemos relacionarnos con ellos.

—No vamos a relacionarnos con lady Crouch —la tranquilizó—. Sólo con la señorita Finchley.

Cuando explicó la situación del señor Pavlov, Diana se quedó pensativa.

—Sólo puedo pensar en una razón por la que lady Crouch despreciaría las insinuaciones de un caballero tan respetable —dijo lentamente—, y es que tuviera su atención puesta en otra persona.

—Y creo que ambas podemos adivinar quien podría ser —dijo cuidadosamente Eleanor—. Y tú mejor que nadie sabes lo persistente que él puede llegar a ser.

Los ojos de Diana se endurecieron.

—Muy bien, Eleanor. Me abstendré de juzgar a la señorita Finchley hasta que la haya visto yo misma.

Se llevaron a Linny en vez de a la criada de Diana, y tanto ella como Diana se pusieron rígidas cuando lady Crouch, incapaz de resistir la oportunidad de hablar con lady Haverham, sacó a la señorita Finchley de la casa.

—Encantada de conocerla, lady Haverham —dijo, inclinando la cabeza—. Qué bonita imagen hacéis. No estoy del todo segura de dejar que Emily vaya con usted, porque si no tiene a todos los ociosos del parque comiéndosela con la mirada, me sentiré asombrada.

Al ver que Diana no respondía y se limitaba a asentir con la cabeza, Eleanor se apresuró a decir:

—Puede estar segura, señora, de que no les prestaríamos atención, y la señora Linwood aquí presente, ciertamente sabría cómo lidiar con cualquier caballero que se atreviera a acercarse a nosotras.

Lady Crouch miró a la rígida criada de rostro severo y dijo secamente:

—Ya lo creo.

Cuando empezaron a alejarse en el carruaje, Eleanor dijo:

—Señorita Finchley, permítame presentarle a mi prima, lady Haverham.

La expresión de Diana se suavizó un poco cuando la señorita Finchley levantó la cabeza inclinada para mostrar sus mejillas encendidas y unos ojos desbordantes de mortificación.

—Encantada de conocerla, lady Haverham —dijo, su voz apenas más que un susurro.

—Lo mismo digo —dijo Diana con suavidad—. Por favor, no parezca tan alarmada, señorita Finchley.

Estas palabras no surtieron el efecto deseado, pues la señorita Finchley soltó un sollozo brusco y ahogado, se deslizó de su asiento y se sentó acurrucada a los pies de Diana.

—¡Señorita Finchley! Por favor, cálmese —dijo Eleanor.

Ahora conducían por Piccadilly hacia el parque, que a esa hora del día estaba siempre atestado de carruajes. Eleanor miró por encima del hombro para ver qué podía haber provocado el extraño comportamiento de la señorita Finchley. Vio que el coche de lord Sandford aproximándose en la otra dirección. Se quitó apresuradamente el chal y lo dejó caer sobre la figura encogida de miedo de la señorita Finchley.

—No mire —dijo cuando Diana empezó a retorcerse en su asiento.

Los ojos de Diana se abrieron de par en par cuando el carruaje pasó junto a ellas.

—Puede volver a su asiento —dijo Eleanor con suavidad—. Él se ha ido.

Cuando la señorita Finchley empezó a levantarse obedientemente, Diana la empujó con suavidad para que volviera a sentarse.

—No. Espere un momento más, por favor.

El siguiente carruaje que pasó junto a ellos llevaba a lady Langton y a su hermana. Intercambiaron asentimientos de cabeza, pero afortunadamente, el camino estaba demasiado transitado como para permitirles detenerse e intercambiar alguna palabra.

—Ya puede levantarse —dijo Diana cuando se hubieron alejado un poco.

Linny extendió la mano y ayudó a la señorita Finchley a incorporarse.

—Lo siento —dijo con voz trémula—, debéis pensar que estoy loca.

Ya habían llegado a Green Park. El carruaje se detuvo y las damas descendieron.

—Vuelve dentro de una hora —dijo Eleanor al cochero.

Sólo habían dado unos pasos por el parque cuando Diana dijo:

—Señorita Finchley, ¿le ha hecho algo ese hombre, al que no llamaré caballero, para que usted casi pierda la cordura?

Los ojos de la señorita Finchley se desviaron con incertidumbre hacia Eleanor.

—Puede hablar libremente. Nada de lo que nos diga saldrá de aquí y le ayudaremos si podemos —le aseguró—. Sabemos que estuvo en el carruaje de lord Sandford el día que la conocí.

—Sí —dijo la señorita Finchley—. Me había torcido el tobillo. Al principio me pareció muy amable de su parte, pero luego me miró de tal manera, oh, no puedo explicarlo.

—No hace falta —dijo Diana—, lo entiendo perfectamente.

La señorita Finchley le lanzó una mirada de agradecimiento.

—Y entonces mi tía lo animó a que me visitara y me llevara en su carruaje. Ella estaba encantada de que hubiera llamado la atención de un marqués.

—Pero usted no parece compartir su alegría —dijo Diana.

—No, no la comparto —dijo, con su voz habitualmente suave, sorprendentemente vehemente.

—Y, sin embargo, lo ha recibido en su casa y le ha permitido que la acompañe por la ciudad —dijo Diana con suavidad.

—Yo no quería —dijo la señorita Finchley, con lágrimas en los ojos—. Pero mi tía se enfadó mucho cuando le dije que no lo haría. Me dijo que debía estarle agradecida por haber puesto en mi camino semejante oportunidad, pero él nunca me ha agradado —tragó duro e intentó sobreponerse a los sentimientos que amenazaban con abrumarla—. Había pensado que mi tía

sólo quería lo mejor para mí, pero... pero... —la voz le tembló—. He descubierto que estaba muy equivocada sobre ella. Anoche fuimos a Vauxhall y él... él...

—¿Te besó? —dijo amablemente Diana.

La señorita Finchley asintió y buscó en su reticule. Sacó un pañuelo, se secó los ojos y se limpió la nariz.

—Cas-si me desmayo, y é-él simplemente se rio y dijo que esperaría, p-pero no mucho tiempo. Dij-jo que tenía una bonita c-cabaña no muy lejos de Londres donde yo estaría m-muy cómoda.

—¿Y qué dijo su tía al respecto? —preguntó Eleanor.

—Pensé que se escandalizaría, pero me golpeó en un costado de la cabeza y me dijo que yo n-no estaba en condiciones de ser tan exigente y que había más de una manera de conquistar a un c-caballero si tan solo aprendía a c-complacerlo —sus mejillas se encendieron—. Me c-contó que era la amante de sir Roger antes de que él se casara con ella. Ahora entiendo por qué papá y mamá no quieren saber nada de ella. Pero yo no lo sabía y fue muy amable conmigo al principio, así que cuando el señor Nutley, el abogado de mi padre, me preguntó si quería ir con mi tía, le dije que sí.

—Eso está muy mal —dijo Eleanor—. Pero quizá su tía, a pesar de su comportamiento inadecuado, te quiere a su manera. Ha gastado mucho en traerla a la ciudad y vestirla a la última moda.

—¡No lo ha hecho! —exclamó la señorita Finchley—. Ha usado el dinero que papá me dejó, ¡y ya casi lo ha gastado todo!

Linny caminaba detrás de ellas, pero soltó repentinamente:

—Es totalmente impropio de un cristiano, eso es lo que es.

Eleanor no había pasado por alto que la señorita Finchley no había mencionado ni una sola vez el nombre del señor Pavlov, y ahora que se acercaban a la fuente cercana a Queen's Walk, donde ella le había pedido que esperara, dijo:

—¿Y no hay ningún otro caballero que haya capturado su atención, señorita Finchley?

La señorita Finchley soltó un gran gemido y se detuvo como paralizada por sus emociones.

—¡Sí! ¡Oh, sí! —balbuceó—. Había un caballero que era muy gentil, muy apuesto, y pensé... pensé que le gustaba, pero sus visitas cesaron súbitamente.

—No, señorita Finchley, no lo hicieron —dijo Eleanor—. Su tía le negó la entrada cuando llegó de visita.

Eleanor sintió lástima por la señorita Finchley, pero en secreto la consideraba un tipo de chica sosa, y por eso se sorprendió cuando los ojos empañados frente a ella se endurecieron súbitamente y centellearon con una ira inconfundible.

—¿Cómo se atreve ella? ¿Cómo se atreve?

—Creo que su tía se atrevería a casi todo —dijo Eleanor, en voz baja—. Pero mire al frente, señorita Finchley.

Lo hizo y vio una figura alta, delgada y rubia.

—¡Señor Pavlov!

Durante un momento permanecieron como estatuas, cada uno devorando al otro con la mirada, y luego ambos estallaron en un movimiento repentino. El señor Pavlov la atrajo hacia sí y la señorita Finchley se fundió en su abrazo.

Eleanor se sorprendió al oír a Linny resoplar.

—Sabe que normalmente no me parece bien que usted interfiera en los asuntos de los demás, señorita Eleanor, pero si ese caballero va a casarse con la señorita Finchley, hoy ha hecho usted

algo muy bueno —miró a Diana—. Ambas lo habéis hecho.

—Quizá sea lo mejor que he hecho por otra persona —dijo Diana con los ojos empañados—. Debo admitir que siento un brillo bastante feliz en mi interior.

Eleanor sólo era consciente de un sentimiento de satisfacción por un plan bien ejecutado. No pudo evitar preguntarse si le faltaba algo. Aunque había amado a su padre, su relación no había sido de abrazos empalagosos, ni siquiera cuando era niña. Había existido entre ellos un vínculo de comunicación casi insólito que iba más allá de las palabras; una mirada, una sonrisa o una mueca bastaban para transmitir sus sentimientos. Desde luego habían hablado de muchas cosas, nada considerado como tabú, y sus conversaciones siempre habían sido francas y a menudo llenas de humor.

No la había educado como si fuera un chico, precisamente, pero tampoco le había atribuido una delicadeza femenina que ella no poseyera. La había animado a tener una mente inquieta y había fomentado el espíritu independiente que había desarrollado desde una edad temprana. Había sido muy duro para ella verlo agonizar y no haber podido acercarse a él, porque su presencia siempre le había parecido como una extensión de sí misma, y tras su muerte había sentido como si le arrancaran un miembro, pero ni siquiera entonces se había dejado vencer por un exceso de sensibilidad. Su corazón se había congelado dentro de ella, pero había discutido tranquilamente los preparativos de su viaje de regreso con el asistente de su padre.

Él siempre le había dicho que siguiera sus instintos, insistiendo en que eran su mayor don, y por eso ella había ido a la casa en Escocia y se había recuperado de la tragedia en privado. No era insensible, pero tampoco parecía poseer los sentimientos más refinados para una joven de buena posición. La histeria y el delirio le eran totalmente desconocidos.

Caminaron varios minutos a cierta distancia detrás de la pareja ajena a todo lo que la rodeaba, con las cabezas profundamente inclinadas hacia el otro mientras hablaban con seriedad en voz baja. Pero Eleanor juzgó que había llegado el momento de volver a su carruaje. Aceleró el paso hasta llegar junto a ellos. El señor Pavlov se volvió hacia ella y le cogió las manos.

—¿Cómo puedo agradecérselo, señorita Edgcott?

Ella le sonrió.

—¿Qué va a hacer, señor Pavlov?

—La llevaré con la tía Jemima y luego me casaré con ella.

Diana, claramente embelesada por la situación romántica, dijo en tono asombrado aunque no reprobador:

—¡Se robará a la novia!

—No —dijo él, frunciendo el ceño—, no me comportaré de forma tan deshonesta, pero tampoco permitiré que la señorita Finchley —le sonrió—. Emily, permanezca bajo su techo una noche más.

—Entonces, ¿qué va a hacer? —dijo Eleanor.

—Llevaré a Emily a casa y esperaré mientras empaca. Le explicaré a su tía exactamente lo que pienso de ella y lo que pretendo hacer.

—Pero, ¿cree que ella la dejará ir? —dijo Diana.

—Como le he dicho a Emily, ella no podrá impedírmelo. No creo en absoluto que lady Crouch sea la tutora de Emily de manera formal; Emily tenía casi veinte años cuando sus padres murieron, e incluso si lo es, la amenazaré con denunciarla por conducta inmoral si intenta actuar de alguna manera.

—Entonces usted es casi mayor de edad —dijo Eleanor, sorprendida. Parecía más joven.

—Cumpliré veintiún años la próxima semana.

—Señorita Edgcott, lady Haverham —dijo el señor Pavlov—, sé que no debería pedir nada más, pero tendré que arreglar mis asuntos y no podré salir de la ciudad hasta mañana. No quiero dejar a Emily sola en un hotel. ¿Podría dejarla con vosotras esta noche?

Eleanor se sobresaltó un poco, pero, extrañamente, Diana no lo hizo.

—Claro que puede. Pero preferiría que no mencionara su paradero a lady Crouch.

—No, le haré creer que nos iremos hoy mismo —prometió él.

—Diana —dijo Eleanor mientras volvían al carruaje—. ¿Qué hay de Frederick?

—Creo que subestimas a Frederick, y a mí también. No eres la única con capacidades de idear un plan, ¿sabes?

—Continúa —dijo Eleanor, intrigada.

—¿No se te ha ocurrido, Eleanor, que la señorita Finchley se parece bastante a mí? Nuestro color es casi idéntico, aunque su pelo es más dorado que el mío.

—Sí, supongo que es cierto.

—Y es muy recatada, con un comportamiento tan tímido que Frederick sólo tendrá que pasar muy poco tiempo en su compañía para darse cuenta de lo dulce que es.

—Por supuesto —dijo Eleanor—. Y sólo le hablaremos de sus circunstancias cuando ya se haya encariñado con ella. Todos sus instintos caballerescos se despertarán.

—Exactamente —dijo Diana—. Pero seré yo quien le hable de sus circunstancias, Eleanor, no tú.

—¡Tienes razón! Cuando él vea que no estás escandalizada, no se dejará dominar por un deseo irrefrenable de protegerte de alguien tan estrechamente relacionado con lady Crouch —Eleanor se rio—. Eres muy astuta, Diana. ¡Seguro que él también te admirará por la amabilidad y la consideración que le has demostrado a la señorita Finchley!

Diana enarcó una ceja.

—¿Y no habré merecido su aprobación?

—Por supuesto —coincidió Eleanor.

—Nunca conocí a una dupla tan conspiradora —dijo Linny en tono severo—. El pobre lord Haverham no tiene ninguna posibilidad contra vosotras dos.

—¿Y desapuebas nuestro plan, Linny? —dijo Eleanor dijo.

—Yo no he dicho eso. Cuando la necesidad aprieta el diablo manda.

CAPÍTULO 19



Miles se despertó con una cabeza palpitante. Había vuelto muy tarde a su habitación después del partido de críquet. Su equipo había sido el vencedor, y él había disfrutado del privilegio de golpear la bola ganadora. Fue sacado del campo sobre los hombros de Somerton y Cranbourne, con una sonrisa en la cara. Se había sorprendido al descubrir, mientras levantaba la mano hacia la multitud que lo aclamaba, que la señorita Edgcott había estado entre ellos, lo cual era bastante ridículo, pues ¿qué sabían las mujeres de cricket?

Lo habían bajado delante de su padre, quien le había estrechado la mano y le había dicho fríamente:

—Gracias, Allerdale, acabas de hacerme ganar una considerable cantidad de dinero.

—No tenía ni idea —había dicho sonriendo—, y me alegro de no haberlo sabido. De lo contrario, golpear esa última bola podría haber parecido una hazaña hercúlea.

—Por eso no te lo dije, pero rara vez he sabido que fracasases en algo que te hayas propuesto, ya sea un objetivo honorable o uno de dudosa reputación. Ahora, vete a celebrar con tus amigos.

No había dudado en hacerlo y había sido llevado a varias tabernas para celebrar. Se había entregado a la compañía masculina y a una gran cantidad de vino, aunque le pareció recordar haber dicho a sus amigos en algún momento de la velada:

—¿No se supone que os marcháis temprano por la mañana?

—Así es —había confirmado lord Cranbourne.

—¿Y no se supone que llevarías a la señorita Edgcott a su clase de conducción a las ocho en punto? —había dicho lord Somerton.

—Sí —había aceptado.

Pero, para entonces, habían llegado a un punto en el que la mañana bien podría haber sido la del año siguiente.

Lord Carteret, quien no solía beber mucho, había sido el más abatido de todos. Había dicho entre un ataque de hipo:

—Me alegro mucho de no tener a ninguna mujer esperándome para hacer una aparición temprana, ¡porque no hay duda de que no podría hacerlo!

Miles rodó y gimió. Tampoco estaba seguro de poder hacerlo. Llevaba casi un año sin ingerir semejante cantidad de alcohol. Estaba a punto de enviar a su hombre a South Audley Street con un mensaje cuando recordó súbitamente que la señorita Edgcott había dicho algo sobre salir pronto de la ciudad. Maldijo suavemente en voz baja, apartó las mantas y se puso en pie tambaleándose.

Después de echarse agua fría sobre la cabeza y disfrutar de un buen desayuno, se sintió mucho mejor. Pero aun así, cuando Tibbs llegó puntualmente diez minutos antes de la hora, echó un vistazo a su amo y le dijo:

—¿Está seguro de querer enseñar hoy a una *mujer* a conducir estos caballos grises, señor?

—No estoy seguro de nada —admitió secamente—, pero siempre he sido un hombre de palabra, y que me parta un rayo si la rompo sólo por haber pasado la noche fuera.

—No, señor —dijo Tibbs con un tono suave que no engañó en absoluto a Miles—. Y si ella le fractura el cuello, estoy seguro de que eso lo reconfortará.

Miles se rio.

—Si ella me fractura el cuello, Tibbs, supongo que no necesitaré ningún consuelo.

Estaba claro que la señorita Edgcott había estado pendiente de él, porque en el momento en que él detuvo su carruaje, ella bajó los escalones tan fresca como una rosa, con una pelliza verde y un sombrero de paja, adornado con un penacho de plumas color crema y marrón.

—Buenos días, lord Allerdale —dijo, con su sonrisa casi cegándole.

Antes de que él pudiera moverse, ella se apresuró a rodear el vehículo, subió de un brinco y le dirigió una mirada muy directa. Miles tuvo la incómoda sensación de que ella podía ver más allá de su rostro sonriente hacia el desastre que había debajo. Sus temores se confirmaron cuando dijo:

—Tiene el aspecto de un hombre que ha bebido una botella de más y ahora se está arrepintiendo.

—No puedo negarlo —admitió él, con una sonrisa amarga—. Pero no es propio de una dama comentarlo.

Los ojos de Eleanor se iluminaron con una carcajada, aunque sus labios sólo se curvaron un poco en las comisuras.

—Podría limitarme sólo a los temas de los que se supone que deben hablar las damas, si cree que eso lo entretendría.

Lo único que pensó que podría entretenerlo en ese momento fue darle un beso en cada comisura sonriente de la boca, antes de mordisquearle el delicioso labio inferior. Sus manos soltaron las riendas cuando este pensamiento cruzó su mente y los caballos se sacudieron hacia adelante.

—No me entretendría —dijo, animando a los animales un trote más suave—, pero no puedo evitar preguntarme como una dama soltera y sin hermanos puede reconocer con tanta precisión el estado en que me encuentro esta mañana.

—Siempre he tenido más hombres a mi alrededor que mujeres —explicó ella—. Solía ser testigo de cómo alguno de los empleados de mi padre llegaba a la mesa con un aspecto lamentable. Según mi experiencia, solía ser porque habían sido abatidos por algo, o todo lo contrario, y algo los había hecho entrar en éxtasis con festejos a lo grande —enarcó una ceja—. Dígame, ¿ganó o perdió el partido de cricket?

—Usted, señorita Edgcott, es demasiado lista para su propio bien —dijo, con el suave tono que Tibbs habría sabido interpretar como peligroso.

—Estoy segura de que tiene razón —dijo suavemente—. Cuidado con los caballos, señor, casi roza el pilar cuando entramos por las puertas.

Miles apretó los dientes al oír la risita ahogada de Tibbs. Detuvo a los dos caballos y entregó las riendas a la señorita Edgcott, con un brillo satírico en los ojos.

—¿Quizá le gustaría enseñarme cómo se hace?

—Si insiste —dijo ella, moviendo expertamente el látigo.

Los caballos trotaron rápidamente. La señorita Edgcott le lanzó una mirada tan satírica como la suya, antes de animarlos a pasar al medio galope y luego al galope.

No era frecuente que Miles se quedara sin habla, pero ésta era una de esas raras ocasiones. Cuando bajó la mirada hacia el rostro de la señorita Edgcott, se percató de que el triunfo no había provocado su amplia sonrisa, sino la felicidad. Estaba seguro de que su alegría había aumentado al saber que ella lo había sorprendido, pero, de alguna manera, él sabía que su causa principal era la experiencia, la libertad, de estar a cargo de un par de caballos de primera clase y cabalgar a un ritmo vertiginoso en una hermosa mañana de primavera.

—No lo habría creído si no lo hubiera visto —dijo Tibbs.

—¿Esta es otra de las enseñanzas de su padre, señorita Edgcott? —dijo Miles, con una sonrisa tan amplia como la de Eleanor.

—Sí. Siempre estaba dispuesto a enseñarme cualquier cosa que deseara aprender.

—¿Cualquier cosa?

—Casi cualquier cosa —corrigió—. No me enseñó a hacer esgrima. No sé por qué, pues me enseñó a disparar y a conducir.

Miles cerró brevemente los ojos. Gracias a Dios que no la había dejado libre con una espada, pero no valía la pena pensar en ello.

—Estaría en desventaja en cualquier lucha de espadas con un hombre, señorita Edgcott, usted no es alta, y el alcance de cualquier hombre la pondría en grave desventaja.

—Supongo que sí —concedió ella, reduciendo la velocidad de los caballos a un trote tranquilo.

—Camine conmigo, señorita Edgcott. Necesito aclarar mis ideas. Y por cierto, estaba celebrando; ganamos.

—Felicidades —de pronto, ella se rio—. ¿Lord Cranbourne y lord Somerton han celebrado con usted?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—Oh cielos. Si se encuentran en el mismo estado que usted esta mañana, como sospecho, me temo que recibirán una severa reprimenda. Georgianna y Marianne cancelaron sus planes anoche para estar listas para empezar temprano.

Miles sonrió. Más bien pensaba que ambos estarían en una situación peor que la suya, pues había sido el primero en marcharse de la fiesta, aunque no estaba dispuesto a admitirlo ante la señorita Edgcott.

—Estoy seguro de que ellos estarán a la altura de las circunstancias.

Eleanor entregó las riendas a Tibbs.

—Me complace pensar que no lo he aterrorizado.

—No, señorita —dijo respetuosamente—. En absoluto. Ha sido un privilegio presenciar su habilidad. Nunca habría esperado ver una ejecución tan buena por parte de una mujer, excepto quizás en el circo.

—Gracias —dijo ella, riendo—. Si alguna vez necesito encontrar empleo, ahora sabré dónde buscar.

Abandonaron el sendero y deambularon por la hierba. Eleanor se detuvo bajo un grupo de árboles, y sus ojos se posaron en el lago Serpentine que brillaba en la distancia.

—Creo que es el mejor momento para visitar el parque —dijo en voz baja—. Antes de venir a vivir con Frederick y Diana, solía recorrer kilómetros alrededor del lago que había junto a mi casa en Escocia.

—Parece tenerle cariño a ese lugar —dijo Miles.

Eleanor sacudió la cabeza.

—No, estoy vendiendo la propiedad. Admito que el paisaje es precioso, pero la casa lleva años sin ser habitada. La mayor parte estaba cerrada, yo vivía en unas pocas habitaciones con un escaso personal. Pensaba que el clima húmedo y frío era lo que no me gustaba, pero me he percatado de que era vivir sola, y sin papá en particular.

No había autocompasión en su voz, sólo resignación y una pizca de dolor. Miles descubrió que deseaba con todas sus fuerzas desterrar ese dolor. Cogió la cadena de plata que llevaba colgada al cuello y se la quitó. Sus ojos no se apartaron de los de Eleanor, y sintió un torrente de placer cuando los de ella se ampliaron al ver el reloj de bolsillo que pendía de ésta. Ella extendió la mano y él hizo colgar la cadena para que el reloj descansara en su palma. Deslizó un delgado dedo por la esfera de cristal reparada y luego cerró la mano en torno a ella, mirándolo con una gratitud tan intensa que él perdió la cabeza.

De repente, la atrajo hacia sí e hizo lo que había deseado desde el momento en que la había visto. Su beso no fue suave, sino ávido, y Eleanor respondió sin vacilar, igualando su pasión pero de una forma inocente e inexperta que lo hizo volver en sí. Miles levantó la cabeza, pero no la soltó.

Ella tenía los ojos muy abiertos, llenos de pasión y asombro. El corazón de Miles dio un vuelco. De sus labios brotaron palabras que no había sabido que iba a pronunciar:

—Eleanor, mi inteligente, graciosísima, fascinante, valiente, loca, querida. ¿Te casarás conmigo?

Él vio cómo la llama de sus ojos se apagaba hasta convertirse en una brasa, y sintió incertidumbre en sus entrañas cuando ella no respondió inmediatamente, sino que se enderezó la capota.

—Pregúntamelo otra vez, mañana —murmuró finalmente.

—¿Por qué? —exigió—. ¿Qué diferencia puede hacer un día?

Eleanor levantó la mano hacia su cara.

—Miles, mi impetuoso, apasionado, temerario, honorable e inquieto amor. Un día puede marcar la diferencia en cualquier negociación. Lo ideal sería que te marcharas tres días, pero no creo que pueda esperar tanto.

—¿Por qué tres días? —dijo, interesado a pesar de su impaciencia.

—Porque el primer día te sientes seguro de tu opinión. El segundo día has tenido tiempo de reconsiderarlo y puede que descubras que no estás tan seguro como suponías. Y al tercer día, has tenido tiempo de ver todos los aspectos de tu propuesta de forma objetiva y, por tanto, estás en condiciones de alcanzar una decisión.

—Entonces, ¿no es tu propia postura la que cuestionas?

—No. Estoy casi segura de mi postura.

Los ojos de Miles brillaron con intención, pero incluso cuando se acercó nuevamente a ella, decidido a librarla de cualquier duda persistente, Eleanor lo apartó y él la soltó inmediatamente.

—No. No puedo pensar cuando me tocas, y debo hacerlo. Había elaborado en mi cabeza una lista de las cosas que deseaba en un marido, y aunque no había pensado que tú fueras el hombre que las cumpliera, mi corazón me dice lo contrario. Vuelve a preguntármelo mañana, Miles, después de que lleves a lady Selena a dar un paseo en carruaje, o no lo hagas. Quiero que estés tan seguro como yo, y no haré responsable de sus actos de hoy a un hombre cuya cabeza está agitada por una noche de juerga.

Él le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—Tú, Eleanor Edgcott, eres una mujer extraordinaria.

—Una inusual, tal vez —concedió ella—. Antes de que vuelvas a preguntármelo, Miles, si es que vuelves a hacerlo, deberías considerar que es poco probable que sea una esposa que se sienta a gusto; soy tan testaruda como tú y me gusta salirme con la mía a menos que se me proporcione una muy buena razón para no hacerlo.

Miles enarcó las cejas. Parecía que habían entrado en negociaciones. Hizo un esfuerzo por concentrarse.

—Suenan razonables. Mi única condición sería que discutieras conmigo qué es lo que deseas hacer a tu manera *antes* de hacerlo.

Eleanor asintió.

—Eso también suena razonable. Y deberías saber que me gusta interesarme por todo lo que me rodea. Me gusta estar ocupada.

Él sonrió.

—Viviremos en Murton, una de las propiedades de mi padre cerca de York, cuando no estemos en la ciudad. Es una gran finca y habrá mucho para mantenerte ocupada.

—Esperaría que también discutieras conmigo tus asuntos y consultaras mis deseos antes de tomar cualquier decisión que pudiera afectarme a mí o a nuestros hijos.

Miles respiró hondo. *Nuestros hijos*. Esas dos pequeñas palabras lo golpearon con fuerza; él ya sentía una feroz protección hacia sus hijos aún no nacidos.

—Desde luego, y espero recibir el mismo trato.

—Por supuesto. También me gusta viajar y espero que me concedas esa libertad —dijo, un poco obstinada.

Miles notó que Eleanor esperaba que éste fuera el obstáculo en sus negociaciones. Él esperaba que no lo fuera, pero si ella creía que le permitiría salir del país sin él a su lado, estaba soñando algo imposible.

—Cuando sea seguro hacerlo, sin duda *viajaremos* al extranjero, pero no irás sin mí. Si deseas venir a Londres por un asunto de negocios y yo no puedo acompañarte, entonces lo hará mi madre. Me sorprendería que no se interesara activamente por tu proyecto —sonrió—. Te adorará cuando te conozca un poco mejor.

Vio cómo ella se mordía el labio inferior, y no se percató de que él mismo había estado conteniendo la respiración hasta que ella asintió.

—Muy bien —dijo ella—. Siempre debe haber algún compromiso en cualquier negociación. Hemos establecido nuestras condiciones y tienes hasta mañana para considerarlas detenidamente. No te guardaré rencor si cambias de opinión.

—No lo haré, te lo aseguro —dijo él, ofreciéndole su brazo—. Será mejor que volvamos; mi madre estará esperando con cierta impaciencia que nos reunamos con ella para desayunar.



Mientras recorrían la corta distancia que los separaba de Berkeley Square, Eleanor sintió un aumento de felicidad en su interior. Cuando lord Allerdale la había besado, la última parte congelada de su corazón se había derretido. No había habido dulzura en su abrazo, y ella no había deseado que la hubiera. Su energía había fluido hacia ella, mezclándose con la suya, y se había sentido perfecta, se había sentido completa, y había sabido que esto era amor. Había comprendido súbitamente por qué su padre no podía sustituir a su madre, pues, sin duda, era raro que existieran sentimientos tan profundos. Era algo que iba más allá del pensamiento racional; era tan innato como el trueno y el relámpago.

Eleanor sonrió. Por un momento, lord Allerdale había parecido estupefacto y había sabido que él había sido pillado por sorpresa tanto como ella, por lo que le había concedido un tiempo para reflexionar. Pero incluso mientras conducían por Mayfair, sentados a una distancia respetable en el coche de caballos, Eleanor podía sentir que seguían conectados, que sus energías seguían extendiéndose y mezclándose. Ella comprendió que siempre habían tenido esa conexión y, desde el momento en que lo miró a los ojos en el baile de lady Brigham, de alguna manera había sabido que había encontrado un amigo, pero no se había permitido pensar que podría haber encontrado algo más. Había estado segura de que no congeniarían, y finalmente se admitió a sí misma que había tenido miedo de volver a amar a alguien.

—Espera a que te ayude a bajar.

Eleanor parpadeó ante esta orden ronca y notó que habían llegado. Cuando se levantó, Miles ignoró la mano que le tendió, pues la cogió por la cintura y la levantó.

—Miles. Alguien podría vernos.

—Que nos vean —dijo él, impenitente.

Ella miró hacia la casa y creyó ver una mano moviendo una cortina. Cuando entraron en la sala de desayunos, lady Brigham se levantó de la mesa y pronunció un discurso algo entrecortado:

—¿Ves, Brigham? Te dije que Miles traería a la señorita Edgcott.

Ella se apresuró hacia Eleanor, con las manos extendidas.

—Espero que no te importe que hayamos empezado sin ti, querida, pero Brigham pareció pensar que Miles estaría indispuesto esta mañana.

—En absoluto —dijo ella, cogiendo las manos ofrecidas.

Lord Brigham también se había levantado. Hizo una reverencia.

—Buenos días, señorita Edgcott. Me complace descubrir que estaba equivocado —miró a su hijo—. Mis felicitaciones, Allerdale. Perdóname por dudar de tu resiliencia.

—También dudé de mí mismo, señor —dijo con una sonrisa.

—No le importará que no me levante, lo sé —dijo lady Bassington, asintiendo con la cabeza hacia la señorita Edgcott. Sus ojos brillaron—. Sabe, ahora que la veo a usted y a Julia una al lado de la otra, no puedo evitar apreciar el parecido entre vosotras. Me sorprende no haberlo notado antes; casi podrías ser su hija. ¿No estás de acuerdo, Brigham?

—Hay un parecido efímero, lo reconozco —dijo él.

—En algo más que el aspecto —murmuró Miles.

Los labios de lord Brigham se torcieron.

—Gracias, lady Bassington —dijo Eleanor, sonriendo a Miles mientras él le ofrecía una silla—. Aceptaré eso como un cumplido, pero me temo que no es una comparación tan elogiosa para lady Brigham; nunca seré tan hermosa como ella.

—Dulce muchacha —dijo lady Brigham—. Ahora, dime, ¿ha disfrutado de su lección?

—Sí, ha sido muy... —sus ojos buscaron los de Miles—. Muy estimulante.

Él se rio.

—La señorita Edgcott, mamá, es una jinete excelente. ¡Me atrevería a decir que hasta podría vencerte!

Lady Brigham soltó una carcajada.

—¿Así que sólo se estabas burlando de mi pobre chico cuando le pidió que le enseñara?

—La tentación era irresistible —dijo Eleanor.

—Bueno, me gustaría poner a prueba mi habilidad contra la suya, señorita Edgcott...

—No en la ciudad —dijo su lord con firmeza.

—No, claro que no —dijo lady Brigham, con una pizca de decepción en sus palabras—. Eso daría a los horribles cotillas un motivo para entretenerse durante semanas. No es que me importe un bledo.

—Sin embargo, a la señorita Edgcott sí le importaría —dijo suavemente lord Brigham—, y a mí también, por supuesto.

—Entonces está, por supuesto, fuera de discusión —concedió lady Brigham—, pero ¿no creo que te opondrías si hiciéramos una carrera en Brigham?

—En absoluto —admitió él.

—Diga que nos visitará en Brigham este verano, señorita Edgcott —dijo lady Brigham, con ojos brillantes—. Sería muy divertido.

—¡Mamá! —dijo Miles, frunciendo el ceño—. Las carreras son peligrosas, no deberías...

—Me gustaría mucho conocer Brigham —interrumpió Eleanor—, y también creo que una carrera sería divertida.

Lord Brigham dirigió una mirada divertida a su hijo.

—Entonces está decidido. Creo que yo debería mencionar que esta carrera estará sujeta a ciertas condiciones.

—¿Oh? —dijo lady Brigham.

—Cada dama debe tener un caballero sentado a su lado para que, en el improbable caso de que la emoción de la ocasión haga que alguna de vosotras se deje llevar por una peligrosa imprudencia generalmente desconocida para el bello sexo, su seguridad esté garantizada.

—En ese caso —dijo Miles, sonriendo—, retiro mi objeción.

—Pero Brigham...

—Esa es mi última palabra —dijo en voz baja.

—Oh, muy bien —dijo lady Brigham—, pero no creo que sea necesario.

Eleanor tampoco lo creía necesario, pero sonrió de todos modos. Pensó que le gustaría formar parte de esta familia.

Cuando Miles la devolvió a South Audley Street, se inclinó sobre su mano y dijo:

—Hasta mañana, entonces.

Eleanor asintió, sin atreverse a hablar, por temor a rogarle que se lo preguntara de nuevo inmediatamente.

—Ah, Eleanor —dijo Frederick cuando ella entró en la casa—. La señorita Finchley acaba de irse. El señor Pavlov se la llevó hace diez minutos, pero primero lo interrogué detenidamente sobre sus intenciones. Parecía un joven muy sensato. También envié a una de nuestras criadas con ella por razones de decoro. Le dije que volviera después a Standon —sacudió la cabeza—. Me estremezco al pensar qué habría sido de esa dulce joven si Diana y tú no os hubierais hecho amigos de ella. Pero a buen fin, no hay mal principio, ¿eh?

—En efecto, es un final feliz —dijo Eleanor.

Él la había estado mirando de vez en cuando mientras rebuscaba en la correspondencia que había sobre la mesa del vestíbulo, pero, de repente, le dirigió una mirada bastante penetrante.

—¿Has cambiado tu estilo de alguna manera, Eleanor? No puedo precisar, pero pareces diferente.

—¿Ah, sí? No imagino por qué —dijo ella con indiferencia.

—¿Te has divertido esta mañana? Deberías haber invitado a lord Allerdale a la casa.

—Pensé que sería un poco incómodo explicar a la señorita Finchley.

Las cejas de lord Haverham se alzaron.

—Por Dios, lo sería.

—Pero espero una visita suya mañana.

Algo en el tono de su voz hizo que su primo la mirara atentamente.

—¡Eleanor! Ahora sé qué es diferente, hay una suavidad en ti, casi un resplandor. ¿Él se te ha declarado?

Un chillido llegó desde lo alto de las escaleras.

—¡Eleanor! ¿Es verdad?

—Sí, es verdad.

Lord Haverham se acercó rápidamente a ella, colocó las manos en sus hombros y le sonrió.

—¡Felicidades!

Diana bajó corriendo las escaleras y abrazó a Eleanor por detrás.

—Te echaré muchísimo de menos, pero espero que seas muy feliz.

Eleanor permaneció aprisionada entre ellos un momento antes de apartarse.

—Tal vez debería mencionar que aún no le he dado mi respuesta.

La sonrisa de lord Haverham vaciló. Diana abrió la boca. Hablaron al mismo tiempo.

—Pero, ¿no lo has rechazado?

—¿No te gusta?

Eleanor sonrió.

—No lo he rechazado, Frederick, y sí me gusta, Diana.

Lord Haverham pareció aliviado y le dedicó una sonrisa comprensiva.

—Por supuesto, lo conoces desde hace poco...

—No es eso —dijo Eleanor—. Me siento segura de mi afecto. Le he pedido que me lo vuelva a preguntar mañana, si aún lo desea, cuando haya tenido tiempo de considerar mis condiciones.

—¿Tus condiciones? —dijo Frederick, un poco inquieto.

—Sí, mis condiciones. Lo que yo esperaré de un marido.

Lord Haverham gimió.

—¿Te refieres a todas esas tonterías sobre escuchar los consejos de su esposa y considerar sus sentimientos...?

—Tú escuchaste mi consejo, Frederick —dijo suavemente, mirando a Diana.

—Sí, bueno, admitiré que hay algunas cosas...

—Y tú consideras mis sentimientos, Freddy —dijo Diana.

—Por supuesto que sí, mi amor, pero...

—Y estoy segura de que si lord Allerdale es digno de Eleanor, no se desanimará por sus condiciones.

—Eso lo descubriremos mañana —dijo él, retirándose a su estudio.

Eleanor y Diana se volvieron cuando hubo un golpe en la aldaba de la puerta principal. Linton pasó deslizándose junto a ellas y la abrió.

—Señorita Crabtree —dijo Eleanor, acercándose a saludarla.

—No puedo quedarme —dijo ella, sonriéndoles a las dos—. Sólo he venido a despedirme. Estamos de camino a casa. Papá está esperando en el carruaje.

—Debe de estar muy contenta —dijo Eleanor, cogiéndole las manos.

—Lo estoy —dijo la señorita Crabtree, con los ojos arrugados de diversión—. Papá me ha dicho que soy una chica muy fastidiosa, pero que si quiero al señor Shaddon, lo tendré.

—Espero que sea muy feliz —dijo Diana.

—Oh, lo seré —dijo la señorita Crabtree con seguridad—. Sólo espero que lord Allerdale encuentre a alguien que despierte fuertes sentimientos en él.

—Creo que ya lo ha hecho —murmuró Diana.

Eleanor le dedicó una mirada reprobatoria.

—Pensé que había algo entre vosotros aquella noche en el teatro —dijo la señorita Crabtree—. No lo supe por alguna palabra vuestra, pero había algo en la forma en que os mirabais el uno al otro, como si existiera una comunicación más profunda entre vosotros. ¿O estaba imaginando cosas?

—No —dijo Eleanor en voz baja—, no imaginó nada, sólo que entonces no lo había comprendido completamente.

Una voz exasperada llegó desde el carruaje.

—¡Ven, Anne!

—Debo irme. Adiós y buena suerte.

Cuando el carruaje se alejó, otro ocupó su lugar y Georgianna y Marianne descendieron de él.

—¿Las puedes llevar al salón, por favor, Diana, mientras me quito la capota y la pelliza?

Diana enarcó una ceja.

—Sí, Eleanor, al fin y al cabo es mi casa.

Eleanor se rio.

—Será mejor que Miles no cambie de opinión, porque una casa, al parecer, no puede tener dos señoras.

Cuando entró en el salón unos diez minutos más tarde, era evidente que Diana no había podido evitar compartir sus noticias.

—¡Lo sabíamos! —dijo Marianne, corriendo por la habitación y abrazando a Eleanor.

—Lo sospechábamos —la corrigió Georgianna.

Marianne se rio.

—Es lo mismo. Fue algo sobre la forma en que...

—Nos miramos —terminó Eleanor por ella—. Parece que todo el mundo lo sabía menos yo.

—Yo no —dijo Diana, un poco malhumorada.

—Lo habrías sabido si hubieras venido a Richmond —dijo Marianne.

—Empiezo a desear haberlo hecho.

—Todavía no hay nada decidido —les recordó Eleanor.

—Eso cambiará —dijo Georgianna—. Una vez que Allerdale toma una decisión, rara vez la cambia. Sin embargo, creo que fuiste muy sabia al darle una lista de condiciones. Pero me parece que tu lista no ha sido muy completa. Creo que pasaste algo por alto.

—¿Oh? —dijo Eleanor.

—¿Has estipulado, por ejemplo, que nunca debe perder los estribos contigo?

Eleanor sonrió.

—Pero entonces me habría negado el placer de provocarlo.

—Muy cierto —reconoció Georgianna—. Pero al menos podrías haberle pedido que prometiera no dejar entrar nunca a sus perros en casa.

Eleanor enarcó una ceja.

—¿Él tiene perros?

—Todos los caballeros tienen perros —dijo Marianne—. A Georgianna solían aterrorizarle.

—Ya no —dijo Georgianna—. Pero no me gusta que deambulen libremente por la casa. Los del duque lo hacen.

—Bueno, no veo ningún problema con eso —dijo Marianne—. Creo que más bien deberías haberle pedido que te llevara el desayuno a la cama cada mañana.

—¿Cranbourne hace eso? —preguntó Eleanor, riendo.

—Sí, y es muy agradable.

—Pero a mí no me gusta desayunar en la cama —señaló.

Marianne le dedicó una sonrisa cómplice.

—Pensaba que a mí tampoco me gustaba.

—Me pregunto si debería pedirle a Freddy que haga eso del desayuno —reflexionó Diana.

—De momento no —dijo secamente Eleanor.

Diana soltó una risita.

—No, tienes toda la razón. Él casi huyó de la habitación cuando me enfermé la otra mañana.

—Pero te llevó en brazos hasta allí, sabiendo que estabas a punto de enfermarte —dijo Eleanor con dulzura.

—Sí, ¿verdad? —dijo Diana, suspirando.

—Creo —dijo Georgianna, con los ojos encendidos—, que lo más pertinente que deberías haberle exigido es que *nunca* tenga una orgía de tragos la noche antes de un viaje.

—Sin duda —coincidió Marianne, con un aspecto inusualmente severo.

—Oh, vaya —dijo Eleanor—. Supongo que por eso seguís aquí. Miles no se sentía muy bien cuando me visitó esta mañana, pero no estaba incapacitado.

—Entonces sólo puedo suponer que no bebió tanto como Somerton o Cranbourne —dijo Georgianna—. Ninguno de los dos ha logrado todavía salir de sus habitaciones.

CAPÍTULO 20



Lord Brigham había pedido a Miles que volviera a Berkeley Square. Lo encontró esperando en su estudio.

—Siéntate, Allerdale —le dijo, sirviéndoles a ambos una copa de vino de Burdeos.

Miles aceptó el vaso que le ofrecían, pero lo miró dubitativo.

—Bébelo —dijo lord Brigham con suavidad—. Sé que no crees que te hará sentir mejor, pero así será.

Cuando lo hubo hecho, dijo:

—Felicidades, Miles. Creo que la señorita Edgcott te provocará muchos problemas, pero, al menos, evitarás las mayores causas de los matrimonios infelices; el aburrimiento y la incompatibilidad.

Miles sonrió.

—Usted se está adelantando, señor. La señorita Edgcott me ha pedido que se lo vuelva a preguntar mañana, cuando yo haya considerado nuestra negociación.

Mientras Miles explicaba, los ojos de lord Brigham brillaron con diversión.

—Creo que has escapado de eso casi indemne.

—Yo también lo creo, señor.

—Espero que no cambies de opinión.

—Eso es imposible. La adoro.

La puerta detrás de lord Brigham se abrió de golpe. Lady Brigham y lady Bassington intentaron atravesarla al mismo tiempo y quedaron atrapadas en el umbral y, tras un breve e indigno forcejeo, lady Brigham salió disparada hacia adelante como el corcho de una botella.

Lord Brigham la cogió y tiró de ella hacia sus rodillas.

Ella soltó una risita y le besó la mejilla.

—Gracias, querido.

Lord Brigham miró a su hermana con desagrado.

—Creía que había escondido la llave de esa puerta.

Lady Bassington sonrió.

—Tienes que ser un poco más imaginativo, hermano.

—Oh, olvida eso —dijo lady Brigham, saltando del regazo de su lord y corriendo alrededor de la mesa para envolver a su hijo en un abrazo perfumado—. ¡Miles! ¡Oh, Miles! Me has hecho muy feliz.

—Deja de estrangular al niño, Julia —dijo secamente lady Bassington—. Aunque debo decir

que yo también estoy muy contenta con él. Nunca pensé que tuviera tanto sentido común.

—Nunca lo has valorado como deberías —dijo lady Brigham.

—Al contrario, siempre lo he valorado exactamente como debía, y aún lo amaba, con todos sus defectos.

—Ninguno de vosotros parece muy sorprendido —dijo Miles, ignorando esta interacción—. Y, sin embargo, yo no tenía ni idea de que iba a declararme hasta que las palabras salieron de mi boca.

—Hubo cierta tensión entre tú y la señorita Edgcott cuando estuvimos en Richmond —dijo lord Brigham.

—Y una aún más fuerte esta mañana —dijo lady Bassington, soltando una risita.

—Y la forma en que la miraste antes de bajarla del carruaje, Miles —dijo lady Brigham, suspirando suavemente—, me recordó la forma en que Brigham solía mirarme.

—¿Solía? —dijo Miles, riendo—. Todos los que han visto a papá y a ti bailar el vals han notado esa mirada. Lo que me recuerda que aún no he tenido el placer de bailar el vals con la señorita Edgcott. Eso debe resolverse.

—Pasando a otros temas más rutinarios —dijo lord Brigham—. He recibido una carta del señor Willis esta mañana, no era nada importante, pero me ha recordado que siempre has asumido la tarea de vigilar a su hija. ¿Ella sigue prosperando?

—Le va muy bien, señor, pero dos nuevas sombrereras se han instalado en Cranbourn Alley, unas que, me temo decir, emplean a jóvenes de dudosa moral.

—El señor Willis estará muy disgustado con esta noticia —dijo lord Brigham, frunciendo el ceño.

—No hay necesidad de que le informe de ello —dijo Miles—. Rebecca no desearía que usted lo hiciera.

—Pero es mi deber hacerlo.

—Rebecca se mudará pronto a un local en Bruton Street.

—Pero Miles —dijo lady Brigham—. Eso será muy costoso, ¿no? Y parece que sólo han pasado dos minutos desde que terminó su formación. ¿Crees que está preparada para competir con los comercios establecidos de Mayfair?

—Terminó su formación hace dos años, mamá, y sé de buena fuente que sus sombreros sobresalen.

—¿Quién? —dijo lady Brigham con escepticismo.

—La señorita Edgcott.

—Ah, empiezo a entender las cosas —dijo lord Brigham.

—Admitiré que los sombreros de la señorita Edgcott siempre son muy elegantes —coincidió lady Brigham.

—Los diseña ella misma —dijo Miles con orgullo—. Encontró la tienda de Rebecca y tiene intención de entrar en el negocio con ella, como socia silenciosa. Fue la señorita Edgcott quien descubrió que el contrato de arrendamiento de la tienda de Madame Lafayette pronto estaría disponible. Ya ha pedido a su abogado que lo adquiera para ella.

—Siempre supe que esa chica era especial —dijo lady Bassington—, desde el momento en que puse mis ojos en ella.

—¿Y estás contento con este acuerdo? —dijo lady Brigham, un poco dudosa.

—¿Por qué no? —dijo Miles—. Rebecca se merece esta oportunidad, y apoyaré a mi esposa en sus esfuerzos, como espero que lo hagas tú, mamá.

—Por supuesto que lo haré, querido —dijo lady Brigham, con los ojos repentinamente

brillantes—. Me pregunto si me harán un descuento.



Aunque Eleanor le había asegurado a Miles que estaba casi segura de sus sentimientos, esa palabra *casi* aseguró que su sueño no fuera tan profundo como le habría gustado. No se sentía muy dispuesto a llevar a lady Selena a dar una vuelta por el parque, pero Charles le había pedido que la vigilara, por lo que la visitó.

Él hizo una mueca cuando lady Sheringham la empujó fuera de la casa diciendo:

—Vamos, vamos, Selena, no hagas esperar a su señoría.

Lady Selena enrojeció y murmuró algo incoherente.

Él la ayudó a subir a su carruaje y le ofreció una sonrisa reconfortante.

—Así se hace —dijo lady Sheringham—. Veo que sabrá cómo tratar a una joven tímida, lord Allerdale.

—Cuidaré muy bien de ella, señora —dijo él con frialdad.

—Sí, sí, estoy segura de que lo hará. Tómese su tiempo, no tenemos otros compromisos esta tarde.

El color de lady Selena se intensificó.

—No se deje avergonzar por ese viejo ogro —dijo Miles.

—Oh, no —murmuró ella—, no lo estoy...

—Sí, lo está —dijo él, sonriendo—. Y no la culpo. Ella no conoce la sutileza.

—Bueno, tal vez —dijo ella, dubitativa.

—Y no tiene por qué ser tímida conmigo —dijo Miles—. Como Charles me considera un hermano y a usted una hermana, estamos prácticamente emparentados.

Ella esbozó una pequeña sonrisa.

—Así está mejor. Conozco todo sobre usted, lady Selena. Es una chica que cae a los ríos y trepa a los árboles, ¿en qué otros líos la ha metido Charles?

Ella sonrió.

—Sería más correcto decir que solía ser una chica que caía en los ríos y trepaba a los árboles.

—Muy bien, me corrijo. Pero compartiré un secreto con usted; siempre he admirado a las chicas que hacen esas cosas.

La sintió encerrarse un poco en su caparazón.

—No tema, no estoy flirteando con usted. Estoy a punto de declararme a otra dama.

—¿La señorita Edgcott?

Él se rio.

—¿Hay alguien que no lo sepa? —él miró por encima de su hombro—. Tibbs, ¿lo sabías?

Su mozo sonrió.

—Tuve un presentimiento por la atmósfera que os rodeaba cuando la dejó conducir sus grises, y estuve seguro de ello cuando usted volvió con el rostro de alguien enamorado.

—Charlie dijo que ella le gustaba —dijo lady Selena.

—Bueno, me gusta —admitió—. Y aunque mi corazón está puesto en otra, espero que me considere su amigo, lady Selena, en sustitución de Charles.

—Eso me gustaría.

—Bien. Y no hace falta que se comporte de la mejor manera cuando esté conmigo; además de conocer su comportamiento de marimacho de niña, la he visto tirarle uvas a Charles, así que su comportamiento recatado no tiene sentido.

—Muy bien.

—Así está mejor —aprobó.

Para sellar su amistad, le contó historias de los líos más desagradables de los que Charles y él se habían salvado mutuamente.

Al acercarse al lugar donde había paseado con Eleanor el día anterior, algo llamó su atención. Paró los caballos, bajó del carruaje y se acercó rápidamente al grupo de árboles bajo el que se encontraban. Se agachó y, con mano un poco insegura, cogió un sombrero. La copa estaba aplastada, como si alguien la hubiera pisado. Alisó las dobladas plumas marrones y beige, con el corazón latiéndole a una velocidad incómoda. Era el sombrero que Eleanor había llevado el día anterior. De repente, se dio la vuelta y corrió hacia el carruaje. Estaba seguro de que habría una explicación sencilla; tenía que haber una explicación sencilla. Tal vez había venido a dar un paseo, se había sentado bajo los árboles y luego se había quitado el sombrero, olvidándolo cuando regresó a casa. Pero él sabía que Eleanor nunca olvidaría su capota.

—Lord Allerdale —dijo lady Selena, cogiendo el sombrero que él había arrojado sobre el asiento—, ¿qué ocurre?

Él hizo girar a sus caballos, sacudió el látigo y se dirigió hacia la entrada a un paso temerariamente rápido.

—Ruego a Dios que no ocurra nada malo, pero ése es el sombrero de la señorita Edgcott y me gustaría saber por qué lo he encontrado tirado y aplastado en el parque.

Llegó a Audley Street en un abrir y cerrar de ojos y subió los escalones de dos en dos. Golpeó la aldaba contra la placa con tal fuerza que la abolló. Cuando la abrió se abrió, pasó junto a Linton y le dijo secamente:

—¿La señorita Edgcott está en casa?

—No, señor —respondió él, con el semblante rígido—, salió hace un rato.

—¿Qué diablos es todo este ruido? —dijo lord Haverham, entrando en el salón—. Ah, eres tú Allerdale, bueno, puedo entender tu impaciencia por ver a Eleanor, pero ella salió hace algún tiempo y aún no ha regresado. Ella lo está esperando, así que estoy seguro de que regresará pronto.

Levantó el sombrero estropeado:

—¿Lo llevaba puesto cuando salió?

—No lo sé. Nunca me fijo mucho...

—Sí, lo llevaba —dijo Diana, inclinándose sobre la barandilla—. ¿Qué demonios le ha pasado? ¿Y dónde está Eleanor?

—Eso, lady Haverham, es lo que pretendo averiguar. ¿Adónde ha ido?

—No estoy segura, pero se llevó a Stanley con ella, así que supuse que había ido a hacer algunas compras.

El nudo que rodeaba el corazón de Miles se relajó un poco.

—Es su lacayo, supongo.

—Sí —dijo ella.

—¿Y también se ha llevado a su criada?

—No, creo que no.

—Llamad a Linny, por favor.

Linny, habiendo oído la conmoción en el vestíbulo, ya estaba bajando las escaleras.

—Lord Allerdale. No conozco su paradero; siempre desaparece en alguna parte cuando no estoy mirando, pero no esperaba que lo hiciera hoy. Anoche derramó algunas lágrimas cuando se le metió en la cabeza la idea de que usted tal vez no vendría. No se preocupe, aparecerá, siempre

lo hace... —jadeó—. ¡Ese es su sombrero! Oh, vaya, y su estado no es bueno. ¿Qué puede significar?

—Ojalá lo supiera —dijo él, deslizando una mano por su cabeza—. Pero no me quedaré aquí esperando a descubrirlo. Llevaré a lady Selena a casa y luego iré con mis padres para ver si está allí. Haverham, envía a alguien a casa de Somerton, en Mount Street, y a casa de Cranbourne, en Brook Street, todavía estaban en el pueblo esta mañana.



Eleanor se había despertado tras una noche agitada, deseando no haber dado tiempo a Miles a cambiar de opinión. Aunque estaba casi segura de que no lo haría, tenía una duda persistente. Inusualmente indecisa, se cambió de vestido tres veces antes de quedar satisfecha y, después de bajar a desayunar y descubrir que apenas podía comer un bocado, volvió a su habitación y se cambió de nuevo.

Cuando bajó a la sala matinal para descubrir si podía distraerse con su cuaderno de bocetos, Stanley le entregó una tarjeta.

—Fue entregada hace media hora.

Se le revolvió el estómago al ver que era la tarjeta de Miles. La giró rápidamente y leyó el breve mensaje. La caligrafía era descuidada, como si hubiera sido escrita apresuradamente, y necesitó un momento para descifrarla. Se sintió aliviada cuando comprendió que él no le estaba diciendo que había cambiado de opinión. Respiró lenta y profundamente y volvió a leerla.

Amor mío,

No puedo esperar. Reúnete conmigo bajo la frondosa enramada donde nuestros labios se encontraron por primera vez y mi corazón se perdió para siempre.

Allerdale

Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro. Él también debió sentirse muy poco como él mismo esta mañana, porque, de algún modo, las palabras no parecían suyas. Podía creer la primera parte: *No puedo esperar*, pero la segunda le pareció demasiado romántica, demasiado sentimental. Se rio suavemente. Tal vez Diana disfrutaba de semejante trato, pero si Miles pensaba que ella deseaba oír esas cosas, pronto se daría cuenta de lo contrario. Ella disfrutaría provocándolo para que dejara de decir tonterías floridas.

Comprendió que ella tampoco podía esperar. Y cuando subió corriendo a su habitación y Linny no estaba allí, se colocó una pelliza y cogió el primer reticule que vio. Sabiendo que Miles no se alegraría si iba sola, decidió llevar a Stanley. Sabía que él mantendría las distancias y desviaría la mirada si era necesario.

Se dio cuenta de que ella tampoco podía esperar.

Y cuando subió corriendo a su habitación y vio que Linny no estaba, se puso una pelliza y cogió el primer retículo que vio. Sabiendo que Miles no se alegraría si venía sola, decidió llevar a Stanley. Él, sabía ella, mantendría las distancias y volvería los ojos hacia otro lado si era necesario.

Cuando se acercaron al lugar donde Miles la había besado, hizo un gesto a Stanley para que se quedara atrás. No se alarmó en exceso cuando no vio inmediatamente a Miles, sino que miró detrás de los árboles, como esperando que la cogiera y se riera. Alguien la sujetó por detrás, pero percibió inmediatamente que no era Miles.

—Stanley —gritó.

Una mano dura le cubrió la boca.

—Quédate muy quieta y no te haré daño —le susurró una voz al oído.

Oyó un grito seguido de un golpe y, aunque sabía que era inútil, empezó a forcejear.

—Si deseas que tu lacayo viva, detente.

Obedeció y, de pronto, se vio obligada a echar la cabeza hacia atrás. Cuando abrió la boca para protestar, apareció una mano con una petaca y sintió que un líquido caliente y ardiente le recorría la lengua y le irritaba la garganta. Empezó a toser.

El susurro volvió.

—Bébetelo.

El frasco se inclinó de nuevo y no tuvo otra opción que tragar o ahogarse. Entonces el mundo se volvió negro.

CAPÍTULO 21



Cuando despertó, se encontró tumbada en un sofá. La habitación estaba en penumbra, y la única luz provenía del fuego y de un grupo de velas. Sentía la cabeza pesada y los sentidos adormecidos. Al rodar de lado, sintió que algo duro le oprimía la cadera. Se incorporó y respiró hondo, deseando que desaparecieran las náuseas que la invadían. Se llevó las manos a la cara y ahogó un sollozo. Si tan solo hubiera hecho caso a sus instintos. Habría sabido que las palabras de la tarjeta no se parecían a las que Miles habría escrito.

Su reticule seguía sujeta a su muñeca y, cuando colisionó suavemente contra su brazo, comprendió súbitamente qué se había clavado en su cadera. ¡Su pistola! Había estado tan enfadada con Miles a su regreso a la casa después de su casi desastrosa visita a casa de Madame Lafayette, que había arrojado impetuosamente su reticule a un lado sin volver a guardar la pistola en el cajón.

Se mordió el labio inferior. Aunque su presencia le ofrecía cierta protección, no la usaría a la ligera. De repente, sintió la piel húmeda. Las palabras de Miles volvieron a ella: *Señorita Edgcott, hay al menos una docena de cosas que podrían haber salido mal, especialmente si su pistola hubiera entrado en acción.* En realidad, ella las había descartado, pues nunca había esperado tener que usarla. Su padre la había hecho practicar una y otra vez y, cuando adquirió destreza, él le había dicho que no pensara, que simplemente eligiera el lugar y disparara. Pero Eleanor sospechaba que un blanco vivo y en movimiento sería algo muy distinto. Se levantó y caminó un poco insegura hacia las contraventanas cerradas, pero pronto vio que la barra que las aseguraba estaba cerrada con candado.

—No podrá escapar por ahí, señorita Edgcott.

Se dio la vuelta, cerró los ojos y se tambaleó cuando una oleada de vértigo la golpeó. Sintió que una mano la sujetaba del brazo y la llevaba de vuelta al sofá.

—Aquí.

Cogió el vaso de agua ofrecido y bebió con avidez. Su visión se aclaró y miró a su captor. Él le sonrió maliciosamente, antes de sentarse en la silla situada al otro lado del fuego.

—Lord Sandford —susurró ella.

Él se inclinó un poco hacia adelante e hizo una reverencia desde la cintura.

—¿No le dije, señorita Edgcott, que no era prudente entrometerse en mis asuntos? Sin embargo, no sólo ha puesto a Diana en mi contra, y sospecho que ha informado a las autoridades de mi duelo, sino que me ha humillado en público y, para colmo de males, ha robado a la señorita Finchley delante de mis narices. No creo que pudiera esperar que yo resistiera semejante

provocación.

Eleanor sacudió la cabeza como para despejarla.

—Usted puso a Diana en su contra, señor, yo sólo ayudé a mantenerlo a distancia. Yo no fui la causa de su tropiezo, aunque admito que disfruté un poco con el espectáculo. Y no le arrebaté a la señorita Finchley, sólo permití que lo hiciera alguien que la amaba.

Lord Sandford se mofó.

—¡Amor! El amor no es más que un intenso estallido de lujuria que pronto desaparece.

—El señor Pavlov al menos se casará con la señorita Finchley y le proporcionará un hogar.

—Yo le habría proporcionado un hogar —dijo con amargura.

Eleanor recordó que la señorita Finchley había mencionado que él le había ofrecido una linda cabaña cerca de Londres.

—¿Es allí adonde me ha llevado? ¿A la cabaña que tiene para sus amantes? Si cree que voy a ocupar su lugar, se equivoca. Preferiría tirarme desde el tejado.

Eleanor se sorprendió al ver un brillo de respeto en sus ojos.

—Le creo. Pero no, ése no es mi plan.

—Entonces, ¿qué quiere? ¿Dinero? He oído que ama el dinero. ¿Piensas pedir rescate? ¿O arruinarme para que me case con usted?

Él soltó una dura carcajada.

—No se trata de dinero, señorita Edgcott, se trata de venganza. No deseo casarme con usted, sólo arruinarla.

Eleanor sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—Si intenta ponerme un dedo encima, lo lamentará.

—Pero no deseo poner un dedo sobre usted. Prefiero que mis mujeres acudan voluntariamente a mi cama.

—La señorita Finchley no estaba dispuesta a hacerlo.

—Esa no fue la impresión que me dio su tía.

—¿Y la impresión que le dio la señorita Finchley?

Él se encogió de hombros.

—Pensé que ella estaba jugando conmigo. No es raro. Las mujeres siempre juegan; creen que eso aumenta su atractivo.

Eleanor comprendió que hablaba en serio y que no tenía sentido discutir con él. Cambió de táctica.

—Supongo que vio lo que sucedió ayer entre lord Allerdale y yo en el parque.

—No personalmente. No suelo estar fuera a esas horas tan intempestivas, como comprenderá. Pero después de que lady Crouch me informara de su interferencia en el asunto de su sobrina, hice que un hombre la vigilara, esperando que descubriera algo que yo pudiera usar contra usted.

—Espero que sepa que Miles lo matará por esto.

—Puede que lo intente, señorita Edgcott, pero es poco probable que lo consiga. Se necesita una cabeza fría en una pelea, y Allerdale es conocido por su temperamento caliente.

Eleanor se paralizó de miedo y luego de rabia. No permitiría que este hombre arruinara su reputación, su oportunidad de ser feliz y, sobre todo, no permitiría que matara a Miles.

—Déjeme ir —dijo en voz baja—. Si lo hace, no diré nada. Este sórdido episodio se quedará en el olvido y nadie saldrá herido.

—¿Espera que crea eso, señorita Edgcott? Nunca he conocido a una mujer que pueda mantener su boca cerrada. No, he decidido que haré esto y así será.

—Muy bien —dijo Eleanor en voz baja, sacando su pistola del reticule—. Estoy a punto de irme, no intente detenerme.

Lord Sandford se rio y sacó una llave de su bolsillo.

—Aseguré la puerta antes de hablar con usted.

—Arrójeme la llave —dijo ella, retrocediendo hacia la puerta.

—No —dijo él sin más—. Es una joya la que tiene ahí, señorita Edgcott, pero no creo que la vaya a usar.

En un momento estaba recostado en su silla, y al siguiente estaba de pie y caminando hacia ella.

—Démela.

Eleanor apuntó y disparó. Lord Sandford retrocedió a trompicones, con la mano aferrada al hombro y una expresión de estupor en los ojos.

—Estoy jodido —dijo, hundiéndose en su silla.

—Desde luego —dijo Eleanor.

Ella se dio la vuelta e intentó introducir la llave en la cerradura, pero su mano temblaba tanto que se le cayó.

Lord Sandford soltó una débil carcajada.

—Entonces sí que tiene coraje.

Eleanor lo ignoró, la recuperó y esta vez consiguió introducirla en el ojo de la cerradura. La giró, abrió la puerta y entró en un pequeño y oscuro pasillo. Reaccionó y se quedó un momento respirando entrecortadamente, con las piernas trémulas. Se percató de un ruido sordo y luego del sonido de los cascos de los caballos. Volvió a respirar y se apresuró a abrir de un tirón la puerta principal. Parpadeó, cegada por un momento por la luz del sol, y entonces un carruaje se detuvo ante ella y se encontró en brazos de Miles.

La sostuvo contra sí con fiereza durante un momento. Ella percibió en él alivio y rabia a partes iguales.

—¿Estás herida? —dijo con dureza, y sus brazos se relajaron un poco.

—No —Eleanor levantó la mirada y lanzó un pequeño jadeo. Él tenía la mandíbula tensa, los ojos oscuros, casi negros, que ardían contra los suyos con una intensidad que la asustó un poco—. Él nunca me tocó —dijo rápidamente—. Nunca tuvo intención de hacerlo, sólo quería arruinar mi reputación reteniéndome aquí.

Miles la alzó en brazos.

—Lo mataré; le arrebataré la vida centímetro a centímetro y disfrutaré de cada momento.

Ella dijo en voz baja:

—Creo que yo ya lo he hecho.

Sus palabras parecieron atravesar su furia. Una sonrisa sin humor torció sus labios y los presionó brevemente contra los de ella.

—¡Buena chica!

La dejó en el carruaje y entró en la casa. Ella intentó seguirlo, pero sintió la mano de Tibbs en el hombro.

—Quédese ahí, señorita. Diga lo que él diga, no le pondrá un dedo encima si está herido. Y además, ahí viene la caballería.

Eleanor se percató de que el estruendo de los cascos de los caballos no había cesado y se giró. Cuatro jinetes emergieron entre una nube de polvo. Lord Somerton llegó primero y desmontó con una rapidez que la hizo parpadear. Entró en la casa a una velocidad que ella no habría creído posible para un hombre tan corpulento. Lord Cranbourne fue el siguiente; la saludó

con un asentimiento de cabeza y se dirigió apresuradamente hacia la casa. Lord Brigham y lord Carteret llegaron juntos.

Lord Brigham se detuvo junto al carruaje.

—¿Está ilesa, señorita Edgcott?

—Sí. Lord Sandford es quien está herido.

Él levantó una ceja y dijo en voz baja:

—Me alegra oírlo; ahora sé que mi hijo no será acusado de asesinato.

Ella tragó duro.

—Si alguien lo es, seré yo. Le he disparado.

Él cogió su mano y la estrujó suavemente.

—Mis felicitaciones, señorita Edgcott. Pero no se preocupe. Si usted lo ha matado, él habrá recibido su merecido. Me encargaré de que usted no sufra ninguna consecuencia negativa.

—Gracias, señor.

Mientras él y lord Carteret empezaban a caminar hacia la casa, ella exclamó súbitamente:

—No sé dónde está Stanley.

Lord Brigham miró por encima del hombro.

—Lo encontraremos, no tema.

La señorita Edgcott empezó a inquietarse.

—No puedo esperar aquí, Tibbs —dijo, observando por primera vez su entorno.

El carruaje ocupaba la mayor parte de un estrecho callejón que, a juzgar por la hierba que lo bordeaba, apenas se frecuentaba. Pensó que la cabaña podría haber sido una granja, ya que, un poco más adelante, una amplia puerta daba a un gran patio y podía ver un granero al fondo.

—¿Dónde estamos?

—A unos doce kilómetros de Londres, señora. Como parece que estamos bloqueando el camino, señorita, tengo la intención de entrar en el patio. ¿Cree que podría guiar a los caballos?



Miles estaba de pie junto al cuerpo desplomado de lord Sandford, con los puños cerrados. El marqués estaba inconsciente, con un rostro mortalmente pálido y respiración entrecortada, y del agujero de su abrigo aún manaba sangre oscura. Aunque esto le molestaba, no podía dejar que Sandford muriera desangrado. No quería que su sangre manchara las manos de Eleanor.

—Parece que la señorita Edgcott tiene muchas agallas.

Miles giró sobre sus talones y vio a Somerton agacharse y coger la pequeña pistola plateada de Eleanor. Parecía un juguete infantil en sus manos.

Somerton volvió la cabeza cuando Cranbourne entró en la habitación.

—Ve a ver si encuentras sábanas limpias, ¿vale?

Cranbourne asintió y salió rápidamente de la habitación.

—Sé exactamente lo que sientes —dijo lord Somerton con una sonrisa irónica.

Miles soltó una carcajada forzada.

—Las circunstancias no son las mismas.

—No del *todo* —corrigió Somerton—. Pero secuestraste a Georgianna y la habrías arruinado si ello hubiera favorecido tus propósitos.

—Eso es muy cierto —dijo lord Brigham entrando en la habitación—. Y ella no te había provocado de la forma en que la señorita Edgcott ha provocado a Sandford. Me temo que yo fui el culpable.

—¡Dios mío! No sé cómo evitaste estrangularme, Somerton —estalló Miles.

—Ah, pero tuviste el mérito de llevarla sana y salva a casa. Si te hubiera encontrado antes de que lo hubieras hecho, la historia sería diferente, así que comprendo perfectamente tu deseo de asesinar a Sandford. Sin embargo, debemos hacer un esfuerzo para salvarlo, creo.

—¡Lo sé, maldita sea! —dijo Miles.

—Pensaremos en una forma de castigarlo —dijo lord Carteret en voz baja.

De pronto, el marqués gimió y sus ojos se abrieron de golpe.

—Siento no poder ofreceros un refrigerio, caballeros —murmuró, con una sonrisa atroz en el rostro—. No esperaba compañía.

Somerton empujó con firmeza a Miles a un lado y lo levantó.

—Guarda tu aliento, Sandford, mientras aún tengas aliento de sobra —se dirigió hacia la puerta mientras cargaba al hombre—. Lo llevaré arriba. Cranbourne está buscando sábanas, Carteret, ve si puedes encontrarme un poco de agua y brandy.

Cuando salió de la habitación, oyeron un carruaje detenerse afuera.

—¿Quién diablos...?

Mientras Miles hablaba, lady Brigham entró en la habitación, seguida de lady Bassington, Georgianna y Marianne.

—Pensé, querida —dijo lord Brigham sin una pizca de sorpresa en su voz—, que te había pedido que esperaras noticias.

Lady Brigham abrazó rápidamente a su hijo, antes de volverse hacia él.

—No me gusta ir en contra de tus deseos, pero pensé...

Lady Bassington se aclaró la garganta.

—Pensamos —continuó—, que tal vez habías olvidado algunas cosas. Hemos traído al doctor Carston y una muda de ropa para la señorita Edgcott por si la necesita.

—¡Eleanor! —dijo repentinamente Miles—. Debo ir a verla.

No fue necesario, ya que ella apareció en la puerta.

—He encontrado a Stanley —dijo ella—. Está atado en el granero y tiene un enorme chichón en la cabeza. Tibbs lo está atendiendo —miró la silla vacía—. ¿Lord Sandford está... está muerto?

—No, Somerton lo ha llevado arriba. Ven aquí, tontita.

Miles abrió los brazos y Eleanor corrió hacia ellos.

Lord Brigham se volvió hacia el hombre delgado y con gafas que estaba de pie en el vestíbulo.

—Ah, Carston. Me alegro de verte. Creo que tu paciente está arriba.

—Muy bien, señor.

Lord Brigham sacó su tabaquera y cogió hábilmente un puro.

—Carston es un buen hombre, muy discreto, lo has hecho bien allí, Julia. Sin embargo, no puedo evitar pensar que hay mucha gente aquí —sus fríos ojos grises recorrieron el lugar y se posaron en su hijo—. Miles, debes felicitar a tus amigos. Tal vez no los necesitábamos a *todos*, pero una vez que supieron lo que se avecinaba, vi que nada los iba a detener. Quizás si Sandford también tuviera amigos así, no nos encontraríamos ahora en este aprieto.

—¿Qué pasará ahora, señor? —preguntó Eleanor, con voz suave.

—Eso está por verse. Os sugiero, damas, que nos esperéis en The Bull, en el camino de Highgate. Creo que necesita comer, señorita Edgcott. De hecho, considero que todos necesitaremos algo de alimento pronto, ya que son casi las siete.

Se acercó a su esposa y le besó la mano.

—Julia, consíguenos un salón privado en la posada, lo bastante grande para todos, y ordena algo de cenar, ¿quieres? Espero que estemos con vosotras dentro de una hora.

Lady Brigham posó brevemente la mano en la mejilla de su lord y asintió.

—Vamos, niña —dijo, rodeando a Eleanor con el brazo y sacándola de la habitación.

CAPÍTULO 22



Eleanor se encontró aprisionada entre Marianne y Georgianna en el carruaje, pero no le importó; necesitaba el consuelo y, cuando cada una cogió una de sus manos, les sonrió agradecida.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—Miles fue a Berkeley Square para ver si nos habías hecho una visita —dijo lady Brigham—. Cuando Brigham descubrió que había encontrado tu sombrero aplastado en el parque y que tú y tu lacayo llevabais un tiempo desaparecidos, mandó llamar a lady Haverham y a tu criada, deseando interrogarlas él mismo —sonrió amablemente—. Miles, como ves, estaba fuera de sí por la preocupación y Brigham pensó que él lo haría mejor. Mientras tanto, a petición de Miles, lord Haverham había enviado sirvientes para ver si habías visitado a alguno de tus amigos y, de este modo, no sólo los Haverham, sino también los Cranbourne y los Somerton llegaron con nosotras.

—Seguidos de cerca por lord Carteret —añadió lady Bassington—. Estaba a la caza de Miles; al parecer, había perdido una apuesta con él sobre el partido de cricket y deseaba saldar su deuda.

—Gracias, Frances —dijo lady Brigham—. Ahora, ¿qué estaba diciendo? Oh, sí, Brigham estaba a punto de interrogar a lady Haverham. Deseaba saber si había alguien que pudiera guardarte rencor.

—Ella no ayudó mucho —dijo secamente lady Bassington—. No paraba de lanzar miradas ansiosas a su marido, retorciéndose las manos y diciendo que no podía pensar.

—Y entonces mencioné que lord Sandford no había sido muy agradable contigo la noche del baile de lady Brigham porque lo habías mantenido alejado de lady Haverham —dijo Georgianna.

—Sí, y ella estalló en lágrimas y dijo que no era culpa suya —dijo lady Bassington.

—Podría haberle dado un golpe en la nuca —dijo lady Brigham—, porque perdimos un tiempo valioso mientras él la consolaba y le decía que no era culpa suya en absoluto.

Lady Bassington resopló.

—Nunca he conocido a un hombre que no haya perseguido a una mujer sin haber recibido un poco de estímulo. Le dije, por supuesto, que yo también había frustrado los planes de Sandford aquella noche en el teatro. Pero señalé que lady Haverham había parecido asustada.

—Sí, y así perdimos aún más tiempo mientras él exigía saber por qué no se lo habían contado —dijo lady Brigham.

—¿Qué dijo ella? —preguntó Eleanor.

—Nada —dijo lady Bassington—. Solo lloriqueé en su pañuelo.

—Le dije al hombre que era porque ella temía que él llamara a Sandford y le informara de nuestro plan —dijo Marianne.

—Eso fue muy inteligente de tu parte —aprobó Eleanor.

—Y entonces la señora Linwood habló —dijo lady Brigham—. Ella, me complace decirlo, parece tener mucho sentido común. Lo vio todo inmediatamente. Decidió mencionar lo que había sucedido entre Sandford y la señorita Finchley, y cómo tú habías descubierto que el señor Pavlov estaba enamorado de ella para luego concertar un encuentro entre ellos.

—Oh —dijo Eleanor—. ¿Y cómo reaccionó Miles?

Lady Brigham sonrió.

—Creo que será mejor que no hablemos sobre eso. Pero lord Haverham te defendió de forma impresionante, querida. Miles parecía tener la impresión de que ella no era extraordinaria, pero lord Haverham insistió en que era la chica más dulce y que tanto tú como lady Haverham erais, eh, ángeles servidores.

Eleanor dijo con voz entrecortada:

—¿Y qué dijo Miles al *respecto*?

Lady Bassington soltó una risita.

—Me temo que tampoco hablaremos de eso.

Eleanor pareció complacida, pero al cabo de un momento dijo:

—Pero, ¿cómo supo él dónde encontrarme?

Lady Bassington y lady Brigham intercambiaron una mirada.

—Ya no puede evitar esta pregunta —dijo Eleanor con firmeza.

—La señora Linwood dijo que él había tenido la intención de llevar a la señorita Finchley a una cabaña en algún lugar cerca de Londres —dijo lady Brigham.

Eleanor frunció el ceño.

—Bueno, eso no ayudó mucho, ¿verdad?

Lady Brigham agitó una mano despreocupada,

—Al parecer, había estado allí en una despedida de soltero, años atrás.

Cuando los ojos de Eleanor se entrecerraron, Marianne le estrujó la mano y dijo suavemente:

—Al igual que Cranbourne. No se puede culpar a los hombres por el desagradable modo en que se comportan antes de casarse, ¿sabes? Todos lo hacen.

—Mi Adolphus nunca lo hizo —dijo lady Bassington, en un tono de arrepentimiento.

—En ese caso —dijo Eleanor con decisión—, creo que me gustaría casarme lo antes posible.

—Espléndido —dijo lady Brigham—. Ah, hemos llegado.

Afortunadamente, The Bull disponía de un salón lo suficientemente grande como para alojar cómodamente a nueve personas. Una vez que lady Brigham discutió con el posadero sobre la cena que podía proporcionar a un número tan elevado de personas en una hora, adquirió una alcoba para Eleanor y la acompañó hasta ésta. Cuando Eleanor se lavó, la ayudó a ponerse el vestido que había traído para ella. Era de una seda verde pálido, y aunque su corte era un poco más atrevido de lo que acostumbraba, al menos le quedaba perfecto.

—Estás encantadora, querida —dijo lady Brigham—. Es una suerte que seamos de la misma estatura, complexión y color, ¿verdad? Ahora siéntate y te peinaré.

Cuando terminó, posó suavemente sus manos sobre los hombros de Eleanor y la miró a los ojos a través del espejo.

—Me has hecho muy feliz, querida, y eres la chica perfecta para Miles. Bienvenida a nuestra familia.

—Gracias —sus pensamientos se volvieron hacia Frederick—. Me sorprende que mi primo no haya venido también. ¿Está muy enfadado conmigo?

—No le hizo mucha gracia que hubieras abordado por tu cuenta el asunto de las interacciones de Sandford con Diana —admitió—. Pero estaba mucho más preocupado que enfadado. No vino porque sabía que Brigham y Miles harían lo necesario y, además, lady Haverham estaba bastante alterada por todo el asunto y él no podía dejarla.

—Por supuesto.

—¿Puedo darte un pequeño consejo?

—Sí —dijo Eleanor en voz baja.

—Me recuerdas mucho a mí en algunos aspectos. Solía meterme en líos. Tenía —sonrió—, tengo mucha fuerza de voluntad, y no me gustaba sentirme ansiosa y limitada por las restricciones impuestas a las damas. Pero he aprendido a dejarme guiar por Brigham. No me gusta que mis acciones lo hagan infeliz, y a él, a su vez, no le gusta verme infeliz restringiéndome demasiado. Por lo tanto, no se opone a que compita en una carrera de carruajes, pero prefiere que lo haga en Brigham. No le importa que apueste, pero debo poner un límite razonable a mi juego, y así sucesivamente —de repente, se echó a reír—. Hago que parezca muy fácil, pero no lo es. Nos ha llevado años de negociación, algo que estoy segura de que comprenderás. Y, sin embargo, tampoco es tan difícil, si os amáis.

Cuando regresaron al salón, Eleanor apenas prestó atención a la charla de las demás damas, sino que se sentó junto al fuego, sorbiendo la copa de vino que lady Brigham había insistido en que bebiera. Había sido muy amable, y reconoció que la relación que había descrito con su marido era muy parecida a la que ella misma había mantenido con su padre. Pero Eleanor no había podido soportar la idea de que otra persona asumiera ese papel y había decidido que ya era lo bastante mayor como para decidir por sí misma sin el consejo de nadie.

Fueron sus acciones las que habían provocado este horrible día. Linny siempre había dicho que terminaría decepcionada en algún momento, y había tenido razón. Sabía que sus motivos en todas sus interacciones habían sido buenos, pero, de algún modo, todo había salido terriblemente mal. Cerró los ojos, pero en lugar de una oscuridad reconfortante, vio cómo su bala se clavaba en el hombro de lord Sandford. Sus dedos estrujaron la copa de vino. Esperaba no haberlo matado.

Unas pisadas y voces en el vestíbulo la pusieron en pie. La puerta se abrió y los caballeros entraron en el salón. Sus ojos ansiosos se posaron en lord Brigham.

—Tranquila, niña. Lord Sandford ha perdido mucha sangre, pero la herida no es mortal y no le causará daños permanentes. El médico se quedará con él esta noche, y luego se buscará una enfermera que lo cuide mientras se recupera. Cuando se recupere, volverá a su finca y permanecerá allí al menos hasta la próxima temporada.

Lady Brigham jadeó.

—¿Eso es todo lo que pretendes hacer?

—Recuerda que ya ha sufrido el impacto de una bala en el hombro, querida.

—Será una tortura para él —le aseguró lord Cranbourne—. Está en Devon, y no soporta estar tan lejos de la civilización. Fue Carteret quien lo sugirió.

—Tendrá el beneficio añadido de que, con un poco de suerte, recuperará la salud de cuerpo y mente —dijo amablemente lord Brigham.

—Pero, ¿cómo sabemos que permanecerá allí? —preguntó Eleanor.

Lord Brigham curvó los labios. Eleanor nunca se había percatado de que una sonrisa tenía el poder de parecer muy amenazadora y siniestra.

—Oh, se quedará allí —dijo él en voz baja—. Cuando abrió los ojos y nos descubrió a todos

alrededor de su cama, comprendió el peligro que se cernía sobre él.

La sonrisa del hombre se suavizó.

—Carteret ha vuelto a la ciudad para informar a lord y lady Haverham de que todo está bien. Ahora, señorita Edgcott, mi hijo la espera en el salón, al otro lado del pasillo.

Eleanor voló por la habitación, sorprendiendo a lord Bringham cuando se levantó repentinamente de puntillas y le besó la mejilla.

—Gracias, señor.

—Por si sirve de algo, tiene mi bendición tanto para su matrimonio como para su negocio. Y cuando esté lista, no debería haber ninguna dificultad en conseguir que una chica de la inclusa sea aprendiz de Rebecca Willis —él le cogió la mano—. No te juzgues con demasiada severidad, niña. No todas tus acciones han sido sabias, pero tu intención era buena.

Eleanor sintió alivio en su corazón. Se percató de que era muy afortunada por haber encontrado una familia dispuesta a quererla a pesar de sus defectos.

—Gracias, lord Bringham.

Entró en el salón de enfrente, mucho más pequeño, cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella un momento. Miles estaba de pie, con las piernas separadas, frente a la chimenea. Sintió sus ojos recorrerla por un momento, y luego una sonrisa malvada curvó sus labios. Él torció el dedo.

—Ven aquí, Eleanor.

Las palabras sonaron como una caricia, y ella se estremeció de anticipación. Sin embargo, ya no estaba tan ansiosa como antes y no se lanzó a sus brazos, sino que caminó lentamente hacia él, con una tímida sonrisa en los labios.

La observó con aprecio durante un momento antes de extender un largo brazo y estrecharla contra él. Eleanor le rodeó la cintura con los brazos, miró sus ojos brillantes y suspiró cuando él le cogió la cara entre ambas manos. Permanecieron así unos instantes, hablando sin palabras, ofreciendo y aceptando disculpas y haciéndose declaraciones de amor. Luego bajó la cabeza hasta que sus labios susurraron suavemente contra los de ella.

—Si alguna vez —murmuró—, vuelves a asustarme así, te encerraré en una torre y me desharé la llave.

Eleanor sonrió y le acarició el cuello con los labios.

—Pero eso iría en contra de los términos de nuestro acuerdo —susurró—. Quizá yo debería reconsiderarlo.

Miles gruñó y la besó profundamente. Ella sintió que el calor aumentaba tanto en su interior como a su alrededor, como si el aire mismo cobrara vida. Y después de que él apartara la cabeza, Eleanor suspiró, acercándose más. Él se rio, la levantó y se sentó en el sillón que había junto al fuego. Ella se acurrucó en su regazo, con la cabeza apoyada en su pecho, escuchando el rítmico latido de su corazón.

—Eleanor —le dijo en voz baja—, ¿te casarás conmigo?

Ella inclinó la cabeza hacia atrás y le sonrió.

—Sí, amor mío, pero he pensado en algunas modificaciones que me gustaría hacer a nuestro acuerdo.

Miles enarcó una ceja.

—¿Me llevarás el desayuno a la cama?

—Será un placer —él esbozó una sonrisa.

—¿Y prometes nunca beber demasiado antes de un viaje largo?

—Sí, querida.

Su mirada se volvió cautelosa cuando los ojos de Eleanor brillaron súbitamente con picardía.

—¿Y me darás lecciones de esgrima?

—¡Nunca! —dijo él, deteniendo sus palabras con otro beso.

OTRAS OBRAS DE JENNY HAMBLY

¡Gracias por vuestro apoyo! Espero que hayáis disfrutado de la lectura de Allerdale. Os agradecería mucho que dejarais una breve reseña en Amazon.

Me encanta recibir mensajes de mis lectores y podéis escribirme a: jenny@jennyhambly.com

[Las damas de la señorita Wolfraston Libro 1](#)

[Las damas de la señorita Wolfraston Libro 2](#)

[Las damas de la señorita Wolfraston Libro 3](#)

ACERCA DEL AUTOR

Me encanta la historia y, en particular, el periodo de la Regencia. Crecí leyendo a Jane Austen, Charlotte y Emily Bronte, y Georgette Heyer.

Me gusta pensar que mis personajes, aunque imperfectos, son agradables, fuertes y fieles a la época.

Vivo junto al mar en Plymouth, Inglaterra, con mi pareja Dave. Me gusta leer, navegar, el vino, madrugar para ver la salida del sol en verano y pasar largas y tranquilas veladas junto a la estufa de leña de nuestra cabaña en los acantilados de Cornualles en invierno.

